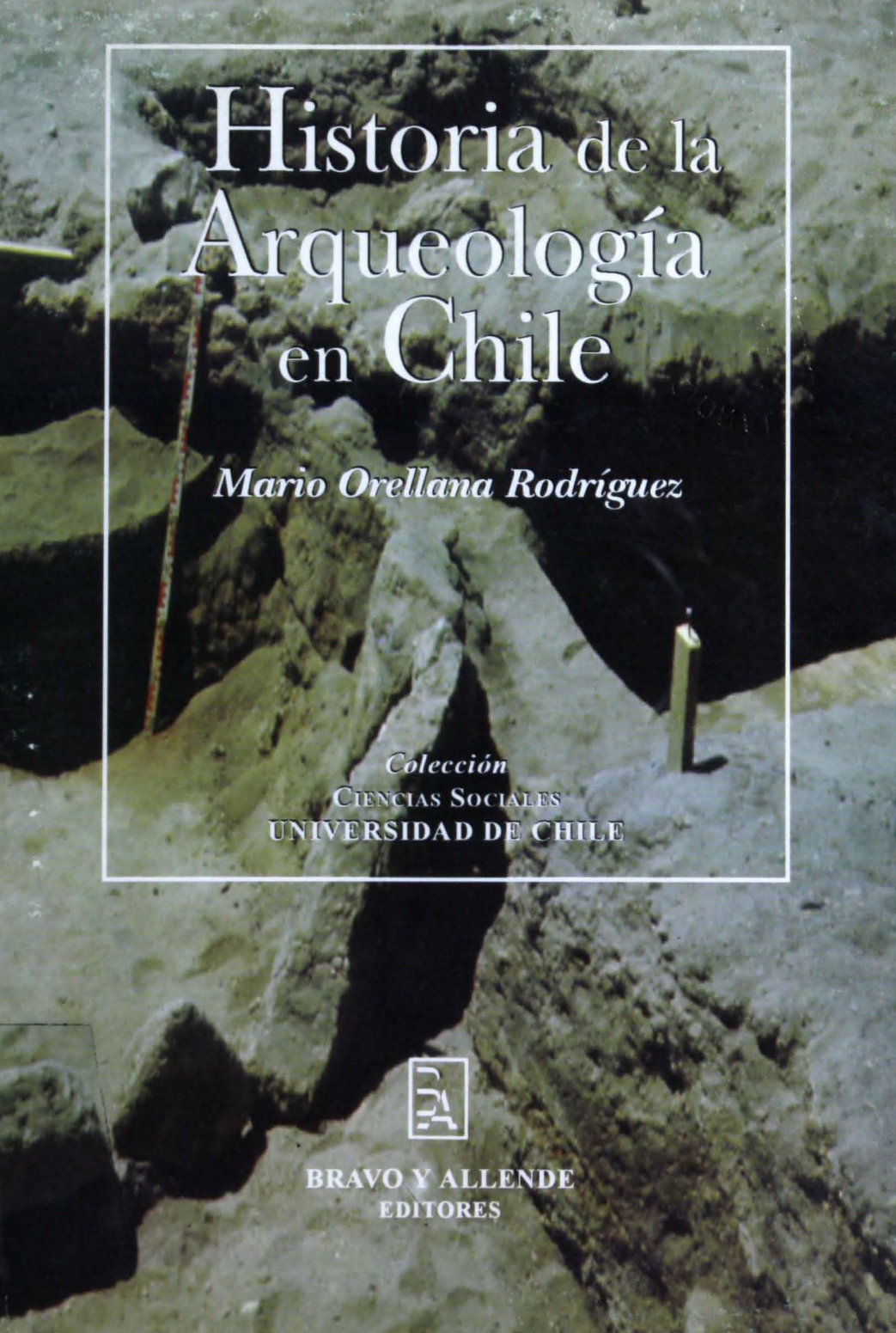




Historia de la Arqueología en Chile

Mario Orellana Rodríguez

Colección
CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE CHILE



BRAVO Y ALLENDE
EDITORES



Mario Orellana Rodríguez, es Premio Nacional de Historia (1994), Arqueólogo especialista en Prehistoria de Chile y en Historia y Teoría de la Arqueología. Igualmente, ha investigado temas relacionados con el contacto y aculturización aborígen-español.

Entre sus libros destacan: *Investigación y Teoría en la Arqueología Chilena* (1982); *La Crónica de Gerónimo de Bivar y la Conquista de Chile* (1988); *Historia y Antropología de Isla de La Laja* (1992) y *Prehistoria y Etnología de Chile* (1994).

Es miembro fundador de la Sociedad Chilena de Arqueología (1963), creador de la Licenciatura de Arqueología (1968) y Director fundador del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile (1970).

Actualmente es Profesor Titular de Arqueología y Prehistoria y Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

Foto Portada:

*Excavaciones en Loa Oeste 3.
II Región; Norte de Chile*

MARIO ORELLANA RODRÍGUEZ

HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA EN CHILE (1842-1990)

Colección de Ciencias Sociales

Bravo y Allende Editores

169288

Se prohíbe cualquier tipo de reproducción total o parcial. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos o químicos, incluidas las fotocopias. El editor autoriza citas en revistas, diarios o libros, siempre que se mencione la fuente.

© Bravo y Allende Editores

Primera Edición, 1996
Inscripción Nº 97.479
I.S.B.N. 956-7003-34-3

Se terminó de imprimir en
IMPRESOS UNIVERSITARIA, S.A.
San Francisco 454, Santiago de Chile
en el mes de septiembre de 1996

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	7
<i>Introducción</i>	11
1. Algunas razones para investigar la Prehistoria de Chile	11
2. Necesidad de historiar la Arqueología	15
3. Períodos de la Arqueología en Chile	17
4. Los Arqueólogos y su contexto ideológico	21
CAPÍTULO I	29
Primer período, antes de 1882.	29
CAPÍTULO II	57
Segundo período, 1882-1911.	57
CAPÍTULO III	84
Tercer período, 1911-1940	84
1. El Dr. F. Max Uhle	89
Conclusiones sobre la contribución de Uhle al conocimiento de la Prehistoria de Chile	113
2. El Dr. Aureliano Oyarzún	119
Su significado científico	124
Conclusiones	133
3. El Ing. Ricardo E. Latcham	136
El aporte científico de Latcham a la Prehistoria de Chile	144
CAPÍTULO IV	155
Cuarto período, 1940-1960	155
1. Junius Bouton Bird.	159
2. Francisco Cornely.	162

CAPÍTULO V	167
Quinto período, 1960-1990	167
La institucionalización de las ciencias antropológicas	169
Los años de la Reforma Universitaria y la Organización Académica de las disciplinas Antropológicas.	170
1. Percy Dauelsberg	178
2. Gustavo Le Paige s.j.	184
<i>Conclusiones</i>	189
<i>Anexo fotográfico</i>	208
<i>Posdata</i>	210
<i>Bibliografía</i>	215

PRÓLOGO

El presente libro, aunque es también una reedición de la publicación de 1982 titulada "Investigaciones y Teorías en la Arqueología de Chile", es, en parte, un nuevo texto. No sólo porque se agregan dos nuevos capítulos referidos a los períodos más recientes del desarrollo de la Arqueología de Chile (1940-1960; 1960-1990), sino porque todo el libro ha sido revisado desde la perspectiva de la década de 1990. Es decir, hemos tomado en cuenta los cambios producidos en las investigaciones ocurridas en los últimos decenios y también hemos buscado con interés las transformaciones de las investigaciones e hipótesis usadas por los arqueólogos chilenos, especialmente por aquéllos que han dominado en los últimos años el escenario de nuestra disciplina. A su vez las conclusiones las hemos cambiado, puesto que lo que se relacionaba con el problema Tiwanaku, lo hemos incluido en los capítulos que tocan esta temática. Entonces, en nuestras reflexiones finales hemos hecho referencia a los problemas y a las teorías que surgen en el último decenio, relacionados con los temas epistemológicos de la arqueología chilena.

Hay, también, algunas situaciones en el contexto universitario que son importantes de tomar en cuenta: desde 1990 una nueva realidad académica ha comenzado, dándole a la docencia y a la investigación arqueológica chilena, a su vez, una distinta fisonomía y una interioridad más compleja y rica. Cuando en 1982 publicamos nuestras "Investigaciones y Teorías en la Arqueología de Chile", la Universidad de Chile y el país estaban gobernados por un gobierno autoritario militar. Nuestra realidad y nuestra manera de apreciarla eran distintas a las que tenemos hoy día; en esos años recién habíamos vuelto a la Universidad, después de 5 años de alejamiento forzoso; no podíamos hacer clases en el Departamento que habíamos fundado en 1970; estábamos, por lo tanto, "relegados académicamente" en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, en donde sin embargo se nos respetó y ayudó, incluso, a publicar el libro que comentamos.

Cuando bajo el alero del Centro de Estudios Humanísticos publicamos nuestra historia de la arqueología de Chile, limitamos nuestro interés hasta mediados de la década de 1940. Centramos nuestro estudio en las figuras clásicas de José Toribio Medina, Diego Barros Arana, Max Uhle, Aureliano Oyarzún y Ricardo E. Latcham.

Por una parte expusimos los hechos más relevantes que hicieron posible configurar los períodos de la disciplina, como el movimiento cultural y literario de 1842, que se expresó, entre otras novedades institucionales, en la organización de la Universidad de Chile. Los años transcurridos entre la década de 1840 y fines de la década de 1870 permiten conocer un conjunto de informes y libros relacionados con descripciones geográficas de pueblos y restos culturales prehispánicos. Luego, fueron seleccionados por nosotros varios acontecimientos situados entre 1878 y 1882, que nos hicieron postular el nacimiento de un período que se caracterizaba por la fundación de sociedades científicas y por la presencia de algunos estudiosos que colocaban el acento en el pasado más antiguo de Chile, incluyendo a los historiadores Barros Arana y Medina. Luego, alrededor de 1910, sobre todo con las actas del 4º Congreso Científico, aparecen importantes trabajos antropológicos y arqueológicos firmados por Max Uhle y Ricardo Latcham. Ellos, junto a Aureliano Oyarzún, Martín Gusinde, Augusto Capdeville y tantos otros, fueron los investigadores que nuclearon el período situado entre 1910 y la década de 1940. Nosotros, en el libro de 1982 llegamos prácticamente hasta esos años.

Obviamente que podríamos iniciar esta historia de la Arqueología Prehistórica en el siglo xvi. Más de alguna vez hemos sostenido que de los cronistas de los siglos xvi, xvii y xviii se podrían sacar datos y reflexiones antropológicas y arqueológicas. Así lo han creído, también, varios estudiosos, como Gualterio Losser. Sin embargo, nosotros insistimos que la Prehistoria de Chile sólo pudo surgir cuando había un conjunto de problemas, de preguntas y de métodos que hacían posible la investigación sistemática del pasado cultural prehistórico. Y esto ocurrió en el siglo xix.

De todos modos, como lo hemos escrito recientemente, creemos en la continuidad de los temas, de los problemas que se generaron en los primeros estudiosos, incluso, en los cronistas del siglo xvi, y que continúan inquietando a los actuales científicos.

El método del presente libro es, por una parte, hacer una presentación sintética de cada período y luego ejemplificar algunos de los problemas investigados a través de la obra de algún científico relevante.

Así en el período de las décadas de 1940 y hasta fines de 1950, colocaremos el acento en Junius Bird y en Francisco Cornely.

En cambio, desde 1960 en adelante nos preocuparemos de Gustavo Le Paige y de Percy Dauelsberg. Obviamente que hay otros científicos que también recordaremos: en el Museo Arqueológico de La Serena a Jorge Iribarren, en la Universidad de Chile a Alberto Medina y en el Museo Nacional de Historia Natural a la Dra. Grete Mostny. Como es fácil de apreciar, estamos dando a conocer el aporte científico de los investigadores que nos han dejado.

Hay muchos otros que caracterizan al período 1960-1990, que siguen trabajando y que en futuras ediciones de este libro o de otro, serán recordados.

Para terminar, deseamos agradecer a los colegas de la Universidad de Chile que nos han alentado a sacar una segunda edición de este libro de 1982, que se encuentra agotado. Como lo hemos transformado y acrecentado en forma significativa, le hemos colocado un nuevo título: *Historia de la Arqueología en Chile*.

Esperamos que él sirva para conocer mejor la importante obra científica que han realizado tantos especialistas extranjeros y chilenos en nuestro país.

Santiago, mayo 1996.

INTRODUCCIÓN

1. *Algunas razones para investigar la Prehistoria de Chile*

Desde algunos años, la información acerca de las sociedades y culturas prehispánicas y también de las sociedades aborígenes contemporáneas ha crecido en forma considerable. El aumento de los conocimientos sobre nuestros más antiguos antepasados y nuestros connacionales aborígenes ha sido el producto del desarrollo de algunas disciplinas muy específicas. Gracias a investigaciones arqueológicas y con la participación de muchas otras disciplinas afines, conocemos hoy en día la gran antigüedad de los primeros grupos de cazadores y recolectores que habitaron nuestro territorio y las características específicas de muchos otros que vivieron en el norte, en la costa o en las alturas desérticas, en el centro o en el extremo sur, desmembrado y frío, de Chile.

Estos resultados de las investigaciones arqueológicas interesan cada vez más a importantes sectores sociales. Las excavaciones, hechas en algunas ocasiones sólo con el fin de salvar yacimientos prehistóricos y, en otras, como resultado de proyectos bien elaborados, son seguidas siempre con gran atención.

Diferentes instituciones de carácter estatal o privadas están comprometidas con el destino de la ciencia prehistórica, y el radio de influencia de Universidades, Museos y Sociedades aumenta cada día más, alcanzando últimamente a los diferentes niveles de la enseñanza. Comienzan a modificarse los programas de estudio, acrecentándose el interés por la historia nacional y, por ende, por el más antiguo pasado cultural, el ayer prehistórico.

Buscando razones para comprender el fenómeno señalado surge inmediatamente, como una primera explicación, el deseo de conocer los orígenes de nuestra nacionalidad y, en general, de todo lo que pueda explicar, desde el pasado, la actual realidad cultural y social de Chile, a pesar de las dificultades epistemológicas que presentan estos estudios.

Existe en algunos y también muy relacionado con lo anterior, la necesidad de desprenderse del presente, recorrer los múltiples caminos del ayer que nos muestran acontecimientos diferentes y, desde allí, retornar a nuestro tiempo, llenos de información y con algo de sabiduría.

La reconstrucción de los hechos del pasado, el conocimiento de las culturas más antiguas que se pierden casi en el olvido es, por sí sola, una buena razón

para estudiar ese pasado prehistórico. Si a esto se agrega que ese pasado lejano llega hasta nosotros por intermedio de algunos grupos étnicos, de sus culturas, y se incorpora a nuestra "historia" de los últimos siglos, comenzamos a comprender la fuerza y el valor que tienen estas investigaciones. No sólo interesa lo que sucedió sino lo que sigue aconteciendo; no sólo importan las sociedades y culturas del ayer, sino cómo siguen actuando esas unidades sociales en los tiempos más recientes, y, en algunos casos, contemporáneamente a nosotros¹.

Creemos, sin embargo, que hay también otras razones que explican este creciente interés por conocer los tiempos prehispánicos de Chile. Aunque pueda parecer casi increíble hay también razones estéticas, si así pueden llamarse. Cuando nos sumergimos en el pasado y comenzamos a recrear sus acontecimientos, el historiador, en este caso el prehistoriador, obtiene satisfacciones espirituales muy grandes. Recrear los hechos humanos, la formación de una cultura, la organización de una sociedad, la adaptación de una comunidad en un medio ambiente natural, es también algo bello y produce belleza. Naturalmente que no es la primera vez que se dice que historiar es un arte y que el conocimiento del pasado es una actividad muy delicada que necesita manejar valores estéticos. ¿Qué otra cosa es organizar y presentar coherentemente la vida humana en sus múltiples actividades y matrices? Y si esa vida ya no es tal, y por tanto se encuentra en tiempo ido ¿cómo reconquistarla, cómo darle una nueva vida si no es con ciencia y arte, con conocimiento, respetando los hechos y configurando una realidad, una totalidad a partir de algunas piezas aisladas?

Creemos también que la relación que surge entre el científico que investiga los tiempos prehistóricos y esos tiempos pasados es bastante profunda.

Por una parte, la relación con el objeto que se analiza, conoce y se incorpora, enriquece al ser mismo del científico. En el investigador, al término de su quehacer, existe plenitud; hay un enriquecimiento interior, producto de la integración no sólo de una gran cantidad de datos sino de la totalidad del conocimiento aprendido.

Por otra, la relación entre pasado y presente es tan fuerte, tan sólida, que al conjugarse en nosotros el tiempo se hace uno solo en nuestro ser. Esta unidad entre ayer y hoy permite, además, replantear la posición de la prehistoria como ciencia y el objetivo último de ella.

¹Nosotros emprendimos hace años algunas líneas de investigación relacionadas con la antropología de las creencias, descubriendo cómo antiguas tradiciones, valores y creencias (incluso prehispánicas) se conservan actualmente y se manifiestan en la religiosidad popular y, sobre todo, campesinas. ("Las Creencias religiosas campesinas: una aproximación a la antropología de las creencias" en "Historia y Misión", ponencias, aportes y experiencias del II Encuentro de Religiosidad Popular. Stgo., 1977.)

En primer lugar, todo pasado fue presente; así el estudio de las culturas pasadas y de ciertos momentos históricos es simplemente análisis de presentes. Ciertamente, "presentes idos", pero al fin y al cabo presentes. La historia y la prehistoria como disciplinas científicas se convierten así en ciencias del presente.

Pero la relación existente entre el pasado y el presente es tan poderosa como la de presente y futuro. ¿Acaso no estamos constantemente diseñando el futuro, pensando en él?

El presente podría también, fuera de otras acepciones, definirse como el tiempo que programa "las acciones por venir". Si esto es así, el estudio del pasado que es, por definición nuestra el análisis del presente, se convertiría en la ciencia que quiere conocer cómo se programó el futuro. La Prehistoria es no sólo una ciencia del presente ido, sino también la ciencia que conoce el futuro gracias a la cohesión ontológica de los tres tiempos, pasado, presente y futuro².

Pero más que una nueva definición de nuestra ciencia, lo que nos importa es acentuar el conocimiento científico del pasado y su relación íntima con los otros tiempos.

Las experiencias humanas que intentamos conocer no pertenecen sólo al pasado; son nuestras, son actuales, porque fueron presente y nunca dejaron de serlo. Y si alguna vez la erosión del tiempo nos hizo creer lo contrario, nuestras herramientas arqueológicas han vuelto a dejar las cosas en su verdadero lugar.

A propósito de esta relación entre Pasado y Presente, que hemos enfatizado, y desde otra perspectiva, el arqueólogo norteamericano Lewis Binford, en su libro "In pursuit of the Past" (traducido al español en 1988 "En busca del pasado") ha insistido que aunque los yacimientos conservan elementos del pasado, el registro arqueológico es un fenómeno contemporáneo y las afirmaciones que hacen los estudiosos sobre él no son afirmaciones históricas. Si se intenta investigar la relación existente entre los vestigios materiales del pasado que conocemos en el presente, con las actividades humanas del pasado, causantes de estos vestigios arqueológicos, nos enfrentamos a un gran desafío intelectual. Si reconocemos que el registro arqueológico también se compone de símbolos, además de los vestigios materiales, la dificultad del conocimiento es más grande.

El conocimiento del pasado se obtiene de los restos arqueológicos, contextualizados, a partir de inferencias que se construyen en el presente. ¿Pero cómo hacer inferencias científicas? Todo el libro de Binford es su intento de desarrollar métodos para hacer inferencias que sean fiables, mucho más que otras realizadas anteriormente. Uno de los caminos recomendado por el arqueólogo norteameri-

²Sobre esta temática véase nuestro trabajo: "El aporte de Teilhard de Chardin a la investigación de los hechos futuros", en Estudios Sociales, N° 8, 1976, C.P.U., Stgo., Chile. Obviamente que estas ideas están inspiradas en San Agustín (Las Confesiones).

cano, ya en la década de 1970, es la investigación etnoarqueológica. Como este autor ha influido en muchos arqueólogos chilenos es interesante conocer algunas de sus ideas sobre este tema. Nos recomienda que investiguemos de qué manera los restos del pasado paleolítico, que son “estáticos”, pueden pensarse desde la movilidad de actuales grupos de cazadores y recolectores, del uso que hacen de su espacio físico, de su adaptación al medio ambiente climático y social, de la fabricación de artefactos y de sus múltiples usos, de la estructura de sus lugares de trabajo, de vivienda, de celebraciones, etc. Analizando la conducta viva de grupos de aborígenes, aspira a trazar algunas líneas interpretativas que ayuden a los estudiosos del pasado a construir modelos explicativos para conocer lo que ocurrió en el pasado.

Podemos preguntarnos hasta dónde estos modelos establecidos para conocer situaciones del pasado humano, a partir del registro arqueológico, dan a conocer sucesos relevantes o significativos. Siguiendo, por ahora, los conceptos de Binford, las relaciones que hacemos entre las consecuencias estáticas (restos de un yacimiento arqueológico) y las causas dinámicas, propias del comportamiento social del pasado, ¿podremos contrastarlas empíricamente? Parece poco probable que se considere suficiente estudiar los comportamientos de pueblos aborígenes actuales para sacar conclusiones útiles –modelos de conducta– que permitan el conocimiento del pasado. Si se responde afirmativamente estamos frente a una creencia: que hay un conjunto de rasgos que subyacen permanentemente y que son característicos, por ejemplo, de la organización espacial interna de la vida de un yacimiento de cazadores, no importando su situación en el tiempo (cazadores musterienses de hace 50.000 o más años y cazadores actuales Nunamiut).

Por cierto que la Etnoarqueología, como la Arqueología Experimental, la Arqueología Espacial, la Zooarqueología, etc., son disciplinas necesarias para la búsqueda de métodos que nos ayuden a “leer” correctamente el “texto” propio de los “contextos arqueológicos”. Pero como el propio Binford lo ha escrito, no es posible hacer analogías entre grupos actuales y grupos paleolíticos. Esta es una antigua conclusión que a veces se olvida. De todos modos los análisis inteligentes hechos por Binford –aunque incompletos– sirven para exigirles a los arqueólogos una metodología digna de los desafíos que presentan sus yacimientos y sus contextos arqueológicos.

Estos temas, estas preguntas, han estado presentes en los últimos años en la arqueología chilena. Así, a lo largo de estas páginas veremos cambiar las teorías, las explicaciones, las inferencias, los métodos usados por los arqueólogos. Es un hecho, puesto a prueba muchas veces, que cada período del desarrollo arqueológico chileno, se caracteriza por métodos y explicaciones propios de los ambientes científicos europeos y norteamericanos. Diferentes teorías han estado presentes en los artículos, informes y libros escritos por los arqueólogos desde fines del

siglo pasado hasta el presente. Desde el Evolucionismo darwinista y el Positivismo francés, pasando por escuelas Históricas, Ecologistas, Materialistas, Procesuales y recientemente Postprocesuales, la arqueología chilena ha oscilado entre la descripción bien hecha pero limitada hasta las generalizaciones sin base empírica; tal vez lo consolador sea que, en general, ha primado una combinación de empiria e inferencias moderadas que han permitido consolidar, poco a poco, el valor científico de nuestro conocimiento del pasado.

2. Necesidad de historiar la Arqueología

Independientemente del mayor o menor valor científico de nuestros saberes podemos orientar ahora nuestra búsqueda hacia los comienzos y posterior desarrollo de la ciencia arqueológica; lo hacemos porque la consideramos valiosa para la formación y maduración de los integrantes de nuestra sociedad nacional.

Desde hace años hemos manejado la idea, como cualquier otro historiador de la ciencia, de que el estudio del nacimiento de una disciplina es fundamental para una mejor comprensión de su desarrollo, ya que en los comienzos mismos de ella se dan algunas de sus potencialidades futuras. El análisis de los comienzos de la ciencia prehistórica ejemplifica de una manera completa esta hipótesis. Es verdad que una disciplina renace cada cierto tiempo al calor de nuevos marcos teóricos, de importantes descubrimientos y de la presencia de ciertas figuras intelectuales valiosas. Pero esta verdad no contradice otra realidad, la de que la ciencia va desarrollando lentamente los elementos existentes que hicieron posible su nacimiento. Veremos más adelante que los naturalistas, los estudiosos de los aborígenes, los geógrafos y los aficionados a las antigüedades ayudaron a la formación de los estudios prehistóricos. Hoy en día, luego de más de cien años de investigaciones, se mantienen las grandes y profundas líneas formadoras de nuestra ciencia, alcanzándose, incluso en el presente, una feliz amalgama de las fuentes del conocimiento arqueológico.

No conocemos ningún estudio científico que se dedique al origen y formación de la ciencia prehistórica en Chile. Hay, en cambio, algunos artículos que tocan parcialmente el tema de "los estudios sobre los indios en Chile". Entre éstos, sobresale el de Gualterio Looser³, quien, en 1954, entregó un bien realizado esbozo de estas investigaciones. Mientras él se preocupa de todos los artículos, informes, crónicas, historias, etc., que de alguna manera han dado noticias sobre los aborígenes de Chile, desde el período del descubrimiento y conquista de Chile en adelante, nosotros aspiramos a delimitar rigurosamente nuestra investigación a

³G. Looser: "Esbozo de los estudios sobre los indios de Chile". Imprenta Universitaria, Santiago, 1955. Se trata de un apartado de la Revista Universitaria, año XXXIX, Nº 1, 1954.

los estudios prehistóricos o muy próximos a ellos. La madurez que la ciencia prehistórica ha alcanzado en Chile es una buena razón para no confundir campos de conocimiento. Así, nuestra indagación en Chile comenzará en el siglo xix, siglo que, por lo demás, vio en Europa el nacimiento de la Prehistoria como ciencia. Sin embargo, lo anterior no significa que las observaciones y descripciones dadas a conocer por cronistas e historiadores, desde el siglo xvi en adelante, no sean incorporadas a nuestro relato. Sobre todo si ellas nos sirven para pesquisar rasgos de los pueblos americanos en el período de aculturización aborígen-español.

Muchos años de enseñanza de la Prehistoria nos permitieron introducirnos en el difícil campo del historiador de la disciplina prehistórica. Hubo que revisar documentos y revistas del siglo xix, difíciles de obtener actualmente; hubo que seleccionar aún más. Detrás de nuestra investigación hay un diseño y un modelo que no deseamos ocultar. Manejamos hipótesis y explicamos los hechos de acuerdo, sobre todo, a la información científica que tenemos. Sin embargo, poseemos claridad para darnos cuenta de que "los hechos no hablan solos" y que, por lo tanto, se hace necesario interpretarlos. Naturalmente que nuestra visión del origen de la Prehistoria de Chile discrepará de otras que se han escrito⁴. No manejamos un único marco interpretativo y, por tanto, confiamos en ser más justos con nuestros primeros prehistoriadores.

No es tarea fácil explicar cómo se investiga el origen de una disciplina. Nosotros partimos de algunos hechos, tales como el comienzo de las investigaciones sobre los aborígenes de Chile en la segunda mitad del siglo xix. Este hecho es coincidente con otros producidos en Europa, como el desarrollo de la Prehistoria como ciencia en los decenios 1850 y 1860.

Luego de saber cuándo comenzaron los primeros estudios del pasado cultural prehispánico, investigamos quiénes fueron los estudiosos que demostraron interés por escribir y publicar. Era fundamental saber a qué áreas del conocimiento pertenecían, ¿a la histórica?, ¿a las ciencias naturales?, ¿o eran meros coleccionistas de antigüedades?

El conocimiento de las disciplinas a que pertenecían los fundadores de los estudios arqueológicos nos permitió construir una hipótesis. Ella explicaría la aparición de la nueva ciencia como un resultado de la amalgama de intereses de científicos que, pertenecientes a diferentes disciplinas (naturales e históricas), se vieron enfrentados a un conjunto nuevo de objetos que no formaban parte de sus

⁴Véase, por ejemplo, a Julio Montané: "Apuntes para un análisis de la Arqueología Chilena", revista *Rehue*, N° 4, 1972, en donde, aunque el autor no lo haya deseado, se deslizaron algunas páginas de carácter panfletario y, sobre todo, una posición muy exageradamente unideológica (materialista histórica). Por lo demás, el tratamiento que hace de Latcham, Oyarzún y otros, es de un subjetivismo exagerado en un hombre de ciencia

campos de investigación. La necesidad de estudiarlos los llevó a escribir informes, fundar sociedades, revistas, hacer síntesis que no podrían ser situadas en los campos de sus ciencias, conocidas y bien definidas. Naturalmente que en Chile la situación no fue la misma que en Inglaterra y en Francia. Allí se inventó la Prehistoria, en Chile se la adoptó, aunque en forma casi coetánea con Europa.

La construcción de los estudios arqueológicos en Chile tuvo algunos rasgos especiales debido a la presencia importante de las etnias aborígenes.

Es casi innecesario señalar que hay un conjunto de materias y de actividades comunes entre la Arqueología americana y europea.

Sin embargo, es importante recalcar que la interrupción violenta de la vida aborígen americana, causada por la conquista y colonización europea, le dio una especial singularidad a la Arqueología americana y chilena. De alguna manera uno de nuestros temas más presentes y reiterado es el de la transformación de las culturas aborígenes, de la muerte de muchas culturas prehispánicas y de la creación de nuevas formas de vida social y cultural. La muerte y la resurrección, la destrucción y la vida son objetos de investigación y de meditación profunda entre los especialistas americanos.

3. Períodos de la Arqueología en Chile

De acuerdo a nuestra información, el desarrollo de la Arqueología puede historiarse según ciertos hitos fundamentales, que en algunos casos corresponden a la presencia de uno o más científicos que influyeron notablemente en determinado período, a la aparición de algunas publicaciones importantes y, por último, a la organización de instituciones universitarias o de otro carácter, de reuniones científicas relevantes o de programas de investigación de gran aliento. La aparición de nuevos investigadores, publicaciones e instituciones especializadas debe ser considerada, también, como producto de un desarrollo social, de un proceso de maduración cultural que prepara poco a poco una nueva realidad intelectual. Así, cuando la situación sociocultural madura e, incluso, eclosiona, son posibles las conjunciones de varias figuras y la formación de una nueva realidad científica. Por esta razón en cada período, sobre todo al final, se dan los elementos que anuncian el siguiente. Así, las fechas nunca son exactas y debe considerárselas como solamente aproximadas.

Aunque es difícil periodificar una ciencia debido, entre otras razones, a que muchos investigadores sobrepasan los límites de una etapa y pertenecen también a la siguiente, reconocemos cinco períodos entre mediados del siglo pasado y nuestro presente.

El primer período (1842-1882) abarca, en líneas muy generales, los años anteriores a la formación de la Sociedad Arqueológica de Santiago (1878), a la publicación

del número único de la Revista de la Sociedad Arqueológica (1880) y sobre todo, a la aparición del libro "Los aborígenes de Chile", de José Toribio Medina (1882).

Estos tres acontecimientos mencionados sólo pueden explicarse si investigamos los antecedentes de ellos en el siglo XIX. Por esta razón este período no tiene un comienzo exacto desde el punto de vista cronológico, excepto el que da su ubicación en el siglo pasado. Podríamos postular que un interés próximo al científico, aunque sin prever aún la existencia de la nueva ciencia, surge en Chile desde el movimiento intelectual de 1842. Desde aquí en adelante se hacen en nuestro país muchos estudios y publicaciones que se van acercando poco a poco a los objetivos y fines de las ciencias antropológicas y, en especial, de la arqueología. El libro de Medina es un resultado, una consecuencia de muchas expediciones e informes efectuados entre 1842 y 1882 pero, a la vez, el inicio de algo nuevo, una nueva etapa de los estudios arqueológicos y en general antropológicos en Chile.

El segundo período (1882-1911) es, tal vez, uno de los más ricos desde un punto de vista intelectual y científico; se da en un país que viene saliendo de una guerra, pero que cada día enriquece más sus conocimientos, tanto en su realidad como en su mundo exterior. Es el período que ve surgir las sociedades científicas, francesa y alemana, que ve desplegarse un sinnúmero de actividades literarias y culturales y que conoce el nacimiento de varias disciplinas (Lingüística, antropología física, folklore). Lo hacemos terminar con la llegada de Max Uhle a Chile (1911); y, naturalmente, la presencia del sabio alemán implica el comienzo de un nuevo período, *el Tercero*, que alcanzaría hasta la década de 1940. Esta tercera etapa es de una riqueza notable; en ella despliegan su enorme actividad científica un conjunto de especialistas en las ciencias del hombre: Latcham, Oyarzún, Gusinde, Guevara, Capdeville, Schneider, Strube, Looser, además de Uhle.

Muertos Capdeville, Guevara, Latcham, y con bastante edad Oyarzún, comenzó en los primeros años del 40 un nuevo período, *el Cuarto*, que ve surgir lentamente algunas figuras aisladas, tales como Francisco Cornely, Grete Mostny y Jorge Iribarren, que cerca de 1950, enriquecen los estudios arqueológicos de Chile. Estos años son contradictorios; por un lado, investigadores nacionales, algunos de los cuales (caso de Looser) provienen del período anterior, trabajan prácticamente solos y con limitaciones teóricas y metodológicas; por otra, la presencia de investigadores extranjeros, especialmente la de Junius Bird, que aportan nuevas técnicas de excavaciones y nuevos marcos teóricos.

El investigador norteamericano Bird, es sin lugar a dudas, uno de los científicos más relevantes de la Arqueología americana y también chilena. Sus publicaciones, especialmente en la década de 1940, son ejemplos metodológicos

y teóricos que rindieron sus mejores frutos en la década de 1960. Sus excavaciones, especialmente en el Norte de Chile, permitieron confeccionar un cuadro de sucesivas culturas precolombinas, haciendo uso de criterios estratigráficos, ergológicos y geográficos, que se apartó de los cuadros de Uhle y Latcham, apoyados en criterios étnicos y en los datos obtenidos en excavaciones de cementerios.

El cuadro cronológico de Bird fue fruto de excavaciones de basurales y conchales, en donde se controlaron rigurosamente todos los hallazgos mediante el método estratigráfico.

Como se concluye de la lectura de diferentes arqueólogos de las décadas del 40 y 50, la arqueología chilena manejó indistintamente dos secuencias culturales y cronológicas sin poder ponerlas de acuerdo o, por lo menos, sin definir cuál de ellas era la más próxima a los hechos científicos.

De esta manera, la arqueología que surgirá en la década de 1960 deberá resolver esta situación de aparente contradicción, dándole la razón a Bird en muchas ocasiones, sobre todo en lo que se relaciona con las arqueologías del norte de Chile.

La otra figura que surge a mediados de la década de 1950 es la del sacerdote Gustavo Le Paige, S.J. Su obra significativa en la región de San Pedro de Atacama pertenece al Quinto período de la Arqueología Chilena; ella es fundamental para explicar una serie de líneas de desarrollo de investigaciones que surgen en las décadas del 60 y 70. Además el sacerdote Le Paige constituye un puente entre antiguos métodos y teorías antropológicas y nuevas investigaciones. A él debemos la permanencia de conceptos propios de la arqueología del Tercer período (1911-1940), como también la aparición de un nuevo campo de estudios: el precerámico de San Pedro de Atacama. Sus centenares de excavaciones de cementerios enriquecieron los contextos arqueológicos de la cultura San Pedro (Atacameña), permitiendo que ella sea mejor conocida hoy en día.

En este Cuarto período destacan también los libros de Francisco Cornely, Director del Museo de La Serena, "Cultura Diaguita Chilena y Cultura de El Molle" (1956) y de Grete Mostny, "Culturas Precolombinas de Chile" (1954), por sus esfuerzos de síntesis al presentar las características generales de las culturas del Norte Chico y las Culturas prehispánicas a lo largo de Chile. En la investigación monográfica y regional son importantes los trabajos de Jorge Iribarren, por tantos años director del Museo Arqueológico de La Serena, y la publicación de Stig Ryden, en 1944, sobre la arqueología de la región del río Loa.

En la década del 50, se comienzan a organizar centros de investigación universitaria (Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile), a sistematizar las investigaciones, y se vuelve a contar con la presencia de profesores extranjeros, como R. Schaedel, W. Mulloy, O. Menghin y otros, que ayudan a la mejor formación de la nueva generación que principia a figurar desde 1955. Sin

embargo, es en 1960 cuando se puede decir que se origina el *Quinto período* de la Arqueología y surgen alrededor de una docena de investigadores, todos los cuales publican y destacan.

De todos modos es necesario señalar que este último período comienza a generar una problemática parcialmente nueva que encuentra a sus exponentes más representativos en los egresados universitarios, y que se expresa por un deseo de utilizar modelos explicativos según el marco teórico de la "Arqueología Nueva".

A partir de la década de 1980, sin embargo, surge una reacción "post-procesual", que le da parcialmente la razón a muchos arqueólogos de la década de 1960, que aunque conocieron y reconocieron el valor de la arqueología nueva, insistieron también en la visión histórica e interpretativa simbólica de la arqueología.

Además, otro rasgo que deberá tomarse en cuenta es la crisis que vivieron las disciplinas sociales en la década del 70, influyendo ello también en las ciencias antropológicas y, en especial, en la Arqueología Prehistórica. Esta situación se manifestó en los círculos universitarios, produciendo una disminución de las actividades de investigación y de publicación.

Esta realidad política, surgida en 1973, se expresó en la Universidad de Chile y en otras instituciones académicas por el gobierno de los rectores delegados, designados por el gobierno militar. En nuestra Universidad, las consecuencias de esta intervención en las disciplinas sociales provocaron una erosión profunda en su investigación y docencia.

Así, por lo expuesto parece recomendable mantener el *Quinto Período hasta 1990* cuando se inicia la recuperación académica de las instituciones universitarias y de las disciplinas que se imparten en ellas.

En la edición de 1982 habíamos concluido que sólo estudiaríamos los tres primeros períodos, insistiendo en las personalidades de Medina, Barros Arana, Uhle, Latcham y Oyarzún. Como ya lo hemos anunciado en el Prólogo del presente libro, hemos decidido historiar los cinco períodos (desde 1842 hasta 1990), colocando el acento en el desarrollo institucional, en la presencia importante de la enseñanza universitaria y de la investigación en diferentes instituciones.

Sin duda, que la larga duración del Quinto Período lo equipara con el Tercer Período, y esto no es casualidad. Estos períodos representan un conjunto de actividades, proyectos, personalidades, reuniones e instituciones que lo sitúan sobre los otros períodos. Incluso las teorías usadas para interpretar la data arqueológica y la interacción de ellas fue muy enriquecedora y, a su vez, muy compleja.

No deseamos terminar estas reflexiones introductorias sin referimos antes a las relaciones existentes entre los científicos y su contexto ideológico.

4. *Los Arqueólogos y su contexto ideológico*

Cualquier intento para explicar, en Chile, las tendencias teóricas actuales de la Prehistoria, nos conduce hacia la búsqueda de los paradigmas ideológicos de la sociedad chilena y, también, hacia los valores, creencias y conceptos intelectuales de los especialistas.

Las ideas matrices, los conceptos principales de las ciencias, incluso las ideologías y creencias que se manejan en nuestra sociedad, en diferentes niveles y círculos de ella, explican los cambios de enfoque teórico de la disciplina prehistórica.

La exposición histórica de los estudios prehistóricos en Chile muestra, sin lugar a dudas, de qué manera las tendencias generales del pensamiento culto y popular, los conceptos propios de los científicos y la atmósfera ideológica intervienen en la orientación de la disciplina. Así, por ejemplo, hace 25 años, en nuestro país, una de las acusaciones más graves dirigidas a un estudioso de la Prehistoria era motejarlo de ser un descriptor de artefactos, un arqueógrafo. Con esto se pretendía denunciar la ausencia de "logos", de visión, de teoría en los estudios prehistóricos. ¿Qué había detrás de estas denuncias? Las características ideológicas de la sociedad nacional de esos años llevaban a muchos estudiosos y aficionados a expresar un paradigma ideológico materialista y, por lo tanto, la teoría, la visión que explicaba los hechos del pasado era el Materialismo Histórico. Toda otra explicación, todo otro esfuerzo intelectual por comprender la realidad sociocultural, era condenada con diferentes epítetos. La profunda ideologización de nuestra sociedad, a fines de la década de 1960 y comienzos de 1970, había alcanzado a los hombres de ciencia, especialmente de las ciencias sociales, y se expresaba en la teoría arqueológica y antropológica de la mayoría de los estudiosos.

También en otros países se vivía esta ideologización, en donde las teorías materialistas ocupaban un lugar importante; en general, se acusó a las ciencias del hombre de ser hijas de las políticas imperialistas y a sus representantes, de ser agentes del Imperialismo Capitalista. Toda la biografía especializada prueba que desde 1968 se inició una intensa discusión entre la Antropología liberal y la llamada, por Gunder Frank, Antropología de la liberación.

Sin embargo, si queremos buscar los antecedentes de esta situación, no nos podemos quedar sólo con los aspectos más llamativos, de tipo ideológico-político. Detrás de la polémica política se encuentra una discusión epistemológica de profundo significado.

Debemos colocar nuestra atención en los primeros decenios del siglo 20, cuando se producía, por influencia de muchos filósofos, todo un cuestionamiento de la organización del conocimiento científico que influyó poderosamente en las ciencias sociales. La concepción imperante en la actualidad, de que la Arqueología

y la Prehistoria no deben preocuparse de los elementos aislados de la cultura, sino que deben alcanzar la reconstrucción de antiguas sociedades, aspirando a la explicación total del sistema sociocultural que se investiga, es un ejemplo de cómo las tendencias teóricas dominantes de las ciencias sociales han influenciado en nuestras disciplinas.

Incluso desde 1970 en adelante se han expresado diferentes opiniones sobre los cambios epistemológicos que viven la Arqueología y la Prehistoria, centrando la discusión entre la "Vieja Arqueología" y la "Nueva Arqueología". En este intenso intercambio de opiniones que se ha efectuado en la década de 1970 podemos observar también la presencia ideológica del Materialismo Cultural, que va de la mano con el Materialismo Histórico.

Pero lo más interesante, en nuestra búsqueda de relaciones teóricas entre el movimiento epistemológico representado por la Escuela de Viena o Positivismo Lógico (Carnap, Hempel) y las Ciencias Sociales, es la visualización de varios supuestos positivistas que han influenciado en los "nuevos arqueólogos". Paul S. Martín por ejemplo, escribió a comienzos de la década de 1970: "Nuestro objetivo último en la antropología y la arqueología es formular leyes de dinámica cultural y buscar las tendencias y las causas del comportamiento humano y ...hacer predicciones probables". La afirmación de este mismo autor de que "las hipótesis se formulan o se inventan para dar cuenta de los hechos observados y no al revés", lo hace deudor de Hempel.

Otro aspecto de la influencia del Positivismo lógico entre los nuevos arqueólogos, se presenta cuando los representantes de esta Escuela han señalado la armonía que debe existir entre las hipótesis levantadas en un trabajo científico y las teorías científicas de la época. Incluso esta línea de pensamiento ha llevado a algunos de los filósofos mencionados a apartarse del empirismo absoluto para insistir en el valor de la hipótesis, en cuanto ella no debe entrar en contradicción con lo conocido científicamente.

Esta última reflexión nos lleva a insistir en nuestros puntos de vista, puesto que la relación entre teoría arqueológica no sólo se da con las otras teorías científicas sino también con las concepciones sociales existentes, incluyendo ideologías, creencias, opiniones, etc. Por esta razón pensamos que las nuevas perspectivas de la Prehistoria en nuestro país necesitan, también, ser explicadas por las tendencias teóricas y por las ideologías socioculturales y políticas imperantes. Muchas creencias sociales (populares) han permitido el triunfo o el fracaso de una explicación científica (o aparentemente científica). Toda la historia de la investigación del Hombre y de sus culturas está llena de ejemplos, y en nuestro país también se encuentran. Así, por ejemplo, la teoría de la Unidad Racial del Chileno campeó por más de 50 años en los estudios históricos y antropológicos y en la enseñanza de todos los niveles, a pesar de que ya en 1911, y luego en 1928,

Ricardo E. Latcham, había protestado y rechazado tal conclusión, debido a que no tenía apoyo empírico. Recordamos que en la década de 1950, cuando estudiábamos Historia de Chile en la Universidad, se nos enseñó que nuestro país, con excepción de algunos grupos de indígenas, era racialmente homogéneo. Ya en 1875 Diego Barros Arana había escrito: "De esta circunstancia resultó que al paso que la raza primitiva queda confinada a una estrecha porción de territorio, la población que consta ahora de más de 2.000.000 de habitantes, es compuesta de descendientes europeos, de sangre pura, esto es, blancos como los individuos de la raza caucásica, o de la descendencia que ha resultado de la mezcla de los europeos y de los indígenas, descendencia compuesta de hombres más o menos blancos, pero que poseen todos los caracteres físicos y morales de la raza blanca".

■ Cuando en 1908 Latcham presentó su estudio sobre "Antropología Chilena" al 4º Congreso Científico, preguntó por qué se defendía la teoría de la Homogeneidad Racial, contestando que los cronistas e historiadores coloniales habían insistido en la existencia de una lengua común que se hablaba a lo largo de Chile (desde Aconcagua a Valdivia); esto habría llevado a la conclusión de la presencia de un solo pueblo a la llegada de los españoles en el siglo xvi. Dicho de otra manera, Barros Arana, apoyado en otros estudios, había sobrevalorizado el criterio lingüístico en detrimento del antropológico. Obviamente que Latcham tiene razón, pero su explicación es insuficiente. La razón de que una teoría perdure tantos años y tenga, así, éxito social, se debe también a que ésta satisfacía aspiraciones, valores, creencias populares. El positivismo de Barros Arana no lo libró de la atmósfera sociocultural de fines del siglo pasado y que continuó en parte del siglo xx. El orgullo nacional de tener vinculaciones estrechas con Europa, de sentirse, incluso, los representantes de Europa en América; el predominio en los grupos más intelectuales de la cultura francesa; la creencia en la relación raza blanca-progreso intelectual-progreso económico; el sentimiento triunfalista después de la Guerra del Pacífico, la pacificación de la Araucanía, etc., hacían de los chilenos una nación que exigía una unidad sociocultural, que por esos años se expresaba en el concepto de unidad y de homogeneidad racial.

■ Probablemente el éxito social de la teoría de Barros Arana puede explicarse también con otros datos, tales como la importancia intelectual de su expositor, gran historiador, gran académico, e incluso figura internacional. Pero lo realmente significativo, desde nuestra perspectiva, fue, sin lugar a dudas, la relación existente entre la teoría y la ideología y los valores aceptados por grupos sociales importantes; por lo demás, la influencia de una concepción racista en historiadores chilenos penetra hasta mediados del siglo xx con la obra de Encina; y, por otra parte, el desprecio del aporte indígena al proceso de desarrollo de la historia de Chile se muestra en historiadores como Jaime Eyzaguirre, que enfatiza el valor de lo europeo y en especial de lo español en la formación de la cultura nacional.

Sin lugar a dudas, el Evolucionismo darwiniano empapó ideológicamente a muchos estudiosos chilenos; por ejemplo a Diego Barros Arana. A consecuencia de la imagen que presenta Barros Arana del grado de cultura de los indígenas del extremo sur de Chile, que se apoya en las descripciones que hace el joven Darwin en 1835, surgió en Chile a comienzos del siglo xx una posición ideológica antagónica que hizo uso de los conceptos de la teoría "histórico-cultural", profundamente antievolucionista, y que se expresó en los artículos y libros del sacerdote y etnólogo Martín Gusinde. Entre estos dos extremos explicativos se sitúan otros investigadores tan importantes como Ricardo E. Latcham, quien se aparta de los darwinistas y de los creacionistas para declararse partidario de los hechos y mostrar así su posición empirista inglesa. En 1911, en la Introducción a su extenso estudio "Antropología Chilena" escribió: "Hasta ahora no había hecho más que anotar todos los hechos que se me presentaban, y que versaban sobre la antropología de Chile, su arqueología y prehistoria... en algunos casos no he hecho más que dejar constancia de los hechos; y si en algunas partes he indicado lo que me ha parecido una opinión razonada, no por eso he querido establecer finalidad, sino simplemente indicar la dirección que la evidencia existente tiende a señalar, dejando al porvenir probar o desaprobar las hipótesis avanzadas".

Ahora bien, cuando nos enfrentamos a estudiosos como Max Uhle, tan importante para la formación de nuestra disciplina, pueden descubrirse matices y orientaciones ideológicas que permiten situarlo en una u otra escuela. Así para Gusinde, Uhle era un especialista que trabajaba con las categorías de la Escuela Histórico-Cultural; para otros, en cambio, era sólo un científico que expresaba las tendencias del desarrollo histórico, e incluso del "particularismo histórico". Sus cronologías, sus cuadros históricos, es decir sus periodificaciones, lo muestran preocupado de encontrar los antecedentes de la civilización precolombina y de ordenar en el espacio y en el tiempo las culturas aborígenes y su desarrollo cultural.

Nosotros hemos visualizado una periodificación de los diferentes desarrollos de la disciplina prehistórica, en donde se observan algunas tendencias predominantes de acuerdo a las teorías generales de las ciencias sociales e incluso de otras ciencias. Pero afinando cada vez más esta investigación, nos podemos preguntar hasta dónde los trabajos arqueológicos efectuados en las primeras décadas de nuestro siglo tuvieron o no una tendencia descriptiva. Tras la aparente descripción y anotación objetiva de los rasgos culturales, ¿no había una explicación o no se expresaba veladamente una tendencia teorizante? Es posible que la descripción (y así lo creemos) haya predominado en estudiosos como Barros Arana, Medina y otros; pero no hay que olvidar que en las décadas de 1870 y 1880 campeaba el darwinismo y por oposición se organizaban otras explicaciones culturales. Incluso la bandera del cientificismo, levantada por el Positivismo, ¿no era una filosofía que

rebasaba ampliamente el estudio de los fenómenos y hechos? Y el declarado factualismo de Latham ¿no estaba apoyado en las tradiciones empiristas inglesas?

La síntesis entre observación y conclusión, entre descripción y explicación se ha dado de diferentes maneras en los períodos de la Ciencia Prehistórica. Nunca se ha dejado de describir y de explicar; sólo cuando se ha perdido el equilibrio entre descripción y teoría se producen situaciones de crisis, que más de una vez se han vivido en nuestro país. Incluso, en nuestro presente, tenemos a veces la oportunidad de leer estudios en donde encontramos un recargo de explicaciones y ausencia de información empírica. Así se llega epistemológicamente a un extremo opuesto de lo ocurrido hace 60 o más años atrás.

Aparentemente lo investigado hasta ahora muestra un crecimiento de los trabajos de campo a lo largo de más de 100 años transcurridos desde la publicación de "Los aborígenes de Chile" de José Toribio Medina, que se organizó, especialmente, con la información obtenida de "viejos pergaminos", de antiguas relaciones y de los cronistas de la colonia. Sin embargo, de nuevo, las tendencias no se presentan claras; hay años de intensa actividad de campo o de estudios de museos y hay otros caracterizados por muy pocas investigaciones de terreno. La explicación de estos altibajos en las excavaciones y, en general, en los trabajos de terreno, no se encuentra sólo en la mayor o menor capacidad económica de los investigadores y de las instituciones que los patrocinan, ni tampoco en la mayor o menor gestión de las estructuras administrativas y académicas, sino que hay que buscarla en las tendencias teóricas predominantes e incluso en las opiniones sociales que existan sobre el valor de las ciencias y de las investigaciones relacionadas con ellas.

Esta situación partidista que no sólo se explica por razones de política presupuestaria sino también por concepciones filosóficas y políticas, puede ejemplificarse mejor con lo ocurrido en el período de 1960 y 1990 (Quinto Período). Sin lugar a dudas estas décadas mostraron cambios políticos e ideológicos que influyeron poderosamente en el desarrollo de la Arqueología Chilena.

Como lo hemos expresado más arriba las posiciones filosóficas materialistas históricas y culturales, asociadas con movimientos de cambio político en América y en nuestro país, se hicieron fuertes en grupos de especialistas dedicados a la Antropología y Arqueología. A fines de la década de 1960 y los primeros años de la década de 1970 se produjo en todas las ciencias sociales una fuerte ideologización inspirada en las respuestas del Materialismo Dialéctico e Histórico. Pero no sólo fue esto sino que se aspiró a cambiar la realidad de las estructuras y organizaciones sociales del país, en busca de transformaciones profundas, revolucionarias. Desde las ciencias sociales se intentó aplicar las teorías en boga, el conocimiento de la práctica para provocar los cambios.

Aquellos que no hicimos nuestra la filosofía materialista, incluso sin ser antimaterialistas, fuimos criticados duramente, no faltando las tergiversaciones de nuestro pensamiento pluralista y democrático.

La reacción que se produjo en el país, en 1973, a estas actitudes dogmáticas y uniideológicas, provocó por éstas y otras razones el “golpe militar”, otra expresión de fundamentalismo ideológico, que no sólo aplastó a las ciencias sociales sino que en especial a la Universidad de Chile.

Entre septiembre de 1973 y fines de la década de 1980 las universidades chilenas, especialmente aquellas que defendían la libertad de las ideas y el respeto de las teorías, cualquiera que ellas fuesen, sufrieron una completa intervención –sistema de los rectores delegados– que repercutió en el pensamiento filosófico, artístico, histórico, antropológico y en general humanístico y social del país. Habíamos pasado de un extremo a otro. En este contexto tan poco científico y académico se desarrollaron las investigaciones y la docencia de las ciencias sociales y en especial de la Arqueología. Como lo hemos recordado más de una vez, fue el contexto académico de la Universidad de Chile el que sufrió las mayores conmociones. Según la visión del gobierno militar el peligro estaba en esta Universidad y no en otras instituciones que sabían “adaptarse” a los nuevos tiempos.

Entre 1973 y 1989 se conjugaron entonces modelos económicos y políticos para transformar el país y, obviamente, para cambiar las directrices del desarrollo social y cultural del país. Algunos arqueólogos fueron obligados a abandonar el país o fueron expulsados de sus universidades, especialmente en la década de 1970. La mayoría de ellos, están de vuelta en Chile y en sus instituciones, sólo unos pocos no han regresado.

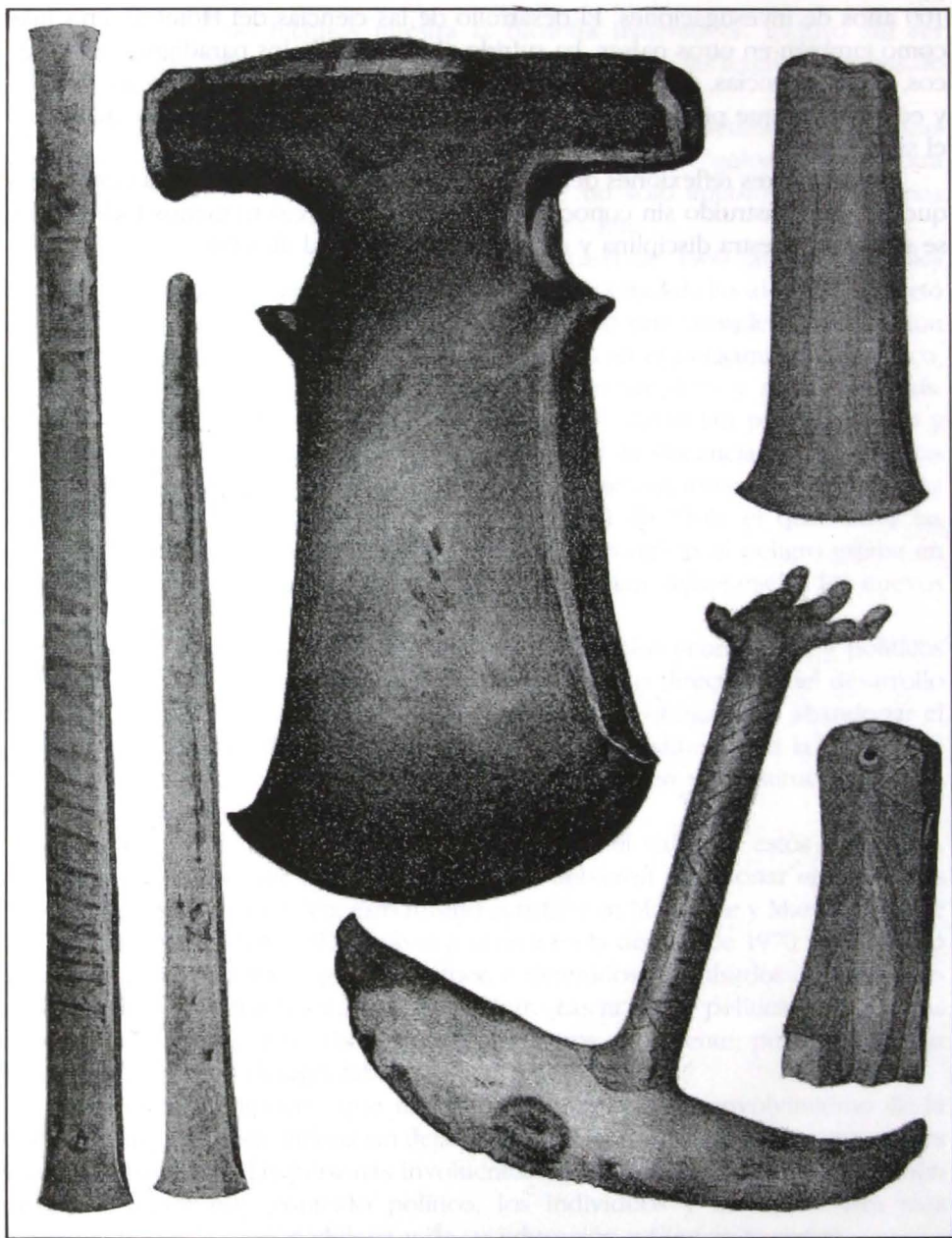
Pasó, en resumen, algo paradójal, nadie negó el valor de estos científicos, nadie dejó de reconocer su importancia, pero debieron abandonar el país o sus lugares de trabajo académico; esto mismo ocurrió con Max Uhle y Martin Gusinde en las décadas de 1910 y 1920; volvió a ocurrir en la década de 1970 y 1980. Sólo para ejemplificar, varios arqueólogos fueron detenidos, expulsados de la Universidad, vueltos a contratar y vueltos a expulsar. ¿Las razones? políticas, ideológicas e incluso –lo que es muy triste– personales. Otros, felizmente, pudieron sortear estas situaciones tan desagradables.

Se entenderá entonces, que nadie puede juzgar el desenvolvimiento de la disciplina arqueológica chilena sin dejar de considerar las situaciones contextuales y la participación de las personas involucradas, y los resultados de la interacción producida entre este contexto político, los individuos y las tradiciones más permanentes de la nación chilena y de su Educación y Ciencia Superior.

Así, una vez más, volvemos a encontrarnos con la influencia preferente de ideologías y teorías en los estudios científicos de una u otra manera después de

100 años de investigaciones. El desarrollo de las ciencias del Hombre, en Chile, como también en otros países, ha sufrido el impacto de los paradigmas ideológicos, de las creencias, de las teorías científicas y de las tendencias políticas, sociales y económicas que predominaron a fines del siglo pasado y de las que actúan en el siglo veinte.

Las anteriores reflexiones deben ser consideradas una respuesta a tantas otras que se han construido sin conocer todo lo que aconteció ni menos todo lo que se sufrió en nuestra disciplina y en nuestra Universidad de Chile.



Artefactos arqueológicos de la provincia de Atacama (hacha de cobre) y de Chile central, publicados en 1855

CAPÍTULO I

PRIMER PERÍODO, ANTES DE 1882⁵

A comienzos del siglo xx, en 1906, Carlos Porter publicó un estudio sobre la literatura antropológica y etnológica de Chile, en donde informó de la existencia de 72 artículos publicados en periódicos y revistas desde el año 1843, relacionados con estas nuevas disciplinas. Pocos años más tarde, en 1911, el mismo Porter presentó en su "Biblioteca Chilena de Antropología y Etnología", un número superior a las 200 publicaciones. Esta investigación bibliográfica del Director del Museo de Historia Natural de Valparaíso fue en parte posible gracias a la ayuda que le prestaron Ramón Laval, de la Biblioteca Nacional, Alejandro Cañas Pinochet, que puso en sus manos "Libros y artículos raros", y Ricardo Latcham, un inglés que comenzaba a destacar en las disciplinas antropológicas. El propio Latcham, buen amigo de Porter, le escribió el Prólogo, en donde se quejaba de lo poco que se conocía de la literatura antropológica y etnológica. Según Porter, "otro tanto puede decirse de la arqueología y de la prehistoria del país. Salvo por algunos párrafos aislados en las obras de diversos autores y uno que otro tratado sobre un punto especial, casi nada se sabe de estas cosas". Así la arqueología y la prehistoria, "esa rica fuente que tanta luz nos daría sobre los orígenes de las antiguas razas del país", se encontraban muy descuidadas; la situación le parecía lastimosa y casi inverosímil, en un país culto.

Sin embargo, en el siglo xix se había publicado un importante número de artículos sobre temas que ahora involucramos en los conceptos de etnología y de prehistoria, además de varios informes y estudios sobre lingüística y exploraciones de regiones desconocidas, que también daban noticias sobre los aborígenes de diferentes partes del territorio nacional. Pero esto no era todo. Un joven investigador, conocido más allá de las fronteras, publicó a la edad de 30 años un voluminoso libro sobre los aborígenes del país. Esto ocurrió en 1882 y su autor fue José Toribio Medina. Por lo demás, la publicación de Medina no fue, por esos años, el único hecho importante. Entre 1878 y 1882 se concentraron varios acontecimientos que vamos a recordar por orden cronológico.

⁵Este capítulo se apoya en un trabajo nuestro publicado en 1975, "Comienzos de la Ciencia Prehistórica de Chile", incluido en el libro "7 Estudios, Homenaje de la Facultad de Ciencias Humanas a Eugenio Pereira Salas", Stgo., Chile. Hay separata.

El 28 de julio de 1878 se reunió en Santiago un grupo de personalidades provenientes de las más variadas actividades con el fin de organizar una Sociedad Arqueológica. Convocados por los señores Luis Montt⁶, Wenceslao Díaz⁷ y Demetrio Lastarria⁸; concurren: Rafael Garrido⁹, Marcos Maturana¹⁰, José Toribio Medina, Augusto Orrego Luco¹¹, Rodulfo Amando Philippi, Federico Philippi y Augusto Villanueva¹². Además de este grupo selecto de hombres, estaban en conocimiento del proyecto de crear la Sociedad los señores Francisco Astaburua-ga¹³, Gonzalo Bulnes, Pedro Montt, Luis Zegers¹⁴ y Francisco Vidal Gormaz.

En esta sesión preparatoria, "el señor Maturana propuso que se diera desde luego por constituida la Sociedad con las personas que habían adherido a la invitación; y que se designase para presidente y secretario provisorios a los señores doctor Philippi y Montt, y al doctor Díaz para que presente en la próxima reunión un proyecto de estatutos. Así se acordó"¹⁵.

La primera sesión ordinaria se celebró el 1º de septiembre del mismo año, confirmando como presidente de la Sociedad al científico naturalista Dr. Rodulfo A. Philippi; el Dr. Díaz y el señor Astaburua fueron designados Vicepresidentes y secretario el abogado Montt.

Según el artículo primero de sus estatutos, la Sociedad se proponía:

"Estudiar la etnografía americana en todos sus períodos;

"Estudiar las lenguas americanas como elemento etnográfico y arqueológico;

⁶Luis Montt (1848-1909). Abogado, Profesor de Literatura, Diputado, fue desde 1886 hasta su muerte Director de la Biblioteca Nacional.

⁷Wenceslao Díaz (1843-1895). Médico y escritor científico. Decano de la Facultad de Medicina. Jefe de la Comisión Sanitaria en la Guerra del Pacífico.

⁸Demetrio Lastarria (1846-1891). Abogado y político, Ministro en el gobierno de Balmaceda.

⁹Rafael Victorino Garrido (1840-1903). Funcionario público de vasta erudición, conocía cinco idiomas y cultivaba la Filosofía, la Filología y el estudio de las antigüedades. Importante coleccionista de objetos indígenas.

¹⁰Marcos Segundo Maturana, militar, participó en la guerra de Arauco y en la del Pacífico, en donde tuvo un gran papel (Batalla de Miraflores). Se retiró con el grado de General de Brigada.

¹¹Desde 1873 médico cirujano, académico de la Facultad de Medicina. Siguió estudios en Europa y fue discípulo de Charcot. Presidente de la Cámara de Diputados en 1886.

¹²A. Villanueva, ingeniero civil, acompañó a Domeyko en las exploraciones del desierto de Atacama (1872). Terminó su vida dedicada a las actividades bancarias. Murió en 1926.

¹³Francisco Solano Astaburua (1817-1891). Diplomático, político, escritor, hombre de ciencia. Conocido, entre otras publicaciones, por su Diccionario Geográfico de Chile (1867). Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades.

¹⁴L. Zegers. Ingeniero y astrónomo (1849-1925). Sucedió a Domeyko en la cátedra de Física, que desempeñó durante 42 años.

¹⁵Revista de la Soc. Arqueológica de Stgo., pág. 14. Stgo. de Chile, 1880.

REVISTA

DE LA

SOCIEDAD ARQUEOLÓGICA

Tom. I.

Santiago, enero 1.º de 1880.

Núm. 1.

PROSPECTO

La presente Revista aparece para sacar a luz los trabajos de la *Sociedad Arqueológica de Santiago*.

Propónese la Sociedad, siguiendo el programa que en sus estatutos se ha trazado, estudiar las antiguas razas americanas, sus emigraciones, su idioma, su civilización, i reunir principalmente noticias i documentos sobre la raza chilena o araucana, que aun ocupa parte de nuestro territorio, i cuya arqueología está mas a nuestros alcances desentrañar.

Este problema del oríjen de los indígenas americanos, ocupó a muchos escritores del siglo dieziseis i diecisiete; pero no preparados del candal científico que él requiere, sin observar los hechos aquí en su mismo teatro, i con criterio no esento de preocupaciones, poco o casi nada puede aprovecharse de sus estudios que, mas o menos injeniosos, están ya relegados al dominio de las especulaciones sin base de realidad.

La etnografía, nacida en este siglo, casi jeme-la de la filología comparada, debe sus mejores progresos a las asombrosas revelaciones de ésta, i continuando el camino que ella le señala, ha

de seguir arrojando nuevos rayos de luz sobre las emigraciones humanas anteriores a la historia escrita.

De este oscuro período, aunque dispersados por la guerra i soterrados por la mano de los siglos, descúbrese cada día fragmentos de construcciones, jeroglíficos, pinturas, ídolos, armas, utensilios domésticos i hasta telas; testigos mudos de los acontecimientos de que fué teatro este continente, responden sin embargo a las interrogaciones laboriosas de quien se detiene a examinarlos.

Muchos monumentos, cuya pérdida es quizás irreparable, desaparecieron cuando la conquista. Mas que la ignorancia de los conquistadores, su espíritu caballeresco i su fe exaltada, los llevó a destruir cuanto sonaba a idolatría o podía despertar en el indio el sentimiento nacional; pero se debe tambien al celo de la predicación evangélica, la conservación en centenares de artes i vocabularios, de los idiomas indígenas que han desaparecido despues al contacto de las cultas lenguas europeas.

Apesar de su rudeza i de sus violencias, es justo reconocer que los conquistadores espáño-

“Estudiar las antigüedades americanas en sus diversas fases y ramos;
“Procurar la publicación de obras que se relacionen con los objetos anteriores;
“Publicar una lista de sus trabajos;
“Hacer adquisiciones i canjes de objetos i obras que se relacionan con su institución para formar un museo i una biblioteca”.

El 1º de enero de 1880, la Sociedad Arqueológica de Santiago, luego de “disipadas por fin las zozobras naturales” de los primeros años de guerra, pudo entregar el primer y único ejemplar de su revista. Su lectura nos entrega una cantidad impresionante de datos, algunos relacionados con las personas que participaban en las labores científicas de la Sociedad, otros referentes a los yacimientos y colecciones de antigüedades que comenzaban a ser estudiados.

En primer lugar, llama la atención un corto artículo en la sección Bibliografía en donde se recogen algunos comentarios hechos al catálogo “Colección de Antigüedades americanas, ídolos, armas, utensilios domésticos, etc., exhibidas por la Sociedad Arqueológica, Santiago; imprenta de la librería del Mercurio, 1878”. En este comentario se recuerda que la exhibición “que tuvo lugar en los altos del palacio del Congreso, en uno de los salones destinados a la Biblioteca Nacional, la hicimos para contribuir a las fiestas patrióticas de Septiembre, fue verdaderamente improvisada. Su catálogo espendido al público como un simple guía, aunque incompleto lleno de errores tipográficos por las pocas horas en que fue impreso, ha merecido sin embargo el honor de ser incluido en la Biblioteca Boliviana de don Gabriel René Moreno”. A continuación, los redactores de la revista copian un comentario del Sr. Moreno: “Sorprendió al público la abundante cosecha de objetos indígenas obtenida en los pocos meses que la Sociedad llevaba de labor. Señaladamente, la parte chilena sobrepujo a la pobre idea que antes se tenía en cuanto a poder formar con ella una colección que brindase margen a estudios prehistóricos. Los estantes 3 i 4 contienen objetos incásicos preciosos, traídos del Perú y de Bolivia”¹⁶.

Al finalizar estos breves comentarios los redactores de la revista señalaron con legítimo orgullo: “Nuestro catálogo, breve i modesto, como es, tiene el mérito de ser la primera publicación de su género hecha en Chile”.

La revista de la Sociedad se iniciaba con un “Prospecto” firmado por Luis Montt, en donde se expresaba el deseo de impulsar un género de estudios poco cultivado en los países americanos, “i a estrechar los lazos que siempre deben unir a la gran familia americana”.

¹⁶Revista de la Sociedad Arqueológica, *ob. cit.*, pág. 18.

A continuación, venían varios artículos que daban noticias especialmente de algunos artefactos arqueológicos tanto de Chile como de otros países. Así, Nicolás Acosta, de La Paz, miembro correspondiente de la Sociedad, firmaba un artículo titulado “Antigüedades Bolivianas”, que estaba acompañado de 2 láminas (I-II). Luis Montt era el autor del artículo “Antigüedades Chilenas”, también con dos láminas (III-IV), en donde se daban datos relacionados con excavaciones efectuadas por don Niceto Varas en Chellepin; en Salamanca, Illapel y en Punta de Teatinos, al norte de Coquimbo, hechas por Prudencio Valderrama. Cuenta don Luis Montt que “durante el invierno de 1875, don Prudencio Valderrama descubrió algunos antiguos túmulos de indios pescadores en la punta de Teatinos al Norte del puerto de Coquimbo, en el departamento de este nombre. Estos túmulos formados como casi todos los que se hallan en el resto de Chile, de tierras i piedras, cuando no han sido desgastados por la lluvia o el arado, tienen la forma de un cono, i su altura, dos metros a lo más, correspondía probablemente a la calidad de la persona a que se destinaban. Llevado por esta idea, el señor Valderrama abrió los más altos, i sus esperanzas no salieron fallidas, porque encontró en ellos multitud de objetos, tales como ídolos de greda; cuentas de piedra para collares; agujas de cobre i de hueso; puntas de flechas; pitos de piedra; cucharas de hueso; cántaros i pequeños librillos i platos de greda pintados; anzuelos de cobre; fragmentos de remos petrificados, i muchos otros objetos de uso desconocido”¹⁷.

El tercer artículo de carácter arqueológico descriptivo estaba firmado por Philippi y se denominaba “Antigüedades Ecuatorianas”. El autor comentaba que se trataba de una colección que posee el Museo Nacional gracias al fraile Benjamín Rencoret, quien la obsequió, y al farmacéutico Sr. Nicolás Fuentes, quien la vendió. Siguiendo el diseño de los anteriores artículos se describían los materiales arqueológicos que aparecían en las láminas (V y VI).

Al dar vuelta las siguientes páginas de la Revista, nos encontramos con dos artículos que no tienen firma de autores: “El araucano antiguo i el araucano moderno” y “La jeografía antigua de Chile”, que es un listado de nombres indígenas de localidades, pueblos, valles, ríos, etc., de Chiloé. Comenta el autor desconocido¹⁸ de la geografía antigua de Chile que “en la generalidad de los casos, los hemos tomado del apreciable Diccionario Geográfico de Chile del señor Astaburuaga, de los mapas de Pissis; de antiguos historiadores, de títulos de encomiendas; i de expedientes entre partes o escrituras públicas”¹⁹.

La Revista termina con el resumen de las primeras sesiones de la Sociedad, con la publicación de sus Estatutos, con la transcripción de algunas cartas dirigidas

¹⁷Revista de la Sociedad Arqueológica, *ob. cit.*, págs. 5, 6.

¹⁸Algunos bibliógrafos atribuyen este artículo a José Toribio Medina.

¹⁹Revista de la Sociedad Arqueológica, *ob. cit.*, pág. 12.



Don José Toribio Medina, autor de "Los aborígenes de Chile" (1852-1930)

al secretario por distinguidas personalidades que aceptaban ser miembros de número correspondientes (cartas de Domingo Santa María, Benjamín Vicuña Mackenna, Daniel Barros, Bartolomé Mitre, etc.), con la lista de socios, que incluye, además de los ya anteriormente citados, al historiador Diego Barros Arana.

En la última página de la Revista (la 18) hay dos artículos de carácter bibliográfico: uno que se refiere al catálogo de antigüedades, ya comentado por nosotros, y el otro firmado por Philippi e intitulado "Antigüedades Norteamericanas".

El tercer acontecimiento de los años 1878-1882 es la publicación del libro de *José Toribio Medina* "Los Aborígenes de Chile", en 1882. Este libro ha sido abundantemente elogiado y es conocido de muchas personas²⁰. Sin embargo, es necesario insistir en algunos aspectos metodológico-teóricos que han sido poco tratados.

Recordemos, en primer lugar, siguiendo a Looser, que "el volumen de Medina es un trabajo de largo aliento, fruto de lecturas dilatadas, de viajes y del estudio de colecciones importantes. En sus cuatrocientas y tantas páginas, recopiló con acierto lo principal que se sabía entonces sobre nuestros indios"²¹. Insistiendo en cómo obtuvo información, Looser recuerda que "recorrió los desiertos de Tarapacá en busca de datos arqueológicos, y mientras se desarrollaban en la Araucanía los últimos acontecimientos de la peligrosa y larga lucha de su conquista y pacificación por las armas de la República, partió a la tierra de los indios para estudiar en el terreno mismo sus costumbres, la organización social y sus creencias. Recorrió a caballo leguas de leguas, yendo de una reducción a otra, desafiando los peligros de los ataques de los indios sublevados"²².

Medina tiene conciencia de estar escribiendo un libro que por primera vez trata de los múltiples problemas e incógnitas relacionados con el pasado de los aborígenes de Chile. "El libro que hoy damos al público con verdadera desconfianza, pero no con menos voluntad de auxiliar el descubrimiento de este género de estudios de tanto interés como importancia, adolece, como es natural, de la carencia absoluta de precedentes en este orden, viéndose así el que recorre este

²⁰Don Ricardo Latcham, en 1923, en la Revista Chilena de Historia y Geografía (Nº 51, tomo XLVII, año XII) se refirió así al libro de Medina: "En resumen, no podemos sino repetir que después de los largos años que hemos dedicado a estos estudios, en nuestro concepto, Los Aborígenes de Chile, escrito por don José Toribio Medina y publicado en 1882, es el libro que ocupa el primer lugar entre los que tratan de estos temas; que su valor científico es tan real hoy como en el día en que se dio a luz; y que por mucho que se escriba posteriormente, jamás perderá su mérito" (pág. 307).

²¹G. Looser: "Los Aborígenes de Chile de don José Toribio Medina", extracto de la Rev. Chilena de Historia Natural, pág. 29, año XXXV (1931).

²²G. Looser, "Los Aborígenes de Chile", de don José Toribio Medina, *ob. cit.* pág. 29.

camino sin más auxiliar que su propio criterio. Y, a pesar de esto, se habría dado ya un gran paso si pudiera decirse que las exploraciones en las diversas secciones de nuestro territorio estaban completas; mas, si exceptuamos las colecciones de objetos indígenas de Chile existentes en el Museo Nacional, la que obra en nuestro poder, las que con afanoso tesón y diligente busca han logrado acopiar los señores don Luis Montt, don Rafael Garrido, y otras casi insignificantes que existen en Chile en diversas manos, y en los museos de Washington, Berlín y Sèvres, puede decirse que todo lo demás yace sepultado en el fondo de las antiguas huacas, o en las entrañas de la tierra”²³.

La situación de la arqueología nacional en los años que estamos historiando, es vista por Medina con “claros y oscuros”. Sobre todo al comparar los estudios efectuados en otros países como en Perú y Méjico, con los de Chile, sus conclusiones se centran en la pobreza y escasez de los restos arqueológicos de Chile los que, incluso, no son ni conservados debido “a la incuria e ignorancia de nuestros antepasados, y en proporción creciente a medida que las exigencias de la industria o de la agricultura se iban haciendo sentir”. Por otra parte, Medina sabe que todos los pueblos han dejado algún tipo de huellas de su existencia. “Estas huellas de nuestros aborígenes, por regla general es necesario buscarlas en los sepulcros que encierran sus restos desagregados, y después de largas y repetidas observaciones, llegar a una síntesis que nos permita establecer de una manera siquiera aproximada el grado de adelanto que alcanzaron. Este resultado es de ordinario fruto de la paciente labor de muchos hombres y a veces hasta de generaciones sucesivas, pero como se comprende, para arribar a ese término es necesario comenzar alguna vez, echar los cimientos del vasto edificio para que, más tarde, observaciones nuevamente repetidas y mejor comprobadas, nos conduzcan a verlo acabado de una manera definitiva y completa”²⁴.

Según Medina, el estudio de los restos y yacimientos arqueológicos exige la comparación con “las antigüedades prehistóricas” encontradas en otros países.

Así poco a poco se irán conociendo nuevos datos y los progresos de “la ciencia de la antigüedad” serán una realidad. Para lograr lo anterior, incluso en la mejor forma posible, hay que efectuar otros estudios tales como aquellos “que se derivan del estudio del idioma, que en nuestro caso nos ha sido de gran utilidad; el testimonio de los viajeros respecto de los pueblos salvajes que aún viven o que han existido en un estado semejante al que debió reinar en aquella edad primera del género humano; los dictados de la geología y de la paleontología y el examen comparado y analítico de los cráneos para la determinación de las razas y sus

²³J.T. Medina, “Los Aborígenes de Chile”, pág. 7; Stgo. de Chile, 1952.

²⁴J.T. Medina, *ob. cit.*, pág. 6.

afinidades". Así, con todos estos antecedentes, "tendremos de esta manera diseñado el programa a que ajustaremos nuestros procedimientos, prefiriendo en todo caso anteponer a nuestras propias deducciones las de los hombres eminentes que con tanto criterio y perspicacia se han dedicado en estos últimos años a tan interesantes estudios"²⁵.

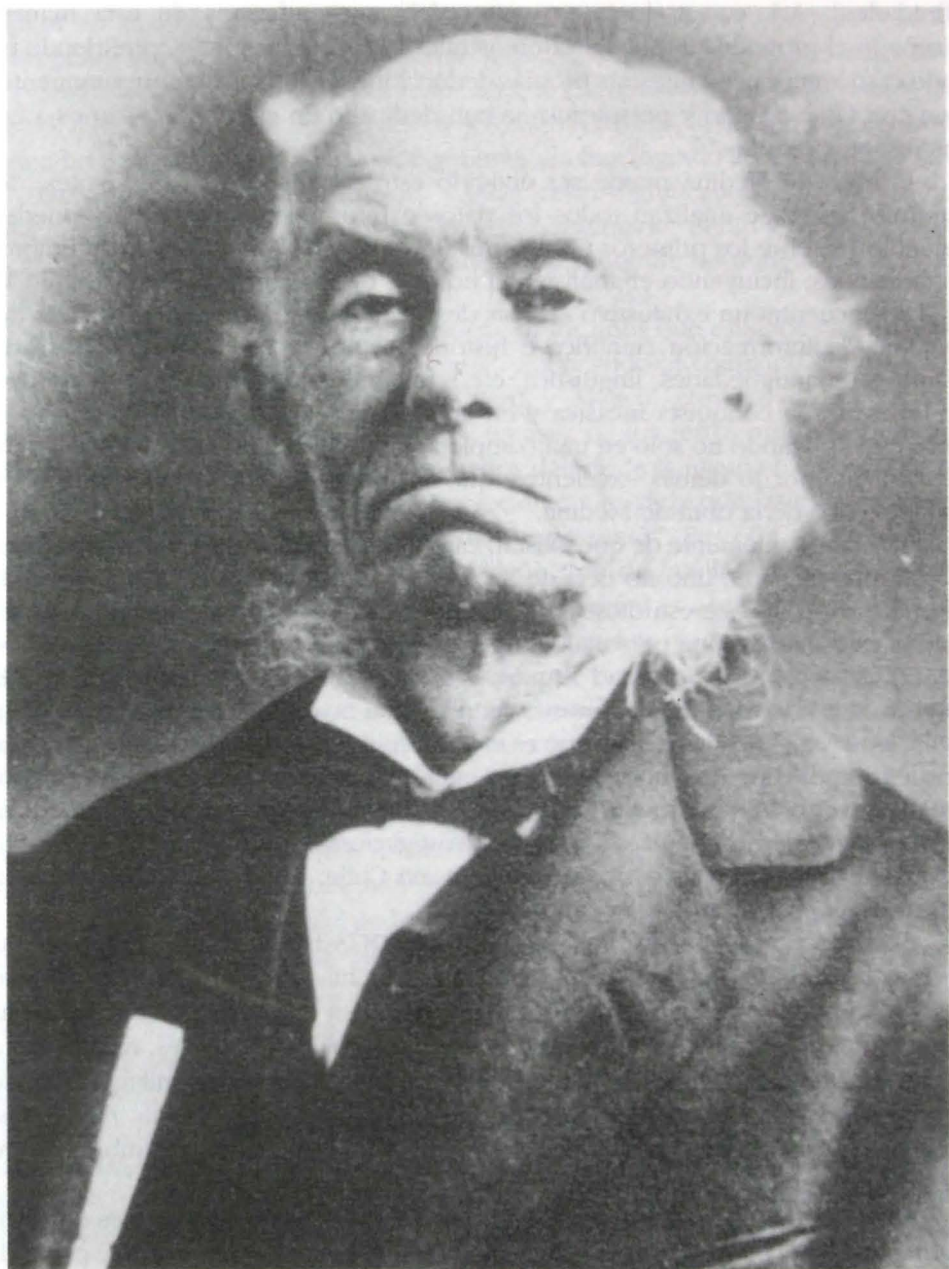
El libro de Medina puede ser dividido estructuralmente en tres partes; del capítulo I al V se analizan todos los datos e informes científicos que pueden orientarnos sobre los primeros pobladores de Chile y de América, sus costumbres y tradiciones, incluyendo el análisis del nombre de nuestro país. Del capítulo VI al X se encuentra un exhaustivo análisis de la cultura araucana, haciendo uso del máximo de información científica e histórica (etnohistoria, antropología física, estudios de antigüedades, lingüística, etc.); finalmente, los dos últimos capítulos se refieren a la conquista incásica y en general a la "edad de Bronce". Todo el libro está apoyando no sólo en una completa bibliografía sino en un gran número de láminas, por lo demás excelentes, que enriquecen en gran manera el valor arqueológico de la obra de Medina.

Independientemente de que existan capítulos de Medina que están superados por la investigación, uno no deja de sorprenderse ante la calidad y magnitud de la publicación de este estudioso. ¿Cómo explicarse la aparición de esta obra? ¿Es sólo el producto de una personalidad genial o se apoya en otras investigaciones? Lo expuesto sobre la Sociedad Arqueológica de Santiago y la publicación de la Revista de la Sociedad pueden mostrar que Medina no es únicamente un precursor de la Arqueología chilena, sino que es el hombre producto de un interés creciente por los estudios de los aborígenes; este interés es asistemático y vacilante; y por mucho tiempo siguió teniendo estas características, incluso después de Medina; pero permitió, cada vez más, organizar investigaciones serias y mostrar a lo largo de los años, ya en el siglo xx, la existencia, en Chile, de una segura orientación en los estudios prehistóricos y antropológicos.

Buscando más atrás de los años claves (1878-1882), y al revisar algunas revistas tales como "Anales de la Universidad de Chile", el "Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile" y la Revista Chilena, aparecen algunos artículos y noticias interesantes que ayudan a completar el cuadro de los antecedentes, mostrando a los verdaderos precursores de los estudios que historiamos. Casi milagrosamente surgen los informes sobre nuevas regiones exploradas y sobre sus habitantes, sobre los changos, los atacamas, los araucanos, los fueguinos y también sobre aspectos culturales de la Isla de Pascua.

Antes de 1880, el autor que destaca por el número de publicaciones es el Dr. *Rodulfo A. Philippi*, naturalista de nacionalidad alemana que llegó a Chile en 1851.

²⁵J. Toribio, "Los Aborígenes de Chile", *ob. cit.*, pág. 7.



Dr. Rodolfo Amando Philippi (1808-1904)

El Dr. Philippi había nacido en Charlottenburgo, cerca de Berlín el 14 de septiembre de 1808. Estudió medicina en la Universidad de Berlín y se tituló en 1830. Sin embargo, nunca ejerció la profesión de médico. Ya en 1830 había viajado a Italia, efectuando estudios, en Nápoles y Sicilia, de fauna marina y de geología de las zonas volcánicas. En 1836 publicó su primera obra científica que trata sobre los moluscos de Sicilia.

Desde 1848 adelante participa en labores políticas, siendo nombrado consejero de la Municipalidad de Cassel. Esta misma participación política lo llevó a tener problemas cuando se produjo un cambio de gobierno. Aconsejado por su hermano Bernardo, volvió su mirada a Chile. Ya en Chile, el 7 de octubre de 1853 fue nombrado profesor de Zoología y Botánica de la Universidad de Chile y pocos días más tarde, el 20 de octubre, el gobierno, aconsejado por Andrés Bello, lo designó Director del Museo Nacional. Este científico, cuyas publicaciones alcanzan a 450, también se preocupó por una buena cantidad de temas relacionados con la arqueología americana y chilena²⁶. Incluso, su interés se manifiesta por los objetos etnográficos de los indios del sur de Chile. Recuerda el naturalista Bernardo Gotchlich que Philippi se trasladaba en las vacaciones al fundo San Juan, situado al sur del Río Bueno. Con sus hijos colectaba plantas, ejemplares zoológicos y objetos etnográficos pertenecientes a los indios cuncos, que vivían vecinos a las tierras de los Philippi.

En su libro "Viaje al desierto de Atacama", publicado en 1860, manifiesta interés por las costumbres de los changos y los atacamas, como también menciona todos aquellos restos arqueológicos que le parecen importantes, como las ruinas de Quito, cerca de San Pedro de Atacama, o los petroglifos de Machuca.

Desde que tomó la dirección del Museo Nacional, continuando la labor señera de Claudio Gay, enriqueció las colecciones arqueológicas y etnográficas, sea recolectando personalmente, recomendando el envío al Museo de Santiago de todo tipo de antigüedades, o comprando colecciones procedentes de Chile o de los países vecinos.

Antes de 1876, año de su traslado al palacio de la Exposición Internacional, el Museo Nacional o de Santiago, como también se le llamaba, estaba situado en el segundo piso del local de la Biblioteca Nacional. Se trataba de un edificio de adobe, con dos pisos, cuyo frente tenía unos 35 metros, situado en la calle Catedral esquina de Bandera. Este edificio había sido construido a partir del gobierno del General Bulnes, expresamente destinados los bajos para la Biblioteca y las oficinas de la Universidad y los altos para el Museo Nacional. Recuerda don Ramón

²⁶De acuerdo a nuestras investigaciones, las publicaciones de Philippi, en estas materias, alcanzan a más de 20, distribuidas entre 1860 y 1904.

Briceño que "la parte de los altos la ocupaba totalmente el Museo Nacional, y se llegaba a ella por una amplia escalera de piedra incrustada en el centro del ala Sur del edificio". Se abrió al público los días jueves y éste concurría en gran número admirando las colecciones de minerales, aves, peces, crustáceos, conchas, insectos, plantas y animales en general, y también algunas antigüedades de los indios de Chile y de diferentes partes de América.

Philippi, como Director, supervisó el traslado del Museo a uno de los edificios principales de la Exposición Internacional de Santiago. Bajo la presidencia de Errázuriz en 1874, se había ordenado iniciar los preparativos; la Exposición se inauguró el 16 de septiembre de 1875; concurren 28 naciones y el número de exponentes alcanzó a 3.000. Encina²⁷ recuerda que el solo palacio central, a donde se trasladó en enero de 1876 el Museo, costó \$ 500.000. La superficie edificada pasó de 8.000 metros y el recinto cerrado abarcó 30 hectáreas.

El naturalista Philippi, además de sus múltiples investigaciones, publicaciones, exploraciones, clases y trabajos en el museo, se dio tiempo para hacer varias publicaciones de etnografía y de antigüedades y restos arqueológicos.

En 1872 se preocupó de analizar algunos aspectos de la etnografía de los indios jíbaros del Ecuador²⁸. En los años 1873 y 1875 colocó su atención en la isla de Pascua, que aún no había sido anexionada a Chile²⁹.

Como en el Museo había una colección de antigüedades peruanas incluyendo varias momias, publicó varios estudios sobre algunos de estos restos. Estos artículos publicados en la Revista Chilena y en los Anales de la Universidad fueron escritos en 1875, 1877 y 1879³⁰.

En la misma Revista Chilena, en dos ocasiones por lo menos, en 1876 y en 1878, escribió y tradujo artículos relacionados con la descendencia del Hombre y la edad del género humano. En algunas páginas más adelante, volveremos a estos artículos cuando nos preocupemos de las discusiones originadas en Europa alrededor de la teoría darwinista.

Visto todo lo anterior no puede extrañar a nadie la importante contribución del naturalista alemán a la organización de la Sociedad Arqueológica de Santiago.

²⁷Historia de Chile, t. xv, pág. 447.

²⁸"Una cabeza humana adornada como dios entre los jíbaros (Ecuador)". Anales de la Universidad de Chile, xii (1872).

²⁹"La Isla de Pascua y sus habitantes". Anales de la Universidad de Chile. Tomo XLIII, 1873. "De la escritura jeroglífica de los indígenas de la Isla de Pascua". Anales de la Universidad de Chile, t. XLVII, 1875.

³⁰"Algo sobre las momias peruanas". Revista Chilena, t. i, 1875. "Descripción de los antiguos vasos peruanos obsequiados por el coronel Maturana"; Anales de la Universidad de Chile, t. LII, 1877. "Descripción de los ídolos peruanos del Museo Nacional de Santiago". Anales de la Universidad de Chile, t. LV, 1879.



Don Claudio Gay (1800-1873)

El aporte del sabio Philippi no terminó en 1878; ya hemos recordado sus estudios que aparecieron en el primer número de la Revista de la Sociedad. Continuó por muchos años y volveremos a recordarlo cuando estudiemos el segundo período de la historia de la investigación prehistórica (1882-1911).

Junto al gran estímulo que significaba para los primeros estudiosos la presencia de los aborígenes, no debe dejar de tomarse en cuenta que desde el primer momento la investigación de las antigüedades estaba profundamente relacionada con las ciencias naturales. El resto arqueológico se recolectaba como el resto mineral o los ejemplares de la flora; había que clasificarlo, organizar tipos. Los métodos empleados eran los que usaban los naturalistas.

Antes de la presencia de Philippi, otros sabios europeos habían también mostrado interés por los restos etnográficos y las antigüedades. Ellos son Claudio Gay e Ignacio Domeyko.

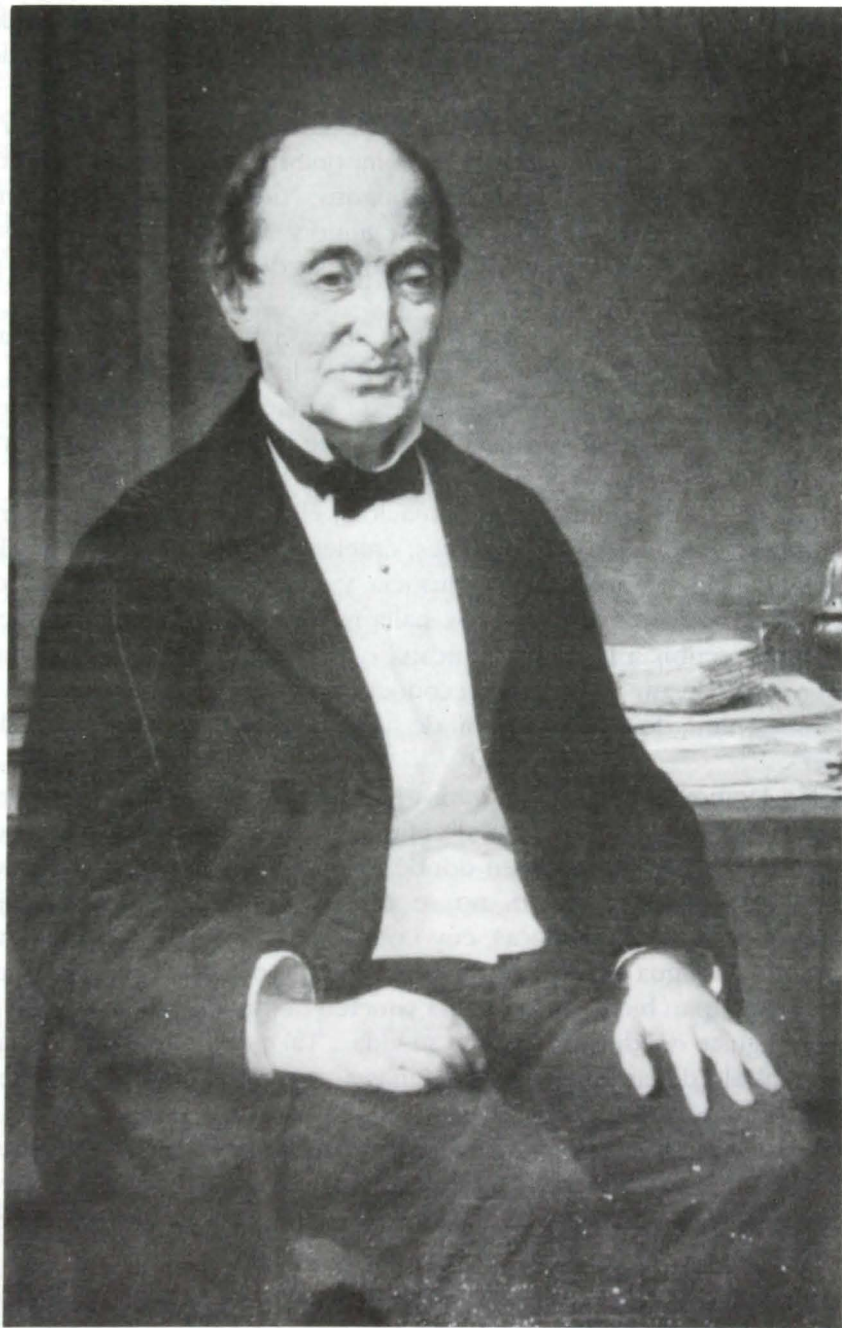
Claudio Gay, que llegó a Chile en 1828 y que fue comisionado por el Ministro Portales en 1830 para hacer una exploración del territorio nacional, poco a poco se adentró en los estudios de la historia natural, de la geografía y de la historia política de Chile. No pudo dejar de preocuparse, también, de las antigüedades chilenas, y así fue como publicó, en 1854, dos láminas sobre ellas en su "Atlas" de la Historia Física y Política de Chile.

Además de estas láminas publicó otras seis, bastante conocidas, con escenas de la vida de los araucanos. También en una lámina en donde aparece una vista del puerto de Huasco se pueden ver dos balsas de odres de cuero de lobo infladas.

Las láminas de Gay son un año más antiguas que las que aparecieron en la publicación de la Expedición Astronómica naval de los Estados Unidos al Hemisferio Sur. La publicación norteamericana es de 1855 y, aunque está escrita en inglés, fue bastante importante, incluso porque fue conocida en Chile. El propio Philippi la cita en 1875 en lo que se refiere a los restos arqueológicos de Chile y Perú³¹.

El otro naturalista que merece recordarse es *Ignacio Domeyko*. Domeyko, geólogo y mineralogista, graduado en Ciencias Físicas y Matemáticas en Polonia y en la Escuela Superior de Minas de París, profesor de la Universidad de Chile, primer decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas y Rector de ella

³¹Esta expedición vino a Chile con el propósito de determinar la distancia de la tierra al sol y de observar desde el hemisferio Sur a los planetas Venus y Marte. Naturalmente que aprovecharon para hacer otros estudios, incluyendo los arqueológicos y etnográficos. La expedición norteamericana fue dirigida por el teniente J. M. Gillis. En el t. II de la publicación aparecieron varios apéndices sobre Minerales, Pájaros, Mamíferos, Peces, Conchas, Fósiles y Antigüedades. El autor de este informe (con 3 láminas en colores) fue Thomas Ewbank (págs. 111-150), Washington, A.O.P. Nicholson, Printer, 1855.



Don Ignacio Domeyko (1802-1889)

en 1867, publicó en 1845 un libro sobre la Araucanía y sus habitantes, que hoy día adquiere gran importancia para conocer algunas costumbres de los araucanos de esos años³².

En esta publicación Domeyko hace especial mención, de acuerdo a su personal experiencia, de la dualidad del comportamiento de los araucanos. En tiempos de paz, son justos, cuerdos, hospitalarios, “fiel en los tratos, reconocido a los beneficios, celoso del propio honor. Su genio y sus maneras son más suaves y casi diré más cultas, en cuanto a lo exterior, que las de la plebe en muchas partes de Europa”.

El pacífico araucano es agricultor, tiene su casa bien hecha; son alfareros, plateros, tejedores. Sus caciques que viven en los llanos poseen, algunos, hasta 400 y más caballos y cantidad considerable de ganado. En la costa, con menos riqueza, la pesca, el luche, los mariscos y “el beneficio de la sal” les suministran otros tantos medios de subsistencia de que carecen los de los llanos.

Pero cuando se encuentran en una situación bélica, “en la hora del desenfreno de sus pasiones” son además de valientes, crueles y destructores de todo lo que se les enfrenta. Un ejemplo de la injusticia y del desborde irracional de los hombres “es la triste condición a que se halla reducida la infortunada mujer”.

Luego de describir a la mujer araucana que conoció dice “basta entrar una sola vez en casa de un indio para reconocer en sus esposas la imagen de la verdadera esclavitud, de la degradación de su bella naturaleza y del noble destino de la mujer”.

También Domeyko escribió en varias páginas las costumbres mortuorias de los araucanos; los preparativos para el entierro; el ajuar femenino que se coloca en “una canoa” junto a la canoa en donde se encuentra el difunto. Al sacar “la fatal canoa del hogar doméstico, no se descuidan los apasionados hijos en observar las supersticiosas prácticas, cuyo objeto es el impedir que la extraviada alma vuelva a la antigua morada de su casa”. Luego, puesto los restos en el foso “los riegan y empapan bien con la bebida y meten dentro de la tumba todo lo que había sido del gusto del difunto durante su vida... Tal es el entierro de un bárbaro, verdadero símbolo de las creencias araucanas acerca de la inmortalidad del alma y de la vida futura del hombre”.

La opinión de Domeyko acerca del pueblo araucano se acerca a la del historiador del siglo XVIII, Molina (Historia natural y civil de Chile) quien al ver una mezcla de tanta imperfección y de indicios de una civilización muy avanzada la

³²“Araucanía y sus habitantes”, Stgo. 1845. Además de este libro etnográfico, Domeyko se interesó por algunos estudios paleontológicos. Así, por ejemplo, en los Anales de la Universidad, en 1868. T. XXXI, 2º semestre, págs. 369-374, publicó un artículo titulado: “Algunas palabras sobre el terreno en que se hallan huesos de mastodontes en Chile”.

tomó por un residuo de algún gran pueblo ilustrado que debió caer por alguna de aquellas revoluciones físicas y morales a que está también sujeto nuestro globo.

En 1862 Domeyko publicó un artículo con W. Díaz en los Anales de la Universidad de Chile, acerca de un "excursión geológica a las cordilleras de San Fernando, hecha en el mes de febrero de 1861"³³, en donde menciona el hallazgo de un alero o abrigo rocoso denominado "Casa Pintada" que contenía pinturas de carácter geométrico que nuestros estudiosos estiman ser "figuras muy imperfectas de los indios". Un poco más de un siglo después nos preocuparemos de estas pinturas a propósito de la hipótesis de Berry Fell, de la Universidad de Harvard³⁴.

Por los mismos años que publicaba Philippi, en el Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, entre 1875 y 1881, aparecieron numerosos informes de expediciones a las regiones del Sur y extremo Sur y sobre la Isla de Pascua, en donde se exponían, a veces muy brevemente, algunas costumbres de los aborígenes que habitaban estas regiones. Entre estos artículos son dignos de mención los de Carlos Juliet, de Enrique Ibar Sierra, de Francisco Vidal Gormaz, de Tomás Rogers, de Enrique Simpson³⁵.

Antes que el capitán de fragata Francisco Vidal Gormaz fundase el Anuario Hidrográfico, era la Revista de la Universidad de Chile la que principalmente daba a conocer este tipo de informes, además de otros correspondientes a los campos científicos y literarios. Así, por ejemplo, en 1863, Guillermo E. Cook publicó su "Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia" en donde describió las costumbres de los pehuenches, tehuelches y otros grupos de aborígenes de la región.

Así, en la más antigua de nuestras revistas científicas y universitarias se pesquisan artículos de carácter arqueológico o de alguna disciplina afín. Por ejemplo, en 1860, en el mismo año de la publicación de Philippi sobre el desierto de Atacama, Adolfo Fabry publicó una revisión sobre los últimos trabajos relativos a las "antigüedades americanas"³⁶.

³³Anales de la U. de Chile; tomo xx, Semestre 1º; págs. 22-42.

³⁴Boletín de Prehistoria de Chile; Nos 7 y 8; págs 155-168; 1974.

³⁵Carlos Juliet: "Informe del ayudante de la Comisión exploradora de Chiloé y Llanquihue". Anuario Hidrográfico de Chile. 1873. -Tomás Rogers: "Exploración de las aguas Skyving". Anuario Hidrográfico de Chile. 1879. se describe a los Patagones y sus tolдерías. -Enrique Simpson: "Exploraciones hechas por la corbeta Chacabuco en los archipiélagos de Guaitecas, Chonos y Taitao". Anuario Hidrográfico de Chile, 1879. Noticias sobre los Payas, Chonos y Cuncos. -Francisco Vidal Gormaz: "Los descubrimientos del estrecho de Magallanes". Anuario Hidrográfico de Chile, 1879. "Geografía náutica de la República de Chile", 1881. Da noticias abundantes sobre Isla de Pascua, sus habitantes, costumbres, etc. -Enrique Ibar Sierra: "Estudios de la parte austral de la Patagonia". Anuario Hidrográfico de Chile. 1879. Hay noticias sobre antropología física y etnografía de los patagones.

³⁶Adolfo Fabry: "Antigüedades americanas. Últimos trabajos a ellas relativos". Anales de la Universidad de Chile. Tomo xvii, Nº 11, págs. 957, 970. 1860.

También dos investigadores europeos deben recordarse por el significado que hoy tienen para la prehistoria de Chile, aunque tratan de la arqueología de Arica, que en esos años no pertenecía al territorio nacional. En primer lugar tenemos al marino inglés William Bollaert que se radicó en Arica en 1854. Como producto de sus trabajos etnológicos en varios países de América, publicó en 1860 un libro sobre antigüedades y temas etnológicos incluyendo a Chile³⁷. El segundo estudio es Ernest W. Middendorf (1830-1909) que también vivió en Arica entre 1855 y 1862, haciendo algunos trabajos en esta región.

Como puede apreciarse, poco a poco van emergiendo los principales hitos que nos dan a conocer los antecedentes del creciente interés por los temas antropológicos en Chile. Naturalmente era Santiago el lugar en donde aparecían diarios y revistas en números importantes, se escribían artículos y se dictaban conferencias sobre estas materias. Además de los Anales de la Universidad, fundados en 1843³⁸ y del Anuario Hidrográfico fundado en 1875, están la "Revista Católica", fundada también en 1843, "El Museo", revista científica y literaria creada por D. Barros Arana en 1853, que tuvo una duración de 2 años con 28 números, la "Revista de Santiago"³⁹, fundada en 1855 por Francisco de Paula Matta y sus hermanos Guillermo y Manuel Antonio, la "Revista de Ciencias y Letras", que apareció por primera vez en 1857, dirigida por Antonio Varas, y en donde colaboraron entre otros: Domeyko, Courcelle Seneuil, Philippi, Astaburuaga, Pissis y Barros Arana.

Cuenta Encina, en su Historia de Chile⁴⁰, que hacia 1860 los Anales de la Universidad no sólo habían aumentado y dispuesto mejor el material, sino que también habían subido su tiraje a 800 ejemplares.

Algunos años más tarde se funda una nueva revista, cuyos creadores son Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana. Se trata de la "Revista Chilena", ya citada por nosotros y cuyo primer número aparece en 1875.

La mención de *Diego Barros Arana* debe ser ampliada en este trabajo no sólo porque es un investigador de primer orden en materias históricas, fundador de diarios y revistas, mente crítica, sino porque en ciertas ocasiones excursiona por áreas del conocimiento que se relacionan con nuestras ciencias. Así, además de las páginas escritas en 1884, en su primer tomo de Historia de Chile, que

³⁷"Antiquarian, ethnological and other researches in New Granada, Equador, Perú and Chile with observations on the pre-incasial, incasial and other monuments of peruvian nations". London, Trüber and Co. 1860.

³⁸Sólo en 1846 apareció el volumen correspondiente al material de los años 1842-1844 y el de 1845 en 1848 (Encina, "Historia de Chile", t. xii, pág. 443).

³⁹Hay también una "Revista de Santiago", que apareció por primera vez en 1848.

⁴⁰"Historia de Chile", tomo xiv, pág. 102.

estudiaremos más adelante, existe un trabajo de 1875 dedicado a los conocimientos etnográficos de Chile, y que fue publicado por los Anales de la Universidad⁴¹. En este trabajo se exponen por primera vez algunas ideas de Barros Arana, que posteriormente van a ser discutidas, y que se relacionan con la homogeneidad étnica de Chile.

“La jeografía etnográfica del territorio que hoi forma la República de Chile, no ofrece las singularidades que los naturalistas han podido observar en las otras rejiones del nuevo mundo. Los conquistadores europeos no hallaron en él la multitud de razas i de familias marcadas por caracteres distintos i hablando idiomas diferentes, que encontraban en casi todos los países americanos. Así, pues, en la extremidad austral de la América, i mientras en la rejión oriental de los Andes, formada por la Patagonia i las pampas arjentinas, habitaban muchas naciones de indios, ocho a lo menos, que hablaban diversas lenguas i se mantenían aisladas entre sí, la angosta pero larga faja de tierras que se extiende al occidente de la cordillera, sólo era poblada por una sola raza, señalada por caracteres análogos i por signos exteriores que hacen presumir la identidad de su origen. Esta raza habitaba no sólo la rejión continental sino también los numerosos archipiélagos que se alzan del seno del océano, a poca distancia de la costa hasta la isla grande conocida con el nombre de Tierra del Fuego”.

Este primer enunciado de Barros Arana, relacionado con la existencia de una única raza, era enriquecido, sin embargo, cuando se postulaba la presencia de dos ramas. “desde el desierto de Atacama hasta más allá del Archipiélago de Chiloé, esto es hasta la latitud del 44º vivían los indios chilenos, propiamente dichos, todos los cuales tenían costumbres más o menos análogas, ¡hablaban un mismo idioma, el chileno o araucano. Más al sur todavía, desde el grado 44 hasta las últimas islas que rodean la extremidad austral del continente, viven diversas tribus de indios que por sus costumbres, su idioma i sus apariencias forman una sola rama...”. Esta rama era la fueguina.

En este mismo artículo además de describir brevemente a los fueguinos y araucanos, Barros Arana escribe algunas líneas sobre los Changos, a quienes identifica como “nación de indios de la misma raza que los peruanos, pero que hablaban un idioma distinto”. Ahora bien, si no podemos estar ahora de acuerdo con su teoría de la homogeneidad racial, no podemos menos de admirarnos por la exacta, aunque breve, caracterización de los changos: “Los changos habitaban la costa del desierto de Atacama i vivían ocupados de la pesca, para la cual usaban balsas de cuero de lobos marinos, tal como se ve en la lámina XVI, página 109 de la relación del viaje de Frezier. Estos indios, que no parecen haber sido nunca

⁴¹“Jeografía Etnográfica. Apuntes sobre etnografía de Chile”, t. xlvii, págs. 5-12; 1875

muy numerosos, i que vivían diseminados en el litoral bajo tiendas miserables formadas por algunos palos i cubiertas de cueros y de algas marinas, eran intrépidos navegantes y recorrían la costa de Chile hasta la latitud de 36º, i aún parece que se establecieron en algunos puntos...”.

Termina el artículo con algunos datos demográficos: la rama pechere o fueguina, tendría unos cuatro mil individuos; la raza moluche o araucana serían 50.000 individuos.

La última conclusión de Barros Arana es: “La raza chilena ha desaparecido; i la lengua de los antiguos pobladores de Chile es absolutamente desconocida en el resto del territorio... Así pues, haciendo abstracción de los cuatro mil fueguinos que habitaban las islas del sur i de los cuarenta o cincuenta mil araucanos, que viven encerrados en una porción reducida del territorio, i que cada día se hace más estrecha, todo Chile es poblado por una sola raza en que predomina el elemento europeo más o menos puro, i en que no se habla más que un solo idioma, el español”.

En 1879, en la Revista Chilena, que él cofundara, escribió un artículo⁴² relacionado con las últimas exploraciones geográficas en América, en donde se recuerda en especial el aporte de M. Wiener en los conocimientos de la geografía y la arqueología peruana. En este artículo, que es en la práctica una carta enviada a Benjamín Vicuña Mackenna, se manifiesta su gran interés por los estudios arqueológicos y por todos aquellos que permitían “echar los cimientos de la historia antecolombina, de esa edad llamada prehistórica porque acerca de ella no tenemos documentos escritos para fundar la historia”.

En Barros Arana, historiador por excelencia, se aprecia también un gran respeto por el valor y la objetividad de los estudios prehistóricos. Escribe Barros Arana: “Alguien ha observado que esta misma circunstancia, la falta de documentos trazados muchas veces por la pasión o por la lisonja que de ordinario, a lo menos por lo que toca de los tiempos antiguos, sólo consignan groseras supersticiones y leyendas disparatadas, que esa circunstancia, repetimos, permite reconstruir la historia de los tiempos más remotos sin nombres de héroes i de batallas más o menos fabulosas, pero con un conocimiento más exacto de la vida de los hombres i de las sociedades que desaparecieron. Cuando se examinan de cerca los grandes trabajos de la arqueología moderna, se encuentra que no es una paradoja desprovista de todo fundamento la opinión de los que sostienen que la historia de los tiempos prehistóricos es la única que no miente, porque está basada

⁴²D. Barros Arana, “Últimas exploraciones geográficas en América”. Revista Chilena, t. XIII, págs. 465-481. 1879

en documentos que pueden o no ser completos, pero que no tienen interés ni medios de alterar la verdad”⁴³.

El concepto de objetividad propio de una disciplina que obtiene su conocimiento principalmente de los restos materiales, no dejados intencionalmente por antiguas culturas, o de inferencias apoyadas en las observaciones geográficas, geológicas, paleontológicas y antropológicas, ha sido bien señalado por prehistoriadores y arqueólogos de nuestro siglo. Lo curioso y que lleva a admiración es que un historiador, en 1879 y en Chile, bastante alejado del mundo europeo, tenga claridad en el valor de la inferencia arqueológica y respete profundamente los restos materiales del pasado.

Son muchas más las menciones de revistas, conferencias, artículos y publicaciones de libros que deberíamos hacer. Unas y otros prueban que en Chile, en los decenios de Montt y Pérez, y en los quinquenios de Errázuriz y Pinto, es decir entre 1851 y 1881 existe, con todas las limitaciones imaginables, un interés creciente por los informes científicos relacionados con las ciencias naturales, históricas y geográficas. La cantidad de regiones no exploradas aún, las riquezas naturales (botánicas y zoológicas) y etnográficas, y un fuerte deseo de conocer el pasado de Chile llevaba a los estudiosos chilenos a investigar y dar a conocer sus resultados y conclusiones. Todo lo anterior se unía a los grandes descubrimientos e investigaciones que se hacían en Europa y que llegaban a Chile por medio de libros, revistas y diarios. Las discusiones científicas y filosóficas relacionadas con los problemas de la descendencia del hombre eran, por ejemplo, seguidas con apasionamiento por los círculos más cultos de Chile. Los científicos que vivían en Chile no sólo leían, comentaban, sino que también escribieron y tomaron partido. Así, por ejemplo, Rodulfo Amando Philippi en 1876 en la Revista Chilena⁴⁴ escribió un artículo sobre los problemas que interesaban en ese momento: la descendencia del hombre y la teoría darwinista. Es un artículo corto pero lleno de interesantes observaciones y realmente abierto al futuro del darwinismo.

Philippi expone la teoría de la descendencia del hombre y la discute críticamente. Se apoya en las investigaciones de Virchow, que restó valor paleontológico al cráneo de Neander, para señalar: “En todos estos puntos, lo repito, los hombres más antiguos no ofrecen ninguna transición a los monos. A más de eso, Virchow ha establecido como muy probable, que el cráneo de la gruta de Neander deba su formación anómala a una enfermedad de los huesos, que se observa aun en la actualidad de vez en cuando”.

“Los darwinistas han tenido pues que modificar su teoría; ya no hablan más de la descendencia del hombre de uno de los tres monos antropoides, el gorila,

⁴³Barros Arana: “Últimas exploraciones geográficas en América”, *ob. cit.*

⁴⁴R.A. Philippi, “La Descendencia del Hombre”. Revista Chilena, t. vi, págs. 214-218, 1876.

chimpancé i orangután, i buscan el abuelo de nuestra especie en un antropoide hipotético no existente ya en la creación, i cuyos restos se hallarán, según ellos, algún día en alguna parte”.

La posición crítica de Philippi es clara, pero lo interesante es su afirmación de que “tan luego como se haya hecho este descubrimiento de un ser realmente intermedio entre los monos i el hombre me haré yo también darwinista”. Hasta entonces hace suya la posición crítica de Von Bär, famoso descubridor del huevo de los mamíferos y fisiólogo de fama mundial, quien rechazaba la teoría de la selección darwiniana.

Sus comentarios finales son realmente objetivos y justos con la teoría de la descendencia: “aunque yo no soi partidario de la teoría de la descendencia tal como se ha formulado, no quiero por eso rebajar el gran mérito que tiene. Cada teoría nueva hace dar a la ciencia un gran paso adelante, aun en el caso de que sea abandonada o modificada esencialmente”.

Otros artículos aparecidos en la Revista Chilena en los años 1877 y 1878 sobre temas relacionados con la teoría de la evolución fueron escritos por Alejandro González y T. Roldán⁴⁵. El mismo Philippi tradujo libremente un estudio de Federico Afak titulado “Edad de la tierra y del género humano”⁴⁶.

Junto a los estudios relacionados con la teoría evolucionista, y cuyos estímulos provenían del Viejo Mundo, había otros que encontraban su centro de interés en realidades sociales y culturales más próximas a Chile. Así, por ejemplo, la isla de Pascua, incorporada al territorio nacional sólo en 1888. Hemos ya citado dos artículos de Philippi, y a ellos se agrega en 1875 una traducción de un estudio sobre los jeroglíficos de la isla de Pascua, hecha por el erudito Francisco Solano Astaburuaga. El señor Solano Astaburuaga era muy conocido por su “Diccionario Geográfico de la República de Chile”, que había editado en 1868 en la ciudad de Nueva York. Su traducción del trabajo del señor Park Harrison fue leída en la Academia de Bellas Artes de Santiago en junio de 1875. La Academia de Bellas Artes, antecesora del Museo de Bellas Artes, había sido creada en 1849, durante el decenio de Bulnes, fecundo por su desarrollo cultural.

También en otras ciudades de Chile, además de Santiago, se conocieron libros que daban informaciones y a veces estudiaban a los indios de Chile. Así, por ejemplo, el Dr. Juan Serapio Lois, publicó en Los Ángeles en 1868, un libro sobre los araucanos y sus costumbres⁴⁷.

⁴⁵Alejandro González: “Reflexiones sobre la edad del género humano”. Revista Chilena, t. vii, págs. 270-280. 1877. –T. Roldan: “El Hombre es o no primate”. Revista chilena, t. viii, págs. 607-627. 1877.

⁴⁶R.A. Philippi, Revista Chilena, t. ix. 1878.

⁴⁷“Los araucanos y sus costumbres”. Imprenta del Meteoro. Los Ángeles, 1868.

En Valparaíso, en 1877, se dio a la publicidad por primera vez la Historia del padre Diego de Rosales. La obra del padre Rosales, titulada "Historia General del Reino de Chile. Flandes Indiano", había sido traída de España por el historiador Benjamín Vicuña Mackenna, quien la editó en el puerto con una biografía del autor y notas especializadas⁴⁸.

Este tipo de publicaciones correspondía a una línea de investigaciones que existía en Chile por lo menos desde mediados del siglo XIX. Hay que recordar que en 1861 don J. Pablo Urzúa y Arancibia, fundador del diario El Ferrocarril, comenzó la publicación de la Colección de Historiadores y Documentos relativos a la historia nacional. Esta labor de conservar y dar a conocer las crónicas y los documentos más importantes había sido iniciada por Claudio Gay y, en parte, las primeras publicaciones de la "Colección de Historiadores y Documentos" correspondían a documentos y textos conocidos y utilizados por el erudito francés.

El primer volumen contenía las cinco cartas de Valdivia al emperador, publicadas por Gay, y el primer libro de las Actas del Cabildo de Santiago.

La publicación de la Colección de Historiadores prosiguió hasta 1865. Fue reanudada por Luis Montt, en 1874, quien publicó hasta el tomo XI. De 1887 adelante la prosiguió José Toribio Medina.

Las publicaciones que estamos rescatando del pasado y que directa o indirectamente se relacionan con los estudios de las antigüedades chilenas o de los habitantes más antiguos de nuestro país, eran las que en su gran mayoría habían sido publicadas en Chile. Pero en esos años el interés por los "indios de Chile" se manifiesta también por muchas publicaciones hechas en Europa⁴⁹. Publicaciones hechas en el Viejo Mundo por extranjeros que vivían en Chile o que lo conocieron, son interesantes de recordar. En primer lugar, están las publicaciones de los navegantes y científicos del Beagle, famosas por la importancia que más adelante alcanzaría Charles Darwin⁵⁰.

Muchos años más tarde nos encontramos con las publicaciones de un alemán, *Francisco Fonck*, que estudiaremos al historiar el segundo período (1882-1911). Este investigador, geógrafo y naturalista, publicó en Berlín, en 1870, un estudio

⁴⁸"Historia General del Reino de Chile", 3 tomos. Valparaíso, 1877.

⁴⁹Theophile Bermondy: "Les Patagons, Les Flegans et les Araucanes". Archiv Societé Americaine de France. París, 1875. -Robert Oliver Cunningham: "Notes of the Natural History of the Strait of Magallans and west coast of Patagonia made during the voyage of H.M.S. Nassau in the years 1866, 1867, 1868 and 1869". Edimburg. -Thomas Bridges: "Manners and customs of the Fire-Landers". South America Missionary Magazine, XIII, London, 1866. "The natives of Tierra del Fuego". South America Missionary Magazine, London 1875.

⁵⁰Ch. Darwin: "Journal of researches into the natural history of the countries visited". London 1860. Fitz Roy: "Narrative of surveying voyages of H.M.S. Adventure and Beagle". London 1839.

sobre los indios del sur de Chile, interesándose tanto por su situación actual como por la pasada⁵¹.

Desde el informe del capitán Buenaventura Martínez, en 1845, que con gran clarividencia recomendaba la colonización de Magallanes, se sucedieron en Chile las expediciones hacia la Patagonia y Tierra del Fuego. Se distinguieron en estas exploraciones al Sur y extremo Sur de Chile, el comandante Benjamín Muñoz Gamero, Felipe Gueiss, Vicente Gómez, Francisco Fonck, ya citado por nosotros, y Guillermo E. Cox. En 1863, en los Anales de la Universidad apareció un artículo de Cox titulado "Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia". En ese mismo año, se publicó un libro con ese mismo título en donde se relataban sus exploraciones y aventuras. Cox, descendiente de ingleses, cruzó la cordillera en 1862, costeo el Lago de Todos los Santos, navegó en el Nahuelhuapi. Fue prisionero de los indios al intentar llegar al Atlántico por el río Limay. Éstos le permitieron volver a Valdivia. Su conocimiento de los indios pehuenches y tehuelches y de otros grupos de aborígenes de la región son importantes y sirvieron para informar a los estudiosos de la época. Lamentablemente, sus ideas y proyectos no fueron escuchados por los gobernantes chilenos⁵².

Estas publicaciones de Cox, sumadas a las que más adelante se hicieron en el Anuario Hidrográfico de la Armada de Chile, y que hemos recordado parcialmente, ayudaron poderosamente a organizar un conocimiento de los aborígenes y de las regiones que ellos habitaban.

Así, todo parece indicar que la aparición de la obra de Medina es el resultado de los estudios e investigaciones de especialistas e informes pertenecientes a diferentes campos científicos. Muchos de ellos no son rigurosamente científicos, sólo exploradores que relatan en sus informes y diarios de viajes algunas costumbres de los aborígenes que conocen por primera vez. En esta línea de búsqueda, podríamos llegar hasta los primeros europeos que observaron a los "indios de Chile". No hemos querido hacer esto. Como ya lo hemos expresado, buscamos sólo los antecedentes científicos, informes escritos con el fin de dar a conocer principalmente las características, las costumbres y la cultura de los aborígenes, y, en lo posible, su pasado. Por esta razón, no retrocedemos más allá del siglo XIX, e, incluso más allá del medio siglo; por lo demás, no podía ser de otra manera. En Europa occidental, recién en 1859 se comenzaba a estructurar una investigación que se orientaba a la búsqueda de las culturas prehistóricas o "antediluvianas". Deberían pasar varios años antes que se organizaran las primeras reuniones de científicos y aparecieran las primeras revistas especializadas.

⁵¹"Die Indianer des Südlichen Chile von sonst und jetzt". Zeitschrift für Ethnologie II, Nº 4, Berlin.

⁵²F. Encina: "Historia de Chile", t. XVI, págs. 180-183. La publicación de G.E. Cox se encuentra en el tomo XXIII de Los Anales de la U. de Chile (julio-agosto y octubre de 1863).

Recordemos que, en 1864, Gabriel Mortillet había fundado una revista cuyo título era “Materiales para la historia natural y prehistoria del hombre”.

En 1865, gracias a la publicación de Sir John Lubbock, “Tiempos Prehistóricos”, la Edad de la Piedra se dividió en Paleolítico y Neolítico.

En 1866 y 1867, se efectuaron las primeras reuniones en Neuchatel (Suiza) y en París de los congresos internacionales de Prehistoria, con los nombres ya superados de “Congreso internacional de Paleontología” y “Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistóricas”. Hoy en día estos Congresos se denominan “Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas”.

En 1870 se inician los Congresos de Americanistas, que tienen por finalidad conocer las investigaciones sobre el continente Americano indígena.

Si en Europa la ciencia prehistórica se organizaba en el decenio 1860-1870, en Chile un esbozo de estudios arqueológicos y etnográficos comenzó en el decenio 1870-1880. La obra de Lubbock, ya citada, puede considerarse el libro científico que expresa una nueva ciencia; de la misma manera, en Chile, en 1882, la obra de Medina refleja el conocimiento de la Prehistoria en nuestro país. Detrás de Lubbock hay muchas investigaciones e investigadores, algunos tan famosos como Boucher de Perthes, Gaudry, Lartet y otros; algo parecido ocurre con Medina, que no sólo está muy bien informado de lo que ocurre en Europa sino que también incorpora las investigaciones de Philippi, Barros Arana, Luis Montt y muchos otros estudiosos.

En Europa, la Prehistoria nace por la necesidad imperiosa de llenar un vacío de conocimiento. Cuando los naturalistas, los geólogos, los historiadores y los arqueólogos clásicos, además de los estudiosos de las antigüedades, en sus diferentes investigaciones y trabajos de campo se encontraban con “piedras trabajadas”, con “artefactos”, se planteaban problemas de interpretación y de dudas metodológicas y teóricas. Poco a poco algunos anticuarios, historiadores y geólogos se desviaron de sus antiguas actividades y se dedicaron solamente a investigar los “artefactos” que muchas veces aparecían asociados con animales antediluvianos. La Prehistoria fue una hija predilecta de las ciencias naturales como también de las ciencias históricas. Esto mismo ocurrió en Chile.

Llamábamos la atención del lector, en páginas anteriores sobre las publicaciones del Dr. Rodolfo Philippi, gran naturalista, de Ignacio Domeyko y de Claudio Gay. Justamente el sabio francés fue el encargado por el gobierno chileno, en 1830, de crear el Museo de Historia Natural. Pues bien, entre las colecciones de minerales y vegetales se dio tiempo para organizar una pequeña colección de objetos pertenecientes a los indios de Chile.

Junto a los naturalistas están los trabajos de los historiadores Diego Barros Arana, especialmente importante en los estudios etnográficos, y del propio José

Toribio Medina. Así la Prehistoria de Chile emergía de los campos de la investigación naturalista e histórica.

Sin embargo, el nacimiento de una nueva ciencia como la Prehistoria de Chile, debería tener algunas características especiales. Tal vez la más importante fue la presencia en Chile del elemento indígena, en el siglo xix.

No nos equivocamos al pensar que los estudiosos debieron sentir un profundo interés por estos habitantes "no civilizados", puesto que las descripciones de sus costumbres y algunos estudios etnográficos ocuparon un lugar preferente entre las publicaciones aparecidas antes de 1882. Incluso es legítimo considerar los *Aborígenes de Medina* como el primer libro de Etnografía que se haya editado en Chile.

En verdad, no era posible separar la realidad cultural de entonces de los "indios de Chile" con su pasado prehispánico más próximo; en Europa no podía plantearse una tal problemática, pero sí en Chile, y por esta razón los estudios de etnografía, etnohistoria y arqueología prehistórica se dieron muchas veces juntos. No cabe la menor duda de que los comienzos de la Prehistoria están entrelazados con los informes y los estudios etnográficos, lingüísticos y geográficos.

Todo el conjunto de publicaciones (en diarios y revistas) producto de viajes de exploraciones, de investigaciones etnográficas que apuntaban al conocimiento de los indios, de estudios acerca de las antigüedades y restos arqueológicos, deben enmarcarse en la realidad cultural e intelectual de Chile, que se inicia en 1842. Poco a poco, con altos y bajos, el movimiento de 1842 que se expresa por la formación de Sociedades literarias, por la organización de los estudios superiores (Universidad de Chile), por la aparición de revistas, algunas de corta duración, por el interés cada vez más creciente por los estudios históricos, que recibe el aporte del pensamiento romántico europeo, va convirtiendo a Chile en un país que mira a Europa (de ella vienen los primeros científicos como Gay, Domeyko, Philippi y otros), y que reclama estar al día sobre los movimientos literarios, científicos y filosóficos.

Naturalmente que no son muchos los que participan de estas actividades y son menos incluso los que pueden seguir de cerca el desarrollo cultural y científico extranjero. Sin embargo, tampoco el número es despreciable. Hay en todo esto algunos datos objetivos que sirven, incluso, para darse cuenta de cuál era la situación de los chilenos en el siglo xix con relación a sus lecturas, qué libros leían y en qué idioma.

En 1886, y pocos años después de la publicación de Medina, de 1882, concurrieron a la Biblioteca Nacional 13.117 personas. En 1889, se contabilizaron 28.758 lectores; de las obras leídas 26.893 estaban en castellano, 4.126 en francés y sólo 102 en inglés. En este mismo año, la Biblioteca, cuyo director era Luis Montt, ya ampliamente citado por nosotros, recibió 53 revistas y publicaciones periódicas

extranjeras. Todo esto demuestra que se leía, incluyendo un buen número de libros franceses.

El idioma francés era común entre los intelectuales, educadores, científicos e incluso los políticos.

Otro dato objetivo que muestra cómo Chile se abría al mundo exterior son las exposiciones nacionales e internacionales que se organizaron en Chile, a las que concurría nuestro país. Ya en 1854 tenemos la primera exposición nacional, en 1869 la de Agricultura, en 1872 nuevamente una exposición nacional; en 1875, exposición internacional en Santiago. En este mismo año se celebró paralelamente en París el Congreso Internacional de Ciencias Geográficas, a donde don Diego Barros Arana envió un tomo de 167 páginas titulado "Estudios Geográficos sobre Chile". Dentro de este estudio se incluyeron unos "apuntes" sobre etnología de Chile, de los que ya hemos hecho mención.

En 1888 se volvió a hacer una exposición nacional, preparatoria para la de 1889 de París, que tenía carácter universal.

Para esta exposición se construyó un pabellón desarmable de fierro que se trajo a Chile, y se enviaron ocho monografías sobre los principales aspectos de la "civilización chilena".

La exposición internacional de Santiago, de 1875, a la que hemos hecho mención, fue de gran importancia, a pesar de la gran suma de dinero que el gobierno gastó, para el desarrollo de las industrias nacionales y actividades económicas en general, y porque influyó poderosamente en las ciencias naturales y antropológicas. No sólo se contó con un nuevo edificio para el Museo Nacional, sino que las propias colecciones se enriquecieron, incluyendo las etnográficas y de antigüedades.

Resumiendo este primer período podemos subrayar los siguientes puntos:

1. Los estudios prehistóricos se constituyeron en Chile como resultado de los viajes y exploraciones de geógrafos, naturalistas y de las investigaciones de historiadores y aficionados a las antigüedades. Éstos, sin una conciencia precisa y poco a poco, permitieron con sus relatos y descripciones, la acumulación de informaciones relacionadas con el pasado precolombino y con las costumbres de los aborígenes contemporáneos.

2. La inmensa data científica reunida entre 1842 y 1882 por exploradores, viajeros, naturalistas, geógrafos, historiadores, etc., fue, en parte, posible por la existencia de dos realidades culturales que se armonizaron:

- a) La influencia científica y de pensamiento proveniente de Europa, que permitió el conocimiento de los estudios históricos y, también, de los prehistóricos.

- b) La presencia de comunidades aborígenes que estimuló el conocimiento de los estudios etnográficos y etnológicos.

3. Los trabajos publicados antes de 1882 fueron magistralmente utilizados por José Toribio Medina, quien editó un libro que hasta hoy día debe ser consultado por los especialistas. Los "Aborígenes de Chile", no debe sólo ser considerado el libro que inicia los estudios arqueológicos en Chile, sino como la primera y excepcional síntesis creadora de muchas investigaciones efectuadas en Chile y que se relacionan con los estudios prehistóricos y etnográficos.
4. Un buen ejemplo de los trabajos efectuados antes de 1882 son las contribuciones de R.A. Philippi, naturalista, y de D. Barros Arana, historiador. Sobre todo Barros Arana, ya en 1875, impulsaba estas investigaciones, definiéndolas con gran precisión y objetividad, de acuerdo a los tiempos en que escribía.
5. Es interesante recalcar que en este primer período, caracterizado por la búsqueda de los primeros datos, de descripciones y de informaciones elementales, surge un primer esfuerzo de síntesis, que sólo será continuado 46 años más tarde (Latcham y su Prehistoria Chilena, 1928).
6. Por último, la obra de Medina, la primera publicación de Prehistoria de Chile, muestra el uso de criterios multidisciplinarios que señalan el comienzo de una tradición metodológica que siempre se encuentra entre los mejores arqueólogos que investigan y publican en Chile.

CAPÍTULO II

SEGUNDO PERÍODO: 1882-1911

Es justo señalar que la figura y la producción de José Toribio Medina continúan, en parte, dominando este segundo período de la naciente disciplina prehistórica.

A su publicación monumental, ya tantas veces mencionada, que resume los conocimientos hasta entonces alcanzados y proyecta hacia el futuro los grandes objetivos de la nueva ciencia, deben agregarse algunos trabajos publicados independientemente o dentro de otros libros. En este último caso, se encuentra su estudio sobre "El Morro del Mauco y su fortaleza incarial" que forma parte del libro de Benjamín Vicuña Mackenna "Al Galope", o sea descripción geográfica y pintoresca de la comarca en que se halla situada la población de Victoria y sus vecindades⁵³.

En 1897, demostrando gran interés por los estudios lingüísticos que en estos años lograron un gran auge con la llegada de algunos especialistas alemanes, publicó una "Bibliografía de la lengua araucana". Este interés ya se había manifestado algunos años antes en Sevilla, España, cuando en 1894 publicó "Doctrina cristiana y catecismo... en lengua allentiac... por el Padre Luis de Valdivia"...

En 1898 se publica en la Revista de Chile su trabajo sobre "Los Conchales de Las Cruces, Nuevos materiales para el estudio del hombre prehistórico en Chile"⁵⁴. Luego, a comienzos del siglo xx, en 1901 y 1908, vuelve a publicar dos pequeños trabajos arqueológicos: "La momia de Chuquicamata" y "Los restos indígenas de Pichilemu"⁵⁵.

En el estudio sobre los conchales de las Cruces, hay algunas afirmaciones interesantes sobre los yacimientos y artefactos costeros de Chile Central.

Apoyándose en la autoridad del prehistoriador inglés Lubbock, afirma el origen cultural de las acumulaciones de conchas y la importancia de los objetos encontrados en los conchales de Las Cruces. Dice Medina: "Nuestros propósitos

⁵³B. Vicuña Mackenna: "Al Galope", Cap. II, Subcapítulos XIX al XXVI, Santiago, 1895.

⁵⁴Revista de Chile, Nº 1, págs. 10-19, 1898.

⁵⁵"La momia de Chuquicamata", Revista Nueva, págs. 114-154, Santiago, 1901. "Los restos indígenas de Pichilemu", 13 págs. Santiago, Chile, 1908.

se limitan hoy a dar a conocer los objetos que hemos encontrado... y cuya importancia en este caso se deriva, además de los objetos mismos y de su número y variedad, de la circunstancia de haber sido hallados en un espacio de terreno relativamente reducido...". Más adelante, luego de citar a Lubbock, llama la atención sobre la necesidad de conservar los objetos pertenecientes a los aborígenes: "Cuántas veces, en efecto, no hemos oído que al abrir los cimientos de alguna casa, algún cauce de regadío o al practicar un corte en el terreno para nuestras vías férreas, se han encontrado tales y cuales objetos que nadie se ha cuidado de recoger y guardar, perdiéndose lastimosamente los comprobantes, por desgracia irremplazables, de lo que fueron los primeros habitantes de Chile".

Estas últimas frases de Medina, escritas a fines del siglo pasado, poseen la frescura de la aguda observación, tan verdadera antes y ahora. Muy a menudo, en la actualidad, nos lamentamos de la misma manera que lo hizo Medina al observar la despreocupación que existe por conservar los restos prehistóricos.

Pero nuestra admiración crece cuando nos enfrentamos a la descripción que Medina hace de los conchales de Cartagena y Las Cruces y de sus escasos habitantes, pobres pescadores que languidecen en un mundo que, cada día que pasa, es menos suyo. "El observador que, partiendo de el pueblito de Cartagena, en la costa de Melipilla, se dirige hacia el Norte, tiene que sentirse sorprendido al notar que los cerros de arena que se extienden a lo largo de la Playa Grande se ven cubiertos de moluscos que tapizan el suelo casi por completo y presentan el aspecto de una blanca alfombra. En un principio podrá imaginarse que, después de arrojadas por el mar, esas conchas han podido llevarlas hasta los cerros los vientos fuertes del invierno; pero una observación más atenta le permitirá bien pronto reconocer que de trecho en trecho se hallan verdaderos montículos, más o menos prominentes y formados por un número también más o menos considerable de capas de esas conchas superpuestas... y si todavía adelanta sus investigaciones, resultará que de trecho en trecho se ven aparecer restos de toscas alfarerías; y por fin, si se da el trabajo de remover el suelo, hallará piedras agrupadas como para armar un fogón, y debajo de él las cenizas y aun huesos de grandes pájaros, y hasta semillas". Hasta aquí la descripción de Medina. Luego viene la inferencia inteligente: "Cuando se ve, no puede caber duda alguna en el ánimo de que en aquellos sitios han vivido hombres; que esos hombres conocían el uso del fuego; que su principal alimentación la debían al mar; que cocían sus alimentos; y así, de deducción en deducción, en vista de los objetos que va encontrando, puede ir dándose cuenta cabal de los hábitos y costumbres del pueblo que no han desaparecido de aquellos sitios que habitó, sin dejar algunas huellas a su paso".

Y de la observación arqueológica a la descripción de los actuales pescadores de Las Cruces, con su pobreza y miserias.

“Al fin de Playa Grande, siempre hacia el norte, hay un promontorio o ‘punta’ de cerro que avanza hacia el mar, pero una vez del otro lado, vuelve de nuevo a presentarse la playa abierta, en cuyo comienzo se encuentran agrupados los veinte o treinta míseros ranchos en que viven los habitantes de las Cruces, algunos de los cuales y especialmente las mujeres de edad, todavía recuerdan en sus facciones el tipo netamente indígena. Últimamente, se ha ido a establecer allí un italiano para venderles aguardiente, de modo que es de esperar que en pocos años más hayan desaparecido, consumidos por la miseria, el abandono absoluto en que viven y la bebida envenenada que negociantes inescrupulosos les suministran al crédito para ser pagados en la época de verano, en que casi diariamente se les ve tragar por las calles de Cartagena cargados como bestias para proporcionarse recursos con que comprar las provisiones que necesitan para el invierno. Porque esa gente apenas si siembra unas cuantas hortalizas, faltas de tierra de labor adecuada, de semillas, de animales y voluntad...”.

“Dedicanse, pues, por completo a la pesca por una costumbre inveterada, por la fuerza de las cosas y del medio en que vegetan, y sin duda también por una especie de atavismo que hace sentir su influencia aún después de siglos”.

“Esa playa, que comienza a la vuelta del promontorio que hemos indicado sigue abierta hasta la llamada punta del Tabo, mediando al parecer entre Cartagena y esta última una distancia entre cuatro leguas”.

“Los pobladores de las Cruces, mejor dicho, las mujeres y los niños, son los que principalmente en la época de invierno u después de los días de lluvia, recorren los arenales inmediatos a las orillas en busca de las puntas de flechas y utensilios de los aborígenes que han quedado sembrados en aquellas vecindades”.

El trabajo denominado “Restos indígenas de Pichilemu” publicado en 1908 muestra a un Medina analítico, riguroso, exponiendo al Señor Rector de la Universidad de Chile, Valentín Letelier, un informe de gran calidad científica.

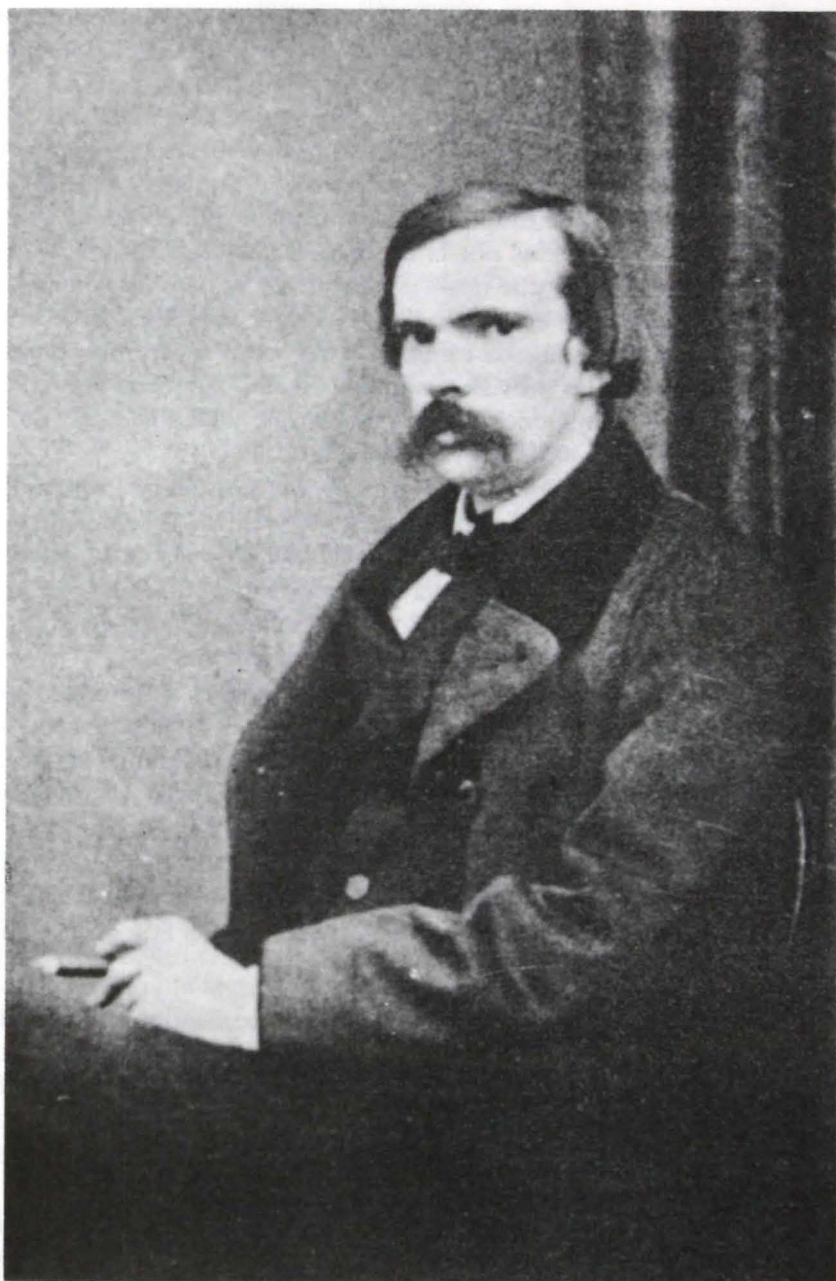
Sus conclusiones finales que podrían haber sido escritas hoy en día, son los siguientes:

1. La sepultura en una gruta y el trabajo preliminar realizado en ella antes de depositar los restos humanos que encerraba (que acaso puedan aún descubrirse otros) constituye un hecho único y hasta ahora desconocido en el mundo de ser de nuestros indígenas.

1.1. De la misma naturaleza puede calificarse el que las sepulturas fuesen preparadas para guardar los restos de una mujer.

1.2. Estos restos corresponden a una época anterior a la llegada de los españoles al país, por las razones siguientes:

a) Porque bajo el régimen español, en una región cuyos pobladores estaban todos encomendados, no habrían podido enterrarse del modo que sabemos.



El historiador Diego Barros Arana

b) Porque el hecho de encontrarse en las sepulturas moluscos que no viven hoy en los mares adyacentes, es un indicio fuerte por lo menos de su antigüedad.

1.3. La raza a que pertenecen estos restos tiene todos los caracteres de la raza araucana, si bien puede decirse que era de las tribus que los conquistadores llamaron PROMAUCAES.

1.4. Las circunstancias de que todas las puntas de flechas halladas en la gruta sean de un material diverso del que constituye la totalidad de las encontradas en las vecindades y en el lugar mismo, y de un trabajo mucho más esmerado, suponen que los restos humanos de la gruta corresponden a individuos de una tribu llegada del interior de la costa.

En este orden no sería aventurado suponer, cuando el examen del terreno manifiesta hallarse sembrado de multitud de puntas de flecha en la bajada misma de la cuesta que conduce al puerto, que ha debido librarse allí una batalla entre individuos llegados del interior y los habitantes del lugar, probablemente porque aquellos, urgidos por el hambre en un año de escasez en la región central, han emigrado a la costa en busca del alimento que creían hallar a orillas del mar.

A robustecer esta hipótesis contribuye también ese modo de ser sepultados, absolutamente desconocido en otras partes de la costa, y el extraordinario desgaste de las muelas en el cráneo descubierto, que supone una alimentación diversa a la que se proporcionan los individuos que viven exclusivamente de mariscos y pescados.

1.5. Y, finalmente, que en todo caso la población indígena del lugar en sus diversas épocas ha debido ser muy escasa, ya que en toda esa región apenas si se encuentran los restos de un Köjenmoedding (conchal) que alcanza en su parte más espesa a unos 30 centímetros de altura, en una extensión no mayor de 4 a 5 metros.

Pero Medina no es el único científico que trabaja por esos años en Arqueología. Son muchos los estudiosos que recordaremos y muchas las instituciones que deberán ser analizadas.

Continuaremos así el análisis de los científicos que pertenecen al segundo período, con el estudio de la publicación del primer tomo de la "Historia General de Chile", obra maestra de Diego Barros Arana, publicada en 1884.

El tomo primero de la Historia General de Chile consta de dos partes, siendo la primera aquélla de "Los Indígenas". Esta "Parte Primera", está escrita en 114 apretadas páginas con numerosas notas bibliográficas y eruditas.

En la última nota, Barros Arana señala el por qué de su interés por los "indios chilenos", el cual no pretende satisfacer "un vano interés de curiosidad" sino que "obedeciendo a un pensamiento profundamente filosófico, se trabaja en nuestros

días por construir sobre hechos bien estudiados, la historia del camino que han seguido las agrupaciones humanas para alcanzar el desarrollo intelectual y moral en que se encuentran las sociedades más adelantadas”⁵⁶.

Barros Arana, al comentar su propio estudio, declara que “nuestro cuadro, aunque sumario y quizá incompleto..., puede ser alguna utilidad para los que estudian seriamente la historia del descubrimiento de la Humanidad...”. Para él era muy necesario bosquejar esta historia, puesto que “en la mayor parte de las de conjunto... sólo hemos encontrado datos deficientes o equivocados acerca de los indios chilenos”; y luego, una afirmación sorprendente, que él mismo explicará más adelante: “Estos indios, a pesar de la reputación que les ha dado el poema de Ercilla, no han sido el objeto de ninguna monografía completa...”⁵⁷. Medina, como el lector estará pensando, había publicado *Los Aborígenes de Chile* en 1882; entonces, ¿cuándo escribía estas páginas Barros Arana?, ¿antes de 1882? Así parece, puesto que él mismo dice, en el último párrafo de su última y larga nota erudita: “Después de escritas las páginas que preceden, se ha publicado, entre nosotros, un estudio mucho más completo y noticioso acerca de estos indios, con el título de *Los Aborígenes de Chile*, por Don José Toribio Medina, Santiago, 1882, un vol. de 413 páginas. Entre los trabajos a que ha dado origen ese pueblo, éste es el primero en que se haya agrupado las noticias con el propósito que en nuestro tiempo sirva de guía a las investigaciones de este orden y en que se hayan examinado los vestigios que nos quedan de su antigua industria, acompañando al texto con numerosas láminas litografiadas que reproducen muchos de estos objetos. El libro del señor Medina, sin poder llegar a conclusiones que hayan de tomarse como definitivas ya que no es posible arribar con los escasos elementos reunidos hasta ahora, es un ensayo que revela un estudio serio del asunto y que abre el camino de los trabajos de esta clase que apenas se inician en una gran porción de la América”⁵⁸.

¿Cuáles son las principales conclusiones del estudio de Barros Arana? En el capítulo primero, en donde se tratan los orígenes del hombre y cultura en el suelo americano⁵⁹, se postula que el hombre habita la América desde tiempos remotos, que la “civilización americana” no es exótica: se ha formado y desarrollado en América y “ha pasado por alternativas de adelanto y de retroceso que produjeron en un largo transcurso de siglos la grandeza, la caída y la reconstrucción de vastos y poderosos imperios”. Las lenguas que se hablan en América también parecen

⁵⁶B. Arana, *Historia General de Chile*; tomo primero, pág. 112; 2da. edición, Ed. Nacimiento. Santiago, Chile; 1930.

⁵⁷B. Arana, *ob. cit.*, pág. 111.

⁵⁸B. Arana, *ob. cit.*, pág. 114.

⁵⁹B. Arana, *ob. cit.*, págs. 3-27.

formadas en este continente; “y no sólo no pueden asimilarse o acercarse a las de otros continentes, a cuyas poblaciones se les atribuía un origen común, sino que estaban divididas en lenguas enteramente diversas entre sí e irreductibles a un centro lingüístico único”.

Frente a los limitados conocimientos que tienen los científicos para resolver los problemas del origen del hombre americano, Barros Arana señala que esta insuficiencia es aplicable a los estudios que se hacen en el Viejo Mundo. Y con relación a estas investigaciones, hasta entonces con escaso éxito, Barros Arana escribe: “La obscuridad es exactamente la misma. Hasta hace un cuarto de siglo el campo de investigación se limitaba a un período de seis a siete mil años, y había llegado a trazarse la historia más o menos completa del Hombre. Pero desde que se ha comprobado que la humanidad tenía detrás de sí un pasado tan lejano de nosotros que la palabra “prehistórico” con que se le designa, apenas nos da una idea vaga de su extensión, y acerca del cual no existen recuerdos tradicionales, la investigación ha tenido que abrazar un número indefinido de millares de años; y a pesar de los admirables progresos alcanzados no ha podido resolver nada positivo sobre la cuestión de orígenes”⁶⁰.

Estas reflexiones de Barros Arana deben referirse aproximadamente a los años 1859-1884 y son por una parte una excelente síntesis de la problemática de la joven ciencia prehistórica, y, por otra parte, una reflexión crítica del estado de la Prehistoria.

En el capítulo II, que trata de los Fueguinos⁶¹ hay, en primer lugar, un tratamiento sucinto de la situación de la ocupación humana a lo largo de Chile. Barros Arana ve, de esta manera, en 1884, la relación entre el desarrollo social y cultural de los grupos humanos y el medio ambiente: “Así, pues, los antiguos pobladores de este país, inhábiles para procurarse los recursos que proporciona la civilización por imperfecta que sea, incapaces de vencer las dificultades que a su desarrollo oponían las condiciones climatológicas del territorio, vivían repartidos según las leyes impuestas por las condiciones del mundo exterior. En la región Norte sólo se hallaban pequeñas tribus aisladas, establecidas a las orillas de los escasos riachuelos que bajaban de la montaña”.

“En el centro, las agrupaciones eran más considerables, ocupaban los bosques, muy abundantes entonces, y habitaban cerca de los ríos y de las vertientes que se hallan a cortas distancias. La región del Sur, menos hospitalaria por su clima, les ofrecía, en cambio, la ventaja de mayor uniformidad en la temperatura, es decir, estaciones menos pronunciadas, abundancia de agua por todas partes, y

⁶⁰B. Arana, *ob. cit.*, pág. 25

⁶¹B. Arana, *ob. cit.*, pág. 25

de algunos alimentos, entre otros el fruto del pehuén o piñón... aparte de la influencia de peces y mariscos en los ríos y en la costa. Allí, la población se había agrupado en mucho mayor número; y la vida salvaje, sin influencia conocida exterior, había alcanzado cierta regularidad".

"En la región insular, sometidos a un clima más frío e inclemente, los naturales vivían en ese estado de barbarie primitiva en que el hombre, por sus instintos groseros, por su estupidez y su pereza, apenas se distingue de los brutos"⁶².

En estas últimas frases encontramos la expresión nítida de un pensamiento evolucionista unilineal, progresista y positivista. Para este tipo de marco teórico, en los orígenes sólo puede encontrarse la animalidad. o lo muy próximo a este estado; para luego descubrir el avance del hombre y de la cultura, como un alejamiento del salvajismo más grosero. Son las teorías predominantes en el decenio 1870-1880 en Europa y en los Estados Unidos.

Con relación a los fueguinos se insiste en situarlos en "el rango más bajo en la escala de la civilización", y para reforzar esta opinión se recuerda que Darwin había escrito: "Cuando vemos a estos hombres, apenas se puede creer que sean criaturas humanas, habitantes del mismo mundo que nosotros". Estos indios pueden servir "de tipo viviente para apreciar lo que ha debido ser el hombre primitivo".

El capítulo termina con una defensa firme del marco teórico evolucionista y rechazando como inconsecuentes aquellas opiniones que sostienen que en los orígenes de la humanidad hubo una "edad de oro", o que el hombre original estaba dotado de ciertas características muy favorables, que los hombres actuales han desechado.

El capítulo III⁶³ es, para nosotros, uno de los más importantes, puesto que en él, Barros Arana expone algunas teorías que fueron decididamente rechazadas por otros estudiosos años más tarde.

En primer lugar, debemos recordar la primera de ellas: los indios de Chile constituían una sola familia, todos ellos tenían los mismos caracteres fisionómicos. Barros Arana expone textualmente así su teoría y algunos problemas que aún no están resueltos: "La existencia de una familia única ocupando una gran extensión de terreno y hablando un solo idioma que no tiene afinidades con las lenguas de las naciones vecinas, deja ver que Chile no estuvo sometido, como otras porciones de América, a invasiones múltiples que habrían implantado lenguas diversas. Todo hace creer que esta familia ocupaba el territorio chileno desde una remota

⁶²B. Arana, *ob. cit.*, pág. 34

⁶³B. Arana, *ob. cit.* Cap. III: "Unidad etnográfica de los indios chilenos: conquista de los incas en Chile". Págs. 49-74.

antigüedad. Pero hasta ahora no se han encontrado pruebas suficientes para saber si esa familia pertenecía a una raza antiguamente civilizada que cayó más tarde en la degradación, o si llegando en el estado de barbarie primitiva, formó aquí su idioma y comenzó su desenvolvimiento hasta ascender al estado en que se encontraba cuando comienza la historia tradicional. Sin pretender negar que los futuros estudios arqueológicos en nuestro suelo puedan dar fuerza a la primera de esas hipótesis, el hecho de no haberse hallado todavía en Chile los restos de antiguas construcciones, ni objetos de una comprobada antigüedad que revelen mayor progreso que el que encontraron los conquistadores europeos, inducen a pensar en el estado actual de nuestros conocimientos, que esa raza no había recorrido más que las primeras escalas de la evolución”⁶⁴.

“Las tribus Chilenas” no tenían entre sí vínculos significativos de unión y no formaban, tampoco, un cuerpo social bien integrado. Vivían en frecuentes guerras, se alimentaban de la caza y de la pesca. “recogían algunos frutos de la tierra, pero probablemente no sabían cultivarla, ni poseían semillas que sembrar”.

La segunda teoría de Barros Arana sostiene que la ocupación de una parte importante del territorio chileno por los incas importó un gran progreso en todos los aspectos de la economía, la tecnología y la cultura en general de los habitantes nativos del país conquistado.

Lo que estamos precisando del pensamiento del historiador Barros Arana será muy discutido años más tarde, especialmente por Ricardo Latcham, y merece ser conocido en su detalle: “En efecto, los peruanos introdujeron el uso del riego de los campos por medio de canales que sacaban de los ríos, lo que permitió utilizar terrenos que no producían nada durante la parte seca del año. Hicieron sus sembrados y enseñaron prácticamente los principios de la agricultura. Importaron algunas semillas que produjeron los más favorables resultados, y entre ellas dos que fueron de la más grande utilidad. Nos referimos al maíz, que ellos llamaban zara, y a una especie de frejol que nombraban purutu pallar. Los peruanos importaron también los llamos... Se debe además a los vasallos del inca la introducción de otro arte: la alfarería o fabricación de vasijas de barro... Se debe, además, a los peruanos la primera explotación de las riquezas minerales de Chile”⁶⁵.

Sin embargo, Barros Arana reconoce que la influencia civilizadora no fue igual en todas partes del territorio chileno: “Fué más intensa en la región en que ésta tuvo más larga duración y en que por esto mismo pudo desarrollarse más profundamente. En el norte de Chile, desde el valle de Copiapó hasta un poco al

⁶⁴B. Arana, *ob. cit.*, pág. 52.

⁶⁵B. Arana, *ob. cit.*, págs. 67-71.

sur del sitio en que hoy se levanta Santiago, la dominación extranjera se cimentó de una manera más estable... Pero, más al sur todavía, la dominación extranjera no pudo hacer sentir su influencia tan decididamente... A pesar de esto, la antigua barbarie se modificó ligeramente, y aquella débil luz de civilización penetró poco a los lugares hasta donde no llegaron los conquistadores⁶⁶.

Estas opiniones de Diego Barros Arana, como ya lo hemos expresado, inician una aguda polémica de tal manera que Ricardo Latcham, en 1928, dedica un capítulo, el último de su Prehistoria de Chile, con el fin de descartar para siempre las afirmaciones de Barros Arana o, según él, de su continuador Tomás Guevara. El valor del aporte cultural incásico en Chile es estimado, hoy en día, de manera diferente a como lo hacía Barros Arana en 1884.

Otra figura, ya conocida parcialmente por nosotros, es la del sabio Rodolfo Amando Philippi Krumwiede. Luego de 1882 publica algunos artículos iniciando una serie de informes sobre las piedras horadadas que se han publicado a lo largo de muchos años⁶⁷. Dos años más tarde, nuevamente en los Anales de la Universidad de Chile, se encuentra un artículo acerca de los aborígenes de Chile: "Sobre un pretendido ídolo de ellos"⁶⁸. Pero Philippi no sólo se preocupa por algunos restos culturales de los indígenas de Chile sino también, y al igual que Medina, se interesa por fragmentos óseos provenientes de algunos sepulcros de Caldera, que tienen la características de estar decorados⁶⁹. Además de todo lo anterior, Philippi sigue publicando artículos que describen restos arqueológicos que se encuentran en el Museo Nacional. Así, da a conocer la "Momia Egipcia" que tenía el Museo, escribe sobre los perros aborígenes del Perú y, por último, acerca de algunos ídolos peruanos de greda cocida⁷⁰.

Philippi es un investigador que ciertamente no se limita a los estudios arqueológicos y etnográficos; sabemos que su aporte más importante se encuentra en la ciencia de la naturaleza. Aún más, se podría afirmar que no existe acontecimiento científico que no lo haya tenido de actor fundamental.

Cuando el 2 de junio de 1885 se fundó la Sociedad Científica Alemana de Santiago, Philippi fue nominado su presidente. Esta sociedad científica fue creada gracias a la iniciativa del señor Carl Rudolph, Director del Gimnasio Chileno.

⁶⁶B. Arana, *ob. cit.*, págs. 73-74.

⁶⁷"Sobre las piedras horadadas de Chile". Anales de la Universidad de Chile, N° LXV, Santiago, 1884.

⁶⁸Anales de la Universidad de Chile, N° LXIX, 1886.

⁶⁹Über verzierte Knochenscheiben aus alte Gräbern von Caldera: en Verhandlungen Berl. Anthropol. Gesellsch. 1888.

⁷⁰Sobre la Momia Egipcia del Museo Nacional. Anales de la Universidad de Chile, LXIX, 1886. "Aborígenes del Perú. artículos sobre sus perros". Anales de la Universidad de Chile, LXIX, 1886. "Descripción de los ídolos peruanos de greda cocida". Anales Museo Nacional Etnográfico. XI, 1895.

Así como los Anales de la Universidad de Chile daban a conocer un gran número de artículos de las diferentes especialidades que se investigaban y enseñaban en Chile, así también las actas de las sociedades científicas que inician su vida en 1885 comenzarán a publicar diferentes artículos científicos, producto de estas nuevas agrupaciones que permiten incorporar a personas "no especialistas" al desarrollo científico.

De la misma manera que los alemanes y chilenos descendientes de ellos crearon su sociedad científica, pocos años más tarde, en plena revolución de 1891, se organizó la Sociedad Científica de Chile (*Société Scientifique du Chili*), por parte de la colonia francesa y de chilenos admiradores de la cultura francesa.

Estas dos sociedades, a las que unieron más tarde, en 1909, la Sociedad de Folklore fundada por Rodulfo Lenz, y en 1911, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, fueron conjuntamente con la Universidad de Chile y el Museo Nacional las instituciones que hicieron posible que en Chile y, especialmente, en Santiago y en Valparaíso, se pensase, discutiese, escribiese y se diesen conferencias sobre diferentes problemas científicos. En las reuniones de las Sociedades originadas por grupos científicos y profesionales de descendencia alemana y francesa, o que se sentían unidos por diversas razones a estos países europeos, se comentaban las nuevas teorías, se discutían los nuevos descubrimientos, tanto producidos en el Viejo Mundo como en Chile. Al calor de estas discusiones se formaban los nuevos científicos y se fraguaba el "espíritu de emulación necesario para llevar el conocimiento a límites cada vez más avanzados"⁷¹.

Las actas de la Sociedad Científica alemana se escriben en alemán, las actas de la Sociedad Científica de Chile también contenían artículos escritos en francés. Debe suponerse que existía un número importante de personas que leían estos idiomas, por lo menos, sabemos con exactitud que el francés era la segunda lengua que se conocía en Chile. En la Biblioteca Nacional, como ya lo hemos escrito, se leía una buena cantidad de libros franceses. La colonización del Sur de Chile atraía cada día más a los ciudadanos alemanes, algunos de ellos científicos, como Philippi o Francisco Fonk.

Humberto Fuenzalida, en el artículo de homenaje a Ricardo Latcham que ya hemos citado, señala que las sociedades científicas juegan un papel importantísimo: "Por el desarrollo de la investigación y la creación del nuevo espíritu ellas son más importantes que la Universidad". En estas sociedades participan fuertes personalidades que hacen posible un ambiente intelectual rico "dentro de una ciudad hosca y practicista. En ellas surgen amistades que duran toda una vida o

⁷¹H. Fuenzalida: "Don Ricardo Latcham y el ambiente científico de Chile a comienzos del siglo". Boletín Mensual del Museo Nacional de Historia Natural. Año VIII, N^{os} 87-88, 1963.



Dr. Francisco Fonck

se engendran odios eternos”⁷². Pero más que todo esto, se piensa, se analiza, se impulsan nuevas investigaciones, se programa el futuro científico de Chile.

La Sociedad Científica tuvo al Dr. L. Darapsky como su primer secretario y uno de los científicos que se interesó por dar a conocer las colecciones etnológicas y arqueológicas del Museo Nacional de Santiago⁷³.

El primer volumen de estas actas de la Sociedad Científica Alemana constaba de 345 páginas, con varias láminas, y en su portada se lee que fue impreso en “Valparaíso, Imprenta A. Trautmann, 1885”. Como comenta Gualterio Looser, “este pié de imprenta se refiere tal vez a la primera entrega (32 páginas) pues en las páginas siguientes, en especial a partir de la página 181, se notan notables diferencias en la tipografía”. Este volumen tuvo seis entregas (Hefte) y la última debió hacerse en el año 1887. El sumario del volumen es variado y además del artículo del Dr. Darapsky, citado más arriba, hay artículos relacionados con Psicología, Mineralogía, Geología, Fonética, Literatura, reseñas bibliográficas, etc...

El volumen II fue impreso totalmente en Alemania y también publicado por el sistema de entrega o cuadernillos desde 1889 a 1893. Tiene 365 páginas con varias figuras y láminas. En este II volumen aparecen trabajos arqueológicos, entre los cuales se distinguen dos de Francisco Fonck y uno de Francisco Stolp.

Es interesante recordar que Carlos E. Porter, autor de la Bibliografía Chilena de Antropología y Etnología, que ya hemos citado, al comentar la publicación de las Actas de la Sociedad Científica Alemana de Santiago, dice: “es probable que en esta importante revista, fundada y sostenida por intelectuales alemanes, se hallen algunos trabajos relacionados con el tema de nuestra Bibliografía. En los tomos que poseemos (3 incompletos) no encontramos trabajo alguno al respecto y no nos ha sido posible conseguir los otros tomos”⁷⁴. Parece que el sistema de cuadernillos dificultaba la adquisición de la revista e incluso en 1908, fecha en que se escribía el comentario anterior, era difícil encontrar las Actas.

Los siguientes volúmenes de las Actas, desde el III (en 1895) al VII (en 1913), se imprimieron todos en Chile, principalmente en Valparaíso. Con el volumen VII (1913) se acabó la primera época de las Actas de la Sociedad Científica Alemana. Volvió a aparecer en 1931, 1934 y 1936 (volúmenes I, II y III); pero ahora impresa en Santiago. La situación europea, y especialmente alemana, determinó la no publicación de nuevos volúmenes de estas Actas.

Hemos dicho que ya en el volumen II de las Actas aparecen algunos artículos de *Francisco Fonck*. Este científico alemán, al igual que Philippi, había estudiado

⁷²H. Fuenzalida, *ob. cit.*, pág. 2.

⁷³Das National Museum in Santiago de Chile, en *Verhandlungen des deutschen Wissenschaftlichen Vereins zu Santiago. Stgo. de Chile, Vol. I, págs. 181-194. 1885.*

⁷⁴Carlos E. Porter, *ob. cit.*, pág. 135.

medicina, titulándose de médico en 1852, a la edad de 22 años⁷⁵. Llega a Chile un poco más tarde que Philippi, en parte también por razones políticas. Apenas llegado a este lejano país se vincula con Philippi, Ignacio Domeyko y con Vicente Pérez Rosales, el gran colonizador de Llanquihue. Trasladado al sur de Chile, descubre, en Llanquihue, un mundo virgen que lo impulsó a efectuar estudios geográficos y botánicos. Recorre el lago Nahuelhuapi en 1856; y un año más tarde participa en la expedición del Janequeo a las islas Chonos y Guaitecas y a la península de Taitao. En estos viajes también tiene tiempo para preocuparse por la Arqueología. Así, en 1857, reconoce como basurales o conchales culturales las acumulaciones de conchas situadas en las orillas del Archipiélago de Chiloé y lugares vecinos.

La inquietud fundamental de Fonck fue geográfica (se interesó especialmente por todo lo que se refería a la laguna de Nahuelhuapi y en general a la Patagonia), pero también estudió diferentes restos y yacimientos arqueológicos, siendo así un buen ejemplo del tipo de científicos naturalistas citados en los comienzos de estas páginas, y que considera que los restos dejados por los hombres antiguos deben ser analizados científicamente de la misma manera que otros restos estudiados por las ciencias naturales.

Pertenece, sin duda, "a esa generación de naturalistas y hombres de ciencia de la segunda mitad del siglo pasado y comienzos del presente, que, al margen de su profesión y ocupaciones diarias, o algunas veces desviándose de ellas, toman contacto con el ambiente geográfico que los rodea y cultivan con entusiasmo las ciencias naturales como aficionados, sin que este carácter reste profundidad y seriedad a las investigaciones que emprenden"⁷⁶.

Este mismo entusiasmo lo hizo, en 1870, como lo hemos escrito anteriormente, preocuparse de escribir sobre los indios de Chile "de hoy y de ayer". En 1889 y 1893 publica en las Actas de la Sociedad Científica Alemana de Santiago artículos sobre artefactos de piedra y en general sobre la edad de piedra de Chile Central⁷⁷.

Entre 1896 y 1912 escribió siete nuevos artículos sobre temas de etnografía y arqueología⁷⁸.

⁷⁵La mejor bibliografía del Dr. Fonck es la escrita por Carlos E. Porter: "El Dr. don Francisco Fonck". Revista Chilena de Historia y Geografía, tomo IV, año II, Nº 8, 1912.

⁷⁶H. Niemeyer y V. Schiappacasse: "Homenaje a F. Fonck, en Arqueología de Chile Central y áreas vecinas", pág. III, Viña del Mar, 1964.

⁷⁷"Napfchensteine", en Verhandlungen des deutschen Wissenschaftlichen Vereines zu Santiago, t. II, Stgo. 1889. "Ein Beitrag zur Kenntniss der Steinzeit im mittleren Chile, en Verhandlungen des deutschen Wissenschaftlichen Vereines zu Santiago, t. II. 1893 (págs. 272-305).

⁷⁸1. Las sepulturas antiguas de Piguchén. Diarios El Mercurio (18 de dic.), y La Libertad Electoral (19 de diciembre). 1896. -2. Carta al Dr. Tomás Guevara, felicitándolo por su reciente libro, Civilización de la Araucanía. La Frontera (Temuco), 27 de julio 1900. -3. Etnografía y Colonización, carta al Sr.

En su trabajo "La región prehistórica de Quilpué y su relación con la de Tihuanacu" (estudio arqueológico basado en la colección del autor exhibida en la exposición histórica del centenario, Fonck intenta probar la analogía o identidad de las costumbres funerarias entre las localidades o regiones de Quilpué y Tiahuanacu. Fonck es, sin duda, uno de los primeros estudiosos que se refiere a la influencia de Tiahuanacu en Chile; sin embargo, como lo veremos más adelante, fue el Dr. Uhle quien trató científicamente esta problemática por primera vez.

Aparte de lo anterior, adquiere valor su esfuerzo por periodificar los restos arqueológicos de Quilpué: "distinguimos en Quilpué dos épocas diferentes: la más antigua con sus piedras de moler, piedras con tacitas y ollas de clase ordinaria, y otra más avanzada, tal vez incásica, con objetos de cobre y alfarería pintada, en que cesaron, según parece, las piedras con tacitas (como en El Sauce), pero en la cual persistieron las mismas costumbres fúnebres como en la primitiva" (pág. 50).

Estamos en 1910 y aunque ya comienzan a investigar y a publicar el Dr. A. Oyarzún y el ingeniero inglés R. Latcham, el párrafo anterior es un hito importante en la construcción de la prehistoria de Chile Central.

Pero volvamos nuevamente hacia fines del siglo XIX y veamos quiénes organizaron la "Société Scientifique du Chili". En 1891, impreso en Santiago en la Imprenta Cervantes, situada en la calle de la Bandera, número 73, apareció el tomo I de las "Actas de la Sociedad Científica de Chile". Esta sociedad había sido fundada por un grupo de franceses y constaba de una larga lista de miembros fundadores y titulares, muchos de los cuales eran científicos y profesores de prestigio. Así, tenemos por ejemplo, a su presidente Albert Obrecht, Doctor en Ciencias, profesor en la Universidad y Director del Observatorio Astronómico; a su Vicepresidente Alphonse Nogués, Doctor en Ciencias, Ingeniero Civil de Minas y profesor de la Universidad; a su Secretario General Fernand Lataste, Subdirector del Museo Nacional de Historia Natural y profesor en la Universidad.

En el tomo II de las "Actas" aparece Alphonse Nogués encabezando la lista de miembros del Consejo de Administración correspondiente al año de 1892, en donde uno de los Vicepresidentes es el Dr. Manuel Barros Borgoño, Decano de la Facultad de Medicina.

Entre los miembros titulares están el Rector de la Universidad de Chile y profesor de Anatomía, Dr. José Joaquín Aguirre; el subsecretario de Estado en el

Tomás Guevara, con respuesta de éste. Publicado en los Diarios El Sur, El Ferrocarril y el Heraldo (4-6-22 de marzo 1906). -4. Los cráneos de paredes gruesas, según Luis Vergara Flores, con un dato más. Revista Chilena de Ciencias Naturales, t. X, última entrega. 1906. -5. Reseña razonada de algunas publicaciones sobre Etnografía, de F. F. inédito. -6. La región prehistórica de Quilpué y su relación con la de Tiahuanacu, Valparaíso, 1910. -7. Formas especiales de los utensilios caseros de los aborígenes. Revista Chilena de Historia y Geografía. Año II, I trimestre, Nº 5. 1912.

Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Abogado José Domingo Amunátegui Rivera; el Secretario de la Facultad de Humanidades, profesor de Derecho Constitucional en el Instituto Pedagógico, Domingo Amunátegui Solar; el decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Diego Barros Arana, etc...

Todos estos valiosos hombres de ciencia e intelectuales pertenecían a una Sociedad formada también por comerciantes, negociantes, propietarios, industriales cuyo oficio no era precisamente la investigación científica, aunque sí aspiraban al conocimiento y por lo tanto escuchaban con gran interés las comunicaciones científicas que se leían.

Con el fin de conocer el valor de estas comunicaciones hemos escogido una que tiene que ver con temas antropológicos; se trata de la comunicación del Sr. Nogués titulada "Los Hombres aborígenes de América, las razas autóctonas". El comienzo de la comunicación de Nogués muestra la cautela del hombre de ciencia y el concepto interdisciplinario de los estudios que abordan el problema de los orígenes del hombre americano. "Yo no tengo la pretensión de resolver el difícil problema de los aborígenes de América, ni el de los orígenes de los primeros habitantes de Chile. La solución de este problema, suponiendo que la tenga en el estado actual de la ciencia, exigiría largas y laboriosas búsquedas antropológicas, etnográficas y lingüísticas. Yo no pretendo pues zanjear un problema tan delicado, que no han podido resolver los etnógrafos más eminentes; sólo está permitido a los guerreros cortar los nudos gordianos de un golpe de espada. Pero nosotros, los hombres de ciencia, a falta de argumentos cortantes, que no son de nuestro dominio, debemos aportar argumentos razonables, probatorios, alimentados por la observación".

En el fondo, el Sr. Nogués no pretende discutir las hipótesis autoctonistas ni las que hablan de migraciones de los romanos, cananeos, íberos, etc.; sólo quiere "establecer la existencia del hombre americano cuaternario". A continuación cita los descubrimientos del Dr. Dowler en el delta de Mississippi, asociado a *Mastodon chiticus*, *Megalonyx*, *Equus*, *Bos*, etc., y los descubrimientos de Lund, en cavernas del Brasil, de osamentas humanas asociadas con *Megatherium*. Y luego Nogués escribe una frase sorprendentemente optimista para esos años: "todo lo que nosotros acabamos de decir es conocido desde largo tiempo; nadie pone más en duda la gran antigüedad del Hombre tanto en América como en el antiguo continente".

Al término de la comunicación Nogués se adscribe claramente a la tesis autoctonista al declarar: "El objeto final de esta discusión era alcanzar a concluir que, puesto que la América ha tenido sus razas cuaternarias autóctonas, contemporáneas del *Mastodonte*, del *Megatherium*, del *Mylodon*, del *Glyptodon*, del caballo, etc., no hay ninguna razón para recurrir a las migraciones hipotéticas para poblar el nuevo Mundo. Este vasto continente ha tenido sus razas humanas

originarias, como ha tenido su fauna especial. Los aborígenes de América, que existían o habían existido antes del descubrimiento de C. Colombo, eran los descendientes de los hombres de las épocas anteriores; la América ha tenido sus razas humanas, igual como el África y el Asia han tenido las suyas”.

Escrito en 1892, nos parece que el razonamiento es lógico y convincente. No habría por qué exigirle a Nogués que se preguntase por el origen de los grupos americanos cuaternarios. Hoy día lo hacemos y contestamos que Asia tiene que decirnos algo. Pero, de todos modos, el rechazo enérgico que hace nuestro científico de las hipótesis que postulaban la presencia de los antiguos godos, íberos, frisonos, tártaros, semitas, romanos, etc., para explicar el origen de los araucanos y de otros pobladores americanos es realmente valioso y demostrativo de la seriedad de los estudios que se hacían a fines del siglo pasado. Lo curioso es que ahora esta rigurosidad, a veces, se pierde, y nos volvemos a encontrar con algunas publicaciones que nos recuerdan las hipótesis ya desechadas en 1893 por los investigadores de la Sociedad Científica de Chile.

Sin lugar a dudas que la comunicación de Nogués es un excelente ejemplo del valor de las sociedades científicas, en cuyo interior se expresaban ideas y se exponían problemas que no era posible exponer en otros lugares. Sólo en la Universidad, en algunas escasas revistas y en estas sociedades, que comenzaban a crearse, se podían tratar problemas altamente científicos, en algunos casos conflictivos como aquellos que se referían al darwinismo.

Hemos ya conocido la opinión de Philippi, de 1876, sobre este delicado tema. El propio Nogués de la Roque escribió en 1892 y 1893 algunos artículos sobre “Descendencia del Hombre y darwinismo”, preguntándose: “¿De dónde desciende el Hombre? ¿Cuáles son sus antecedentes antropoides?”⁷⁹.

También otro distinguido estudioso, Luis Arrieta Cañas, se había inquietado profundamente por el problema de la descendencia del Hombre. En 1889, publicó un artículo, en la Revista del Progreso, titulado “Algo sobre el hombre”, con un subtítulo de “Monogenismo, Poligenismo, Transformismo”⁸⁰.

Puede asegurarse que en los círculos científicos de Santiago, la mayoría de sus miembros eran partidarios de la teoría transformista y aquellos que no lo eran la respetaban grandemente.

En L. Arrieta Cañas hay una gran cantidad de datos que lo muestran como un estudioso bien informado de todo lo que se publicaba en aquellos años, en Antropología y Arqueología, pero además hay algunas ideas que pueden consi-

⁷⁹Anales de la Universidad de Chile. T. LXXXII, noviembre-abril 1892-1893, págs. 1255-1282, t. LXXXIV (marzo-octubre 1893), págs. 145-179-687-724.

⁸⁰L. Arrieta Cañas “Algo sobre el Hombre”, apartado de la Revista del Progreso, Santiago de Chile. Imprenta de La Libertad Electoral, Morandé 38, 1889.

derarse también representativas de fines del siglo pasado. “Ya empieza el movimiento intelectual que viene enjendrado por las ciencias antropológicas y arqueológicas, ya empieza a notarse la distinta concepción del hombre i del mundo que nace por la claridad que arroja el espíritu nuevo, ya las ciencias sociales se sienten impregnadas en la nueva savia que, al abrir otros horizontes a su esperanza, les da más bríos para reconstruir desde los cimientos una rama del saber que hasta hace poco lo era del creer”.

Arrieta Cañas, autor de estas quemantes líneas, había nacido en Santiago en 1862, estudió humanidades en el Instituto Nacional y leyes en la Universidad de Chile. Se recibió de abogado en 1886. A pesar de su título de Abogado “no se ha dedicado a las controversias forenses: el arte y la literatura lo han retenido en sus redes y en ellos ha sobresalido y ha sostenido batallas memorables”⁸¹.

Nosotros podríamos agregar que también sobresalió en las discusiones filosóficas, tocando temas tan conflictivos como la inmortalidad del alma, el origen del hombre, etc. Arrieta Cañas, anticlerical, positivista y racionalista, fue también un gran benefactor que ayudó a amplios sectores sociales. Además de participar en el Club del Progreso, el Ateneo de Santiago, colaboró, como ya lo hemos dicho, en la Revista del Progreso y en la Actualidad. Desde 1891 formó parte como miembro titular de la “Société Scientifique du Chili”.

Sus principales artículos fueron “Un Manuscrito”, de 1888, en donde exponía las teorías de los antiguos sobre la inmortalidad del alma y terminaba rebatiéndolas. De ese mismo año es “Cartas sobre la Música”. A propósito de su interés por la música, en 1892 formó parte de una comisión de vigilancia del “Conservatorio Nacional de Música”.

En 1889 escribe su ya citado “Algo sobre el Hombre”. Sin lugar a dudas, es un tipo de hombre que ayuda a formar opinión pública sobre el valor de los estudios antropológicos. Con sus posiciones filosóficas bien definidas, incluso a veces arbitrarias, va marcando un sendero entrelazado de polémicas y luchas ideológicas, que sería recorrido por tantos otros.

En las Actas de la Sociedad Científica de Chile, encontramos un gran número de artículos escritos por estudiosos como Daniel Barros Grez, Máximo Cienfuegos, Marcial Cordovez, Caupolicán Pardo, Luis Vergara Flores, Alejandro Cañas Pinochet y tantos otros.

El Dr. Luis Vergara Flores es, sin duda, una de las figuras más interesantes ya que aparece como formando parte del primer grupo de científicos que investiga sobre “Antropografía o Antropología Física”. Carlos Porter lo recuerda así: “En esta rama de la ciencia, donde se abre tan vasto horizonte, son muy contadas las

⁸¹Virgilio Figueroa: Diccionario Histórico y Biográfico de Chile, pág. 618. Santiago de Chile, 1925.

personas que se han ocupado de ellas. Descuella, en primer lugar, el Dr. Luis Vergara Flores, de Tocopilla, cuyos trabajos y estudios originales sobre la Craneología de las diversas razas del valle del Loa merecen especial mención. Este autor también ha descrito unos cráneos hallados en la isla de Mocha y traídos por la expedición científica que, bajo la dirección del Dr. Carlos Reiche, exploró la isla⁸².

Otros investigadores que, a fines del siglo pasado o comienzos del xx, publican datos aislados o estudios específicos de Antropología Física, son, además del Dr. Vergara Flores y, naturalmente, de José Toribio Medina, el Dr. Luis A. Solís Varela, Tomás Guevara, Ricardo Latcham, Alejandro Cañas Pinochet, Pedro N. Herrera, el Dr. Juan Serapio Lois, Francisco Vidal Gormaz, el capitán Enrique Simpson y Carlos Juliet.

También es justo recordar que, en relación con publicaciones científicas importantes, en 1897 apareció el primer número de la "Revista Chilena de Historia Natural" fundada y dirigida por Carlos E. Porter. Esta publicación de carácter interdisciplinario que trasciende el segundo período y acogió a muchos antropólogos y arqueólogos chilenos, especialmente a Latcham, incluyó en sus páginas, además de los artículos especializados, unas noticias breves sobre los principales antropólogos chilenos con informaciones de carácter bibliográfico y biográfico. Así, en diferentes números (entre 1900 y 1942), encontramos datos sobre el Dr. Luis Vergara Flores (Nº 9-1905), el Dr. Francisco Fonck (Nº 11-1907), el profesor Tomás Guevara (Nº 14-1910), el ingeniero Ricardo E. Latcham (Nº 14-1910), etc.

Nuestra intención sería escribir sobre todos aquellos que hicieron algo por enriquecer los estudios del hombre y de la cultura prehispánica en Chile, como Alejandro Cañas Pinochet y Daniel Barros Grez, y sus estudios acerca de las piedras horadadas, las piedras grabadas y el culto de la piedra en Chile. Aunque muchas de sus tesis no sean aceptadas hoy en día merecen ser recordadas, especialmente porque se trata de temas tan controvertibles como las piedras horadadas y sus funciones. Así, por ejemplo, en las Actas de la Sociedad Científica de Chile, Cañas Pinochet publicó su estudio sobre las piedras horadadas⁸³ en donde llegaba a la conclusión de que estas piedras habían hecho el papel de monedas en los tiempos en que fueron confeccionadas.

Igualmente, debemos tener presente a los viajeros Alejandro Bertrand y Francisco San Román, quienes exploraron el desierto de Atacama.

En 1885, Alejandro Bertrand publicó sus "Memorias sobre las Cordilleras del desierto de Atacama y regiones limítrofes", en donde da noticias breves sobre la arqueología y los habitantes de la región⁸⁴.

⁸²Carlos Porter, *ob. cit.*, pág. 111.

⁸³Actes de la Société Scientifique du Chili; Tome XIII, págs. 193-274; Santiago, 1903.

⁸⁴Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, t. x, págs. 4-299. Stgo.

En 1896 aparece publicada la importante obra de San Román, en tres tomos, titulada "Desierto y Cordilleras de Atacama", en cuyas páginas se dan informes arqueológicos interesantes. Así, por ejemplo, San Román escribe: "En Chiu Chiu, lugarejo de unos 500 habitantes, situado a inmediaciones de la confluencia de los ríos Loa i Salado, presentóse la ocasión de interesantes visitas a los cementerios de indígenas, consiguiendo obtener cuatro momias completas, en buen estado de conservación i adornadas con sus pintados ropajes, diversos objetos de adorno i utensilios, a todo lo cual ha dado colocación el Dr. Philippi en la correspondiente sección del Museo Nacional⁸⁵.

Sin embargo, es conveniente permanecer junto a algunos estudiosos, como Ricardo Latcham, que más tarde va a llenar con su gran personalidad científica el escenario de la Arqueología Chilena. Aunque su gran obra científica pertenece al Tercer Período, entre 1911 y 1940, hay algunos trabajos, que muy pocas veces son recordados y que, sin embargo, son fundamentales para conocer las hipótesis de este estudioso, en los primeros años de sus investigaciones y cómo ellas evolucionaron posteriormente. También el Dr. A. Oyarzún publica en 1910, al final del Segundo Período, pero prácticamente toda su producción científica pertenece al Tercer Período. Por esta razón, analizaremos más adelante su trabajo sobre los conchales.

En la Revista Chilena de Historia Natural, en 1908, se publicó un estudio de Ricardo E. Latcham, "miembro correspondiente de la Sociedad Antropológica de Londres"; titulado: "Hasta dónde alcanzó el dominio efectivo de los Incas en Chile"⁸⁶.

La primera hipótesis, que sería probada con abundancia de hechos, expresa: "que el dominio efectivo de los incas se extendió, cuando menos, hasta el río Maipo, i con toda probabilidad hasta el Maule".

Los hechos son sacados principalmente de la etnohistoria, lingüística, antropología física y algo de la arqueología, puesto que "la arqueología del país, que pudo haber aclarado esta cuestión con más certeza, es desgraciadamente tan poco estudiada que se puede decir que casi no existe".

En la búsqueda de todo tipo de datos, para aprobar su hipótesis, Latcham hace uso del argumento de la presencia de la agricultura.

Es sumamente interesante seguir sus argumentos y comprobar como coincide, en este momento, con Barros Arana, a quien atacará duramente 20 años después. Sin embargo, hay algo que lo diferencia de Barros Arana: su estimación de que no basta con asegurar que sólo en el siglo xv entró la práctica de la agricultura y

⁸⁵Pág. 230, t. I. Stgo. de Chile, Imprenta Nacional, calle de la Moneda.

⁸⁶Revista Chilena de Historia Natural, año XII, N° 4-1908, págs. 178-199.

de otras técnicas. Cien años no bastan para explicar el gran cambio cultural y la nueva realidad que conocen los españoles, sobre todo en el norcentro de Chile.

Latcham sugerirá que los incas entraron a Chile antes del siglo xv y esta mayor antigüedad de su presencia en el territorio chileno daría más tiempo para los cambios culturales. Pero siempre serían los incas los autores de la entrada de las técnicas agrícolas más desarrolladas. Así, la diferencia básica, en 1908, entre Latcham y Barros Arana, no se encuentra en quiénes introdujeron las nuevas técnicas, sino cuándo ocurrió.

Conozcamos textualmente lo que Latcham escribió entonces para probar que los incas ocupaban el país hasta el Maule, por un tiempo considerable antes de la entrada de los españoles: “Sabido es, pues –todos los cronistas dejan constancia de ello– que, al sur del Bío-Bío, la agricultura era casi totalmente desconocida. En cambio, los habitantes del Norte i del Centro del país habían adoptado costumbres más sedentarias, i se dedicaban al cultivo de la tierra, i a la crianza de sus ganados de Chillihueques o llamas. El carácter de esta agricultura era esencialmente peruano. Sembraban el maíz, la papa, el quinoa, el madi, el ají i frejoles. Sabían el uso del arado que entre ellos era un horcón, con una rama larga i otra corta, puntiaguda i endurecida al fuego. Esto lo hacían tirar por dos chillihueques, animales que les servían además para su alimentación y para fabricar de su lana sus pocos vestidos, coloreándola con tintas vegetales. Aprendían el uso de los metales, oro, plata y cobre, i habían avanzado algo en la industria de la alfarería y la labranza de maderas. Conocían también la manera de abonar sus siembras con el estiércol de sus animales y regaban con acequias, traída a veces de largas distancias, venciendo serios obstáculos”⁸⁷.

Algo más adelante, citando a Guevara que defendió siempre la introducción de la agricultura por los conquistadores peruanos, dice: “A la época de la conquista se practicaba la agricultura i la crianza hasta el Maule”. Para terminar el análisis de este revelador estudio de Latcham veamos cómo este investigador intenta resolver el problema: “¿Cómo es que encontramos tantas huellas de esta ocupación al norte del río Choapa, mientras al sur del mismo río son relativamente escasas?”.

El propio Latcham reconoce que el problema no habría presentado tanta dificultad si no fuese por afirmaciones que se hacen sin que sean discutidas. La primera: “que, anterior a la invasión de Chile por los ejércitos de Tupa Yupanki, la influencia de la civilización incásica no se había sentido al sur del desierto de Atacama”; la segunda, “que el idioma araucano fue hablado por todos los habitantes de Chile, desde Atacama hasta Valdivia o Chiloé”.

⁸⁷R. E. Latcham, *ob. cit.*, págs. 191-192.

Antropología Chilena

FOR

RICARDO E. LATCHAM

MIEMBRO CORRESPONSAL DE THE ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE OF GREAT
BRITAIN IRELAND

INTRODUCCION

El presente trabajo, presentado al IV Congreso Científico, primer Pan-Americano, celebrado en Santiago de Chile el 25 de diciembre de 1908 hasta el 5 de enero de 1909, no es más que un resumen de los estudios y observaciones del autor durante un largo número de años.

Hasta ahora no había hecho más que anotar todos los hechos que se me presentaban, y que versaban sobre la antropología de Chile, su arqueología, paleontología y prehistoria.

Todavía queda muy inconclusa. Sobre muchos puntos, no he podido consignar dato alguno; otros son de significado muy dudoso y oscuro; otros todavía parecen en contradicción á todo lo que se ha opinado hasta ahora.

En algunos casos no he hecho más que dejar constancia de hechos; y si en algunas partes he indicado lo que me ha parecido una opinión razonada, no por eso he querido establecer finalidad, sino simplemente indicar la dirección que la evidencia existente tiende á señalar, dejando al porvenir probar ó desprobar las hipótesis avanzadas.

No había pensado emprender por muchos años todavía la tarea de formular alguna conclusión sobre la materia, considerando que aún no era tiempo oportuno; pero la ocasión del Congreso celebrado en Santiago me sugirió la idea de hacer una ligera clasificación del material recogido, y una vez hecho esto, resolví entregar á la publicidad un extracto del resultado.

Si algunos de los puntos tratados se han tocado de una manera muy breve, no siempre ha sido por falta de mayor número de hechos ó argumentos, sino simplemente, porque no era permisible extenderme mucho en un artículo de semejante destino.

Aun cuando la mayor parte de las observaciones han sido personales, en todo caso donde ha sido posible me he valido de las opiniones de otros escritores, como evidencia colateral, citando en la generalidad de los casos la obra y su autor consultado.

Es muy probable que algunas de las conclusiones que he deducido sean erróneas y confieso que sobre muchos puntos reservo el derecho de modificar mis

Apoyándose en el cronista Montecinos postula una antigua penetración de los incas antes del siglo xv: en una nota recuerda que, según Garcilaso, pudo haber ocurrido entre 1292 y 1298. Así, para Latcham de 1908, esta antigua y primera entrada de los incas a Chile explicaría satisfactoriamente el grado de civilización que tenía ese país a la llegada de los españoles. “Casi no es dable creer que en menos de un siglo, un pueblo podía salir de un estado de absoluto barbarismo i haber adquirido las artes de la agricultura, el tejido, la cerámica, la domesticación de animales, la elaboración de metales i otras, en una extensión tan grande de territorio”.

Para terminar la exposición de los principales trabajos y problemas que corresponden al Segundo Período, nos referiremos a otro trabajo de Latcham, sin duda el más importante, también publicado a fines de este período. En Santiago se inauguró, el 25 de diciembre de 1908, el IV Congreso Científico y el I Panamericano. En este Congreso, Ricardo Latcham presentó un trabajo titulado “Antropología Chilena”. El propio Latcham lo calificó de “un resumen de los estudios y observaciones del autor durante un largo número de años”. Esta monografía se publicó en 1911 y nos servirá para limitar muy bien lo que hasta ese momento se investigaba y se publicaba en Chile sobre Antropología y Arqueología. Vale la pena conocer bien las discusiones y problemas que había en los círculos científicos chilenos en la primera década del siglo xx, para, entre otras cosas, precisar con exactitud el aporte del sabio alemán Max Uhle, desde 1911 en adelante.

Con la publicación de la “Antropología Chilena” nos enfrentamos a la primera obra de conjunto editada en Chile, luego de los trabajos de José Toribio Medina y de Diego Barros Arana. La monografía de Latcham tiene una fuerte orientación antropológica física, pero está acompañada de un conjunto valioso de datos científicos de tipo arqueológico. Se divide en dos partes: 1) “Las razas indígenas que habitaron el territorio actual de Chile”, y 2) “Los caracteres físicos de las razas chilenas”.

A lo largo de estas páginas expone un conjunto de hipótesis que enfrenta a otras expuestas en la segunda mitad del siglo xix. Había sido costumbre considerar que los dos elementos más importantes que entran en la constitución de la nación chilena eran el araucano y el español, y tomar en cuenta para la obtención de la información científica sólo la parte centro-sur del país.

Naturalmente que Latcham objeta que sólo se estudie y se tome en cuenta un tercio del territorio bajo el dominio chileno. Además se opone a la suposición de que en la época de la conquista haya una raza homogénea: “Nuestras investigaciones nos han convencido de que, lejos de la homogeneidad concebida, Chile es uno de los países donde más mezclas de razas ha habido”.

Al rechazar los argumentos de tipo lingüístico (se trata de una sola raza porque se habla un solo idioma) el antropólogo inglés hace suyo un argumento que actualmente es patrimonio de la ciencia: "La lengua parece ser independiente de la raza".

Sin embargo, es verdad que a la llegada de los españoles había una lengua común en Chile Central. Esta lengua, según Latcham, pertenecía a antiguos pobladores que habitaban el territorio nacional; luego migrantes venidos de las pampas argentinas incorporaron esta lengua. Nos enfrentamos, así, a la teoría más conocida de Latcham, que postula que los mapuches vinieron de tierras orientales más allá de la Cordillera de los Andes: "Creemos que la corriente migratoria ha venido más bien desde las pampas a Chile, en tiempos sin duda muy lejanos; y que las razas que ocuparon el valle central de este país a la llegada de los españoles no eran autóctonas, sino descendientes de hordas invasoras que se habían fusionado más francamente con los antiguos moradores del norte del río Itata; y encontrándose con tribus menos fuertes, o bien más hostiles al sur de dicho río, los habían empujado a fuerza de armas más y más al sur, conservando su pureza más intacta en aquella región que llamamos Araucanía".

"Este pueblo era nómade, vivía de la caza, se vestía de cueros de animales, habitaba toldos del mismo material y no conocía ni los primeros rudimentos de la agricultura. Es posible que tenían algunos conocimientos de la alfarería, pero de la más ruda descripción. Era robusto y enérgico y probablemente muy guerrero"⁸⁸.

Los invasores adquirieron la lengua de los pueblos más adelantados y sedentarios que habitaban al norte del río Itata. Estos recién llegados "no encontrándose con tantos elementos extraños, conservaron mejor sus caracteres raciales y costumbres antiguas, aprendiendo algunas nuevas ideas de sus vecinos del norte y adoptando poco a poco el nuevo idioma que era más adecuado para las exigencias de su nueva vida".

Con relación a la extensión geográfica de la ocupación mapuche, Latcham considera que al ampliarse en forma exagerada el hábitat de aquéllos se incluyó en forma inapropiada a los pehuenches y a los huilliches; "como trataremos de probar, estos dos pueblos no formaban parte de la raza a que pertenecían los mapuches, ni eran políticamente unidos con ellos, aún cuando con el transcurso del tiempo llegaron a vincularse con ellos en ciertas partes del territorio"⁸⁹.

Otra de las teorías importantes de Latcham tiene relación con el aporte cultural de los incas. Es fácil conocer con claridad el pensamiento del estudioso inglés

⁸⁸R. E. Latcham, "Antropología Chilena", pág. 27, en "IV Congreso Científico". Editor Carlos E. Porter, Stgo. de Chile, 1911.

⁸⁹R. E. Latcham, *ob. cit.*, pág. 31.

sobre este problema, en la Prehistoria Chilena publicada en 1928. Pero no ocurre lo mismo en las publicaciones iniciales de Latcham. Creemos ver opiniones oscilantes, casi contradictorias. Así, por una parte, al reconocer que los habitantes del norte del río Itata (Picunches) tenían los rudimentos de una agricultura primitiva y del pastoreo, e incluso que por influencia de otros grupos autóctonos más cultos (posiblemente del Norte Chico) llegaron a un estado patriarcal antes de la invasión incásica, permite la posibilidad de explicar que los incas “pudieron lograr resultados tan extraordinarios en el corto tiempo que duró su dominación”⁹⁰.

Por otra parte, está convencido que la influencia peruana se hizo sentir en esta región largos años antes de la invasión de Yupanqui. Volvemos a encontrar, así, la hipótesis que ya había formulado en el estudio titulado “¿Hasta adónde alcanzó el dominio efectivo de los Incas en Chile?”, y que sostenía que los incas habían penetrado en Chile mucho antes del siglo xv. Esta penetración temprana tiene su sentido para Latcham sobre todo si se refiere al norte de Chile y en especial a la provincia de Coquimbo. La siguiente cita de Latcham define muy bien el tipo de relaciones existentes entre los habitantes de esta región de Chile y los incas antes de la invasión del siglo xv: “No queremos decir que formaba parte del imperio de los Incas, sino que el contacto entre los dos pueblos había durado lo suficiente para que se adoptara la lengua, las artes e industrias de sus poderosos vecinos del norte”⁹¹.

Incluso los propios atacameños (habitantes al sur del río Loa) que hicieron fuerte resistencia a los incas “con la adopción de una vida más sedentaria y las enseñanzas adquiridas de los Incas, se dedicaban a la explotación de las minas de oro, plata y cobre: y a la crianza de llamas y vicuñas”⁹².

Así creemos que Latcham, en la “Antropología Chilena”, a pesar de sus dudas, se inclina a restarle alguna importancia a la conquista incásica, en lo que se refiere a la incorporación de la agricultura, aunque no deja de hacer uso del cronista Montecinos para insistir en una posible penetración inca temprana.

También, y ahora en relación a los mapuches, considera que ellos “han hecho un papel mucho menos importante de lo que se ha creído generalmente en la formación del pueblo chileno”.

Como resumen de las principales conclusiones de Latcham, además de las recientemente expuestas, y tomando también en cuenta la segunda parte del estudio, podemos anotar:

⁹⁰R. E. Latcham, *ob. cit.*, pág. 31.

⁹¹R. E. Latcham. *ob. cit.* pág. 40

⁹²R. E. Latcham, *ob. cit.*, pág. 44.

1. Desde tiempos remotos han existido en el territorio chileno numerosas razas que se han mezclado.
2. Que Chile se ha poblado desde antiguos tiempos: los más antiguos representantes de esta raza autóctona paleoamericana serían los alacalufes y, probablemente, algunas familias de changos.
3. Que la población actual se ha formado por sucesivas invasiones del Norte y del Oriente.
4. Que las inmigraciones de pueblos chilenos a tierras argentinas han sido secundarias, siendo por tanto, más significativos los movimientos de los pueblos que provienen de la cordillera (caso de los araucanos).
5. Que ha existido, posiblemente, al norte del grado 30 "una antigua raza ya desaparecida, más civilizada que cualquier otro que ocupó el territorio chileno o argentino antes de la llegada de los españoles".

Para terminar, debemos precisar que los trabajos de Latcham analizados por nosotros, muestran sin embargo, a pesar de sus méritos la ausencia de una secuencia cronológica de los pueblos (razas como dice Latcham) y culturas. Hay, sin duda, intentos de secuencias relativas, como cuando se hace suyo, en parte, los estudios del Dr. Vergara Flores con respecto a "las guacas de Quillagua"⁹³.

De todos modos no hay duda de que los vacíos son enormes en todo lo que se refiere a cronología y a secuencias culturales. Debería llegar un alemán, que no era prehistoriador, pero sí un científico riguroso, para que se produjera un vuelco fundamental en la labor científica de la Prehistoria de Chile. Con Max Uhle entramos a uno de los más interesantes períodos de la ciencia prehistórica, no sólo por la calidad de sus integrantes, sino por las numerosas obras científicas publicadas y por su extensión.

En resumen, podemos sostener que este segundo período se caracterizó por la formación de Sociedades Científicas de tipo general (la Alemana y la Francesa) y al final de él de Sociedades Especializadas (como la de Folklore o la de Historia y Geografía); sociedades éstas que permitieron un intercambio de ideas y, en general, ayudaron a organizar un ambiente científico e intelectual muy estimulador.

Los trabajos de campo, especialmente las exploraciones geográficas que daban algunas informaciones de los aborígenes y de las antigüedades continuaron ahora encaminadas al conocimiento del Norte y, en general, se observan algunos trabajos e informes de campo modestos. En verdad, en este período no se logra,

⁹³De acuerdo a los tipos de cráneos y en especial al grosor de sus paredes se habla de "antiguos atacameños", "antiguos changos", "aimaraes" y "una raza nómada que ocupaba la zona entre la costa y la cordillera en tiempos remotos".

a pesar de todo, impulsar los trabajos arqueológicos como podía haberse esperado luego de la publicación de Medina. El propio Medina nos entrega algunas descripciones arqueológicas bien logradas pero no enriquece su síntesis histórica sobre los aborígenes.

Sólo al final del período, con la presencia de Latcham y Oyarzún, se conocen algunos trabajos interesantes, destacándose el estudio de conjunto de Latcham sobre la Antropología Chilena, publicada en 1911. Tal vez, el aporte mayor de este segundo período fue el de crear las condiciones intelectuales para el acelerado desarrollo futuro de los estudios antropológicos y arqueológicos en Chile (el Tercer Período). Faltó indudablemente más investigación descriptiva, pero la característica señalada anteriormente lo justifica ante la historia de la ciencia.

CAPÍTULO III

TERCER PERÍODO (1911-1940)

Tal como lo hemos escrito, las fechas que enmarcan los cinco períodos de la Ciencia Prehistórica Nacional no deben ser consideradas absolutamente exactas. Para el Tercer Período, el año 1911 señala la llegada a Santiago del gran científico alemán Dr. Max Uhle, quien impactó a los estudiosos extranjeros y nacionales que se preocupaban de investigar la realidad cultural prehispánica y etnología de Chile.

En la década de 1940 acontecen varios hechos puntuales que deben ser relacionados entre sí para entender por qué, hacia los alrededores de ese año, hacemos terminar el período que estudiamos y visualizamos uno nuevo (el Cuarto Período).

En primer lugar, Ricardo Latcham y Aureliano Oyarzún disminuyen sus contribuciones científicas debido a su avanzada edad y a deficiencias de salud. Siguen preocupados de lo que acontece en los temas de sus especialidades; incluso continúan publicando pero, obviamente, su aporte es más rico en consejos y apoyo que prestan a los nuevos y escasos investigadores. Latcham muere en 1943 y el Dr. Oyarzún en 1947, a la edad de 89 años.

Por otra parte, las investigaciones del arqueólogo norteamericano Junius Bird en el norte de Chile, tal como lo hemos escrito, deben ser analizadas en un nuevo contexto científico que se caracteriza por la influencia técnica y teórica de la antropología norteamericana que, por los demás, no dejará de influir en el pensamiento de los investigadores chilenos hasta el presente.

En el Tercer Período son las personalidades de Uhle, Latcham, Oyarzún, Gusinde y Guevara las más características. Hay también otros investigadores valiosos como: Augusto Capdeville, Carlos S. Reed, Carlos Oliver Schneider, Gualterio Looser, León Strube, Leotardo Matus e incluso el historiador José Toribio Medina que continúa entregando, espaciadamente, algunas contribuciones a los estudios de las antigüedades chilenas hasta el mismo año de su muerte (1930). A fines del tercer período surge la figura de Francisco Cornely, investigando las "Provincias Diaguitas" y que incluso en 1938 descubre una nueva cultura (El Molle). Sin embargo, Cornely publicó principalmente en los años siguientes y por eso debe ser considerado como un representante del Cuarto Período.

Insistiendo en el valor relativo de la fecha que inicia el Tercer Período, debemos recordar que los primeros trabajos antropológicos de Latcham se sitúan

en 1903⁹⁴; pero, desde nuestra perspectiva, sus aportes arqueológicos se inician en 1908. Entre 1908 y 1911 se publican muchos trabajos, se organizan dos sociedades científicas (la de Folklore en 1909 y la de Historia y Geografía en 1911), y se convoca a los estudiosos, tanto naturales como sociales, a una gran reunión científica en Santiago.

Hacia 1910, los señores Latcham, Oyarzún, Fonk, Guevara y Lenz publican diversos artículos y monografías, tanto en Santiago como en Buenos Aires. Todas estas publicaciones son reseñadas en el primer número de la Revista Chilena de Historia y Geografía, que apareció en 1911.

En especial, el Cuarto Congreso Científico y Primero Panamericano, realizado a fines de diciembre de 1908 y comienzos de enero de 1909, fue una concentración significativa de intelectuales y estudiosos, en donde los antropólogos y arqueólogos cumplieron un papel destacado.

A pesar de todo lo expuesto, que sirve de fundamento para relativizar la fecha de 1911 en cuanto dato cronológico absoluto del comienzo del Tercer Período, con la perspectiva que dan los años podemos enfatizar que la contribución del Dr. Uhle enviada al Cuarto Congreso de Santiago ("La esfera de influencia del país de los Incas") superaba, metodológica y teóricamente los meritorios trabajos publicados en Chile.

Por su formación rigurosa en lingüística, etnología y arqueología Uhle pudo, primero en Perú y luego en Chile (entre 1911 y 1919), hacer excavaciones, estudiar los contextos culturales, relacionar las etnias actuales con el pasado prehispánico (método comparativo), utilizar la toponimia y, sobre todo, crear secuencias culturales y fechar las diferentes culturas y restos arqueológicos. Además, por todo lo anterior, manejaba una perspectiva histórica profunda que iba mucho más atrás que el Imperio Inca y que incluso se extendía hasta los primeros cazadores que llegaron a América: Así no tuvo inconvenientes teóricos para buscar en Chile huellas de culturas preincásicas como la Chíncha, Tiwanaku, Chavín, etc. Sin conocer Chile y sólo estudiando el libro de Medina, y en especial sus láminas, escribió, en 1908, que había que investigar la presencia de Tiwanaku en el Norte Grande y el Norte Chico⁹⁵.

Por otra parte, también es verdad que Uhle no habría podido hacer mucho sin la existencia de un ambiente científico tal como lo había en Santiago en 1911 y, sobre todo, sin el apoyo que le brindaron, hasta 1916, el gobierno de Chile y los investigadores Oyarzún y Gusinde.

⁹⁴Grete Mostny: "Ricardo Latcham, su vida y su obra". Boletín del M.N.H.N., tomo xxx, Stgo., 1967.
- Julio Montané: "Bibliografía selectiva de Antropología Chilena". La Serena, 1965, págs. 141-145.

⁹⁵Véase nuestro estudio: "Friedrich Max Uhle y la Prehistoria de Chile"; separata del Boletín de Prehistoria de Chile, N^{os} 7-8; 1974-1975, pág. 16.

Así, queda claro que el Tercer Período se inicia cuando en nuestro país se había producido una maduración intelectual y científica, coincidiendo esto con la llegada de un gran estudioso que impulsó activamente las investigaciones históricas.

Si nos preguntamos por lo que da unidad a este período debemos, en primer lugar, referirnos a los cuadros de secuencias culturales y de fechas que organizó el Dr. Max Uhle. Estas periodificaciones perduraron por largos años, siendo citadas textualmente por todos los investigadores que se referían a las culturas del Norte de Chile (Latcham, Oyarzún, Guevara).

Ricardo E. Latcham se inspiró en ellas para ordenar las culturas de las "Provincias Diaguitas" (Norte Chico) y de Chile Central, aunque haciéndoles algunas modificaciones según los materiales y yacimientos encontrados, especialmente en las regiones centrales.

En segundo lugar, en este período, hay un esfuerzo generalizado por conseguir información, por enriquecer la data científica, por describir nuevos yacimientos científicos, nuevos restos y nuevas culturas. Se trata indudablemente de una etapa de tipo descriptivo, diferente, eso sí, a las vividas en los períodos anteriores. Es justo señalar que estamos frente a un período más cuidadoso desde el punto de vista metodológico y más rico en cuanto al uso de algunas teorías. Así apreciamos que por estos años se hacen esfuerzos por construir una visión sintética de tipo histórico. Se discuten las interpretaciones del siglo XIX, elaboradas especialmente por Barros Arana, sobre la homogeneidad de la raza prehispánica, sobre el aporte de los incas en las culturas aborígenes de Chile, sobre el origen de la cultura mapuche y sobre la extensión de este pueblo a lo largo del territorio nacional, etc. En estas discusiones, a veces incisivas, se destacan los aportes valiosos de Oyarzún, Latcham y Guevara.

Es justo mencionar que el esfuerzo histórico y etnológico de Latcham hizo posible, en 1928, la publicación de un libro de síntesis sobre la prehistoria de Chile, que permanece, junto al libro de Medina, como una de las obras más valiosas de la investigación arqueológico-prehistórica de Chile.

También el Dr. Oyarzún participó en este esfuerzo teorizante dando a conocer el aporte valioso de los etnólogos de la Escuela de Viena (histórico-cultural). Incluso, nuestro país fue visitado por el Dr. Guillermo Koppers, uno de los más destacados etnólogos y redactor de la célebre revista alemana *Anthropos*, quien venía a conocer los trabajos del etnólogo Martín Gusinde en el extremo Sur de Chile⁹⁶.

⁹⁶Consúltense el informe de Martín Gusinde: "Tercer viaje a la Tierra del Fuego", en Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, t. II, N° 3, Stgo. de Chile, 1922; y también las publicaciones de "Aureliano Oyarzún: Estudios Antropológicos y Arqueológicos", Ed. Universitaria, Santiago, 1981, y "Martín Gusinde: Expedición a Tierra del Fuego", Editorial Universitaria, Santiago, 1980.

Así, el Tercer Período se presenta como relativamente extenso y con predominio de los estudios descriptivos que, hoy en día, nos parecen incompletos. En algunos trabajos de este período se ofrecen, de acuerdo al modelo descriptivo, conclusiones de carácter histórico y etnológico que intentan solucionar problemas de origen, de difusión, de costumbres y de estilos, dentro de un contexto evolucionista plurilineal. Es también corriente el uso del método comparativo etnológico, de fuentes históricas (cronistas, viajeros), y la cita de especialistas en Etnología como los representantes de la Escuela de Viena, sin que esto signifique en algunos estudios compartir el modelo completo de Graebner, Schmidt, Koppers y de otros etnólogos austríacos y alemanes. Por lo menos, ésta es la situación teórica de Latcham. En cambio el Dr. Oyarzún y el padre Gusinde se adscriben plenamente a esta escuela.

De todos modos, los principales arqueólogos y etnólogos de este período, más que usar teorías interpretativas, aspiraron a describir objetivamente y fueron, unos más otros menos, fieles a los hechos. Una vez establecidos éstos, sobre todo en el caso de Latcham, intentaron interpretar y configurar así un cuadro de reconstrucciones fundamentales según los datos estudiados. Muchas veces, esta data no era exactamente producto de trabajos de campo; se trataba, a lo sumo, de análisis de artefactos-tipos que permanecían en museos o colecciones privadas, sin contextos culturales.

Los estudiosos del Tercer Período se dan cuenta de estas limitaciones y aspiran a completar las informaciones con salidas a terreno, en donde, muchas veces solos, a lo sumo acompañados por un guía, investigan yacimientos arqueológicos.

Actualmente, es fácil decir que faltó más técnicas en las excavaciones, más especialistas, más investigaciones interdisciplinarias y, en especial, podríamos señalar que faltaron excavaciones que fundamentasen las investigaciones. Pero, ¿tenemos derecho a hacerlo?, ¿acaso en el presente todos los especialistas investigan según los métodos más recientes y de acuerdo a los marcos teóricos de la Arqueología? Lo que recientemente es la norma, ¿puede ser exigido para 30 ó 40 años atrás? Indudablemente que no.

Insistimos en que la aplicación íntegra del marco teórico-histórico-cultural sólo se dio en los estudios de terreno y en los informes sobre los aborígenes del extremo Sur de Chile que hizo Martín Gusinde.

Pero, como lo hemos dicho más de una vez, la arqueología chilena no fue interpretada en forma completa desde el punto de vista de la Escuela de Viena. El ensayo que en 1952 publicó el sociólogo y ensayista Carlos Keller en la segunda edición de "Los Aborígenes de Chile" de Medina, fue un remedo de interpretación que no hizo honor ni al método de los misioneros católicos ni a los datos arqueológicos.



El Dr. Max Uble, que investigó en Chile entre 1911 y 1919

En verdad, los científicos del Tercer Período fueron fieles a los hechos, a las descripciones y, algunos de ellos, a las teorías evolucionistas y difusionistas. Otros, especialmente el Dr. Oyarzún, encuadraron, en líneas generales, algunas de sus explicaciones en el método histórico-cultural (sobre la difusión de la cultura atacama en Araucanía, origen peruano de las culturas aborígenes, la presencia de la "cultura de derecho materno libre" entre los araucanos, etc.).

El gran valor del Tercer Período puede ejemplificarse en la permanencia de varias líneas de investigación (influencia de Tiwanaku, búsqueda de sitios con fauna extinguida, etc.); en la utilización de algunas descripciones de rasgos culturales (sobre los aborígenes de Arica, arqueología atacameña, alfarería de Chile Central, cultura mapuche, culturas de extremo Sur de Chile); en la parcial sobrevivencia de los cuadros cronológicos y en las denominaciones etno-históricas de Uhle y Latcham.

Por último, recordemos que el desarrollo de los estudios arqueológicos y paleontológicos en este período hizo posible la creación del "Consejo de Monumentos Nacionales", con la presidencia de Luis Barros Borgoño (1925). Este decreto-ley sólo fue modificado y corregido a fines de la década del 60, es decir, en el Quinto Período y está en vías de ser nuevamente modificado, ahora en la década de 1990.

1. *El Dr. Friedrich Max Uhle*⁹⁷

A pesar de los pocos años que vivió en Chile (1911-1919), el prestigioso sabio alemán ejerció una gran influencia en los científicos nacionales y extranjeros que investigaban en el país. Por esta razón, nos parece de justicia decir que, como nadie, inicia un nuevo período de los estudios arqueológicos en Chile. Bastaría recordar el impacto que causó en Ricardo Latcham, Aureliano Oyarzún, Augusto Capdeville, Martín Gusinde y en tantos otros para no dudar, ni un momento, en situarlo entre los mejores científicos del Tercer Período. Por lo demás, sus investigaciones, descripciones e hipótesis, sobre todo para el Norte Grande de Chile, sobrepasaron el Tercer Período e incluso jugaron un papel importante en el Quinto Período (de 1960 adelante).

El padre Martín Gusinde, en 1916, al recordar cómo se organizó el Museo de Etnología y Antropología el mismo año en que el gobierno de Chile terminó el contrato de Uhle, rememora así la personalidad y los trabajos científicos de Max Uhle: "Mientras tanto, el Gobierno, deseoso de difundir en nuestro país los

⁹⁷Las presentes páginas dedicadas a Uhle se fundamentan, en nuestro estudio: "Friedrich Max Uhle y la Prehistoria de Chile", publicado en el Boletín de Prehistoria de Chile, N^{os} 7 y 8, años 6-7, 1974-1975. Hay también separata.

conocimientos etnológicos y antropológicos, contrató para este objeto a uno de los americanistas más competentes de hoy en día, al Dr. Max Uhle, personalidad científica que mereció en Estados Unidos los más elogiosos conceptos por sus notables trabajos arqueológicos y etnológicos realizados por encargo de la Universidad de Pensilvania. Llegado el Dr. Max Uhle a nuestro país, empezó el desempeño de la labor para la que había sido contratado, dando algunas interesantes conferencias y haciendo diversas publicaciones, que demostraron sus grandes conocimientos en el estudio de las épocas prehistóricas. Comprendiendo que en Chile había material suficiente para la formación de un Museo Etnográfico que sirviera de base para esta clase de estudios, se dio a la tarea de hacer algunos viajes hacia la parte norte de Chile, logrando desenterrar y reunir, especialmente en Calama y Pisagua, tras esfuerzos, penurias y sacrificios que tuvo que vencer, una riquísima colección de más de 3.800 objetos pertenecientes a épocas antiguas, más de 400 cráneos de indios de razas extinguidas y más de 50 momias que complementaron la valiosa colección"⁹⁸.

Algo más adelante, en este mismo artículo, Gusinde escribe: "Y para volver a lo expuesto ya anteriormente sobre la labor del Dr. Max Uhle, tenemos que agregar que sin duda con su retiro pierde nuestro país al hombre más competente y preparado para estudios prehistóricos en Chile. Lo puedo asegurar, ya que durante tres años estuve trabajando con él y me honro de ser su discípulo". A continuación viene una afirmación de Gusinde, extraordinariamente importante para conocer mejor al estudioso alemán: "aplicando el nuevo método (kultur-historische Methode) de la Etnología a nuestras investigaciones comunes, alcanzamos los resultados más halagüenos".

También el Dr. Aureliano Oyarzún, sucesor de Uhle en la dirección del Museo que éste fundara, en un corto escrito en 1936, dice: "Vasta fue la labor de este sabio durante su permanencia en Chile. Con las excavaciones practicadas anteriormente en el Perú y después en Pisagua, Arica, Antofagasta, Atacama y Taltal completó sus estudios de la costa occidental de la América del Sur y dotó al Museo Histórico Nacional de Chile de una colección de objetos que convenientemente catalogados han enriquecido las colecciones de este Instituto". Luego de citar sus trabajos en Pisagua, Arica, Constitución y de recordar brevemente algunos de sus aportes en el Perú, concluye Oyarzún: "Así, pues, la figura de Uhle se destaca con caracteres únicos entre los hombres de estudio que se han dedicado a la dilucidación del problema del hombre americano"⁹⁹.

⁹⁸Martín Gusinde: "El Museo de Etnología y Antropología de Chile", Revista Chilena de Historia y Geografía, t. XIX; Nº 23, págs. 30-47, 1916.

⁹⁹Aureliano Oyarzún: "Max Uhle". Revista Chilena de Historia y Geografía, t. LXXX; Nº 88, págs. 195-196, 1936.

En 1935, en un artículo titulado "El Método Cultural-Histórico", el Dr. Oyarzún, coincidiendo con Gusinde, escribió: "Por lo que toca al Museo a mi cargo, hace años ya que ha adoptado el método cultural-histórico en sus investigaciones... Max Uhle, el mejor conocedor de la costa occidental de la América del Sur, valiéndose también del mismo método, ha conseguido en más de 50 años de continuada labor clasificar las edades y peculiaridades de los pueblos del Antiguo Perú, principalmente"¹⁰⁰.

En relación a las afirmaciones de Gusinde y Oyarzún hay que precisar que, en verdad, Chile se vio influenciado por los escritos de los etnólogos vieneses, pero de ningún modo esta relación teórica significó una total adopción del método cultural-histórico. Por ejemplo, recordamos que Uhle citó varias veces los trabajos del padre Guillermo Schmidt, pero también señaló sus desacuerdos en lo que se refiere al uso del arco en las poblaciones andinas¹⁰¹.

Por su parte, Ricardo Latcham escribe en 1928 que el Gobierno de Chile tuvo un acierto científico cuando contrató al "célebre arqueólogo, el Profesor Max Uhle, quien, con las ricas colecciones recogidas durante sus exploraciones en el norte del país, pudo fundar el Museo de Etnología y Antropología de Chile". Gracias a los estudios de Uhle se pudo conocer la arqueología del Norte de Chile y "relacionar las antiguas culturas de la zona septentrional del territorio con las pasadas civilizaciones de las regiones circundantes del Perú, Bolivia y el Noroeste de la Argentina. El completar de esta manera sus estudios sobre las antiguas civilizaciones peruanas, coordinando con ellas las sucesivas estratas culturales halladas en el Norte de Chile, permitió al prof. Uhle establecer, para esta nueva zona, una cronología provisoria y quizá definitiva que aclara muchos puntos de la prehistoria de toda la región del norte, tanto en el Perú como en Chile".

Las investigaciones de Uhle permitieron a Latcham "clasificar y estudiar los datos arqueológicos que habíamos reunido en muchos años de investigaciones... Como resultado hoy podemos tentar también una cronología provisoria para la región diaguita-chilena y las provincias de Chile Central hasta el Cachapoal a lo menos por el Sur...".

Para Latcham, tal vez uno de los aportes más significativos de Uhle es su descubrimiento de "una nueva cultura y período en la región atacameña a la que dio el nombre de Chíncha-atacameña". Latcham extiende la presencia de esta cultura y del período chíncha-diaguita hasta Chile Central e inclusive hasta Concepción¹⁰². Por último, el propio Latcham, con bastante intuición señala que

¹⁰⁰Aureliano Oyarzún: "El Método Cultural Histórico", pág. 13. Imprenta Universitaria, 1935.

¹⁰¹M. Uhle, "Los aborígenes de Arica": Public. del Museo de Etnología y Antropología de Chile; T. I; N^{os} 4 y 5, pág. 156, Stgo., 1917.

¹⁰²R. Latcham, "La Alfarería Indígena Chilena", pág. 31, 1928.

Uhle inició un nuevo período en la arqueología chilena: "Solamente en 1913, con la venida al país del célebre arqueólogo el Prof. Max Uhle, comenzó otra era en el estudio de la arqueología del país. Las numerosas excavaciones efectuadas por este hombre de ciencia en el norte y centro del país y el estudio estratigráfico del terreno, de sus exploraciones, le permitió coordinar en serie cronológica las diferentes culturas y relacionarlas con aquellas del antiguo Perú que había estudiado previamente"¹⁰³.

Luego de estas citas hechas por importantes arqueólogos y antropólogos sobre la relevancia del Dr. Uhle, pasemos a conocer aspectos de su vida y formación académica y científica.

Friedrich Max (Federico Máximo o Maximiliano) Uhle nació en Dresden el 25 de marzo de 1856 y murió en Loben, Silesia, el 11 de mayo de 1944.

Su formación en la Universidad de Leipzig culminó con la obtención del doctorado, en 1880, a la edad de 24 años: la mención fue en Lingüística preclásica china.

En 1881, inició su carrera etnológica al ser nombrado ayudante del Director del Museo Real de Zoología, Antropología y Etnografía de Dresden. En este Museo estudió los artefactos y, en general, los restos culturales de los australianos, de los siameses, guineos y malayos. Ya en 1883 publica en Berlín su primer estudio sobre Etnografía religiosa malaya (Ueber den Gott Batana Guru der Malaiei), investigaciones que continuarán a lo largo de su vida, hasta el mismo día de su muerte, completando así 36 publicaciones sobre la etnología de diferentes culturas en diversos continentes.

Su interés por América parece incrementarse en forma notable cuando tiene la oportunidad de leer los tres volúmenes de Reiss y Stübel: "Das Totenfeld von Ancón in Perú". Relata Eloy Málaga: "Uhle no sólo sintió la influencia del libro sino que tuvo el personal estímulo de uno de sus autores, Alfons Stübel, quien vivía en Dresden y conocía muy de cerca al inquieto asistente, al que insufló inspiración por desentrañar verdades inéditas de estas tierras"¹⁰⁴.

Entre 1888 y 1891 trabajó en el Museo Etnológico de Berlín, que había creado Adolf Bastian. Fue este gran especialista, autor de "Die Kultur Landen des Alten Amerika", quien comisionó a Uhle para ir a América del Sur, concretamente a investigar el área de difusión de la cultura inca, y los caminos y senderos que los miembros de este imperio habían recorrido para conquistar diversos territorios.

¹⁰³R. Latcham, "La Alfarería Indígena Chilena", *ob. cit.*, pág. 7. La fecha de 1913 para la llegada de Uhle a Chile es un error de Latcham, o simplemente un error tipográfico.

¹⁰⁴Eloy Linares Málaga: "El Antropólogo alemán Friedrich Max Uhle. Padre de la Arqueología Andina", pág. 20, Lima, 1964.

Tenía 36 años cuando llegó a Buenos Aires iniciando así su larga labor científica americanista. Exactamente había salido del puerto de Amberes el 15 de noviembre de 1892¹⁰⁵.

Hasta 1935 permanecerá en América (Ecuador) volviendo a su patria con pequeños intervalos de viajes, especialmente a Perú, de donde tendrá que salir forzosamente en 1940 debido a la II Guerra.

Por todo lo expuesto queda claro que Max Uhle no era, al llegar a América, rigurosamente un arqueólogo, ni menos un prehistoriador, pero tenía una muy buena formación en Lingüística y sobre todo en Etnografía y Etnología. Había escrito algunos informes sobre arqueología, pero éstos no eran resultado de trabajos de campo, incluso aquel de 1892, escrito con Alfons Stübel, titulado "Die Ruinenstate von Tiahuanaku im Hochlande des Perú" (Las ruinas de Tiahuanacu en la región alta del Perú antiguo). Sólo dos años más tarde, el 20 de abril de 1894, Uhle conocería esta localidad arqueológica.

La actividad extraordinariamente fecunda de Uhle en Perú está bien expuesta por diferentes autores¹⁰⁶. Hay algunos hitos importantes que deben ser recordados: inicia sus investigaciones en Bolivia (Lipez y Tupiza), insiste en el valor de las ruinas de Tiwanaku ante las autoridades del Gobierno Boliviano y redacta un informe acerca de los idiomas de los uros. En 1896 ya contratado por la Universidad de Pennsylvania se traslada a Lima y en este mismo año inicia excavaciones en Pachacamac. Años más tarde, en 1903, aparece publicado por la Universidad de Pennsylvania su informe sobre Pachacamac. Se trata de una publicación a todo lujo de 104 páginas y 21 láminas.

La Universidad de California, desde mediados en 1898, le encarga nuevos trabajos en el norte del Perú. Excava en el valle del Moche, cerca de las huacas del sol y la luna, e investiga en Chicama, Viru y Santa; además, visita Chancán y las ruinas de Marcha Huamachuco. Desde 1900 investiga en el sur del Perú, en Chíncha, en la península de Paracas, en el valle del Pisco y en Ica. Entre 1901 y 1903 hace clases en la Universidad de California y excava en los alrededores de Emerville, cerca de Berkeley. En el país del norte se casa con su secretaria, Charlotte Dorothee Grosse. En el mismo año de 1903, bajo los auspicios del

¹⁰⁵Eloy Linares Málaga, *ob. cit.*, da la fecha del 14 de noviembre. Sin embargo, la fecha del 15 de noviembre la hemos tomado de un trabajo de Uhle: "Los aborígenes de Arica y el hombre americano". Imp. de "La Aurora", Arica, 1918.

¹⁰⁶Además de la citada obra de Linares Málaga, consúltese el conocido libro de John Rowe: "Max Uhle 1856-1944. A memoir of the father of Peruvian Archaeology". University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, Vol. 46, Nº 1, Berkeley and Los Angeles; 1954. Igualmente es importante el libro de Dorothy Menzel: "The Archaeology of Ancient Peru and the Work of Max Uhle". R. H. Lowie Museum of Anthropology University of California, Berkeley; 1977.

Instituto de Antropología de California, excava conchales en Ancón, Chancay y Supe. En 1905 investiga en el Cuzco, en Río Grande, Nazca y en Arequipa. El 28 de julio de 1906 es nombrado director de la Sección Aqueológica del recién formado Museo Histórico del Perú. Entre 1908 y 1910 trabaja en la isla San Lorenzo, en el valle del Rimac y las huacas de Aramburu. También en 1910 viajó brevemente a Chile para conversar sobre las posibilidades de hacer investigaciones en su territorio.

Cuando Max Uhle inició sus excavaciones en Pachacamac, los datos que se tenían de la arqueología peruana eran bastante pobres y los estudiosos de la época atribuían a la civilización inca la mayoría de los restos, ignorando la existencia de otras civilizaciones. Max Uhle comprendió, después de excavar en Pachacamac, que los Incas no eran los únicos constructores de templos y de otros tipos de restos culturales. Mucho más tarde, en Arica en 1917, recordará que “respecto a la costa del Pacífico dominaron todavía las primeras ideas de que los Incas habían introducido la civilización en el Perú”¹⁰⁷.

Poco a poco, Uhle va conociendo el estilo y los restos de “los monumentos antiguos de Tiwanaku”, la cerámica escultórica roja y blanca (estilo Moche), la cerámica policroma (Nazca), cerámica del tipo epigonal, una cerámica de estilo tricolor geométrico de Chancay con influencia Chimu, cerámica negra Chimu y cerámica de estilo Cuzco-Imperial y Provincial.

Como en Ancón y en Supe había individualizado un antiguo período de pescadores, podemos aclarar que con las extraordinarias investigaciones de Uhle, la historia prehispánica del Perú se amplió y ganó en profundidad. Los diferentes estratos que sacó a la luz demostraron una sucesión de culturas, por una parte, y, por otra, una coexistencia de ellas, las que se desarrollaron separadamente y alcanzaron una riqueza material y una complejidad espiritual tanto o más grande que la de los incas.

Así, la secuencia cultural en las diferentes regiones del Perú sería la siguiente:

¹⁰⁷Max Uhle: “Los aborígenes de Arica y el hombre americano”. Revista Chilena de Historia y Geografía, t. xxvii; Nº 31, pág. 33. Santiago de Chile, 1918.

100 - 0 aC	Pescadores primitivos (Ancón, Chancay).
0 - 200 dC	Iniciación de Proto Nazca (Chincha, Pisco e Ica).
200- 300 dC	Comienzo Proto Chimú (Trujillo) y Proto Nazca Ancón).
300- 400 dC	Huaca de la Luna (Moche); formación de la cultura Tiahuanacu.
500- 600 dC	Templo Chavín de Huantar (Sierra Norte), fin Proto Chimú, fin Proto Lima (Lima y valle de Pachacamac). Fin Proto Nazca - Difusión cultural Tiahuanacu.
600- 800 dC	Fin de Tiahuanacu (en Tiahuanacu). Cerámica Recuay (Sierra Norte). Iniciación de Tiahuanacu Epigonal.
800- 900 dC	Cerámica estilo blanco (Sierra Norte), blanco-rojo (Ancón).
900- 1000 dC	Rojo-negro (Sierra Norte); antiguo período de decadencia con epigonal.
1000- 1100 dC	Rojo-blanco (Lima); Epigonal.
1200- 1300 dC	Blanco-rojo.
1300- 1400 dC	Cultura Chimú. Cultura Chincha.
1400- 1500 dC	Conquista Inca ¹⁰⁸ .

Este cuadro –como insistiremos más adelante– es fundamental para conocer las ideas de Uhle sobre la influencia de Tiahuanacu en Chile. Sus fechas clave son las que corresponden a 500-600 dC, cuando se produciría la “difusión Tiahuanacu”. Estas fechas, poco usadas por los prehistoriadores chilenos, sitúan a Uhle en un sitio de permanente actualidad. Muchas discusiones se habrían ahorrado en la década de 1960 si Uhle hubiese sido mejor conocido.

Contratado por el Gobierno de Chile e invitado por la Universidad de Chile, el Dr. F. Max Uhle llega a Chile en 1911. Permanecerá en nuestro país hasta 1919, aunque el Gobierno le canceló su contrato a mediados de 1916. La primera mención oficial de la presencia de Uhle en Chile, la hemos encontrado en las Actas de la Junta de Administración de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, el 24 de abril de 1912, cuando fue aceptado como miembro de esta sociedad de estudiosos¹⁰⁹.

Entre 1916 y 1919 toda su actividad científica se centrará en las ciudades de Tacna y Arica. El 24 de junio llega a Arica para pasar inmediatamente a Tacna. Luego vuelve a Arica y así sucesivamente. Excava en diferentes lugares y se lamenta de no poder hacerlo en el Morro. Así, en una carta del 1º de julio de 1916, dirigida al Sr. Ministro de Instrucción Pública, escribe: “Llegué a Arica el 24 de junio, demasiado tarde para entrar con éxito en el estudio de las numerosas

¹⁰⁸Esta secuencia está tomada de un cuadro cronológico de Uhle que Linares Málaga da a conocer en su biografía del investigador alemán. El propio Linares Málaga dice que este cuadro debió ser hecho por Uhle entre 1911 y 1920.

¹⁰⁹Revista Chilena de Historia y Geografía, año II, Nº 6, pág. 502. 1912.

antigüedades de sus alrededores; las prohibiciones que impiden la entrada al Morro estorbaron también la realización de mis propósitos"¹¹⁰.

Sin embargo, él mismo relata (carta a Capdeville del 29 de enero de 1917) que encuentra algunas momias tendidas con restos de civilizaciones sumamente primitivas, al norte de Arica, no lejos de la bahía. De la ciudad nortina proviene su conferencia sobre los aborígenes de Arica y el hombre americano¹¹¹. El profesor Alfredo Vega Baeza presentó a Uhle en el Instituto Comercial, el 26 de noviembre de 1917. En una parte de su discurso de presentación, el profesor Vega rememora las salidas a terreno de Uhle:

"Desde hace un año, los viajeros terrestres que acuden a los centros poblados de la provincia, encuentran a menudo en su camino al sabio profesor. Pasan a su lado indiferentes o lo miran con curiosidad y extrañeza, al fijarse en su traje polvoriento y descolorido por el sol, en su pala y picota, en sus gruesas botas de excursionista, en su cara sollamada por el calor y la intemperie, en su morral repleto de huesos, pedazos de antiguos tejidos ya medio deshechos, piedras labradas por torpes manos algo civilizadas y multitud de cosas viejas, siempre llenas de tierra y patina"¹¹².

Sus excavaciones en Arica no eran labor fácil: "en aquel tiempo estaba enteramente entregado a ciertas excavaciones por hacerlas con un solo hombre...". Estaba prácticamente solo y era el único, en palabras de Capdeville (carta del 28 de agosto de 1918), que se dedicaba con entusiasmo a la arqueología, "haciendo excavaciones constantes y gastando dinero y dedicándole todo su tiempo".

Sus publicaciones más relevantes son de esta época y se gestaban en las tierras de Arica; los nombres, por lo demás, son testimonio rotundo: "Los aborígenes de Arica", "Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna", "La arqueología de Arica y Tacna", todas publicaciones entre 1917 y 1919, unas en Chile y otras en Quito, Ecuador¹¹³. A mediados de abril de 1919 abandona Arica: "Parto para el

¹¹⁰Max Uhle: "Sobre la Estación paleolítica de Taltal". Revista Chilena de Historia y Geografía, t. xx; Nº 24, págs. 55-56. 1916.

¹¹¹Max Uhle: "Los aborígenes de Arica y el hombre americano". Revista Chilena de Historia y Geografía, t. xxvii, Nº 31, págs. 33-54. También en Arica se publicó la conferencia en 1918 (folleto de 43 páginas). En 1974, la revista Chungará la reeditó (Nº 3).

¹¹²Luis Álvarez M.: "Homenaje a Max Uhle. Antecedentes sobre su primera comunicación publicada de los Aborígenes de Arica". Chungará Nº 3, 1974, pág. 10. En la publicación de Arica de 1918, la cita corresponde a las págs. vi y vii.

¹¹³Max Uhle: "Los Aborígenes de Arica". Publicaciones de Etnología y Antropología de Chile, Nº 1, Santiago, 1917. "Los Aborígenes de Arica y el Hombre Americano", Revista Chilena de Historia y Geografía, Nº 31, Santiago, 1918. "Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna": Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos II, Nº 5, Quito, 1919. "La Arqueología de Arica y Tacna": Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos III, Nºs 7 y 8. Quito, 1919.

norte, para emprender una expedición de varios meses, quizás en parte en el interior del Perú, quizá en parte en el Ecuador”¹¹⁴.

En el mismo año que Max Uhle llegó a Chile se publicó el primer trabajo de este investigador en nuestro país: “La esfera de influencia del país de los Incas”. Esta investigación fue redactada en Lima en 1908 y enviada ese mismo año al Cuarto Congreso Científico de Santiago de Chile¹¹⁵.

Este trabajo es realmente importante porque, además de su valor científico, fue conocido por investigadores chilenos o que trabajaban en el país, tales como Ricardo Latcham, Aureliano Oyarzún, Francisco Fonck y otros. En primer lugar, el estudio de Uhle ofrece un cuadro general del desarrollo de las civilizaciones del Perú. El primer nivel de ‘civilización primordial’ se encuentra en las tumbas de los pescadores más antiguos de Ancón y Supe y, en Bolivia, entre las tribus de los uros: “No existen en este tiempo alfarería pintada ni industria textil de cierta extensión, ni agricultura desarrollada: un estado de cosas tal cual existe todavía en el interior del Brasil”¹¹⁶.

Luego vino “la civilización que encontramos en una de sus formas más antiguas en tumbas de Ica y Nazca. Su área geográfica se extendía, por lo que ahora conocemos, desde el valle de Acari hasta Pascarmayo, al norte de Trujillo. La piedra de Chavín de Huantar, del Museo de Lima, ha sido, como ahora sabemos, obra de este período. Semejante civilización tan antigua y tan perfecta tenía entonces el pie firmemente asentado en la Sierra. De una manera parecida encontramos huellas en Huamachuco, en el sur de la quebrada del Pisco, hasta Huasitará (2900 metros s.n.m.) y en valle de Lima, por ahora hasta Chosica”¹¹⁷.

La segunda gran civilización está caracterizada “por los monumentos de Tiahuanacu como su obra principal. Esta civilización abraza ya todo el Perú antiguo desde Tiahuanacu y Moquehua hasta muy al norte, tanto en la costa como en la Sierra”. Posteriormente, se desarrollaron “varias civilizaciones locales” hasta la llegada de los incas, “que iniciaron la tercera de las civilizaciones principales del Perú, tan bruscamente interrumpida con la aparición de los españoles, en el siglo xvi”¹¹⁸.

Para Uhle, “todo el desarrollo de las civilizaciones peruanas, no puede haberse efectuado en medio de dos milenios”, por lo tanto, defiende la hipótesis

¹¹⁴M. Uhle: “Epistolario de M. Uhle con A. Capdeville”, pág. 84. Santiago, 1964. (Carta del 1º de abril de 1919).

¹¹⁵F. Max Uhle: “La esfera de la influencia del país de los Incas”. Trabajos del Cuarto Congreso Científico (Primero Panamericano). Trabajos de la III Sección. Ciencias Naturales, Antropológicas y Etnológicas. Vol. xiv, t. II, págs. 260-281. Stgo. de Chile, 1911.

¹¹⁶Max Uhle, *ob. cit.*, pág. 261.

¹¹⁷Max Uhle, *ob. cit.* págs. 261-262.

¹¹⁸Max Uhle, *ob. cit.*, pág. 262.

de que la primera civilización desarrollada del Perú es importada de países extranjeros, de la América Central.

Cuando Max Uhle estudia, en este trabajo, el período Tiahuanacu se preocupa de las relaciones de esta civilización y las “antigüedades chilenas”. Encontramos en estas páginas la primera formulación científica de la influencia altiplánica (Tiahuanacu) en el Norte de Chile. De las antigüedades chilenas “poco se conoce hasta ahora... las que todavía no han sido estudiadas de una manera sistemada, y sólo pueden hacerse algunas apreciaciones sobre ellas, tomando por base las láminas que trae la obra publicada por don José Toribio Medina, ‘Los Aborígenes de Chile’, cuyos buenos dibujos dan por lo menos una idea de las varias clases de antigüedades conocidas allí hasta 1882”¹¹⁹.

A continuación, Max Uhle estudia algunas láminas de Medina que representan cerámicas de Petorca, Blanco Encalada, Illapel, Tongoy y de Copiapó, para concluir: “queda entonces establecido que también Chile debe haber tenido su alfarería preincaica pintada, de origen peruano, y es de confiar que estudios sistemáticos corroboren las observaciones hechas aquí con un material todavía limitado”¹²⁰.

Concretamente, considera a los vasos de Tongoy, Illapel y Copiapó relacionados con Tiahuanacu. Del vaso de oro de Copiapó dice: “tiene tipo preincaico, parecido a los vasos de barro de Tiahuanacu”.

Cuando trata sobre la expansión de la civilización peruana en Chile se refiere también a su penetración estilística en el sur, “en Valdivia y otros lugares”, diciendo: “El estilo que los Incas encontraron en Chile tenía visiblemente un carácter más duro, como se ve en los objetos de tipo mixto... cuyas fajas transversales con meandros anexos al lado de las asas de tipo incaico indican cuál habría sido el estilo en este período... En el Sur, como en Valdivia y otros lugares, los ornamentos deben haber sido solamente grabados hasta el principio del tiempo incaico. Con la introducción de la civilización más alta, éstos han sido reemplazados con ornamentos pintados de carácter parecido. Esto me parece que resulta en cántaros... donde ornamentos lineales de tipo incaico están combinados con ornamentos lineales primitivos de otra procedencia”¹²¹. Uhle ejemplifica lo dicho con el análisis de algunos cántaros que aparecen en las láminas de Medina, por ejemplo la 180.

Más adelante, Uhle insiste en el valor de la alfarería de Valdivia y en sus relaciones con los ornamentos incaicos: “Pero, los más interesantes de todos son algunos cántaros de Valdivia, que enseñan una combinación de ornamentos

¹¹⁹Max Uhle, *ob. cit.* pág. 268.

¹²⁰Max Uhle, *ob. cit.* pág. 269.

¹²¹Max Uhle, *ob. cit.* pág. 273.

básicos con otros de origen indígena. La existencia de esta alfarería me parece un valioso indicio de que los Incas, en sus conquistas, han avanzado mucho más al sur del río Maule, porque de otra manera sería muy difícil explicar de dónde ha podido recibir los ornamentos de carácter incaico tan claro la gente de Valdivia¹²².

También reconoce influencia de los incas entre los araucanos, al decir que “en las costumbres modernas de los araucanos perduran muchas costumbres de la civilización incaica. Se visten con poncho (poncho), ulcu (urcu), iclla (llicla) y chumpi. La llicla prenden con el tipu, se ponen la huincha en la frente, las uchutas (ojotas) en los pies, é hilan con utensilios que llaman pirrul, como los quechuas piruru”¹²³.

Para terminar señala que la conquista de los incas “ha hecho honda impresión en la lengua de Chile”.

Ya en Chile, Max Uhle se incorporó a la actividades académicas y científicas. La reciente Sociedad Chilena de Historia y Geografía lo recibió como socio el 24 de abril de 1912 y el 15 de mayo del mismo año fue nombrado Presidente de la Sección de Antropología, Arqueología y Etnografía. Uhle reemplazó al Dr. Oyarzún que había viajado a Munich, Alemania. El acta de la Sección dice así: “el secretario (Ramón A. Laval) dio cuenta de que tenía encargo del Presidente de la Sección, Dr. Aureliano Oyarzún, de avisar que, por motivos de salud se veía obligado a ausentarse del país... Correspondería elegir nuestro nuevo Presidente. El señor Laval expresó que estimaba indicado para este puesto al Sr. Max Uhle, cuyos trabajos sobre Arqueología y Etnología Americana han hecho su nombre conocido y respetado en todo el mundo científico, y lo propuso con tal objeto. La indicación del Sr. Laval fue aceptada por aclamación”¹²⁴.

En la sesión del 26 de junio y con la ausencia de Uhle, se leyó el estudio crítico de este investigador titulado “Guía General Ilustrada de Tiahuanacu e islas del Sol y de la Luna”, “en la cual se hacen resaltar los numerosos defectos y graves errores que contiene dicha Guía, y se dan nuevos datos acopiados por el Sr. Uhle acerca de aquellas enigmáticas ruinas”¹²⁵. En 1912, Uhle, en una de las sesiones de la Sección de Antropología, Arqueología y Etnología, leyó un comentario sobre el trabajo de Thomas A. Joyce sobre la Arqueología de Sud-América, en donde insistió en la importancia de investigar la influencia de Tiahuanacu en Chile: “Ha reconocido (Thomas A. Joyce) debidamente la importancia de la influencia de los Incas en el país, pero en la descripción de las condiciones anteriores, noto la

¹²²Max Uhle, *ob. cit.*, pág. 279.

¹²³Max Uhle, *ob. cit.*, pág. 279.

¹²⁴Rev. Chilena de Historia y Geografía. Año II, Nº 6, 1912.

¹²⁵Rev. Chilena..., año II, Nº 6, 1912. El artículo de Uhle aparece en este mismo número entre las páginas 467-479.

omisión de las influencias ejercidas por la civilización de Tiahuanacu en el mismo sentido. Parece que sería posible demostrar sus efectos hasta la latitud de Valparaíso". En estas líneas, además del trabajo de 1911, debemos también encontrar el incentivo que llevó a Latcham, años más tarde, a insistir en la presencia de un período de Tiahuanacu y el subsiguiente epigonal para las "provincias diaguitas". De acuerdo a la información que tenemos, Latcham no recoge la hipótesis de Uhle de la presencia de Tiahuanacu en Chile Central. Muy posteriormente, en la década de 1980, C. Thomas insinuará, de nuevo la presencia altiplánica en esta región (alrededores de Santiago).

Por orden del Gobierno, Uhle excavó en la región de Calama en los meses de julio y agosto de 1912. En este mismo año, dio a conocer un corto informe de ellas y luego, en el año siguiente, publicó uno algo mayor sobre la misma exploración¹²⁶.

También en 1913 apareció en la Revista Chilena de Historia y Geografía un artículo sobre los "indios atacameños"¹²⁷. En este artículo, uno de los mejores de Uhle, define el hábitat de los atacameños y sus principales rasgos, los que han sido repetidos por largos años y, también, citados por numerosos autores.

El área que ha sido tradicionalmente reconocida a los atacameños es bien definida por Uhle: "el norte del desierto de Atacama y la región chilena septentrional hasta Arica, además de la puna de Atacama, ahora perteneciente a la Argentina, estaban habitados, en tiempos antiguos, por una raza frugal, los atacameños, de la que sobreviven hasta el día unos pocos individuos cerca del salar de Atacama, que conocen todavía la lengua antigua".

Esta "raza sencilla" vivió en pequeños oasis diseminados en el desierto interminable. En tiempos antiguos, los atacameños que vivían en Calama y sus alrededores, "estaban contentos con el poco maíz que les daban sus chacras". Rodeados por "centenares y millares de árboles, Algarrobos y chañares, comían sus frutos, y de las costas del Pacífico "se aprovisionaban con conchas y charqui de pescados". El resto del oasis servía para el pastoreo de numerosas tropas de llamas. Con estas llamas "traficaban mucho... probablemente con todo el desierto hasta Arica, Bolivia, las provincias argentinas, y Copiapó al sur".

¹²⁶F. Max Uhle: "Informe de los resultados de la expedición arqueológica realizada en los meses de julio y agosto de 1912, en la región de Calama". Anales de la Universidad de Chile, Boletín cxxx, Sem. 2, págs. 322-323. Santiago. "Informe presentado sobre el viaje de exploración arqueológica hecho en la expedición a Calama". Anales de la Universidad de Chile, Boletín cxxxii, marzo-abril, págs. 95-100. Santiago, 1913.

¹²⁷Max Uhle: "Los indios atacameños". Revista Chilena de Historia y Geografía, t. v, Nº 9, págs. 105-111. Santiago, 1913.

Uhle excavó varios cementerios antiguos cerca de Calama, todos en vecindad inmediata al río “y todos del mismo carácter”. Caracterizan a un período del desarrollo atacameño que comprende “más o menos los siglos ix a xv”.

El más importante de ellos es el de Chunchuri, que “tiene la extensión de más o menos 600 metros cuadrados, en que, según un cálculo aproximado, se habrán enterrado más o menos 2.500 cadáveres”. Este cementerio, según escribe Uhle, había sido ya excavado por un francés, Sénéchal de la Grange, siendo enviados los restos arqueológicos a París y Mónaco. Uhle excavó sólo unos 55 metros cuadrados con un resultado de más de 1.100 objetos antiguos y más de 200 cráneos y momias.

En estas excavaciones Uhle no encontró evidencias de la influencia de Tiahuanaco ni tampoco restos incásicos. Gracias a estas excavaciones, Uhle caracteriza así esta cultura: “Era una raza de agricultores, según la cantidad grande de palas de piedra y madera encontradas en estos entierros. Dedicábase a la cacería con flechas y redes para cazar pájaros y fuera de ésto vivía de sus numerosas tropas de llamas que les proporcionaron, fuera de un medio de tráfico, la lana que necesitaban para sus tejidos. Evidentemente sabían tejer. Numerosos objetos de hilar y de tejer, fuera de un gran número de tejidos de colores, rayados y de dibujos sencillos, nos prueban ésto. Muy artísticos son los numerosos gorros de terciopelo encontrados en las excavaciones. De poco desarrollo era la industria alfarera, aunque los vasos de barro eran numerosos, quizá por la falta general de un material apropiado en esas regiones, tanto más completa es la representación de la industria de canastos. Había canastos en formas muy variadas, generalmente adornadas con bonitos dibujos. Reemplazaban en muchos usos los vasos de barro. Asimismo, se usaban numerosas calabazas, bien adornadas a fuego, cuyo material se importaba de la Argentina. No faltan objetos de oro, plata y cobre, y aunque varios de estos artículos pueden ser importados, de regiones vecinas, el arte de extraer metales de los minerales no era desconocido como se ha probado por el hallazgo de fundiciones antiguas en esta misma región de Calama.

Sin embargo, en un trabajo de 1912, Uhle reconoce que Sénéchal de la Grange pudo haber encontrado evidencias de Tiahuanaco en Calama¹²⁸.

Luego de esta caracterización bastante completa y que no deja de sorprender cuando nos dice que la industria alfarera estaba poco desarrollada, se refiere al uso de narcóticos entre los atacameños de Calama: “Numerosos son los objetos en la colección que parecen haber sido destinados para ejecutarlos, tubos para soplar los narcóticos como rapé a las narices, tabletas de madera en que se los

¹²⁸M. Uhle, Revista Chilena de Historia y Geografía, año II, t. IV, 4º Trim. de 1912, Nº 8, págs. 411-425: “Arqueología Sudamericana”. ~

preparaba y numerosos aparatos para conservarlos y sacarlos. Muchos de ellos tienen figuras de monstruos imaginarios, que nos dan una idea de sus nociones religiosas". Termina este artículo sobre los calameños o atacameños de Calama, mencionando la colección de Aníbal Echeverría y Reyes, proveniente en parte de San Pedro de Atacama. "Fuera de dos martillos de piedra de las minas de Chuquicamata y fuera de objetos parecidos a los de la colección anterior, ésta contiene otros que enseñan cuál era la civilización atacameña en otro centro más importante y en siglos anteriores y posteriores a los representados por las excavaciones de Calama".

En 1915, publicó en la Revista Chilena de Historia y Geografía un trabajo sobre los "Tubos y Tabletas de Rapé en Chile", aclarando su función y señalando que las formas atacameñas de tubos y tabletas se derivan de las tabletas de Tiahuanaco. También en ese artículo entrega el dato de que se conocían, en Chile, 60 tabletas para rapé¹²⁹.

El análisis de la civilización atacameña se enriqueció con publicaciones de Max Uhle. Sobre todo su libro "Fundamentos Étnicos y Arqueología de Arica y Tacna", se refiere en dos partes a lo atacameño como "etnia y tribu" y como "período"¹³⁰.

Uhle califica a los atacameños como "una de las tribus más interesantes de la región del Sur"... Luego de recordar los estudios de J.J. von Tschude, Alcides d'Orbigny, Roberto Schuller y Eric Boman, dice que los atacameños forman, con los changos antiguos y los uros de la altiplanicie, "un grupo especial en oposición al tipo andino y, a juzgar por sus rasgos en parte más primitivos, son evidentemente de origen más antiguo"¹³¹.

Recordando que Roberto Schuller trató de establecer una relación de identidad entre atacameños y diaguitas, Uhle escribe: "Los tipos más conocidos de la región diaguita, en la Argentina, de Salta al sur por el lado del Pacífico, hacia el mediodía, entre La Serena y San Fernando, presentaron, al parecer, un carácter diferente, y esta circunstancia por sí sola sería suficiente para impedir una identificación ligera de los diaguitas con los atacameños"¹³².

Sin embargo, para Uhle, hay algunos tipos de restos que permiten postular una cierta relación cultural entre diaguitas y atacameños. Estos indicadores, como diríamos hoy, son los petroglifos y las "piedras o peñas de tacitas o morteros en peña", que son abundantes en las regiones que habitaron estos pueblos. Uhle

¹²⁹Año v, t. xvi, 4º Trim., Nº 20, 1915.

¹³⁰M. Uhle: "Fundamentos Étnicos y Arqueología de Arica y Tacna", págs. 15-44 y 73-77, 2da edición, Quito, Ecuador. Imprenta de la U. Central, 1922.

¹³¹M. Uhle, *ob. cit.*, pág. 16

¹³²M. Uhle, *ob. cit.*, pág. 16

acepta que hubo una penetración de los unos en los otros. Así, por ejemplo, tanto los atacameños como los diaguitas usaban las mismas “deformaciones de la cabeza, la apuntada y la achatada”.

Encontramos, además, los mismos artefactos usados “en la aspiración de rapé”. Igualmente, “la ornamentación y los tipos de los vasos de alfarería eran parecidos en ambas regiones”, e incluso hay relaciones entre ellos, demostrado por los mismos instrumentos de cobre.

“Pero, quedan siempre diferencias entre los nombres geográficos de una región y de otra, así como también en las palabras originales que a los nombres geográficos de las regiones sirvieron de base. Este problema de la relación... no puede por eso considerarse como solucionado”¹³³.

Analizando algunos artefactos típicos de los atacameños, Uhle insiste en la expansión de esta “raza”, mostrando cómo algunos artefactos de ellos se encuentran en lejanos lugares. “Típico para la agricultura atacameña, era el trabajo con palos, apuntados muchas veces en forma de cuchillos y con palas de diferente carácter. Con facilidad se sigue el uso de los primeros hasta el valle de Lima norte... Palas del segundo tipo, se usaban además cerca de Tacna, y una piedra... cerca de Córdova... parece ser resto de una pala del mismo tipo”.

Además de las de diferentes tipos, las fajas gruesas usadas por las mujeres en sus cinturas en la región de Tacna y Arica, se han encontrado en el valle de Ica y en la región del Cuzco.

Por último, en la primera parte de su libro, Uhle se refiere a la arqueología de Ica y a la posibilidad de que las influencias atacameñas fueran muy antiguas en esta región: “El curioso desarrollo de la civilización en aquella región produce la impresión de que la tradición tiahuanacota encontró allí una nueva nación no orientada todavía en las civilizaciones antecedentes, y no sería de admirar si este efecto se hubiera producido quizá por la inmigración de elementos de la región atacameña”¹³⁴. Parece necesario, en esta oportunidad, insistir en que, para Max Uhle, el elemento atacameño también participó en la formación del estilo Tiahuanacu con un ingrediente importantísimo. “las figuras escaleradas”. Así, los atacameños, según nuestro autor, más los elementos Proto-Nazca, Chavín y Aimará, están en el origen de Tiahuanaco¹³⁵.

Los “fundamentos étnicos” terminan con un largo listado de nombres geográficos “que prueban la extensión del elemento atacameño-diaguita en el Norte de Chile y Bolivia, hasta la latitud Ica y Ayacucho en la región peruana”¹³⁶.

¹³³Max Uhle, *ob. cit.*, pág. 16.

¹³⁴M. Uhle, *ob. cit.*, pág. 20.

¹³⁵M. Uhle, *ob. cit.*, págs. 71-72

¹³⁶M. Uhle, *ob. cit.*, págs. 20-44

La segunda para del libro de Uhle se denomina “la arqueología de Arica y Tacna”¹³⁷. Aquí se escriben algunas páginas sobre el “período de una civilización atacameña (de 900 a 1100 de n.e.)”. En especial, Uhle describe materiales culturales pertenecientes a este período de acuerdo a 3 láminas (XVI-XVII y XVIII). Los restos analizados pertenecen en su gran mayoría a materiales de Tacna y Arica y, por lo tanto, caracterizan el desarrollo cultural de esta región en el período llamado por Uhle, Atacameño.

Las láminas más arriba citadas muestran, en primer lugar, una momia de “un niño en cuncilllas, cosido en trapos y amarrado con sogas; tiene un paño rayado de blanco y negro, amarrado en el cuello, que le cubre la cabeza”; también la lámina XVI fotografía fajas de tejidos y un huso “formado de un palito engrosado hacia abajo y un hueso perforado, sujetado en la parte inferior con un hilo de lana”.

La lámina XVII presenta una “cuchara de madera con mango estrecho”, “un hueso de llama apuntado para estrechar los hilos de la trama” y dos tiestos alfareros pintados (uno de negro y rojo en fondo blanco y el otro de negro sobre fondo blanquizco).

La lámina XVIII presenta, también, 4 tiestos alfareros pintados, descritos detalladamente por Uhle (3 cantaritos y una olla en donde predomina la combinación negro sobre blanco, excepto un cantarito que tiene además pintura roja). Otro rasgo señalado por Uhle para caracterizar este período son las sepulturas, en Tacna, descritas como pozos de forma ampollar. A veces, en estas tumbas hay dos nidos separados conteniendo momias.

También se refiere a un tipo de sepultación encontrada en la costa cerca de Arica y Pisagua: “doblados, cosidos en trapos o en posición echada, a poca profundidad debajo de la superficie”. El contexto de estas tumbas se caracteriza por la alfarería y la tejeduría.

Al describir la ornamentación de las piezas alfareras escribe: “El estilo atacameño ha repetido, pues, en su desarrollo, la misma reducción de los colores originales de la pintura que se observa en los otros estilos peruanos del Norte, tales como el estilo Epigonal de Pachamac a Supe, el estilo Proto-Chimú al acercarse a su fin, los vasos de Recuay y los de otras regiones, cercanas más al Norte”¹³⁸.

Luego de caracterizar con más detalle los tipos de ornamentación alfarera y el arte de hilar y de tejer, y de relacionar los dibujos de las fajas con aquellos encontrados en camisas tejidas de Arequipa e Ica, Uhle escribe sobre el estilo del

¹³⁷M. Uhle, *ob. cit.*, págs. 45-99, más 27 láminas.

¹³⁹Max Uhle, *ob. cit.*, pág. 76.

período atacameño: “es la continuación del desarrollo principiado con el período epigonal. En él, el decaimiento del estilo original ha llegado a un punto de descanso, con caracteres generalmente parecidos a los de los estilos regionales, que procedieron del Norte”¹³⁹.

Además de la problemática atacameña, que se extiende a lo largo de todo el siglo xx en la arqueología chilena, Uhle se preocupa de otros problemas de manera original, puesto que es el primero en describir o plantear problemas determinados. Es el caso concreto de la influencia de la cultura Tiahuanaco en el Norte de Chile. Debido a los estudios que efectuó en Perú y Bolivia, Uhle trajo a Chile un cuadro cronológico y por lo tanto una secuencia cultural prehispánica, en donde la cultura de Tiahuanaco juega un papel importante.

Hemos analizado, en páginas anteriores, cómo Uhle se preocupa, ya en 1909, de rastrear la influencia de la civilización altiplánica entre las antigüedades chilenas, haciendo uso de las magníficas láminas de la obra de José Toribio Medina. Posteriormente, en el artículo de 1913 dedicado a los atacameños, señala la ausencia de las influencias, de Tiahuanaco en Calama y sus alrededores, pero insiste en la presencia en San Pedro de Atacama de “vasos de barro pintado” y de “tabletas de madera” del “período de Tiahuanacu”. También es relevante recordar que en publicaciones citadas por nosotros, de 1911 y 1912, Uhle insiste en las influencias de Tiahuanaco en el Norte, e incluso, postula su presencia hasta la altura de Valparaíso.

Para la región de Tacna y Arica, el “período de Tiahuanacu y el subsiguiente epigonal” es tratado en sus “Fundamentos Étnicos y Arqueología de Arica y Tacna”, tantas veces citados¹⁴⁰.

En primer lugar Uhle, siguiendo su método tradicional, describe las láminas XIV y XV que tienen un total de 8 tiestos alfareros y una cuchara de madera. Se trata, en la lámina XIV, de dos timbales “de tipo tiahuanaqueño” y una “cuchara de madera con mango plano y ancho, enmuescado y con un perfil en la punta del mango, parecido a un cóndor anidando”. Todos éstos provienen “del cementerio antiguo del Club Hípico de Tacna”.

La lámina XV tiene 4 tiestos alfareros (1 taza de “tipo tiahuanaqueño”; 1 copa cilíndrica; 1 plato y 1 olla o cántaro).

Para Max Uhle los fundamentos principales de la civilización de Tiahuanacu fueron dadas por las civilizaciones del Proto-Nazca y de Chavín. Además, como ya hemos dicho, jugaron un papel importante los aimarás y los atacameños.

También, para Uhle, “el origen forastero de los principales elementos originales causó la restricción del estilo de Tiahuanacu a la hoya del lago Titicaca y el

¹³⁹Max Uhle, *ob. cit.*, pág. 77

¹⁴⁰Max Uhle, *ob. cit.*, págs. 70-73. ~

valle de Tiahuanacu, quedando exentos los distritos al Este y Sur. Los restos de la civilización de Tiahuanacu en la región de Mizque... pertenecen al período epigonal y no dan todavía a conocer una extensión de la civilización en esta dirección durante el período original¹⁴¹.

Sin embargo, en la primera parte de su libro, aquella que se refiere a las etnias andinas y de las regiones aledañas, Uhle insiste en que "la conocida civilización de Tiahuanacu no tuvo por consiguiente ningún precursor en el mismo suelo; y la altiplanicie, como las regiones circunvecinas, carecía por eso de toda civilización elevada, hasta la llegada de las grandes civilizaciones de origen centro-americano del norte"¹⁴².

Esta última afirmación del sabio alemán no nos parece, a pesar de todo, contradictoria, si se considera que sus primeras afirmaciones, citadas por nosotros, sólo sostienen que en los alrededores del lago Titicaca no hubo antecedentes; pero sí, una vez surgidas por la acción de las grandes civilizaciones centro-americanas, los elementos Proto-Nazcas y Chavín, que también provienen del norte, y que son más antiguos que Tiahuanaco, jugaron un papel importantísimo. La expansión de Tiahuanaco se habría producido, por lo tanto, en su plena madurez.

En Chile, Max Uhle se preocupó, además, de por lo menos dos grandes temas: buscar las evidencias de los períodos más antiguos, antecesores de las grandes civilizaciones y, en general, organizar una periodificación para las culturas de Chile, teniendo como apoyo el cuadro cronológico estructurado por él mismo a partir de las excavaciones de Pachacamac.

El estudio de las culturas primigenias recibió un impulso grande con los estudios de Uhle en Constitución (comienzos de 1915)¹⁴³; en Taltal (1916)¹⁴⁴; en Pisagua (1913) y Arica-Tacna (1916-1919)¹⁴⁵.

Sus trabajos en Taltal y sus relaciones con Augusto Capdeville están bien relatados en diferentes publicaciones¹⁴⁶.

¹⁴¹Max Uhle, *ob. cit.*, pág. 71.

¹⁴²Max Uhle, *ob. cit.*, pág. 7.

¹⁴³Max Uhle: Actas de las Sesiones de Antropología, Arqueología y Etnología, Nº 37-38. Revista Chilena de Historia y Geografía Nº 18, págs. 492, 493, 494. Stgo. de Chile, 1915.

¹⁴⁴Max Uhle: "Sobre la estación paleolítica de Taltal. Una carta y un informe". Revista Chilena de Historia y Geografía, t. xx, Nº 24, págs. 47-66. 1916.

¹⁴⁵Max Uhle: "Los aborígenes de Arica". Publicación del Museo de Etnología y Antropología de Chile I, Nºs 4 y 5, págs. 151-176. Santiago, 1917. —"Los aborígenes de Arica y el hombre americano". Revista Chilena de Historia y Geografía, t. xxvii, Nº 31. Santiago, 1918. —"Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna". Boletín de la Soc. Ecuatoriana de Estudios Hist. Americanos II, Nº 5, Quito, 1919. —"La Arqueología de Arica y Tacna". Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos III, Nºs 7-8. Quito, 1919.

¹⁴⁶Además de las publicaciones sobre Taltal, ya citadas tenemos el epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros arqueólogos e historiadores. Editora G. Mostny. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Stgo. Chile, 1964.

Desde el primer momento, Uhle consideró que los famosos artefactos e instrumentos de Taltal, descubrimiento de Capdeville, pertenecen a “un período de objetos paleolíticos, pero no por eso deben haber pertenecido a un período geológico de este carácter en Chile” (carta a Capdeville, del 27 de febrero de 1915, firmada en Constitución).

En una carta firmada en Santiago, el 17 de abril de 1916, le escribe a Capdeville: “En estos días, probablemente con el vapor que sale el 22 de este mes espero llegar a Taltal para estudiar los yacimientos paleolíticos más cerca, de que Ud., ha sido feliz descubridor”. Uhle llegó a Taltal el 29 de mayo y trabajó allí hasta el 19 de junio del mismo año.

Su carta e informe dirigida al Sr. Oyarzún sobre la estación paleolítica, firmada el 11 de junio de 1916, en Taltal, demuestra la mente crítica de Uhle. Su primera observación, rectificando a Capdeville, es que el conchal de Morro Colorado no tiene profundidad mayor a los 3,10 metros, “de lo que resulta que las medidas dadas por el Sr. Capdeville son exageradas. Él no ha podido haber sacado ninguno de sus objetos paleolíticos a más de 2,73 metros de profundidad. Sus 5 metros corresponden a 2,73 y sus 3 metros a 2,40 de los medidos por mí”¹⁴⁷.

Su segunda observación científica es sobre la ubicación de los instrumentos de “sílice negro”: no era efectivo que ellos se encuentran “en el fondo”. “Al contrario, se encuentran en todas las capas, desde la base hasta la superficie. Más aún, en el terreno abierto de la quebrada del Hueso, vecina a ésta, existen numerosas manchas del suelo sembradas de astillas de jaspe de diferentes colores, sílice negro y también fragmentos de alfarería”¹⁴⁸. Lo anterior le permite a Uhle afirmar que “esta sílice ha servido, seguramente, para confeccionar los instrumentos del conchal hasta un tiempo precolombino bastante moderno”.

Cuando se plantea el problema de la edad del conchal, Uhle escribe que la capa más profunda, la cuarta, “contiene también fragmentos de anzuelos de concha”, para luego resumir la situación cronológica: “encuentro en la parte inferior de este conchal formas de una manera de vivir muy primitivas, anterior a las civilizaciones peruanas. Los cuchillos y demás instrumentos de cuarzo blanco ordinario de las capas tercera y cuarta, corresponden en su mayor parte a los encontrados con las momias de un período tiahuaqueño y también atacameño de Pisagua. Habían sido recogidos en las playas por esa gente antigua y los habían colocado en sus tumbas como talismanes”¹⁴⁹.

Así, el conchal que había originado estos instrumentos antiguos, “había dejado de estar en uso desde muchos años atrás por los pescadores de Pisagua”.

¹⁴⁷Max Uhle, *ob. cit.*, pág. 49

¹⁴⁸Max Uhle, *ob. cit.*, págs. 50-51

¹⁴⁹Max Uhle, *ob. cit.*, págs. 50-54.

Es completamente comprensible que después de 11 días de excavaciones Uhle tenga muchas dudas sobre lo que ocurrió en Taltal y de qué manera se desarrollaron las culturas más antiguas de pescadores. Trata de responder a las incógnitas con algunas hipótesis: "Si suponemos que no han sido usados en una edad excesivamente remota, la cuestión se simplifica naturalmente; pero si admitimos que estos tipos de instrumentos han sido una herencia de períodos anteriores o que se habrían creado independientemente en un período avanzado de civilización americana, ya queda de nuevo la cuestión sin resolverse"¹⁵⁰. Uhle duda qué hipótesis escoger, pero no puede desconocer tampoco "la posibilidad de un desarrollo rápido en que se habría condensado en América, en pocos siglos neolíticos, todo lo que en Europa se había desarrollado en los largos años del período interglacial".

En la carta dirigida al Sr. Ministro de Instrucción Pública, de fecha 1º de julio de 1916 y firmada en Arica, se muestra más categórico para afirmar que el "hombre americano primitivo usaba una industria paleolítica"¹⁵¹.

El tema del paleolítico continúa siendo tratado por los arqueólogos hasta años recientes, con diferentes estrategias y métodos. Es, por lo menos, entre 1911 y 1943, una materia siempre presente y muy analizada en los Congresos Americanistas. El yacimiento de Taltal, sin lugar a dudas, ayudó a enriquecer los motivos de investigación del hombre paleolítico en América y en Chile.

La opinión de Uhle sobre un período paleolítico en América y el uso indiscriminado de términos europeos, está claramente expresada en una carta firmada en Guayaquil, del 26 de septiembre de 1920 y dirigida a Capdeville: "No puedo aprobar la manera de urgir demasiado el término paleolítico". Un período no está probado todavía en América, formas paleolíticas sí. En este respecto, debe parecer falso también cuando se habla de una civilización paleolítica superior que ocupa la capa superior. Porque realmente y con toda seguridad todas, las tres capas superiores, pertenecen a un carácter neolítico puro. El encuentro de formas paleolíticas en estas capas significa por eso, de todos modos, únicamente excepciones. Consideraría eso como un error parecido como el del Sr. Oyarzún, quien también a cualquier objeto encontrado en el conchal o fuera de él reclamó como representativo de caracteres paleolíticos de Taltal... lo que de ninguna manera puede pasar inadvertido. De la misma manera, no ganan por el momento mucho significado ciertos tipos como solutranos, etc. Porque nos faltan los medios para decir si realmente estos tipos estaban en cierta relación con un período solutrano efectivo"¹⁵².

¹⁵⁰Uhle, *ob. cit.*, págs. 54-55

¹⁵¹Max Uhle, *ob. cit.*, pág. 65

¹⁵²Epistolario de A. Capdeville con Max Uhle, pág. 137. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. T. I, 1964.



Don Augusto Capdeville R. (1864-1932)

Para terminar con el yacimiento de Taltal debemos precisar la secuencia cultural que ofrecen sus diferentes capas y las fechas que Uhle da. Estando en Arica, el 16 de junio de 1918, escribe a Capdeville y, como siempre, da excelentes consejos a este estudioso chileno aficionado, recomendándole, por ejemplo, que, en ciertos casos, no hable de raza "sino sólo de cultura". En esta misma carta, él considera que "la cuestión del conchal está para mí definitivamente resuelta".

Los primeros habitantes deben ser del 500 a.C.; luego tenemos unos habitantes que corresponden al período de los aborígenes de Arica y, posteriormente, la capa morada con sus restos cultivables corresponde al período de Tiahuanaco¹⁵³.

Antes de continuar con los aportes valiosos de Uhle al conocimiento de la arqueología prehispánica del Norte de Chile, haremos un paréntesis y recordar, aunque sea brevemente algunos datos biográficos de *Augusto Capdeville Rojas*, figura valiosa del período que tratamos y que estuvo profundamente relacionado en el plano de la investigación con Uhle.

Augusto Capdeville nació en Santiago el 20 de agosto de 1864. Su padre don Guillermo Capdeville fue un ciudadano francés, originario de Avignon, que llegó a Chile en 1860. Instalado en Santiago se dedicó a la sastrería y se casó con doña Rafaela Rojas. El matrimonio duró sólo 4 años, muriendo la madre de Augusto a la edad de 19 años. Luego de la muerte de Rafaela, su padre se trasladó con sus dos hijos (Augusto y Ramón) a Talca. En esta ciudad volvió a casarse teniendo otros 8 hijos.

La juventud de Augusto Capdeville fue triste, sin madre. Estudió, tanto en Talca como en Santiago, recibiendo de Bachiller en 1883. Luego, entre 1884 y 1885, estudió Medicina y Leyes en la Universidad de Chile; sin embargo tuvo que interrumpir sus estudios por la muerte de su padre. Entonces se vio obligado a trabajar en el Ministerio de Industria y Obras Públicas. Era el período de la presidencia de Balmaceda y la crisis política que se produjo (Revolución de 1891), y el éxito de los antibalmacedistas lo colocó en una situación difícil; de alguna manera fue perseguido por sus simpatías al presidente Balmaceda. Así, comenzó a ocupar algunos cargos marginales; primero trabajó en Constitución como guarda-almacén en las obras del Ministerio, y ya en 1897 estaba en Taltal con su esposa doña Matilde Celis. De este matrimonio nacieron siete hijos.

En Taltal hizo diferentes labores ocupando en 1917, cuando estaba en plena actividad de excavaciones, el cargo de Jefe de Resguardo, que mantuvo hasta 1924. En ese año se trasladó a la Aduana del puerto de San Antonio, por razones de salud. En 1926 se acogió a jubilación y se fue a vivir a Quillota hasta 1930. Por último se trasladó a Viña del Mar en donde falleció el 21 de septiembre de 1932.

¹⁵³ob. cit., pág. 13.

El 18 de septiembre de 1914 inició sus exploraciones arqueológicas al norte del puerto de Taltal (unos 4 klm.), siendo sus trabajos y publicaciones un elemento significativo del período clásico de la arqueología chilena (1910-1940), en donde Uhle, Latcham, Oyarzún, Guevara y Gusinde fueron sus figuras más destacadas.

Especialmente con el Dr. Max Uhle mantuvo un epistolario muy importante entre 1915 y 1928. Indudablemente que el sabio alemán fue fundamental en la formación arqueológica de Capdeville. Las cartas de Uhle son verdaderas lecciones escritas por el profesor al alumno; en ellas se insiste en la importancia de la cronología, de las mediciones de los objetos, de los estratos, de la descripción de las asociaciones culturales, del uso de un vocabulario adecuado, etc. A vía de ejemplo, recordemos que Capdeville en su carta del 25 de mayo de 1918 dirigida a Uhle escribe “Mis trabajos están íntimamente ligados a los suyos, pero con la diferencia de que Ud. es el gran sabio maestro, y yo el humilde y sincero discípulo”.

Como Capdeville era “un observador agudo y consciente”, como nos recuerda Grete Mostny, Uhle recibió con aprecio los datos y dibujos que le envía con asiduidad el estudioso de Taltal. A su vez lo ayudó a publicar sus informes en Ecuador en donde, desde 1920, fue académico correspondiente a la Academia Nacional de Historia.

Volviendo a Uhle recordemos que el estudio de las culturas más antiguas se enriqueció, además de lo excavado en Pisagua, con los estudios que éste hizo en los cementerios de la costa ariqueña. En una carta, fechada el 4 de junio de 1917, y siempre dirigida a Capdeville, escribe: “He estudiado aquí al hombre más antiguo que conozco hasta ahora en cementerios de esta costa. No en el sentido de su antigüedad cronológica mayor que en otros sino en el sentido del hombre más primitivo encontrado por mí hasta ahora, en cementerios de estas regiones. Aparte de eso es tan antiguo como cualquier otro encontrado documentado en cementerios, y de los cementerios ricos e instructivos que he encontrado es también éste de Arica el más antiguo”¹⁵⁴.

A continuación Uhle describe a este primitivo habitante de la costa de Arica: “Se trata de un hombre de los principios del período de Protonazca, primitivo en el sentido de que no conocía ni alfarería, ni tejidos, ni metales, se vestía con artículos fabricados de pieles. Trabajaba momias de los tipos más curiosos de los que he encontrado hasta ahora –naturalmente siempre en postura tendida– y usaba también generalmente instrumentos de piedra tallada (tales para uso como cuchillos, muy comunes en las derechas de las momias), muchos de estos tipos primitivos”.

¹⁵⁴Epistolario, *ob. cit.*, págs. 7 y 8.

Continuando esta primera descripción de los “Aborígenes de Arica”, Uhle insiste, en su carta, que en estos cementerios se encontraron un hacha de mano, varios raspadores altos, diferentes núcleos poliédricos, lo que lleva a pensar que la distancia de edad entre la cultura de los cementerios de Arica y de los yacimientos de Taltal no era exagerada.

Sobre el problema de cuando Uhle, por vez primera, se refirió en una publicación científica y responsable a los aborígenes de Arica, nos parece que no es correcto afirmar que el artículo “Los Aborígenes de Arica y el Hombre Americano” publicado en un folleto en Arica en 1918, fue el primero.

Rigurosamente, la primera referencia, en una carta particular, es la que ya hemos mencionado y citado extensamente. La publicación “Los Aborígenes de Arica”, publicada en la Revista del Museo de Etnología y Antropología, de Santiago, es indudablemente anterior a la de 1918. Incluso el artículo aparecido en Santiago fue terminado de redactar en Arica en julio de 1917 y, por lo tanto, es anterior a la conferencia del 26 de noviembre de 1917 y que se publicó, volvemos a repetir, en 1918, en la Revista Chilena de Historia y Geografía.

Además de Tacna y Arica, Uhle, como ya lo hemos expresado anteriormente, excavó en Pisagua. Según Uhle, la correlación entre los yacimientos arqueológicos de Pisagua y los de Arica, es la siguiente:

“A) los restos contenidos en la capa fundamental de una caverna de la península de Pichalo, por su carácter, corresponden a los de los aborígenes de Arica y por eso al período arcaico de las civilizaciones peruanas al sur.

B) un cementerio en las faldas de los cerros, más arriba, data de la primera aparición de las civilizaciones peruanas en el Sur, no pudiéndose comparar cronológicamente con el ajuar que allí se encuentra, ningún objeto de Arica y Tacna.

C) varios cementerios a corta distancia más al sur, que son del período de Tiahuanacu, representado también en Tacna”¹⁵⁵.

La gente del cementerio en las faldas de los cerros poseía una civilización más adelantada y era contemporánea a Chavín. Dice Uhle: “La época a que pertenecía esta civilización se determina por las figuras tejidas en algunas bolsas que se han encontrado en las mismas sepulturas a las que corresponde la ornamentación más usada en sus canastas... Son figuras de hombres y de serpientes y ciertos dibujos meándricos grandes. Las primeras se presentan de frente, adornada la cabeza con un plumaje y en la cintura llevan una faja terminada por los dos lados por cuellos de serpientes, como en los estilos de Protonazca, Protochimú y Chavín... El

¹⁵⁵M. Uhle: Fundamentos Étnicos de la Región de Arica y Tacna, *ob. cit.*, págs. 67-68.

importante dibujo meándrico del pecho, de las figuras humanas y de los ornamentos reproducidos en las canastas, es la repetición de la figura de una segunda boca, delante del vientre, en el relieve monstruoso de Chavín, indicando de esa manera la dependencia de estos pescadores del estilo Chavín"¹⁵⁶.

Conclusiones sobre la contribución de Uhle al conocimiento de la Prehistoria de Chile

Han sido expuestos con extensión los diferentes temas y problemas que abordó Uhle en Chile. Gracias a sus investigaciones de campo pudo describir adecuadamente la cultura atacameña y hacer el estudio de sus influencias. Individualizó la influencia Tiahuanaco en la región de Tacna y Arica, en Pisagua, en San Pedro de Atacama y, en general, en todo el norte Grande de Chile hasta el valle de Copiapó, haciendo excepción la región de Calama. También Uhle abordó en forma decidida y rigurosa la elucidación del hombre y cultura más antigua de Chile. Excavó en Taltal, gracias al descubrimiento de Capdeville, un yacimiento riquísimo en evidencias arqueológicas. Junto a Constitución y a ciertos yacimientos de Arica, Taltal se transformó en un hito fundamental de la investigación arqueológica sobre el "paleolítico americano". Por último, la postulación del "Complejo Cultural los Aborígenes de Arica", ha sido tal vez uno de sus aportes más extraordinarios: hasta hoy día sus excelentes descripciones se mantienen y sirven en gran parte para caracterizar el Complejo Chinchorro.

Por cierto que el estudio de estas culturas y complejos culturales formaba parte de una secuencia cultural y, por lo tanto, pertenecía a un cuadro cronológico.

Muchas veces, Uhle ha insistido en el valor de la distinción cronológica; recordemos que en una carta dirigida a Capdeville le manifestaba su satisfacción porque el estudioso aficionado de Taltal se preocupaba de los problemas cronológicos y del significado de los hallazgos. Así, el 4 de junio de 1971, le escribe: "Veo con mucho interés, mi amigo, que también se acostumbra más a la distinción de los tiempos que es lo principal, según me parece, en toda la arqueología"¹⁵⁷.

Tal como ya lo hemos escrito, Ricardo Latcham, Aureliano Oyarzún y tantos otros estudiosos de la Prehistoria de Chile acogieron con respeto científico el modelo cronológico de Uhle. En palabras de Ricardo Latcham: "Por los estudios de Uhle y Gusinde hemos llegado a conocer la arqueología y etnología de los dos extremos del país... El completar de esta manera sus estudios sobre las antiguas

¹⁵⁶M. Uhle, *ob. cit.*, págs. 69-70.

¹⁵⁷Epistolario, *ob. cit.*, pág. 8.

civilizaciones peruanas, coordinando con ellas los sucesivos estratos culturales hallados en el Norte de Chile, permitió al Prof. Uhle establecer para esta nueva zona una cronología provisoria y quizá definitiva que aclara muchos puntos de la prehistoria de toda la región del norte, tanto en el Perú como en Chile”¹⁵⁸.

El cuadro cronológico de Uhle ha sido siempre, incluso por nosotros mismos, tomado de su publicación de 1922. Justamente en la pág. 46 de su clásica contribución al conocimiento de la etnología y arqueología de la región de Tacna y Arica se lee lo siguiente:

“Estas condiciones topográficas fueron el escenario de una historia, que se puede dividir en los períodos siguientes:

- I. Período del hombre primordial (hasta el fin de la era pasada).
- II. De los aborígenes de Arica (primeros siglos de la era de Cristo).
- III. Período contemporáneo con los monumentos de Chavín (cerca de 400 a 600 de nuestra era. De esta época no se han hecho hallazgos en Arica y Tacna, pero sí numerosos en Pisagua).
- IV. Período de Tiahuanaco y el subsiguiente epigonal (de 600 a 900 de nuestra era).
- V. Período de una civilización atacameña indígena (de 900 a 1100).
- VI. Período de una civilización chincha atacameña (cerca de 1100 a 1350).
- VII. Período de los Incas (hasta el fin del período prehistórico)”.

Inmediatamente, Uhle explica cómo logró estructurar este cuadro “En cuanto a las fechas indicadas en la lista precedente, éstas se basan en una investigación minuciosa, dedicada a la cronología de las civilizaciones peruanas, que formará el tema de un trabajo especial, que se publicará enseguida. En él se ha logrado determinar que los monumentos protonazcas de los valles de Chincha y Pisco se construyeron entre los años 100 antes de J.C. y 50 después de J.C.; las huascas de Moche, entre 150 y 300 de nuestra era; el templo de Chavín de Huantar, entre 400 y 500; los principales monumentos de Tiahuanaco, entre 450 y 600; el Imperio de los Incas tuvo su principio en la primera mitad del siglo *xiv*”.

Ahora bien, cuando se examinan en profundidad esta secuencia cultural y las fechas postuladas, surgen varias preguntas y problemas. Digamos, en primer lugar, que en forma parcial estas fechas de Uhle no resistieron la crítica que emanó de las nuevas investigaciones y sobre todo de la introducción de los métodos radioactivos. Pero, junto con lo anterior, debe decirse de inmediato que si es

¹⁵⁸Latham, “La Prehistoria Chilena”, Cap. IV, págs. 67-68. Stgo. de Chile, 1928. Esta cita de Latham es casi exactamente igual a la que hicimos al comenzar el capítulo referente a Uhle y que fue extraída de la “Alfarería Indígena Chilena”.

verdad que los dos primeros períodos retrocedieron algunos miles de años, y que el período de Chavín también retrocedió 1500 años, otras altas culturas fueron fechadas con exactitud por Uhle: es el caso de Moche o Mochica (150 a 300 d.C.), como también el de Tiahuanaco (400 a 800 d.C.).

Entre los problemas que surgen tenemos la ubicación cronológica del primer período, aquel que Uhle llama del Hombre primordial. En una carta dirigida a Capdeville y que hemos citado, recordemos que Uhle da una fecha de 500 a.C. para los inicios de Taltal. Parece justo recordar que aún hoy día los yacimientos de Taltal no están fechados de manera absoluta: sólo tenemos las fechas de Carbón 14 que corresponden al conchal de Quiani, que sobrepasa una de ellas, los 4200 a.C. No hay aún razones concluyentes para sostener que esta misma fecha sirva para la ocupación más antigua de Taltal. El problema cronológico de Taltal, por lo tanto, continúa, sin que esto signifique que la fecha de 500 a.C., sea aceptada por los especialistas.

La fechación de los aborígenes de Arica ha sufrido un cambio importante: ha retrocedido varios milenios por lo menos, pero el retroceso ha creado nuevos problemas que lentamente están siendo solucionados por los arqueólogos chilenos.

Hoy en día los Aborígenes de Arica (o Complejo Chinchorro) se sitúan entre el 5900 y 1500 antes de Cristo, siempre que se considere la relación Quiani I y II con Chinchorro; de todos modos esta prolongación del Complejo Chinchorro hacia el 1500 a.C., lo aproxima a las fechas de Uhle.

Con los restos de Pisagua ocurre aún algo más curioso: al declarar Uhle que los pescadores que fueron enterrados en el cementerio situado en lo alto son contemporáneos a las ruinas de Chavín (porque hay motivos que se emparentan con algunas decoraciones de Chavín), está haciendo una relación tipológica que no está comprometida a unas fechas: en el fondo es un análisis corológico. Si Chavín es más antiguo, como se ha comprobado, los pescadores de Pisagua pueden retroceder en el tiempo. ¿Acaso fechas situadas entre el 1000 y 500 a.C., no serían más probables para estos restos de Pisagua que no pertenecen al Complejo Chinchorro y que están relacionados con el período temprano de Arica?

Estos restos fueron denominados, por el propio Uhle, como 'protonazca' y ellos han sido comparados con los restos encontrados en Faldas del Morro. Hoy en día, gracias a los trabajos sistemáticos de los arqueólogos de Arica (Percy Dauelsberg, Luis Álvarez, Guillermo Focacci, Mario Rivera y otros), emerge un período cultural que está siendo fechado entre el 1000 a.C., y el 300 d.C. (Faldas del Morro, Playa el Laucho y Alto Ramírez). La futura fechación exacta de Faldas del Morro debería situar los restos de Pisagua denominados por Uhle protonazca.

Otro de los problemas está relacionado directamente con el período IV de la periodificación de Uhle. Hemos visto que Uhle sitúa las 'construcciones de Tiahuanacu' hacia el 400-500 d.C.; la 'difusión de Tiahuanacu' entre el 500 y el 600

d.C.; el 'fin de Tiahuanacu' (en Tiahuanacu) entre el 600 y el 800 d.C.; en estos mismos siglos, Uhle ubica la iniciación del Tiahuanacu Epigonal. ¿Qué relación tienen estas fechas con las 600-900 del Período Tiahuanacu y subsiguiente Epigonal del Norte de Chile? Uhle no hace diferencias claras para los restos que estudia en el Norte de Chile, entre los 'tiahuanacos' y los correspondientes al 'epigonal'.

Gracias a Eloy Linares Málaga¹⁵⁹, podemos conocer un manuscrito de Uhle que nos aclara varios conceptos sobre Tiahuanaco: "La civilización Tiahuanaco estaba en su apogeo y la protolimeña cerca de su fin cuando la primera llegó a los valles centrales de la costa peruana. Esto se desprende de la condición de sus restos en Pachamac y sobre la huaca de Aramburu, donde los pocos vasos tiahuanaqueños encontrados muestran un tipo perfecto. Todas las civilizaciones, hay que suponerlo, muestran su mayor fuerza de expansión en la época de su desarrollo... La civilización tiahuanaqueña, nacida sólo de las postrimerías de la civilización protonazca, se habría precipitado sobre las costeñas, cuando las de Proto Lima y las de Proto Chimú ya habían cumplido su tarea general con la construcción de sus grandes huacas. La civilización de Tiahuanacu no inundó sólo la costa, sino igualmente toda la sierra, desde Catamarca y Copiapó en el sur hasta la provincia ecuatoriana de Ríobamba".

Para Uhle, entre el 500 y el 600 finalizan las culturas Protochimú en Trujillo y la Proto Lima en Lima y en el valle de Pachamac. Recordemos, también, que para Uhle la formación de la cultura Tiahuanaco se produce entre el 300 y el 400 d.C.¹⁶⁰.

Según Uhle, Tiahuanaco llega, hacia el 500 d.C., al norte de Chile (Arica) como difusión directa del centro altiplánico y luego se crearían tradiciones epigonales derivadas de la cultura Tiahuanacu.

Traducido a la problemática actual, Uhle estaría de acuerdo con la presencia de restos pertenecientes al Tiahuanaco clásico y también del Tiahuanaco expansivo. Sólo varían las fechas, puesto que para algunos especialistas esta penetración del Tiahuanaco clásico habría ocurrido hacia el 400 d.C.¹⁶¹, tanto en Arica como en San Pedro de Atacama.

Independientemente de la fecha 400 d.C., que podría iniciar el comienzo de esta influencia es importante reconocer la presencia de restos contemporáneos pertenecientes al llamado período Tiahuanacu IV o Clásico, situado por el método de carbón 14 entre el 360 y el 600 d.C., aunque el promedio aritmético de las fechas dadas a conocer por Carlos Ponce Sanginés es de 667 d.C.¹⁶².

¹⁵⁹E. Linares Málaga, *ob. cit.*, págs. 93-99.

¹⁶⁰E. Linares Málaga, *ob. cit.* Tabla cronológica tomada de manuscritos de Uhle.

¹⁶¹Carlos Ponce Sanginés: *Tiwanacu: Espacio, Tiempo, Cultura*, págs. 29-31. La Paz, 1972

¹⁶²C. Ponce S., *ob. cit.*, pág. 25 y Tabla I.

Hay dos o tres datos más que deseamos mencionar antes de terminar de exponer el extraordinario aporte de Uhle a la formación científica de los estudios arqueológicos de Chile. El período Chincha-atacameño, situado entre 1100 y 1350, no es aceptado hoy en día y los materiales culturales pertenecientes a él son reubicados en el período de desarrollo cultural local de Arica, sobre todo posterior a la fase San Miguel, es decir, en la fase Gentilar. Al referirse al estilo atacameño segundo (Chincha-atacameño) Uhle señala que “resultó por la extensión de las conquistas chinchas en dirección al sur que, saliendo de Cheuca e Ica, comprendieron al fin toda la costa intermedia hasta Tacna al sur, parte de Bolivia y toda la región serrana del sur de Perú hasta el río Apurinas”¹⁶³.

Los hallazgos de Capdeville en Taltal hacen escribir a Uhle en la misma carta del 4 de julio de 1918: “Veo por sus dibujos que estos chincha-atacameños se extendieron también más al Sur, al menos hasta Taltal”. Algo más adelante, casi al finalizar la carta, Uhle asegura: “La raza de los vasos pintados son atacameños del Norte influenciados por los chinchas (del Perú)”. Sin embargo, a pesar de los conocimientos de Uhle, Capdeville escribe el 3 de marzo de 1923 que muchos especialistas dicen que la alfarería pintada de Taltal “proviene de la Argentina”; se lo aseguran Salvador Debenedetti, Martín Gusinde, Leonardo Matus y otros. Uhle, obviamente, rechaza los argumentos de estos especialistas. Así, podemos apreciar que la discusión sobre el chincha-atacameño se inició muchos años atrás, por lo menos en 1923¹⁶⁴.

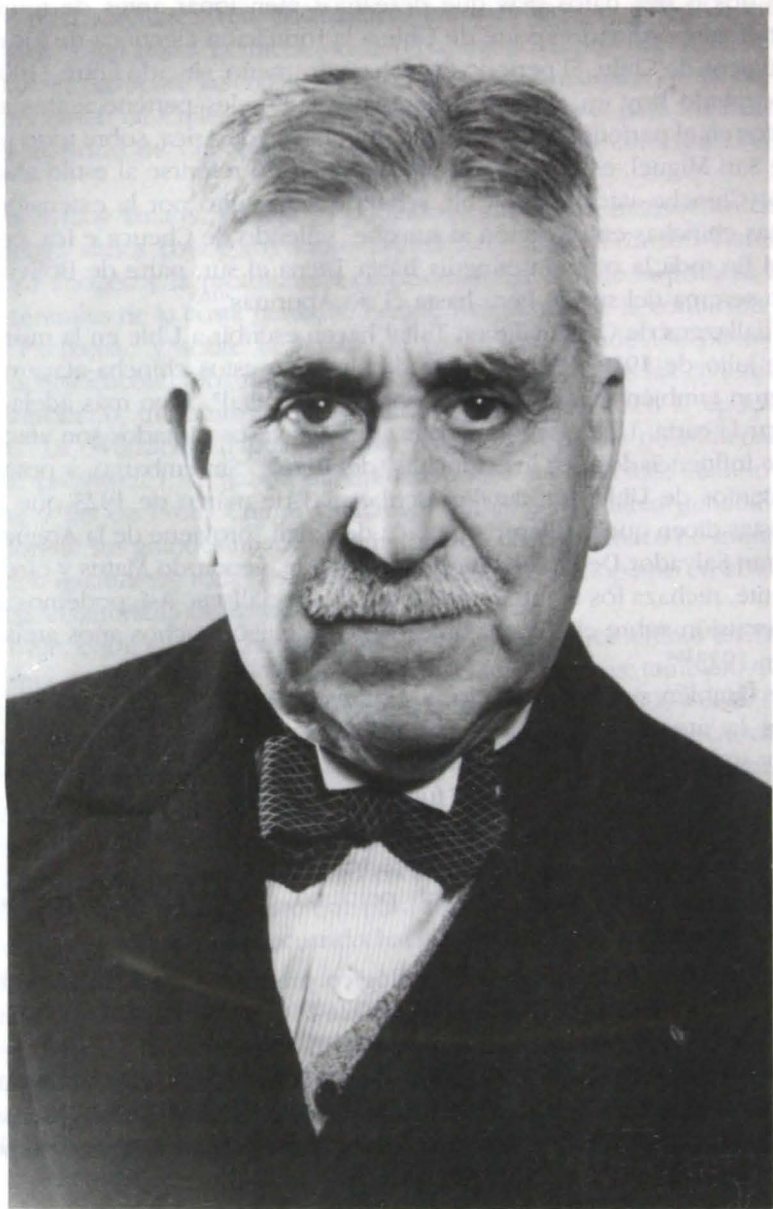
Uhle también se preocupó de la expansión inca en el Sur de Chile y ya llamamos la atención sobre su extraordinaria observación sobre la alfarería Valdivia y sus motivos incásicos. Por todo lo expuesto, es de justicia enfatizar que los pocos años de Uhle en Chile fueron, sin embargo, ricos en solución de problemas y dejaron una profunda huella en la ciencia arqueológica.

En resumen, cuatro son los grandes temas que Uhle abarca en Chile, en general con gran calidad descriptiva, pero no exento de algunos errores y exageraciones:

- a) Confeccionó el primer cuadro cronológico prehistórico, situando en él a las culturas del norte de Chile y haciendo posible los futuros cuadros de Ricardo E. Latcham, que se sostuvieron hasta la década del 50.
- b) Describió acertadamente la cultura de los oasis del desierto de Atacama (Atacameña), pero valorizó exageradamente esta etnia hasta el grado de considerarla el subestrato de todas las culturas del norte de Chile y elemento importante

¹⁶³Epistolario, *ob. cit.*, págs. 16 a 19.

¹⁶⁴Epistolario, *ob. cit.*, págs. 170-175 (con las del 3 de marzo y el 8 de marzo de 1923).



Dr. Aureliano Oyarzún N. (1858-1947)
(gentileza de la familia Oyarzún)

en la creación de algunos rasgos estilísticos Tiahuanaqueños. Hasta la década del 70 se insistió en esta última interpretación de Uhle¹⁶⁵.

c) Investigó los restos culturales y antropológicos más antiguos de la costa del Norte de Chile (y también de Constitución) con el fin de enriquecer sus períodos más primitivos. De estos estudios, a partir de 1917, se darán a conocer los principales elementos diagnósticos del período de los Aborígenes de Arica. Las descripciones de Uhle son citadas hasta el presente por numerosos arqueólogos para describir al Complejo Chinchorro.

d) Formuló el período Tiahuanaco y el subsiguiente epigonal en el Norte de Chile, incluyendo el Norte Chico, e incluso postuló, como hipótesis, la presencia de Tiahuanaco hasta Chile Central. Esta última hipótesis ha sido parcialmente retomada en la década del 80 por C. Thomas.

Así, sus estudios, publicados entre 1911 y 1922, en donde se describen científicamente los restos culturales que pertenecen o tienen influencia de Tiahuanaco, inauguran una problemática que hasta hoy día continúa investigándose con creciente interés, como lo estudiaremos cuando conozcamos los aportes de Percy Dauelsberg y Gustavo Le Paige. En relación a los sitios de Calama, en donde el Dr. Uhle no encontró evidencias de Tiwanaku, recordemos que en la década del 80, en varias temporadas, George Serracino excavó el cementerio de Topater, en donde encontró evidencias de Tiwanaku (tumba B-6, que contenía, entre otros restos, un gorro de cuatro puntas). Sin embargo, la mayoría del contexto arqueológico perteneciente al cementerio de Topater, se relaciona con materiales y estilos pertenecientes a una fase anterior (fase Alto Ramírez de Arica).

2. *El Dr. Aureliano Oyarzún Navarro. Su Vida*¹⁶⁶

La figura científica del Dr. Aureliano Oyarzún ha sido injustamente calificada como de poca relevancia para la arqueología chilena, aunque en los últimos años se ha reconocido el valor interpretativo de sus trabajos¹⁶⁷.

Es verdad, que no alcanzó, por ejemplo, el significado del Dr. Uhle, lo que no se opone a considerar su participación en el desarrollo de la Arqueología y la Etnología chilenas como importante y, sobre todo, valiosa tanto desde el punto de vista organizativo como del interpretativo. En 1947, año de la muerte de

¹⁶⁵Gustavo Le Paige, Director fundador del Museo de San Pedro de Atacama, ha defendido, en diversos trabajos, que los atacameños están en el origen de algunas ideas y estilos tiahuanaqueños.

¹⁶⁶Veáse la publicación "Aureliano Oyarzún. Estudios Antropológicos y Arqueológicos". Ed. Universitaria 1981, págs. 10-22.

¹⁶⁷Por ejemplo, J. Montané: "Apuntes para un análisis de la Arqueología Chilena", 1972. Revista *Rehue*, pág. 36; textualmente dice: "como arqueólogo no tiene importancia". En cambio, Rodrigo Sánchez y Mauricio Massone aprecian su aporte (pág. 13), en "Cultura Aconcagua", Stgo., 1995.

Oyarzún, don Gualterio Looser escribió la biografía del distinguido antropólogo y arqueólogo y presentó una bibliografía comentada de la mayoría de sus publicaciones¹⁶⁸.

Por Looser e informes suministrados por los hijos del Dr. Oyarzún, tenemos un conjunto de datos biográficos muy interesantes. El Dr. Oyarzún nació el 16 de junio de 1858 en Dalcahue, pequeña localidad cerca de Castro, en Chiloé. Pertenecía a una familia de agricultores de antigua estirpe española y, más concretamente, de origen vasco. Hizo sus estudios en Puerto Montt, en Ancud y en Santiago. En 1879 se graduó de Farmacéutico; era el primer año de la Guerra del Pacífico y Oyarzún se alistó inmediatamente en el Servicio Sanitario del Ejército. Participó en diversas batallas, ganando varias condecoraciones por sus servicios y un certificado especial por servicios distinguidos.

El Decreto N° 234, del 29 de octubre de 1880, del Ministro de Guerra menciona que Oyarzún era Farmacéutico Mayor de 1ª clase de la tercera Ambulancia.

Participó en las batallas de Chorrillos y Miraflores y en la entrada a Lima.

De regreso a Chile, luego de terminada la guerra, continuó estudiando y obtuvo, en 1885, el título de médico cirujano.

Desde el 31 de diciembre de 1886 hasta el 12 de enero de 1887 ayudó a exterminar la epidemia de cólera, participando en los lazaretos de Aconcagua, Subdelegación de Santa María, del Departamento de San Felipe.

En 1887, viajó a Europa enviado por el Gobierno. Primero, pasó a Francia, no estando mucho tiempo, y luego fue a Alemania, en donde se halló a sus anchas. En este país siguió las lecciones de Virchow, Waldeyer, Naunin, Koch, Weigert y Schwable.

De regreso a Chile fue designado profesor de Anatomía Patológica en la Universidad de Chile, desempeñando sus clases de medicina en la Escuela de Medicina, entre 1891 y 1909. Antes, entre 1883 y 1887, había sido ayudante de la clase de Histología Normal y de Anatomía Patológica General. El Dr. Oyarzún era un profesor exigente, que tomaba control de asistencia y exigía bastante a sus alumnos. Éstos no estaban de acuerdo con este método y exigieron la salida del profesor. Como ha ocurrido tantas veces, el maestro debió abandonar la Universidad ya que no contó con el apoyo de sus colegas de la Facultad. Rigurosamente, el Decreto N° 424 del 6 de febrero de 1909 le aceptó la renuncia como profesor de Anatomía Patológica y Patología General de la Escuela de Medicina.

Antes de salir de la Universidad se relacionó con la familia Philippi y se casó con la hija de Federico Philippi. De este matrimonio nacieron 5 hijos. Se aficionó

¹⁶⁸G. Looser: "El Dr. don Aureliano Oyarzún, antropólogo y naturalista". Imprenta Universitaria. Santiago, 1947.

a las ciencias naturales, especialmente a la Entomología y, muy pronto también, comenzó a dedicarse a la Arqueología y a la Etnología de Chile.

Sabemos que ya en 1908 hacía incursiones en la costa central de Chile¹⁶⁹. También estamos informados de que Aureliano Oyarzún participó en el 4º Congreso Científico de Chile y el 1º Panamericano, a fines de 1908 y comienzos de 1909. En 1910, junto a Medina, Guevara, Lenz y Echeverría Reyes, asistió al XVII Congreso de Americanistas de Buenos Aires (16 a 24 de mayo).

En 1910 publicó sus primeros trabajos arqueológicos, algunos de los cuales analizaremos más adelante:

- “Los Kjoekkenmoedinger o conchales de la costa de Melipilla i Casablanca”.
- “Los Petroglifos del Llama” (Boletín del Museo Nacional de Chile, t. II, Nº 1).

Así, es fácil apreciar que Oyarzún tuvo una gran actividad científica entre 1908 y 1910, recorriendo diferentes lugares arqueológicos, asistiendo a Congresos dentro y fuera del país y publicando especialmente en el Boletín del Museo Nacional de Chile.

En 1910, cuando se conmemoraban los cien años de la Primera Junta Nacional de Gobierno, Oyarzún fue designado miembro de la comisión encargada de la exposición histórica retrospectiva. Esta comisión recomendó que la exposición abarcara también la parte prehistórica de Chile. En esta decisión se encuentra indudablemente el origen del Museo Histórico Nacional y de la Sección de Etnología y Antropología. El Museo se fundó en 1911.

La relevancia de la personalidad científica de Oyarzún se demuestra cuando el 7 de octubre de 1911 fue designado Presidente de la Sección de Arqueología, Antropología y Etnografía de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Entre los asistentes a esta reunión se encontraban Ricardo E. Latcham, R.A. Laval, Matta Vial, Carlos Porter y Vicuña Cifuentes.

A fines de 1911, por razones de salud, vuelve a Alemania donde permanece hasta 1913. Tuvo la oportunidad de conocer la organización del Museo de Etnología y Antropología de Berlín dirigido por el antropólogo Prof. Von Luschen. En estos años se adhiere con entusiasmo a la Escuela Histórico-Cultural, la que divulgaría en Chile, sin encontrar, sin embargo, eco importante entre los estudiosos de las ciencias antropológicas, a excepción del padre Martín Gusinde, quien ya estaba en conocimiento de los métodos y de la teoría de los misioneros católicos de Viena.

Cuando Oyarzún vuelve a Chile retorna al campo de la Arqueología y de la Antropología, convirtiéndose en un colaborador y admirador del Doctor Max

¹⁶⁹A. Oyarzún: “Los Kjoekkenmoedinger o conchales de la costa de Melipilla i Casablanca”, pág. 4, Stgo. de Chile, 1910.

Uhle, quien había llegado a fines de 1911 y que incluso lo había reemplazado en la presidencia de la Sección de Arqueología, Antropología y Etnología.

En 1915, alentado por las investigaciones de Capdeville, que había excavado en Taltal, envió al Congreso Panamericano de Washington un trabajo sobre la "Estación Paleolítica de Taltal" en donde describe una importante colección de piezas líticas de Taltal y da a conocer su opinión sobre la situación cronológica del yacimiento¹⁷⁰.

Cuenta Martin Gusinde que cuando el Dr. Uhle tuvo que alejarse de la dirección del Museo, en 1916, el Dr. Oyarzún fue designado Director 'ad honorem', "impulsado por el interés y entusiasmo que tiene por los estudios de la Etnología y la Antropología, a los que ha dedicado especial preferencia desde hace largos años"¹⁷¹.

En este mismo año de 1916, según nos cuenta Martin Gusinde, se presentaron dificultades entre el Museo de Historia Natural y el Museo de Etnología y Antropología, que era una sección del Museo Histórico de Chile. "Apenas se supo que el señor Max Uhle dejaba el país, se presentó el Director del Museo de Historia Natural ante el Gobierno, reclamando para su establecimiento las colecciones formadas por el Dr. Uhle y los empleados correspondientes". El Dr. Oyarzún, nos sigue relatando Gusinde, se opuso terminantemente, escribiendo al Ministro de Instrucción Pública: "debo defender, conservar y acrecentar la obra del Dr. Max Uhle y, por lo tanto, pido al gobierno mantenga la actual ubicación del Museo que dirijo"¹⁷².

El Ministerio de Instrucción Pública no dio lugar a la petición del Director del Museo de Historia Natural. Sin embargo, actualmente, las colecciones de prehistoria y etnología del Museo Histórico se encuentran en el Museo de Historia Natural. En verdad, esta discusión de 1916 inició una situación de tirantez que se prolongó por más de 50 años entre las dos instituciones y sus personeros más relevantes.

También, en 1916, Oyarzún publicó el primer número de la revista del Museo llamada "Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile". En este primer número escribieron Martin Gusinde, Max Uhle y Aureliano Oyarzún. Tanto el trabajo de Uhle como el de Oyarzún se referían a los hallazgos arqueológicos de Taltal¹⁷³. Por este número sabemos también que el Museo estaba en la calle

¹⁷⁰Oyarzún: "Estación Paleolítica de Taltal". Revista Chilena de Historia y Geografía, Nº 23, 1916.

¹⁷¹Gusinde: "El museo de Etnología y Antropología de Chile", pág. 33, en Revista Chilena de Historia y Geografía, t. XIX, Nº 23, 1916.

¹⁷²Gusinde, *ob. cit.*, págs. 33 y 34

¹⁷³A. Oyarzún: "Estación Paleolítica de Taltal", págs. 19-30. -M. Uhle: "Sobre la estación paleolítica de Taltal. Una carta y un informe", págs. 31-50

Moneda, número 602, esquina de la Plaza Benjamín Vicuña Mackenna y que se abría al público sólo los días jueves y domingo de 2 a 4 P.M.

En 1924 la revista del Museo señalaba que éste estaba instalado provisionalmente en el edificio nuevo de la Biblioteca Nacional, en calle Miraflores N° 56. Por intermedio de una Memoria del Director Oyarzún, del 15 de marzo de 1927, dirigida al Sr. Ministro de Instrucción Pública, nos informamos de los problemas del Museo relacionados con su local permanente: "Como lo sabe V.S., este museo funciona transitoriamente en un reducido departamento del subsuelo del edificio de la nueva Biblioteca Nacional, desde que por orden de V.S., se hizo demoler la vieja casa que ocupaba antes en la esquina de las calles Moneda y Miraflores. No habiendo sido posible hasta hoy dar término a la construcción del edificio del Museo Histórico Nacional... pido a V.S., respetuosamente, se digne ordenar el gasto del dinero presupuestado con ese objeto...". Con todo, "nuestro establecimiento ha sido visitado diariamente por el público, los liceos, alumnos... y distinguidas personalidades extranjeras...".

Esta situación anormal sólo se resolvió en 1941, cuando el Museo Histórico ocupó el ala N/O del edificio de la Biblioteca Nacional; la sección de Prehistoria fue ubicada en una espaciosa sala, en el subterráneo, hasta 1970. Posteriormente los materiales de la Sección fueron trasladados al Museo de Historia Natural.

Volviendo a la revista del Museo, bastante importante para el desarrollo de la Arqueología y la Etnología de Chile, señalaremos que apareció por última vez en 1927. Así, once años del tercer Período de la arqueología chilena se expresaron, en gran parte, por la publicación que editaron el Dr. Oyarzún y sus colaboradores.

Sólo en 1939 el Dr. Oyarzún pudo volver a editar una revista que sostuvo hasta 1945. Lamentablemente, esta nueva revista no tuvo la relevancia científica de su antecesora y, principalmente, se hizo con traducciones, algunas muy buenas, de trabajos de especialistas extranjeros. Además, la revista no contenía sólo trabajos de Arqueología y Etnología, sino que incorporó artículos de historia civil y militar de Chile.

La situación administrativa del Dr. Oyarzún, dirigiendo el Museo, tuvo altos y bajos. Así, por ejemplo, en 1931 vio suprimido su cargo de director. Sin embargo, continuó sirviéndolo en calidad de *ad-honorem*, lo que no constituyó una novedad, puesto que ya en 1916 lo había sido en las mismas condiciones.

Entre 1911 y 1922 fue el presidente de la Sección de Arqueología y Etnografía de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, a excepción de los años en que lo reemplazó el Dr. Uhle. En 1926, con Carlos Porter, Monseñor Carlos Casanueva y otros, fundó la Academia Chilena de Ciencias Naturales de la cual fue su primer presidente entre 1926 y 1929. Esta Academia tenía por objeto cooperar al progreso de las ciencias naturales en los ramos de Antropología, Zoología, Botánica,

Fisiología animal y vegetal, Geología, etc. Entre 1931 y 1933, fue Presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

Para terminar con sus servicios administrativos recordemos que a contar del 1º de enero de 1936 se le nombró director en propiedad del Museo Histórico Nacional, cargo que dejaría un año antes de su muerte.

Cuenta Gualterio Loose que el Dr. Oyarzún gozaba de excelente salud: "Durante el cuarto de siglo que lo traté, con bastante frecuencia, no recuerdo haberlo visto enfermo, salvo malestares pasajeros, y se conservó en condiciones admirables hasta muy anciano, consagrado al estudio y animoso para el trabajo científico. Pero, por fin, su avanzada edad fue minando sus fuerzas y el 1º de febrero de 1946 dejó la dirección del Museo Histórico Nacional¹⁷⁴.

Al año siguiente, a la edad de 89 años, el 1º de marzo de 1947, murió el Dr. Oyarzún, enlutando al muy pequeño grupo de científicos que investigaban en Prehistoria y Etnología chilenas.

Su significado científico

El Dr. Aureliano Oyarzún, en los casi 40 años de trabajos científicos, efectuó varios viajes. Además de sus primeros trabajos de campo, ya relatados, recorrió diferentes regiones tanto del Sur, como del Centro y del Norte de Chile. En las cuentas de actividades aparecidas en la Revista del Museo que dirigía, aparecen mencionados diferentes sitios arqueológicos. Sobre este tema nos referiremos en detalle más adelante. Por ahora, recordemos que en 1937, cuando estaba cerca de los 80 años, efectuó un largo viaje al Norte de Chile para organizar en diversas ciudades comisiones asesoras del Consejo de Monumentos Nacionales. Aprovechó su viaje para visitar Chiu-Chiu, San Pedro de Atacama y otros sitios arqueológicos importantes.

También participó en varios Congresos Internacionales o envió trabajos que fueron publicados en sus Actas; por ejemplo, los Congresos Americanistas de Buenos Aires de 1910 y 1934, y de Lima, de 1941, además del 2º Congreso Panamericano de Washington en 1915.

Entre sus publicaciones más significativas sobresalen aquellas relacionadas con las descripciones de materiales arqueológicos constituyentes de la cultura atacameña (calabazas, cestería, tabletas y tubos, alfarería) o con las influencias de esta cultura en otras regiones de Chile (por ejemplo, en la Araucanía):

1. "Las calabazas pirograbadas de Calama". Revista Chilena de Historia y Geografía, Nº 66, Stgo. de Chile. 1929.

¹⁷⁴G. Loose: "El Dr. Aureliano Oyarzún, antropólogo y naturalista", págs. 15-16, *ob. cit.*

2. "Cestería de los antiguos atacameños". Revista Chilena de Historia y Geografía, Nº 68, Stgo. 1930.
3. "Las tabletas y los tubos para aspirar la parica de Atacama". Revista Chilena de Historia y Geografía, Nº 72, Stgo. 1931.
4. "Tejidos de Calama". Revista Chilena de Historia y Geografía, Nº 73, 1931.
5. "Alfarería de Calama". Revista Chilena de Historia y Geografía, Nº 82, Stgo. 1934.
6. "Influencia de la Cultura de Atacama en la Araucanía". Lima, 1941.

Otros temas investigados por el Dr. Oyarzún se refieren a aspectos de la arqueología de Chile Central, de la Araucanía, de la Isla de Pascua, de los indios del extremo Sur de Chile, y del yacimiento de Taltal. Por último, son significativas para el desarrollo de las ideas científicas en nuestro país, sus numerosas traducciones de artículos especializados y, sobre todo, relacionados con la Escuela Histórico-Cultural de Viena.

Por intermedio de las publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, nosotros podemos conocer no sólo quiénes escribían sobre arqueología y antropología, sino cuáles eran los temas más desarrollados de las investigaciones de campo y, en general, las actividades de los principales estudiosos contemporáneos a Oyarzún. Hay, en primer lugar, una sección de las Publicaciones que informa, en especial, de los trabajos de campo del grupo de investigadores del Museo de Etnología y Antropología e incluso de otros estudiosos.

En 1917, el Dr. Oyarzún escribe, "con el objeto de aumentar las colecciones del Museo y estudiar la etnología y la antropología del país, hemos emprendido personalmente, o acompañados de nuestro colaborador el P. Martin Gusinde y el ayudante don Luis Pérez, varias excursiones que por el momento las hemos llevado a cabo sólo en las cercanías de Santiago. El P. Gusinde, por su parte, visitó este verano el Sur de Chile".

Recuerda el Dr. Oyarzún que en junio de 1916, invitado por el antropólogo Ricardo Latcham, se trasladó a Montenegro, estación del ferrocarril a Valparaíso, en donde se encuentran "innumerables piedras de tacitas, labradas en las rocas".

En la publicación N^{os} 2 y 3 (Año 1 de 1917) hay una información que nos da el Dr. Oyarzún realmente interesante, que no dudamos en considerar de gran valor científico, vista en la perspectiva del tiempo y de acuerdo al interés que actualmente se da al tema. Cuenta don Aureliano Oyarzún que la señora Mariana Ovalle de Pérez obsequió al Museo "un molar y un trozo de colmillo de Mastodonte" y "dos cráneos humanos fósiles encontrados cerca de las huellas de aquel proboscídeo". Estos hallazgos se habían hecho en las yeseras del Fundo de Tierras Blancas. "Con el objeto de cerciorarnos personalmente de las condiciones en que se encontraron estos huesos, aceptamos la generosa y amable invitación

de la señora para trasladarnos a su fundo el 21 de mayo de este año, en compañía del P.M. Gusinde y del profesor P. Körting de la Universidad del Estado. En los tres días que permanecemos en el fundo estudiamos detalladamente la formación geológica de la yesera y las condiciones *in situ* en que se encontraron los huesos. Tratándose de definir la edad del hombre de América, el hallazgo de los huesos del mastodonte junto con los de cráneos humanos, es para Chile y el nuevo continente de una importancia trascendental" (págs. 148-149).

En el mismo año de 1917, Oyarzún visitó y estudió "los conchales de Pichilemu" y de Cahuil, localidades situadas en la costa de la provincia de Colchagua.

En el tomo II (Nº 1 del año 1920) se encuentra la Memoria presentada por el Dr. Oyarzún al Señor Ministro de Instrucción Pública en donde hay una gran cantidad de datos, tanto de tipo administrativo como de las expediciones. Por ella sabemos que Oyarzún continúa siendo Director *ad-honorem* del Museo; también, nos informa que las colecciones del Museo están depositadas provisoriamente en "un resto del antiguo edificio de las monjas Claras". En la práctica, el Museo, a pesar de ser fundado en 1911, sólo abrió sus puertas al público el 17 de septiembre de 1917. Oyarzún insiste en los diversos viajes hechos por los investigadores del Museo y enumera las salidas a terreno a Tierra del Fuego, Araucanía, Montenegro, Quillota, Río Maipo, Quintero, Cerro de Mauco, Tierras Blancas, Cachagua, San Felipe, Panquehue, Pichilemu y Cahuil.

Ya en las "memorias" del Dr. Oyarzún, de 1922-1924, se puede apreciar la importancia cada vez mayor que adquieren las investigaciones del P. Martín Gusinde en el extremo sur de Chile y la insistencia de don Aureliano, por lo demás muy justificada, de pedir apoyo gubernamental para los trabajos científicos de Gusinde.

Hay también en la memoria presentada el 11 de abril de 1924 un alegato firme en favor de la reunión, en el Museo Histórico de Chile, de todos los objetos arqueológicos y etnológicos repartidos en diferentes museos. Sabemos, como ya lo hemos señalado anteriormente, que la firme defensa de Don Aureliano Oyarzún no prosperó, estando en la actualidad los restos prehistóricos y etnológicos reunidos por Uhle, Gusinde, Oyarzún y otros, en el Museo de Historia Natural.

El Dr. Oyarzún había escrito a su jefe superior, el Ministro de Instrucción Pública: "Con este motivo no creo fuera de lugar encarecer a U.S., la necesidad urgente que hay de apurar la conclusión del Museo Histórico de Chile para trasladarnos después a ese local que es destinado desde hace ya más de diez años por el Supremo Gobierno para guardar y exhibir las reliquias de la historia de Chile, desde los indígenas primitivos, la Conquista, la Colonia, la Independencia y la República hasta nuestros días". En los argumentos del Dr. Oyarzún se descubren las discusiones teóricas de los Museos de Etnología y Antropología y

del Museo Nacional de Historia Natural. En unos había una concepción histórica que acercaba la antropología y, en especial, la arqueología a las disciplinas históricas; en los otros existía la concepción que consideraba que la antropología y con ella la arqueología debían situarse en el amplio marco de las ciencias naturales. Para el Dr. Oyarzún, lo que había dicho el Dr. R.A. Philippi, de reunir "los productos de los tres reinos de la naturaleza, las reliquias de la gloria, los trofeos de nuestras glorias y los objetos de etnología y de antropología nacionales y extranjeros", era científicamente insostenible en 1922. Creemos que Oyarzún tenía razón; entonces, en nuestro presente, ¿cómo puede justificarse científicamente que la sección de Prehistoria del Museo Histórico haya sido eliminada?

En 1927, la situación del Museo hace crisis: desde 1924 el P. Martin Gusinde había abandonado el país siendo reemplazado por el profesor Carlos S. Reed, creador de la sección de Folklore del Museo. En este año de 1927, el cargo de Gusinde es eliminado por el Gobierno quedando el Sr. Oyarzún huérfano de la colaboración del eminente etnólogo, como también de la participación del Prof. Reed. En este año, también, se publicó la Revista del Museo por última vez.

El tomo IV, N^{os} 3 y 4 de 1927, de las publicaciones del Museo de Etnología y Antropología, ofrecía a los lectores especializados y público culto un variado índice en donde aparecían los nombres de Carlos S. Reed, Ricardo Latcham, José Toribio Medina, Gualterio Looser, Carlos Oliver Schneider, R. Lenz y del propio Dr. Oyarzún. También, en este último número de la revista, aparecen algunas críticas bibliográficas y la traducción de un artículo de Streit, Menghin, Schmidt y Koppers sobre "Áreas Culturales".

El comentario de Oyarzún, al presentar el trabajo de la Escuela Histórico-Cultural, es el siguiente: "Creyendo de importancia dar a conocer el cuadro de los fundamentos del desarrollo de la historia de la cultura, o sea, como decimos sencillamente, del 'método histórico', adoptado hoy en los estudios etnológicos, ya que el método evolucionista ha perdido la importancia que se atribuyó en el siglo pasado, reproducimos el esquema de los trabajos de K. Streit, Menghin, W. Schmidt y W. Koppers, referentes a esta importante materia" (pág. 309).

Obviamente que la crisis del evolucionismo, a que hace referencia Oyarzún, con toda razón, se refiere, sin embargo, al evolucionismo unilineal y, desde un punto de vista filosófico, al evolucionismo materialista. Por lo demás, el propio Latcham, que no era partidario del 'método histórico-cultural', reconocía la situación de desventaja de los evolucionistas unilineales frente a los etnólogos de la escuela histórico-cultural.

Es interesante señalar que los trabajos y publicaciones del Dr. Oyarzún no terminan en 1927. Va a ser en especial la Revista Chilena de Historia y Geografía la que publicará los diferentes aportes de Oyarzún a la Arqueología Chilena y, sobre todo, referidos a la Cultura Atacameña. También, otras revistas como la

Universitaria de la Universidad Católica de Santiago, y los Anales de la Universidad de Chile, darán a conocer sus diferentes investigaciones, trabajos de síntesis y comentarios. Si deseamos profundizar la contribución científica de Oyarzún podemos insistir en algunos trabajos de este investigador publicados en diferentes años y que tratan de temas también distintos. Analizaremos, así, las publicaciones sobre los conchales de las costas de Melipilla y Casablanca (1910); sobre la “estación paleolítica de Taltal” (1916); sobre “las calabazas pirograbadas de Calama” (1929) y, por último, sobre “las influencias de la Cultura Atacameña en la Araucanía” (1941).

En el estudio sobre los conchales de la costa central de Chile, que financió el autor y que fue presentado al 4º Congreso Científico de Santiago (1908-1909), Oyarzún tiene como objeto “estudiar los lugares que ocuparon los aborígenes de esta región, quizás desde muchos siglos antes de la llegada de los españoles a Chile”. Tienen también como finalidad, poner a prueba los descubrimientos de Medina en los conchales de Las Cruces, “i explorar una extensión más vasta de la localidad”.

Lo primero que llama gratamente la atención en este trabajo de Oyarzún de 1910 es un detenido estudio del medio ambiente, del área geográfica, de la fauna, de la flora, etc. La relación entre el entorno natural y el hombre queda claramente establecido: “el clima es benigno, como el de todo el centro del país, sin grandes variaciones atmosféricas por el cambio de las estaciones. Como están abiertas estas costas al Sur, el viento reinante de verano que sopla en esta misma dirección mitiga favorablemente el calor. Se ve, pues, que esta región debía ser buscada por el hombre desde los tiempos más remotos para fijar en ella su residencia”.

Otro aspecto interesante de este trabajo es que situó con toda claridad una serie de yacimientos “desde la desembocadura del río Maipo hasta el puerto de Algarrobo”, o sea en una extensión de más de 30 kilómetros.

Además de encontrar puntas de flechas, puntas de lanza y jabalinas, pesas de redes de pescar, “restos de alfarería de greda ordinaria o pintada de rojo o negro, algunas veces con líneas rectas”, investigó con el Dr. Aichel y el señor F. von Plate un cementerio en Llolleo. Aunque el cementerio estaba saqueado, pudieron los investigadores encontrar interesantes hallazgos: “en unos seis esqueletos que exhumamos ví que todos ellos estaban dentro de ollas de greda de unos 60 centímetros de alto... los cadáveres estaban en cuclillas, las rodillas alcanzaban al mentón, i los miembros superiores doblados tenían las manos al nivel de los hombros. Dentro de las mismas ollas o urnas se encontraban, acompañando, al cadáver, uno, dos i hasta tres cantaritos de greda cocida ordinaria i sin dibujos”¹⁷⁵.

¹⁷⁵A. Oyarzún, *ob. cit.*, pág. 14.

Todos “los cadáveres estaban sepultados a un metro de profundidad” y junto a ellos Oyarzún encontró “restos de huesos de huanaco o chilihueque i cartílagos de ballena”. Halló también ostiones (*Pecten purpuratus*) “que antes era mui común en toda la costa”.

Las descripciones de los tiestos alfareros del cementerio de Llolleo son completísimas, como también de los diversos tipos de puntas halladas en Playa Grande de Cartagena, en Las Cruces y en Llolleo. Termina ese estudio de Oyarzún discutiendo la función de las piedras horadadas, aceptando en parte lo que dice Pineda de Bascuñán en el “Cautiverio Feliz” y señalando que otras debieron servir de “martillo, de arma de guerra”; y analizando la finalidad de las piedras tacitas, morteros, platitos u ollitas.

Todos estos temas eran comunes a los estudios de la época, construyéndose a veces fantasiosas respuestas; otras veces los investigadores describían sin pronunciarse mayormente. En Oyarzún se encuentran, sobre las piedras tacitas, reflexiones que indican la perspicacia del investigador: “no hai duda de que la razón porque vivimos hoi de conjeturas respecto de estas piedras se debe a que no tenemos tradiciones de ellas transmitidas por los araucanos, como no las tienen tampoco estos indios de ninguna otra cosa, i porque lo más seguro es que han sido trabajadas en una época antiquísima, anteriores quizás a la misma raza araucana”¹⁷⁶. En la década del 60, los arqueólogos comprobaron que algunas piedras tacitas son bastantes antiguas, incluso que pertenecen al período precerámico.

El 25 de noviembre de 1911, el Dr. Oyarzún leyó en el gran salón de la Biblioteca Nacional su estudio sobre el Trinacrio¹⁷⁷. Su primera reflexión en afirmar que los habitantes que poblaron el norte y el centro de Chile poseían una cultura “más elevada que lo que comúnmente se cree”. Sin lugar a dudas que Oyarzún se alinea junto a Latcham para dejar de lado algunas ideas del siglo XIX, que señalaban que en Chile los pueblos no tenían prácticamente ningún tipo de cultura. Lo segundo que llama la atención es su concepto de intencionalidad para abordar con sentido los dibujos de la cerámica: “Es preciso... estar prevenido al estudiar un objeto de cerámica indígena. Hay que buscar la intención con que fué modelado o dibujado, y de esta regla se exceptúan sólo los objetos muy ordinarios, siendo raro que los más de ellos no nos muestren siempre algún símbolo o ideograma”.

Después de recordar que el estilo Trinacrio, perteneciente a la cultura de los Aborígenes de Chile Central (Paine, Isla de Maipo, Rautén, etc.), lo dio a conocer en 1910 en Buenos Aires, Oyarzún define la figura del Trinacrio (figura compuesta

¹⁷⁶A. Oyarzún, *ob. cit.*, pág. 30

¹⁷⁷Revista Chilena de Historia y Geografía, N° 5, 1912.

por un círculo que comprende el polo del plato, y del cual salen equidistantes, como rayos divergentes dirigidos hacia la derecha, tres apéndices compuestos de escaques y líneas simples, dobles y triples que van a insertarse en el borde libre de la vasija) y le busca su significado. Para lograr resolver este problema, Oyarzún señala que "la cultura del hombre primitivo viene del Perú" y que debe buscarse en esta cultura el sentido de la figura. Para él, representa el mito de la tríada (el creador, el Sol y el trueno o la tierra, el aire y el agua).

Es interesante señalar que Oyarzún no defiende la tesis de que son sólo los incas los que culturizan a los aborígenes prehispánicos de Chile. Para él existen otras culturas anteriores que también llegan e influyen en Chile. Cuando Uhle prueba científicamente la influencia de estas culturas en el norte de Chile, Oyarzún se adhiere entusiastamente a las teorías del prehistoriador alemán.

Queda en claro que los estudios de Oyarzún de 1910 y 1912 hacen posible que la arqueología chilena conozca a un nuevo tipo alfarero prehispánico de Chile Central (que hoy día lo sabemos preInca) y que no había sido descrito e interpretado hasta ese momento.

Hemos dicho que Oyarzún se preocupó mucho de la arqueología del Norte de nuestro país. Pues bien, en 1916 apareció un artículo suyo sobre el yacimiento de Taltal. Para Oyarzún, los hallazgos de A. Capdeville eran importantes porque confirmaban los estudios de Uhle, en Constitución, en cuanto este investigador afirmaba por esos años la existencia de antiguos paraderos anteriores a las civilizaciones peruanas.

Con su exposición, Oyarzún aspiraba a "demostrar al menos que en Chile se presentan también los mismos tipos de instrumentos de piedra" que se han encontrado en Europa y en otras partes del globo. Acompañado de varias láminas, el artículo de Oyarzún aparecido en la Revista Chilena de Historia y Geografía se inscribe en los estudios arqueológicos redactados en esos años por Latcham, Uhle y algo posteriormente por Capdeville (1921) y que se refirieron al material de formología paleolítica encontrado en Taltal. Las conclusiones de Oyarzún son moderadas, como ya lo hicimos ver años atrás¹⁷⁸ "no es nuestro ánimo atribuirles la edad milenaria de sus congéneres del antiguo mundo, desde que sabemos que el hombre americano no es autóctono de este continente". "Nos faltan, además, los datos estratigráficos, etnológicos y aún tipológicos del paradero de Taltal. No podemos por lo tanto, fijar la edad de estos instrumentos ni establecer a qué raza de hombres pertenecieron". Como podemos observar, aquí no hay teorías sino sólo hechos, y los hechos en este caso no permiten decir otra cosa. Por lo demás,

¹⁷⁸M. Orellana: "Algunos estudios arqueológicos realizados en Chile y el problema del paleolítico americano". Anales de la Universidad de Chile, N° 120, 1960.

ésta fue también la postura de Latcham y, sobre todo, de Uhle. Ninguno de los tres afirmó que los instrumentos de Taltal perteneciesen a un tiempo paleolítico.

Otro de los aspectos que más interesó a Oyarzún fue la 'Cultura Atacameña'. En su estudio sobre "las calabazas pirograbadas de Calama"¹⁷⁹, Oyarzún estudia la colección de calabazas pirograbadas, "sacadas por el Sr. Max Uhle de los cementerios vecinos del pequeño caserío de Calama" y algunas otras provenientes "de los antiguos cementerios de Pisagua".

El primer problema que Oyarzún se plantea es... "si la planta que produce la calabaza es verdaderamente chilena, o mejor dicho, americana, o si la introdujeron los españoles en tiempo de la conquista". Su respuesta es clara y concreta: "con el apoyo de Molina y Philippi, vamos a demostrar que las calabazas... se conocían muchos siglos antes de la llegada de los conquistadores en el Norte de Chile, a lo menos, y los antiguos habitantes de Atacama se servían de ellas, adornándolas con hermosos grabados para los usos de la vida ordinaria y como vasos de ofrenda para sus muertos".

En este artículo, además de encontrar las descripciones de la colección de calabazas analizadas, se ofrece la hipótesis de que los atacameños influyeron en los aborígenes del sur de Chile. En una de las calabazas pirograbadas aparecen dos figuras de reptiles que, según nuestro estudioso, se hallan en un vaso de Elquí, que sería de origen araucano.

Esta teoría está expuesta en su trabajo de 1941, titulado "Influencias de la Cultura de Atacama en la Araucanía", trabajo presentado al XXVII Congreso Internacional de Americanistas, efectuado en Lima¹⁸⁰. En esta ponencia descubrimos un pensamiento maduro sobre los problemas principales de la prehistoria chilena y una postura clara en relación a varios aspectos de la disciplina arqueológica. En primer lugar, se nota su posición divergente tanto de las teorías de Latcham como de Guevara sobre el origen de los araucanos: "mucho se ha escrito sobre el origen de los araucanos, prevaleciendo la idea de que tanto pueden haber provenido del Perú como de las faldas orientales de los Andes".

Pues bien, para Oyarzún, "ninguna de esta hipótesis se basa en fundamentos científicos que deben tener relación con la somatología, lengua, religión y costumbres de estos aborígenes". Lo que Oyarzún manifiesta es que ninguna de las hipótesis defendidas reúne un conjunto de datos y sólo manejan informaciones parciales: "es preciso reconocer, sin embargo, que hay indicios en este pueblo de una antigua cultura peruana que se manifiesta en la lengua principalmente y de caracteres físicos que los aproximan a sus vecinos del otro lado de los Andes".

¹⁷⁹Revista Chilena de Historia y Geografía, N° 66, 1929

¹⁸⁰Separata del XXVII Congreso Internacional de Americanistas. Sesión de Lima. Lima, Perú, 1941.

Su concepción de la cultura atacameña o Atacama (como él escribe) se origina en los estudios de Uhle, dándole a esta etnia un hábitat muy extenso: "nos encontramos inmediatamente con la del gran pueblo que hoy llamamos Atacama, cuyos dominios se extendieron por el sur del Perú, suroeste de Bolivia y el mar, los desiertos de más al sur y las punas de Atacama, Jujuy y el Norte y centro de Chile hasta cerca del Bío-Bío tal vez". Frente a la tesis de una gran extensión cultural araucana por, prácticamente, todo el territorio nacional, Oyarzún expone su creencia de la expansión atacameña por gran parte del territorio chileno.

En la actualidad, después de 50 años de investigaciones no debe sorprender que esta influencia expuesta por Oyarzún no esté presente en ningún estudioso. Sin embargo, es justo precisar que algunos investigadores han creído ver en algunos restos mapuches (o mejor, premapuches) influencias de cultura del Centro e incluso del Norte Chico de Chile (influencia "molloide"). Lo anterior indicaría que la idea de buscar influencias nortenas para explicar la realidad cultural de los mapuches era una línea de interpretación con futuro. Oyarzún sólo se equivocó en darle ese papel a los atacameños. Pero esta manera de pensar tiene su explicación. En verdad, los estudios sobre los Atacamas o atacameños han sido extensos y prácticamente se originan en el Tercer Período (con Uhle, se han repetido ideas y creencias falsas por años y años), como también las acertadas descripciones e interpretaciones hechas por Uhle, Latcham y Oyarzún.

A partir de 1955, el estudio de la región de San Pedro de Atacama ha tenido un gran auge por los trabajos de Gustavo Le Paige y otros investigadores, lo que no ha impedido que muchas explicaciones e ideas antiguas se hayan introducido en el subconsciente de algunos investigadores, volviendo a aparecer en los informes científicos.

Oyarzún fue, comprensiblemente, atraído por los estudios atacameños; se trata sin lugar a dudas de una importante cultura agroalfarera, cuyo centro geográfico fueron los oasis del Desierto de Atacama (en especial los alrededores de San Pedro de Atacama). Pero valorizar una cultura no conlleva explicar toda la prehistoria de Chile de acuerdo a ella. En algunos estudiosos del presente la hipótesis del hábitat extenso atacameño (defendido por Uhle, Latcham y Oyarzún), ha sido reemplazada por la profundidad cronológica, haciendo retroceder esta cultura y etnia por miles y miles de años; tratando de explicar por esta antigüedad sus influencias diversas en otras culturas y civilizaciones.

Volviendo a Oyarzún señalaremos que, analizando algunos elementos de la ergología araucana (palas de madera para la agricultura, diferentes tipos alfareros, especialmente el tipo "Valdivia", modelos de tejidos), concluye lo siguiente:

1. "Existió, en los tiempos primitivos en el Norte de Chile, un pueblo de cultura avanzada que hoy conocemos con el nombre de Atacama cuyo dominio, juzgado por su toponimia, se extendió hasta la desembocadura del Bío-Bío.

2. "Se encuentran en los antiguos cementerios de la Araucanía vasos de alfarería decorada con dibujos de la cultura atacameña antigua".
3. "Es posible atribuir a esta misma cultura los petroglifos del Llaima".
4. "La pala araucana descrita por Núñez de Pineda en el siglo XVII corresponde a la de Atacama".
5. "Muchos dibujos de los actuales tejidos araucanos son iguales a los de la cultura atacameña".
6. "Desde esto se deduce que los atacameños extendieron sus influencias culturales a la Araucanía muchos siglos antes de la aparición de los incas en Chile"¹⁸¹.

Oyarzún, desde 1910, no creía que la cultura indígena del país fuese de origen autóctono y por lo tanto consideraba que ya era tiempo de estudiar "las influencias que pudieron haber recibido los araucanos de los países vecinos". Él mismo nos cuenta que pronto vio confirmada su opinión que "agregada ahora a los postulados del método cultural-histórico, concuerda en que con la emigración de los pueblos únicamente es posible encontrar áreas de culturas de la misma clase, adonde sea que las haya podido llevar el hombre, conforme se sabe ya".

Así las palas de agricultura, algunos tipos de alfarería (con "figuras losángicas, triángulos, rombos serruchos, cruces de maltas", etc.), los petroglifos de Llaima (figura de una cara y genitales femeninos), las piedras horadadas, algunos diseños de tejidos (figuras dentadas, grecas, etc.), pertenecen al área cultural atacameña y su presencia en el sur de Chile es prueba de la penetración de la cultura norteña en la Araucanía.

Conclusiones

En resumen, podemos concluir que el aporte científico del Dr. Oyarzún debe ser analizado en la perspectiva histórica del Tercer Período, que se distinguió por las investigaciones de grandes personalidades científicas. Las interpretaciones y sobre todo las descripciones y encuadres cronológicos de estos estudiosos (Uhle, Latcham) influyeron de una u otra manera en Oyarzún. A veces sigue fielmente los resultados de las investigaciones de Uhle, y en otras ocasiones, reacciona contra la hipótesis de Latcham.

Los problemas investigados en el Tercer Período son las interrogantes de Oyarzún y es por eso que, junto a las descripciones de muchos materiales arqueológicos, expresa su punto de vista, a veces equivocado de acuerdo a nuestros actuales conocimientos, interviniendo así en las discusiones del origen

¹⁸¹A. Oyarzún: "Influencias de la Cultura de Atacama en la Araucanía". *ob. cit.*, pág. 10.

del pueblo araucano, de la antigüedad de los artefactos líticos de Taltal, de la influencia del pueblo atacameño y de las civilizaciones peruanas, etc.

Más allá de que en el presente consideremos superadas algunas opiniones interpretativas del Dr. Oyarzún, no podemos dejar de reconocer que su aporte en el desarrollo de las ciencias antropológicas y en especial de la Arqueología Prehistórica chilena fue importante.

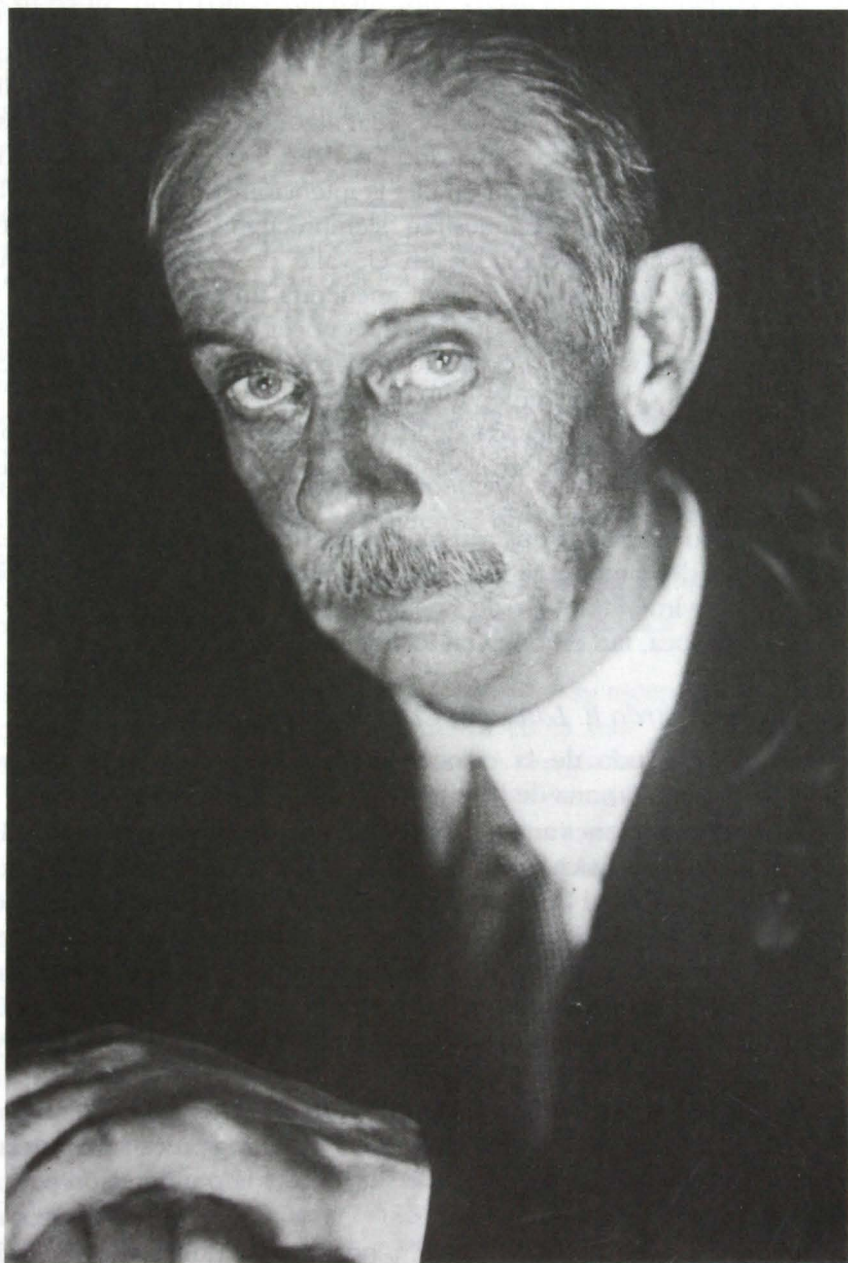
Fue, en primer lugar, uno de los organizadores y el Director fundador del Museo de Etnología y Antropología; también fue Director del Museo Histórico de Chile. Toda su actividad administrativa, de vital importancia para el desenvolvimiento del estudio sistemático de las culturas prehispánicas, la realizó entre 1916 y 1946. Fue, además, el editor de la Revista más importante de Etnología, Arqueología y Antropología de los primeros cincuenta años del presente siglo. Las aproximadamente 2.000 páginas de publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, editadas entre 1916 y 1927, reunieron, además de los trabajos de Oyarzún, las colaboraciones de Martín Gusinde (sobre los araucanos, Isla de Pascua y sus ya clásicos informes sobre los aborígenes de la Tierra del Fuego), de Max Uhle (con sus famosos estudios sobre Taltal y los Aborígenes de Arica), de Ricardo E. Latcham ("Los animales domésticos de la América Precolombina") y de tantos otros estudiosos ya citados por nosotros.

Organizó y fue primer Presidente de la Sección de Arqueología, Antropología y Etnología de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Desde su cargo de Director *ad-honorem* del Museo de Etnología y Antropología impulsó los viajes científicos del padre Martín Gusinde tanto en Araucanía como a Tierra del Fuego. Estos viajes de Gusinde reunieron el más importante material etnográfico de los aborígenes del extremo sur de Chile. Toda esta información hizo posible la publicación de varios tomos especializados que no sólo dieron gloria a su autor sino también a Chile y al propio Oyarzún.

Como investigador y autor de más de 45 publicaciones, dio a conocer rasgos característicos de la cultura atacameña, de las culturas de Chile Central, de la cultura mapuche, del extremo Sur de Chile y de la Isla de Pascua. Son también valiosas sus traducciones de artículos y monografías sobre arqueología y en especial sobre el método histórico-cultural¹⁸², que sólo aplicó parcialmente en sus investigaciones e interpretaciones arqueológicas.

Para terminar, no nos olvidemos que, tanto en 1910 y en 1912, como en 1934 el Dr. Oyarzún se preocupa preferentemente por describir cerámica encontrada en Chile Central, especialmente entre el valle de Aconcagua y el valle de Maipo.

¹⁸²W. Schmidt y W. Koppers: "El Método Histórico-Cultural". Traducción y anotaciones del Dr. Aureliano Oyarzún. Publicación del Instituto Cultural Germano-Chileno. Santiago, 1940.



Ingeniero Ricardo E. Latcham C. (1869-1943)
(gentileza del Museo Nacional de H. Natural)

Entre los motivos que mejor describió fue el “Trinacrio” uno de sus temas preferidos. Pero como lo hemos escrito, no sólo fue el primero en Chile que lo estudió sino que intentó interpretarlo: así su aporte a la arqueología simbólica ha sido, poco a poco, reconocida. Bastaría recordar algunos de sus conceptos escritos en el estudio sobre el Trinacrio, publicado en 1912. Sobre la cerámica indígena nos recomienda que hay que buscar en ella la intención con que fue modelada o dibujada, puesto que muchas nos muestran “siempre algún símbolo o ideograma”. Entre los objetos alfareros estudiados en el valle de Aconcagua, de Quillota (Rauten), de Paine y de la Isla de Maipo, encuentra un símbolo repetido varias veces... “me refiero al Trinacrio que di a conocer en el XVII Congreso de Americanistas de Buenos Aires”... “nuestro Trinacrio está formado por un círculo y tres prolongaciones que convergen a la derecha”.

El Dr. Oyarzún ya en la década de 1910 se pregunta “¿qué se proponía el hombre primitivo de Chile al adornar sus vasijas con un signo tan uniforme y de naturaleza tan extraña?”.

Más allá que su respuesta nos satisfaga o no (representaría el mito peruano de la triada) lo que deseamos anfatizar es su perspicacia para interrogar los objetos arqueológicos, convirtiéndolo, desde nuestra perspectiva en un precursor de la Arqueología simbólica, tan en boga en los últimos años.

3. *El ingeniero Ricardo E. Latcham Cartwright. Su vida*

Dentro del tercer período de la ciencia prehistórica chilena, don Ricardo E. Latcham C., fue, sin duda, una de las figuras científicas más relevantes.

Aunque sus publicaciones antropológicas se inician antes de 1911 con algunas notas sobre antropología física, que se publicaron en 1903 y 1904 en el “Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland”, algunas de sus primeras contribuciones significativas en cuanto a número y calidad coinciden con los momentos finales del segundo período y los inicios del tercero. Justamente a fines de 1908, como lo hemos recordado, se efectuó en Santiago, el Cuarto Congreso Científico, en donde Latcham tuvo una participación importante leyendo su trabajo “Antropología Chilena”. Tanto este trabajo como el referente a los Incas, publicado en 1908 en la Revista de Historia Natural, los hemos comentado en el capítulo dedicado al período anterior. Así, hemos podido apreciar por adelantado la solidez de sus argumentos, la riqueza de sus datos y la ponderación para emitir juicios interpretativos.

El historiador Guillermo Feliú Cruz¹⁸³, nos cuenta que el hogar inglés de Latcham era profundamente victoriano. Tanto su madre, doña Victoria Cartwright,

¹⁸³“Ricardo E. Latcham (1869-1943)”, págs. 5-6. Santiago de Chile, 1969.

como su padre, don Tomás Latcham —que vivían en una residencia que la familia había ocupado por 150 años en la ciudad de Bristol—, eran muy observantes de la tradición rigurosa de las reglas de la educación y de las costumbres. Sin embargo, el joven Latcham, que había nacido un 5 de mayo de 1869, “no sintió nunca” —al decir de Feliú— “mucho apego por las formas protocolares de su casa en cuanto limitaban con un engorroso ceremonial la naturalidad de la vida”.

Luego de hacer sus estudios secundarios en el Queen Elizabeth's Hospital de Bristol, ingresó en 1884, al Politechnic Institute de Londres. Se recibió de Ingeniero Civil en 1888, el mismo año que partiría a Chile. Según Feliú, Latcham “era, entonces, un joven fuerte, irónico y escéptico. Tenía la preparación técnica y práctica de su profesión y una marcada predisposición para las matemáticas. Era imaginativo y de sólido criterio en la apreciación de las cosas, especialmente para desmenuzar las ideas, resumirlas y presentarlas con novedad. En filosofía, se hizo discípulo de Stuart Mill y de Spencer. Por este último conservó toda su vida una apasionada admiración, por haber encontrado en el autor de la Educación las bases del método analítico y experimental que también se confirmaba con su inteligencia”.

En Latcham, el tradicional empirismo inglés se conjugó con el evolucionismo de Spencer, constituyendo un sistema de filosofía sintética que no abandonaría nunca.

Su aprecio por los hechos científicos, e incluso su escepticismo ante los datos e informes no comprobados, se demuestra en la frase escrita en una de sus primeras libretas de notas de campo: “No creo en nada de lo que me cuentan y de lo que mis ojos ven, sólo la mitad”. Desde un punto de vista metodológico, tal como lo hemos escrito¹⁸⁴, se apreciará en Latcham un tratamiento cauteloso, de tipo factual, en donde las teorías prácticamente no tienen cabida. En 1911, en su Antropología Chilena, escribirá: “La Antropología es prácticamente una ciencia nueva en Chile; y es conveniente insistir en que se adopte desde el principio un método de investigación que esté más de acuerdo con los procedimientos modernos y científicos”. Luego agregaba: “Para generalizar es preciso tener una vasta acumulación de datos que sólo se puede conseguir después de innumerables estudios y observaciones, no de una sola fuente sino de todos los orígenes posibles”.

La posición empirista de Latcham que ya hemos identificado, queda claramente expresada en su trabajo sobre “Las creencias religiosas de los antiguos peruanos”, de 1929; allí leemos: “No es nuestro propósito rastrear los orígenes de

¹⁸⁴M. Orellana: “La Antropología en Chile (1842-1977)”. “Estudios Sociales”, Nº 14. C.P.U. Santiago de Chile, 1977.

semejantes ideas ni de teorizar sobre su desarrollo. Esto lo dejamos a los apologistas de la antigua escuela evolucionista o a la revelacionista. No nos asociamos con ninguna escuela y nos concretamos a referir algunas generalidades admitidas casi universalmente, a exponer los hechos tales como los encontramos en nuestras investigaciones y a sacar las deducciones que nos parecen más lógicas en cuanto a su interpretación, sin cuidados, ni mucho ni poco, de opiniones premeditadas o de prejuicios dogmáticos”¹⁸⁵.

Ya en 1915, en su “Conferencias sobre Antropología, Etnología y Arqueología” había escrito: “El verdadero trabajo del antropólogo de hoy no consiste tanto en la resolución de problemas como en la recopilación y clasificación de datos que hagan posible más tarde la dilucidación de ellos de una manera exacta y duradera... Para seguir el estudio de una ciencia como la Antropología es preciso dejar a un lado todo prejuicio y mantener abierta la razón a las conclusiones lógicas que enseñan los hechos, por donde quiera que los lleven. La intuición, el razonamiento a priori y otros métodos sentimentales deben ser desterrados sin piedad. Sólo así puede llegarse a conclusiones verdaderamente científicas”¹⁸⁶.

Su único contacto teórico con la escuela cultural-histórica de los etnólogos católicos se da cuando desecha la idea de una evolución única por líneas siempre uniformes, en favor de líneas múltiples de desenvolvimiento, tanto en lo material como en lo mental o espiritual. Por esta razón debe desestimarse la opinión de Montané, escrita en 1972, cuando sostuvo que Latcham, “en general, participa de sus opiniones (se refiere a la escuela cultural-histórica), especialmente en lo que se refiere a la antropología cultural”¹⁸⁷.

Pero volvamos al joven Latcham cuando aún vivía en su país de origen. Cuando todavía no terminaba sus estudios universitarios conoció al agente de colonización en la frontera del gobierno de Chile, don Martin Drouilley, quien le habló sobre la posibilidad de ir a trabajar al lejano Chile, en un mundo de naturaleza salvaje, prácticamente desconocido para el hombre civilizado, en donde habitaban los legendarios araucanos. Latcham se entusiasmó y aceptó el contrato que le ofrecieron: se trataba, concretamente, de realizar trabajos de ingeniería, levantamientos topográficos, abrir caminos, medir los terrenos que los colonos ocuparían en la región de la precordillera de la provincia de Malleco y sus alrededores.

El 22 de agosto de 1888 llegó a Chile, desembarcando por unos días en Valparaíso; luego continuó viaje a Talcahuano¹⁸⁸. Después de una semana de

¹⁸⁵R. E. Latcham, *ob. cit.* Anales de la Universidad de Chile, año VII, 1929, págs. 250-251.

¹⁸⁶R. E. Latcham, *ob. cit.*, pág. 9. Imprenta Universitaria, 1915.

¹⁸⁷J. Montané: “Apuntes para un análisis de la arqueología”. Revista Rehue, 1972, pag. 34.

¹⁸⁸En su biografía de Latcham, Grete Mostny no menciona la estada de éste en Valparaíso. Véase: “Ricardo E. Latcham, su vida y su obra”. Boletín del M.N.H.N., tomo xxx. Santiago, 1967.

estadia en Talcahuano se internó en el país de los araucanos; el viaje lo hizo a caballo junto a un baqueano y un alarife.

Con ciertos intervalos en Santiago, permaneció alrededor de 4 años en el territorio de los araucanos (1888-1890; 1892-1895) lo que le permitió conocer su lengua, sus costumbres y adentrarse en el mundo social, cultural y psíquico de estos aborígenes. En 1891 y parte de 1892 permaneció en Santiago, en donde trabajó en las faenas del ferrocarril en construcción de Santiago a Melipilla. También hizo clases de inglés en 1892, en el Instituto Internacional de Santiago.

Intercalando viajes al sur de Chile, realizó en Santiago diferentes actividades de las cuales la más curiosa de todas fue la de jugar y entrenar al primer equipo de football que hubo en la capital: el Santiago Athletic Football Club.

Humberto Fuenzalida, el mejor biógrafo de Latcham¹⁸⁹, recuerda que éste llegó a La Serena en abril de 1897 para cumplir labores docentes en el liceo de la ciudad nortina. Aquí su interés científico fue, preferentemente, para la arqueología, haciendo exacavaciones en la costa y en el interior. Incluso alcanzó hasta Paposo en donde tuvo su primer contacto con los changos. Pero, también, manifestó gran gusto por la minería. Dice Fuenzalida: "poseo cuatro o cinco libros que adquirió por esa fecha, en los cuales a medida que estudiaba iba dejando constancia de sus observaciones en los numerosos distritos mineros que visitaba durante su vida".

Así, en La Serena y sus alrededores, el ingeniero Latcham tomó contacto con el minero chileno de la misma manera que en el sur había conocido al agricultor mapuche y en Santiago al obrero. En La Serena, se enamoró de su alumna, Sara Alfaro, casándose con ella en 1898, a la edad de 29 años. Sus dos primeros hijos nacidos en La Serena mueren a temprana edad. Es en 1903 y 1905 cuando nacen los hijos que lo sobrevivirán y que llevan los mismos nombres de los fallecidos.

En el momento en que estos nacimientos alegran su vida ya reside en Santiago, puesto que en 1902 renunció a las clases del liceo serenense. Necesitaba de la capital para obtener un mejor empleo de acuerdo a sus estudios y título universitario. También le urgía un ambiente cultural y social adecuado para continuar trabajando en sus investigaciones antropológicas y arqueológicas.

En los primeros años de permanencia en la capital su situación financiera fue mala, en La Serena no había hecho economías; en esos momentos difíciles lo ayudó su esposa Sara. También, gracias a la amistad con la familia Puelma pudo conseguir algunos peritajes para ciertas compañías mineras. Junto a las actividades anteriores hacía clases particulares y, sobre todo, escribía y participaba en los

¹⁸⁹H. Fuenzalida: "Don Ricardo Latcham. Recuerdos y Referencias". Revista Chilena de Historia y Geografía, Nº 104, págs. 53-101. Santiago, 1944.

ambientes científicos que existían en la capital. Según Fuenzalida¹⁹⁰, cuando Latcham llegó a Santiago, sus bigotes enroscados y agresivos... “no lograban atenuar la natural bondad de sus ojos zarcos y el temperamento tranquilo que constituía la esencia profunda de su naturaleza. La piel tersa y una viveza en la mirada que no perdió ni con los años finales, acusaban su temperamento combativo, su espíritu alerta y su viveza intelectual”.

Frecuentó el Museo Nacional, las sociedades científicas y algo más tarde, en la década del 10, el Museo de Etnología y Antropología y la Sociedad de Historia y Geografía. Hizo amistad, entre otros, con Carlos E. Porter, José Toribio Medina, Domingo Amunátegui y Ramón. A. Laval. También se enfrentó científicamente, a veces con dureza, sobre todo con Tomás Guevara, y con los doctores Fonck y Oyarzún. Las discusiones con Guevara duraron muchos años pero se centraron entre los años 1927 y 1929.

A propósito de estas polémicas, Fuenzalida recuerda que... “la obra de Latcham se desarrolla en un ambiente de dura controversia y aun conservamos el eco de aquellas memorables discusiones”¹⁹¹. Por nuestra parte, deseamos ejemplificar una de estas discusiones que no son, generalmente, recordadas. Leemos en el resumen de la sesión del 17 de agosto de 1912 de la Sección Arqueología: “se aprobó el acta de la sesión anterior y se dio lectura al trabajo de Don Francisco Fonck... Como el Dr. Fonck, en el curso de su trabajo, y en apoyo a su tesis, aludiera a don Ricardo Latcham, presente en la sala, este caballero disertó extensamente sobre el particular, manifestando no estar de acuerdo con el Dr. Fonck en diversas conclusiones a que él arriba”. Se acordó publicar en la Revista de la Sociedad tanto el trabajo del Dr. Fonck, como la contestación del Sr. Latcham¹⁹². Exactamente en el Nº 6 de la Revista se publicó el trabajo de Latcham titulado “Los cráneos de paredes gruesas” (págs. 346-358). El artículo está fechado el 18 de agosto de 1912.

Unos de sus grandes amigos fue Enrique Matta Vial (1868-1922) quien lo invitó a colaborar con la Revista Chilena de Historia y Geografía, recién fundada en 1911. Desde 1912 hasta 1930 publicó trece artículos. Otra de las revistas, la primera de todas entre las revistas científicas que le ofreció sus páginas, fue la Revista Chilena de Historia Natural, dirigida por Carlos E. Porter. Comenzó a escribir en ella en 1903 y lo hizo por última vez en 1939, totalizando 26 artículos.

También publicó en la Revista Universitaria de la U. Católica de Santiago, en “Atenea” de la U. de Concepción, en la Revista de Educación del Ministerio de Educación y en el Boletín del Museo Nacional de Chile.

¹⁹⁰“Don Ricardo Latcham y el ambiente científico de Chile a comienzos de siglo”. Noticiario mensual del M.H.N.N., N°s 87-88. Santiago, 1963.

¹⁹¹“Don Ricardo Latcham. Recuerdos y referencias”, *ob. cit.*, pág. 67.

¹⁹²Revista de Historia y Geografía, año II, Nº 6, pág. 497. Santiago, 1912.

Pero en donde se sintió más a gusto, en las décadas de 1910 y 1920, fue en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, especialmente en la sección de Antropología, Arqueología y Etnología, en donde tuvo la oportunidad de intercambiar opiniones y de discutir con hombres de ciencia de su misma talla intelectual: Max Uhle, Aureliano Oyarzún, Tomás Guevara, Martín Gusinde, Ramón A. Laval, Carlos E. Porter, Alejandro Cañas Pinochet y tantos otros.

Latham fue uno de los fundadores de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y más concretamente participó en la reunión inaugural de la Sección de Antropología, Arqueología y Etnología, el 7 de octubre de 1911. Entre 1914 y 1915 es miembro de la Junta de Administración de la Sociedad computando la más alta asistencia, con 12 sesiones. El 14 de junio de 1915, la Sociedad lo designa su bibliotecario; en estos mismos años, la sección de Antropología, Arqueología y Etnología es presidida por Max Uhle y Ricardo Latham, éste último como secretario. Entre 1914 y 1915 se celebraron 15 reuniones en donde se leían trabajos, se discutía y, en general, se compartía información científica y se ponían a prueba las interpretaciones de unos y otros.

En esta sociedad, en sesiones públicas efectuadas en la Biblioteca Nacional, en 1914, dio un ciclo de conferencias sobre Antropología, Etnología y Arqueología, las que fueron publicadas en 1915 con el título de "Conferencias sobre Antropología, Etnología y Arqueología". Parte I. "Lo que son estas ciencias".

En el prefacio de este libro, Latham recuerda: "Una de las secciones de la Sociedad de Historia y Geografía que ha despertado mayor interés y cuyas sesiones han atraído una concurrencia más numerosa es la de Antropología, Etnología y Arqueología. Pero, desde el principio, se notó que las ideas generales del público respecto de estas ciencias eran bastante vagas y confusas. Esto provenía, en gran parte, de la falta de enseñanza de los elementos de estos ramos, aun en las Universidades y también de la escasez de textos en lengua española que tratarían de estos temas".

Luego de insistir en que los especialistas no encontraron nada de novedoso en su libro, advierte al lector: "el autor no sostiene o da por probadas las diversas teorías que menciona en esta exposición, pues se reduce a presentarlas sin crítica como las más generales o más aceptadas. Sobre muchos puntos existen ideas contrarias y se han mantenido y aun se mantienen ardientes polémicas".

Esta cita de Latham nos ha parecido fundamental para redondear su posición metodológica y teórica. Por lo demás, ya Fuenzalida había escrito sobre él: "poseía un escepticismo jovial que lo inducía a dudar sistemáticamente de todo cuanto rebasara, aunque fuese débilmente, lo afirmado estrictamente por los hechos"¹⁹³.

¹⁹³"Don Ricardo E. Latham. Recuerdos y referencias", *ob. cit.*

También en la "Arqueología de la Región Atacameña" (1938) escribió: "Durante muchos años hemos estado recogiendo datos y materiales para este estudio, sin haber llegado a ninguna conclusión concreta y es sólo al pasar en revista el resultado de nuestras investigaciones, hechas en gran parte en los mismos yacimientos arqueológicos, que nos atrevemos a hacer ciertas deducciones e hipótesis que estimamos justificadas, pero que no afirmamos de una manera categórica y absoluta" (págs. 28-29). Algo más adelante (en la pág. 56), volvió a escribir: "no hacemos afirmaciones categóricas. Se trata de un ensayo y en todo caso, las deducciones a que arribamos son personales, las que por el momento nos parecen lógicas, en virtud del estudio del material que tenemos a nuestro alcance".

Pero volvamos a la década de 1910. Por estos años, con el fin de resolver de alguna manera sus problemas de subsistencia, además de los peritajes de minas que hacía, instaló una fábrica de pinturas que tuvo cierto éxito en los primeros momentos, pero que en 1916 debió dar por terminada.

Cuenta Guillermo Feliú Cruz, que lo conoció por esos años: "no alcanzaba los 50 años, pero los representaba. Estaba encanecido y las arrugas del rostro lo hacían parecer cansado... por esos días las preocupaciones de la liquidación de la fábrica le embargaban y no por ello había dejado de ser optimista e irónico con un reconfortante humor. Se reía de su absoluta falta de previsión, pero estaba lleno de esperanzas de una rápida rehabilitación económica".

Pero los problemas no eran sólo financieros sino también intelectuales: en 1916 vio frustradas sus esperanzas de ser nombrado director del Museo de Etnología y Antropología. Se sintió postergado; toda esta situación, más sus fracasos económicos, lo paralizaron en sus publicaciones. Nada publicó entre 1916-1921. Pero como ocurre con los hombres de grandes reservas espirituales, estos 5 años de aparente esterilidad fueron, en verdad, años de preparación y de gestación de grandes trabajos que se comenzaron a publicar en 1922. Su vuelta al mundo de las publicaciones científicas comienza con su estudio sobre "Los animales domésticos en la América Precolombina"¹⁹⁴, que apareció en "Las Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile", que dirigía el Dr. Oyarzún.

Desde 1922 publicará sin interrupción hasta el mismo año de su muerte, en 1943. Particularmente, 1928 será un año que Latcham no olvidará: está próximo a cumplir 60 años y, sin embargo, publica de acuerdo a la energía de un hombre joven, además de recibir justos honores y nombramientos. De 1928, son sus libros "La Alfarería Indígena Chilena" y "La Prehistoria Chilena", además de otros

¹⁹⁴Págs. 1-199. Santiago, 1922.

informes y estudios publicados en la Revista Chilena de Historia Natural, en la Revista Chilena de Historia y Geografía y en los Anales de la Sociedad Científica Argentina.

También en este año, la Universidad Mayor de San Marcos de Lima lo designa Doctor Honoris Causa, especialmente por ser autor de numerosos estudios sobre las culturas del antiguo Perú. Pero lo que le dio mayor satisfacción fue, sin duda, su nombramiento de Director del Museo Nacional. El 19 de abril de 1928 fue designado por el Ministro de Educación don Eduardo Barrios; eran los tiempos del gobierno de Carlos Ibáñez del Campo.

Desde la dirección del Museo, Latcham emprende una labor significativa: las publicaciones del Museo, suspendidas desde hacía prácticamente 18 años, volvieron a ser editadas; hizo constantes exposiciones. Amplió la planta del personal de investigaciones; renovó y amplió las colecciones, además construyó nuevos pabellones. Con razón, Grete Mostny escribió: "Latcham ocupó la dirección del Museo Nacional de Historia Natural hasta la fecha de su fallecimiento y debe considerarse esta época de 1928 a 1943 como una de las más felices y fecundas de la más que centenaria institución"¹⁹⁵.

Desde este año de 1928, el prestigio científico de Latcham es muy grande e incluso su figura crece cada vez más hasta superar ampliamente a los otros estudiosos chilenos. La Universidad de Chile lo nombró profesor de la Facultad de Bellas Artes y lo designó su primer Decano.

Años más tarde, en 1936, la Facultad de Filosofía y Educación lo designó profesor de Prehistoria. Cuenta Feliú Cruz, en su estudio tantas veces citado por nosotros, que la salud de Latcham, "le acompañaba aún firme, pero, de improviso, advirtiéronse síntomas peligrosos: cansancio, afectación al hígado, iniciación de una cirrosis. El corazón se mostraba insuficiente. Así y todo, realizó su última expedición científica a Calama, en 1937"¹⁹⁶.

Eugenio Pereira Salas¹⁹⁷, lo recuerda así: "enjuto de carnes, cordial y afectuoso en sus ademanes, enemigo de los trámites, de las listas y las matrículas, llegaba con puntualidad a la sala, donde los alumnos lo esperaban con suspendido interés. Hablaba con la vista: ojos penetrantes en que la dulzura del alma noble se hermanaba con la sonrisa del buen humor y el firme gesto del sabio de verdad. Fumaba interminablemente y su clase, interrumpida sólo por el suave carraspeo de su voz, era impartida en el tono menor del que no necesitaba del empaque

¹⁹⁵G. Mostny, *ob. cit.*, pág. 14

¹⁹⁶G. Feliú Cruz, *ob. cit.*, pág. 16.

¹⁹⁷E. Pereira Salas: "Don Ricardo Latcham y la Universidad". Noticiero Mensual M.N.H.N., págs. 87-88, año VIII, 1963.

retórico para ocultar vacilaciones de conceptos. Era su clase una conversación, un diálogo fecundo...”.

En 1938, publicó su “Arqueología de la Región Atacameña” y recibió el homenaje público por cumplir 50 años en Chile. El gobierno le otorgó la condecoración de la Orden del Mérito en el grado de Comendador y la Universidad de Chile lo hizo miembro Académico y Honorario. Pero, ya en estos años, su salud empeora. Sin embargo, y a pesar de sentirse mal, viaja al Perú en 1941 para concurrir al XXVII Congreso de Americanistas. Lee dos trabajos y tiene la oportunidad de dialogar con su amigo, el Dr. Max Uhle. En 1942 sus dolencias se agravan, quiere la soledad y se hunde en la meditación. Muere el 16 de octubre de 1943. Según lo recuerda Feliú Cruz, “la paz iluminaba su rostro”.

El aporte científico de Latcham a la Prehistoria de Chile

En verdad, el aporte científico de Latcham a las ciencias antropológicas es múltiple y complejo; no sólo se refiere a la Arqueología prehistórica sino también a la Etnología, la Etnohistoria, la Antropología Física de Chile, del Perú e incluso de América en general.

Dentro de la especialidad que nos interesa –aunque sin desconocer las otras disciplinas–, podemos señalar que las principales contribuciones de Latcham se refieren a:

(a) *Investigaciones sobre los araucanos*: tocando aspectos etnológicos, antropológicos físicos y de arqueología prehistórica relacionados especialmente con los problemas del origen del pueblo mapuche (moluches). Las descripciones culturales y sociales de Latcham, pero sobre todo sus escritos sobre los orígenes trasandinos del pueblo moluche, provocaron polémicas importantes, especialmente con el estudioso Tomás Guevara. Sin embargo, aunque los problemas del origen y composición étnica de los mapuches siguen provocando discusiones, debido principalmente a la escasez de data científica (materiales culturales arqueológicos), las conclusiones de Latcham sobre la variedad étnica y cultural prehispánica en el territorio chileno son un aporte importantísimo que modificó, por lo demás, conclusiones apresuradas de algunos historiadores chilenos de fines del siglo pasado y que seguían imperando en el siglo xx.

(b) *Redacción de una síntesis histórico-etnológica sobre la Prehistoria de Chile*. En esta Prehistoria, publicada en 1928, además de caracterizar las culturas que reciben nombres etnohistóricos, de Norte a Sur de Chile se las sitúa de acuerdo a cuadros cronológicos, haciendo uso de las secuencias de Uhle. Sin embargo, ellas son modificadas cuando se refieren a las culturas de las provincias diaguitas y de las provincias centrales.

- (c) *Estudios especializados* acerca de diferentes culturas prehistóricas especialmente situadas en el norte de Chile: Atacameña y Diaguita.
- (d) *Estudios especializados sobre actividades económicas y aspectos tecnológicos* del desarrollo cultural prehistórico: agricultura, domesticación, comercio, arquitectura, metalurgia, alfarería, etc. Estos estudios son, en su mayoría, monografías de gran aliento, destacándose, según nuestra opinión, “La Alfarería Indígena Chilena” (1928).
- (e) *Investigación de las influencias de Tiabuanaco* en las culturas del norte de Chile, postulando además un período Tiabuanaco y el subsiguiente Epigonal en el Norte Chico (Provincias Diaguitas).
- (f) *Estudios Etnohistóricos* sobre los aborígenes que habitaban en la cordillera y la pampa en el siglo XVII.
- (g) *Estudios bibliográficos*, que continuaron el aporte de Carlos E. Porter, relacionado con la bibliografía antropológica chilena.

Todos estos aportes al conocimiento de aspectos socioculturales del pasado prehispánico se efectuaron a lo largo de 55 años de investigaciones, que fueron combinados con sus labores profesionales o con actividades de tipo comercial y docente que le permitieron, a veces con dificultades y sobresaltos, vivir sin problemas financieros.

Con el fin de encontrar un hilo conductor que nos permita saber como fueron evolucionando sus principales interpretaciones, revisaremos algunos trabajos de Latcham dentro del Tercer Período y teniendo como fundamento lo ya escrito sobre dos de sus trabajos que se sitúan a fines del Segundo Período (1908-1909).

Recordemos que en el cuarto congreso científico de Santiago, Latcham leyó su trabajo “Antropología Chilena” que fue publicado en 1909, en la revista del Museo de la Plata (Argentina) y en 1911 en las Actas del Congreso editadas por Porter. En este trabajo se insiste en la presencia de numerosas etnias antes de la llegada de los españoles, que los llamados araucanos se constituyeron principalmente por la penetración, desde el oriente, de un pueblo guerrero (moluches) que se mezcló con los pueblos existentes en el centro y sur de Chile, tomando su idioma, sus costumbres sedentarias y, en general, su cultura. Por último, reduce la importancia del aporte incásico en el desarrollo cultural de los aborígenes de Chile.

En 1912, en un trabajo publicado en la Revista Chilena de Historia y Geografía¹⁹⁸, Latcham resume así sus principales conclusiones etnológicas y prehistóricas:

¹⁹⁸“Los elementos indígenas de la raza chilena”. Revista Chilena de Historia y Geografía, año II, t. IV, Nº 8, 1912.

1. Que el pueblo mapuche, llamado araucano, no es oriundo de Chile.
2. Que ha ocupado una zona más limitada en el territorio nacional que la que se le ha atribuido generalmente.
3. Que a su llegada existían en el país otros pueblos más cultos.
4. Que la lengua araucana pertenecía a uno de estos últimos y fue adquirida por los mapuches después de su radicación aquí.
5. Que el elemento indígena de más importancia en la formación chilena no fue el mapuche sino aquel antiguo pueblo que ocupaba las provincias centrales antes de la llegada de aquél.
6. Que al norte del Choapa habitaba un pueblo emparentado con los diaguitas argentinos, para quienes propuso el nombre de diaguitas chilenos.
7. Que los atacameños, posiblemente, también provienen del exterior: del altiplano boliviano y del norte argentino.
8. Que en la región de la costa, los elementos étnicos han sido varios y diversos de los del interior.
9. Que la civilización incaica no tuvo influencias tan trascendentales en el desarrollo cultural de los indígenas chilenos, como generalmente se ha creído.
10. Que en vez de la homogeneidad que se ha puesto en la población indígena a la llegada de los españoles había una heterogeneidad completa.

Estas diez conclusiones expresan magistralmente el estado de los estudios antropológicos chilenos en los mismos momentos que comenzaba a actuar el Dr. Uhle. Ellas coinciden, en general, con lo escrito por Latcham en 1908 en su *Antropología Chilena*. Sin embargo, hay algunas importantes novedades. Las conclusiones sobre los diaguitas, los Atacameños y los habitantes de la costa que muestran su interés por las culturas del norte que, por lo demás, se había iniciado con su estada en La Serena a fines del siglo xix. Concretamente, encontramos la proposición de denominar "diaguitas chilenos" al pueblo y la cultura que habitaba al norte del río Choapa, como también la indicación —que sólo es una hipótesis— de que los atacameños estarían emparentados con los habitantes del altiplano boliviano y de las regiones del norte de Argentina. También es interesante su hipótesis que señala que los habitantes de la costa son diferentes a los del interior.

Sin embargo, es fácil apreciar también que no hay en Latcham un marco de referencias cronológicas. Cuando este modelo histórico aparece con los escritos del arqueólogo inglés, lo toma de los trabajos del Dr. Uhle, como él mismo lo reconoce.

Es en "La Prehistoria Chilena" y en "La Alfarería indígena Chilena" en donde se resumen treinta años de investigaciones y en donde aparece una exposición bien orientada, dentro de los marcos cronológicos de Uhle, de las diferentes culturas y etnias de Chile. Por lo demás, prácticamente, casi todos sus escritos

sobre arqueología y etnología chilenas los recoge, resume o incluye como capítulos en los libros que señalamos, todo lo cual explica que muchas páginas de estas dos obras publicadas en 1928 coincidan exactamente.

El problema cronológico lo había delineado en 1927¹⁹⁹, pero es en 1928 cuando consolida sus cuadros de fechas para las provincias diaguitas y provincias centrales. Copiamos, a continuación, el cuadro de secuencias y fechas que aparece en la página 28 de la "Alfarería Indígena Chilena" y en la página 72 de la Prehistoria Chilena.

Fechas	Provincias Diaguitas	Provincias Centrales
I. Hasta fines de la Era pasada	Período del Hombre Primordial	Período del Hombre Primordial
II. Primeros siglos de la Era Cristiana	Período del Hombre Arcaico (pescadores)	Período del Hombre Arcaico (pescadores)
III. 400-600	Período de las inmigraciones (aparición de los primeros pueblos de cultura adelantada en la costa)	Continuación del período anterior
IV. 500-900	Período de Tiahuanaco y el subsiguiente epigonal. Aparición de los Diaguitas.	Aparecen las primeras culturas adelantadas incipientes en la costa.
V. 900-1100	Período Diaguita-Chileno. Desarrollo de culturas locales.	Período del pueblo de los túmulos, caracterizado por alfarería sin decoración.
VI. 1100 a 1450	Período Chincha-Diaguita. Extensión hacia el Norte del pueblo de los túmulos.	Período de influencias chincha-diaguitas (alfarería decorada)
VII. 1450 a 1540	Período de los Incas.	Período de los Incas.

Esta secuencia cultural fechada de manera aproximada (cronología relativa) es presentada por Latcham como una hipótesis de trabajo: "No pretendemos que esta cronología o las observaciones que hemos hecho al respecto de ella sean definitivas. Falta mucho para investigar. La arqueología de la región descrita

¹⁹⁹"La cronología de las culturas indígenas chilenas". Rev. Universidad Católica, año XII, Nº 4, págs. 399-410.

apenas se conoce y la mayor parte de estas observaciones se derivan de nuestras propias excavaciones combinadas con un estudio de muchas de las colecciones más importantes, públicas y particulares. No tenemos más pretensión que ofrecer este breve estudio como ensayo tentativo de orientación"²⁰⁰.

Tanto en la Alfarería Indígena Chilena como en la Prehistoria Chilena, se comenta de la misma manera, incluso sin agregar nada nuevo, el cuadro cronológico y de secuencias de Períodos y Culturas para las Provincias Diaguitas y de Chile Central. En la Prehistoria Chilena, publicada en 1936, se eliminan los comentarios, por tratarse de un libro más breve.

Lo primero que llama la atención es una cierta inconexión entre la columna cronológica de Chile Central y lo que nuestro arqueólogo escribe en el Cap. XII de la Alfarería Indígena chilena (págs.169-187). Nos interesa insistir en la información y en la hipótesis que se dan a conocer en el capítulo referido a la alfarería de Chile Central, puesto que ellas adelantan y prefiguran las conclusiones que se han expuesto en los últimos años del desarrollo de la arqueología chilena, todas referidas a la "Cultura Aconcagua".

La arqueología de Chile Central, tan poco conocida en la década de 1920, es delimitada geográficamente por Latcham entre los valles Choapa y Maule. Dentro de ella hace una división, que no debe considerarse en forma absoluta, entre los ríos Choapa y Maipo y continuando hasta el Cachapoal, una región cultural que se llama "Aconcagua" y entre los ríos Cachapoal y Maule una segunda región cultural que él denomina "Promauca" (pág.169). Aunque él le da gran importancia a la influencia diaguita y chincha, sus tiestos alfareros, que provienen de las colecciones y excavaciones del Dr. Aureliano Oyarzún, de Francisco Fonck, de Luis Montt y otros estudiosos, y de sus propias investigaciones (aunque él reconoce que ha excavado poco en Chile Central) corresponden mayoritariamente a los tipos definidos en el presente para la alfarería Aconcagua (Aconcagua-Salmón; Rojo-engobado; Pardo-alisado y tricomengobado). Varias veces insiste (pág. 181) que el río Cachapoal "parece haber sido la verdadera frontera cultural entre las grandes zonas del norte y del sur ... "La hoya del Cachapoal parece ser el límite sur de ciertos tipos que son frecuentes desde ahí hasta el valle de Aconcagua"...

Estas hipótesis interpretativas enriquecen mucho al cuadro cronológico que él mismo publica en su libro sobre la alfarería para la región de Chile Central.

Es necesario hacer justicia a Latcham, y señalar que él fue el precursor de la denominación de la Cultura Aconcagua, incluyendo un contexto variado de artefactos junto a los tipos alfareros.

²⁰⁰Prehistoria Chilena, *ob. cit.*, pág. 78. Santiago, 1928.

Adentrándonos en este cuadro cronológico, modelo que en gran parte se mantuvo por largos años²⁰¹, podemos apreciar que en la columna de las "Provincias Diaguitas" aparece un período "Tiahuanaco y el subsiguiente Epigonal", situado entre 500 a 900 d.C.; sin embargo, para la columna de las "Provincias Centrales" no aparece este período. Esta diferenciación entre las dos regiones, que nos parece correcta, aparece como un problema en Latcham, puesto que en la Prehistoria Chilena él había escrito: "La civilización de Tiahuanaco ejerció grandes influencias en todas las culturas contemporáneas, tanto en la Sierra como en la Costa, extendiéndose desde Ecuador hasta Chile Central"²⁰².

Es interesante analizar cómo Latcham contribuyó en sus investigaciones a configurar el período Tiahuanaco en el norte de Chile. En el Capítulo IV de la Alfarería Indígena Chilena, Latcham se refiere concretamente a la influencia de Tiahuanaco en la alfarería de las provincias de Atacama y Coquimbo. Señala algunas piezas alfareras que poseen un decorado indiscutiblemente tiahuanaqueño e incluso que tiene formas reconocidas como pertenecientes a la cultura altiplánica (keros, tazas de boca más ancha que la base). (figuras 1-4, fig. 9).

Para Latchman es tan relevante la influencia de Tiahuanaco, que postula que la alfarería se introdujo en el norte de Chile "a principios del período de Tiahuanaco". Según nuestro autor, "los indios chilenos reproducían casi exclusivamente las formas y elementos geométricos de aquella cultura en la decoración de su alfarería, aunque en sus tejidos y en sus esculturas de madera copiaban las figuras clásicas de la gran portada monolítica de Tiahuanaco y otras variaciones del mismo tema. Algunos de estos productos no desmerecen el arte de la metrópoli"²⁰³.

En la "Arqueología de la Región Atacameña", publicada en 1938, hay un enfoque más maduro y obviamente más rico en datos. En primer lugar, señala que "en el estudio de la prehistoria del pueblo atacameño, uno de los problemas interesantes que hay que resolver es el que trata de las relaciones que existían entre la antigua cultura de este pueblo y la civilización de Tiahuanaco. El tema presenta dificultades y su resolución no ha sido del todo aclarada hasta ahora"²⁰⁴.

²⁰¹La Alfarería Indígena Chilena, *ob. cit.*, pág. 32. Véase también "Prehistoria Chilena", Stgo. 1928, pág. 78. En este texto se agrega lo siguiente: "Futuras investigaciones se encargarán de corregir sus errores o de comprobar su exactitud".

²⁰²La cronología de Uhle-Latcham recibió un primer remezón, para la costa del extremo norte chileno, con las excavaciones de Junius Bird; luego, en la década del 60, varios arqueólogos han contribuido a modificar sustancialmente la cronología para el Norte Grande y Chico. Sin embargo, la situación de Chile Central no sufrió cambios muy importantes, hasta fines de la década de 1970.

²⁰³Alfarería Indígena Chilena, *ob. cit.*, pág. 68.

²⁰⁴Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1938; cap. II, pág. 30.

Para Latcham, "si es verdad que los atacameños prestaron ciertos elementos de su arte a la naciente cultura tiahuanaqueña", a su vez, recibieron mucho de Tiahuanaco. En esto sigue a Uhle que había postulado, como ya lo hemos indicado, que Tiahuanaco había hecho sentir sus influencias en la antigua cultura atacameña. Así, cuando Latcham estudia las "tabletas de madera"²⁰⁵, declara que "se puede pensar entonces como supone Uhle que estos artefactos se originaron en Tiahuanaco desde donde se esparció su uso por toda la zona ocupada por los atacameños, extendiéndose hasta las regiones periféricas".

En resumen, Latchman, de acuerdo a su información científica de 1938, cree que todos los datos arqueológicos "confirman plenamente la teoría de las influencias de la civilización de Tiahuanaco en la cultura atacameña y la probabilidad de su existencia hasta la zona diaguita argentina y chilena"²⁰⁶.

Latchman vio con claridad que las influencias tiahuanaqueñas eran diferentes en las regiones de Arica y San Pedro de Atacama. En 1942 en su "Antropología prehistórica del norte de Chile" escribió "con la expansión del imperio de Tiahuanaco en el siglo VI a VII, la mayor parte de las quebradas fueron colonizadas por grupos collas de habla aymará, procedentes de los altiplanos bolivianos". En cambio, en San Pedro de Atacama aunque las influencias son directas, debido posiblemente a la acción del tráfico comercial, no implicaron la llegada de grupos étnicos altiplánicos de importancia.

Esta postura teórica de Latchman, de diferenciar las influencias de Tiahuanaco en Arica y San Pedro de Atacama, sería enriquecida por José Berenguer en la década de 1970.

Igualmente Carlos Thomas, a comienzos de la década de 1980, al estudiar el yacimiento de Larrache confirmaría la presencia étnica altiplánica como un grupo selectivo y pequeño.

En el desarrollo de las ideas arqueológicas de Latchman destaca su exposición sobre los atacameños. Partamos diciendo que acoge, en primer lugar, la cronología y la periodificación de Uhle. Pero también hace suya la hipótesis de que existió un período atacameño muy antiguo, que sirvió de base cultural a los pueblos y culturas del antiguo Perú y Bolivia.

Su interpretación del desarrollo atacameño es realmente interesante e invita a ser revalorada en la actualidad, independientemente de algunas estimaciones exageradas sobre esta cultura que tuvo su hábitat en los alrededores del salar de Atacama. En su "Arqueología Atacameña", escribe: "De los albores de su cultura sólo poseemos datos aislados, especialmente en cuanto al interior del territorio. Si

²⁰⁵Arqueología de la Región Atacameña, *ob. cit.*, págs. 128-135.

²⁰⁶Arqueología de la Región Atacameña, *ob. cit.*, pág. 36.

sabemos más de la arqueología de las tribus costinas y podemos seguir su desarrollo desde los tiempos paleolíticos, como en Taltal, no parecen relacionarse éstas con los atacameños. Sólo a partir de la época de la civilización de Tiahuanaco podemos hablar con seguridad de una cultura atacameña, aunque los pocos artefactos que hallamos en este período demuestran un adelanto que significa siglos de evolución. Ignoramos su cuna, ignoramos también las primeras etapas de su desarrollo. Es únicamente por la diseminación de los nombres geográficos derivados de su poca conocida lengua que podemos seguir en parte siquiera sus antiquísimas peregrinaciones”²⁰⁷.

Según el estudio de la toponimia atacameña que hace Uhle, Latcham se adhiere a la teoría de que la etnia atacameña es una especie de pueblo formador, que se encuentra en los orígenes de las civilizaciones peruano-bolivianas.

Curiosamente, la objetividad de Latcham pierde fuerza cuando expone “las antiguas migraciones atacameñas”. No presenta datos arqueológicos objetivos. Sólo simpatiza con la hipótesis de Uhle, sin aportar nueva información. Pero no sólo postula la influencia atacameña hacia el norte, sino que insiste en su presencia hacia el oriente, en el territorio argentino. Sin embargo, al abordar este tema descubrimos que Latcham tiene dudas del valor probatorio de la toponimia. Discutiendo con Vignati, que se oponía a la influencia atacameña de la Puna de Jujuy, escribe: “Esperamos demostrar que la cultura atacameña tuvo un número de artefactos típicos, y si la dispersión de ellos desbordó la región verdaderamente atacameña se debe a influencias directas como en la puna de Jujuy y probablemente en la Paya y Humahuaca o a intercambios como en las regiones diaguitas más distantes. No queremos afirmar que los atacameños conquistaron o siquiera ocuparon alguna vez como nación dichos parajes. La nomenclatura geográfica no nos proporciona base para semejante suposición, como en el caso de la Puna de Atacama, pero no es menos cierto que los artefactos de aquellos lugares son más atacameños que calchaquies o bolivianos”.

El método de comparar de acuerdo a los artefactos-tipo encontrados en la región atacameña y de conocer la distribución de éstos en otras regiones es correcto y no desmerece en nada ante los métodos más recientes de índole tipológica. En esta misma línea de metodología se explica la organización de los materiales en el libro dedicado a la “Arqueología de la Región Atacameña”. Escribe Latchman: “Al hacer una exposición del material arqueológico recogido en las diferentes partes del territorio se nos presentan algunas dificultades. ¿Cuál sistema convendría en este caso: el geográfico, el cronológico o el tipológico? Por fin optamos por el último, clasificando los artefactos según la materia de que fueron

²⁰⁷ “Arqueología de la Región Atacameña”, *ob. cit.*, pág. 8.

elaborados, indicando los tipos principales de cada clase, señalando la época a que pertenecía, cuando eso fuera posible, y dejando constancia de las localidades en que se encontraron. También llamamos la atención hacia las influencias que notamos de otras culturas, al igual que la extensión de influencias culturales atacameñas en regiones periféricas, cuando ellas parecen seguras... En cuanto sea posible o conveniente hacemos una comparación de los objetos o artefactos que estudiamos con los de otras zonas limítrofes, para señalar convergencias o divergencias o bien la simple extensión de influencias culturales"²⁰⁸.

Llama la atención el que Latcham haya previsto con bastante lucidez la antigüedad de la cultura agro-alfarera de San Pedro de Atacama y sus alrededores. Varias veces leemos en su "Arqueología de la Región Atacameña" que el estudio de la cultura del pueblo atacameño deja traslucir su gran antigüedad: "por lo que se puede deducir, sobre una base arcaica que parece remontarse hasta hace más de dos mil años y que debe haber sido bastante primitiva, se estructuró una cultura que poco a poco iba asimilando elementos extraños derivados de otras culturas con que, al paso de los siglos, se pusieron en contacto"²⁰⁹.

Étnicamente, para Latcham el pueblo atacameño constituye una entidad muy mezclada. Entre los elementos extranjeros (además de los peruanos y tiahuanaqueños) postula "un elemento de la floresta amazónica. Así parecen indicar algunos artefactos como el arco tubular y las tabletas para rapé, los que no parecen ser originarios de la región atacameña sino pertenecer a otro ciclo cultural"²¹⁰. El valor de estas hipótesis de Latcham, en parte tomadas de Uhle, alcanzan una actualidad sorprendente. Hoy en día, las investigaciones de campo tienden a llamar la atención sobre la influencia de elementos amazónicos en el altiplano boliviano y en la punta atacameña, como también a confirmar la gran antigüedad de estas culturas aldeanas que hunden sus raíces culturales más remotas un par de milenios antes de Cristo.

Por último, su aporte al conocimiento de la cultura mapuche puede resumirse en sus hipótesis sobre el origen transandino del pueblo guerrero (moluches) que ingresó por los pasos bajos de la región del valle de Cautín. "Poco a poco aumentaron en número, por un desarrollo natural y, probablemente, incrementándose por la llegada de nuevos grupos, se extendieron hacia el Norte y el Sur, amalgamándose en parte con los antiguos habitantes y expulsando a los demás en ambas direcciones. Al radicarse en el territorio chileno, adoptaron en parte la cultura del país, volviéndose sedentario y dedicándose a la agricultura"²¹¹.

²⁰⁸*ob. cit.*, pág. 56.

²⁰⁹*ob. cit.*, pág. 368

²¹⁰*ob. cit.*, pág. 367

²¹¹"La Alfarería Indígena Chilena", *ob. cit.*, pág. 18

Las industrias que adquirieron fueron la agricultura, la alfarería y el tejido, todos aportados por las mujeres de los pueblos aborígenes. "Igual cosa pasó con la adquisición de la lengua".

Esta cuña de moluches, base del pueblo tradicionalmente conocido con el nombre de Mapuches o Araucanos, hizo que Latcham diferenciara con nombres geográficos a los diferentes pueblos que vivían al norte, al sur y al oriente del pueblo invasor. Así surgió la nominación etnicogeográfica que aún se sostiene parcialmente para Chile central y sur (Picunches, Araucanos, Huilliches).

Esta nueva interpretación de la prehistoria chilena, que tenía como base la pluralidad de pueblos, la llegada de grupos invasores y, por lo tanto, la heterogeneidad de las culturas aborígenes en tiempos de la conquista española, hizo que Latcham atacase con vigor las ideas de Barros Arana, en parte continuadas por Guevara y, en general, por los historiadores chilenos. Incluso su "Prehistoria Chilena" tiene un capítulo, el último, dedicado a oponerse a la homogeneidad racial de los aborígenes chilenos, a la importancia de los araucanos en la formación del pueblo chileno y a la sobrevalorización de las influencias culturales incas en Chile.

Sobre el problema de los aborígenes de la cultura araucana, las vidas de Latcham y del profesor *Tomás Guevara* (1860-1935) se entrecruzan casi violentamente. La polémica científica fue superada por un antagonismo personal que lamentablemente hizo imposible un acuerdo racional.

Los juicios acerca de esta polémica tampoco son objetivos; los amigos y admiradores de Latcham critican la ausencia de "visión crítica" de Guevara y su "despago de las opiniones establecidas"²¹². En cambio otros comentaristas, como Gualterio Looser, han escrito que Guevara "ha merecido los parabienes de la crítica, pero también ha tenido impugnadores, en particular Latcham, que atacó algunos de sus resultados con no poca viveza, replicando Guevara gallardamente"²¹³.

En los años 1927, 1928 y 1929 se desarrolló la polémica entre Latcham y Guevara, recogida en la Revista de Historia y Geografía y en diferentes libros de los dos autores. En 1928, Guevara enjuició al estudioso inglés caracterizado el aspecto polémico de éste: "El Sr. Latcham es un escritor científico manifiestamente inclinado a las polémicas y a la crítica de obras de etnología y prehistoria. Autores chilenos y extranjeros le merecen de ordinario conceptos desfavorables, todos andan por caminos errados, según su autoridad de aparente erudición".

Según Guevara la diferencia básica entre él y Latcham consistía en que este último "ha sostenido desde tiempo atrás la hipótesis de que los araucanos chilenos

²¹²H. Fuenzalida: "Don Ricardo Latcham", *ob. cit.*

²¹³G. Looser: "Esbozo de los estudios sobre los indios de Chile", *ob. cit.*, pág. 129.

proceden de emigraciones de la Argentina, y yo, al contrario, que los araucanos argentinos se derivaron de sus congéneres de este lado de los Andes”.

A su vez Latcham opinaba que Guevara no conocía las recientes investigaciones etnológicas y arqueológicas efectuadas en el país, lo que explicaba que continuase defendiendo las teorías de Barros Arana sobre la homogeneidad de los indígenas chilenos.

Nuestra impresión es que, en general, la opinión de Latcham se apoyaba en argumentos más sólidos, más objetivos, independientemente del hecho que en los siglos coloniales se produjeron movimientos recíprocos de pueblos desde un lado al otro de los Andes. Por lo demás la investigación sobre los araucanos y su organización como pueblo continúa sin que ninguna teoría pueda reclamar la explicación de todos los hechos.

Resumiendo, y dejando sin tocar su aporte bibliográfico —bien tratado por Feliú Cruz—, Latcham se nos aparece como un arqueólogo y un etnólogo que dio variedad y pluralidad a las culturas y etnias aborígenes, a las que, siguiendo a Uhle, dio profundidad cronológica, y situó los diferentes restos y yacimientos arqueológicos en estratos culturales bien diferenciados. Su ensayo histórico-etnológico sobre la “Prehistoria Chilena” fue un esfuerzo intelectual tan valioso como el que Medina hizo en la década de 1880.

CAPÍTULO IV

CUARTO PERÍODO 1940-1960

En otros trabajos, por ejemplo el de 1991, habíamos denominado estos dos decenios como el Tercer Período de la arqueología de Chile, puesto que no consideramos como tal los años anteriores a 1880. Sin embargo sabíamos que entre la fundación de la Universidad de Chile y la formación de la Sociedad Arqueológica de Santiago había tal cúmulo de antecedentes que explicaban la eclosión producida entre 1878-1882, que poco a poco nos hemos convencido, y así lo hacemos en el presente libro, de iniciar nuestra periodificación en los comienzos del decenio 1840, y entonces considerar los decenios 1940-1950 como formando parte del Cuarto Período institucional.

Pues bien este nuevo tiempo de desarrollo científico de la arqueología de Chile se caracteriza por los trabajos de los museos, especialmente por el de Historia Natural de Santiago, encabezado, luego de la muerte de Latcham en 1943, por el distinguido geógrafo Humberto Fuenzalida y posteriormente por la arqueóloga Grete Mostny; y también por el Museo de La Serena, dirigido por Francisco Cornely y desde 1958 por Jorge Iribarren.

La década de 1940 conoció también los trabajos de alto nivel científico del arqueólogo norteamericano Junius Bird (1941-1942) hechos en la costa norte de Chile (Arica-Pisagua-Taltal-La Serena), y las investigaciones del arqueólogo sueco Stig Ryden sobre la arqueología de la región del río Loa (1944).

Igualmente en esta década se publicaron los primeros trabajos de Grete Mostny siendo uno de los más importantes, su estudio sobre las "Ciudades Atacameñas" (1948).

Ya en la década de 1950 se conocieron trabajos de diferentes arqueólogos, distinguiéndose entre ellos Francisco Cornely con su libro "Cultura Diaguita y Cultura de El Molle" (1956), y Grete Mostny con sus "Culturas Precolombinas de Chile" (1954); los diversos artículos de Jorge Iribarren sobre los petroglifos, sobre la cultura El Molle, y acerca de diversos yacimientos arqueológicos de las provincias de Coquimbo y Atacama; el informe sobre la expedición que hizo al norte de Chile el Centro de Estudios Antropológicos, dirigido por Richard Schaedel (1957). Por último, a mediados de 1950, comienza a sobresalir la figura del padre Gustavo Le Paige, quien se radica en San Pedro de Atacama, y que a fines de esta

década da a conocer sus investigaciones sobre "Antiguas Culturas Atacameñas en a Cordillera chilena" (1958).

Como es fácil de apreciar, varios arqueólogos de esta década, no olvidándose de Hans Niemeyer que escribió su primer artículo especializado en 1955, continuaron investigando en las décadas de 1960 y de 1970. Por lo tanto la diferencia de períodos, la identificación que haremos de tiempos de desarrollo distintos, con personalidad propia, no puede apoyarse en la presencia o ausencia de individualidades importantes, puesto que el quehacer científico de ellas sobrepasa los límites de uno u otro período. También hay que considerar que el trabajo efectivo en el terreno de un científico en arqueología oscila en los 35 años; continuando el resto de su vida científica en trabajos de reformulación de hipótesis, en la construcción de teorías, en la elaboración de libros de síntesis, en hacer clases en la Universidad, etc.

La organización del Centro de Estudios Antropológicos dependiente de la U. de Chile, tuvo éxito gracias a la participación de varios científicos extranjeros tales como el ya mencionado R. Schaedel, el prehistoriador austríaco Osvaldo Menghin (radicado en Argentina), el norteamericano William Mulloy, que le dio un auge importante a la arqueología de Isla de Pascua, etc.

Es interesante recordar que en las décadas de 1940 y 1950 permaneció sin resolverse la discusión sobre las dos secuencias culturales y cronológicas, una proveniente de Uhle-Latcham y la otra de Junius Bird. Incluso el aporte de Gustavo Le Paige en la segunda mitad de la década de 1950 provocó bastante contradicción en las fechas de la secuencia precerámica o de los cazadores y recolectores del desierto de Atacama.

Los esfuerzos paralelos que hicieron los investigadores del Centro de Estudios Arqueológicos de la U. de Chile para promover un acercamiento entre las secuencias cronológicas del Norte de Chile no fueron suficientes para provocar consensos entre los estudiosos. Le correspondería al próximo período, que se inicia en 1960, hacer cambios notables en la cronología no sólo del norte sino también del centro de Chile (a partir de 1980). Esto en parte fue posible gracias a los importantes avances alcanzados en los métodos de fechación (carbono 14 y de termoluminiscencia, etc.).

Podríamos generalizar este período de aproximadamente 20 años, insistiendo por una parte en la incorporación de nuevos métodos de excavación, en la selección de yacimientos arqueológicos que no sólo fueran cementerios, en el uso de teorías que privilegiaban la relación grupo social-cultura y medio ambiente natural; y por otra parte en el esfuerzo por describir todos los datos recogidos con el fin último de reconstruir el pasado cultural, haciendo una forma especial de historia.

Continuando con lo que se hizo en el período 1940-1960, se trabajan nuevas cronologías, nuevas tipologías, nuevos listados de rasgos culturales, siempre con el objetivo de organizar el conocimiento del pasado cultural a partir de una data que revelaba. Por lo tanto, el análisis empírico apoyado en el método inductivista estuvo siempre presente no sólo en los arqueólogos de la década 1950, sino también en gran parte en los investigadores que publicaron en las décadas de 1960 y 1970.

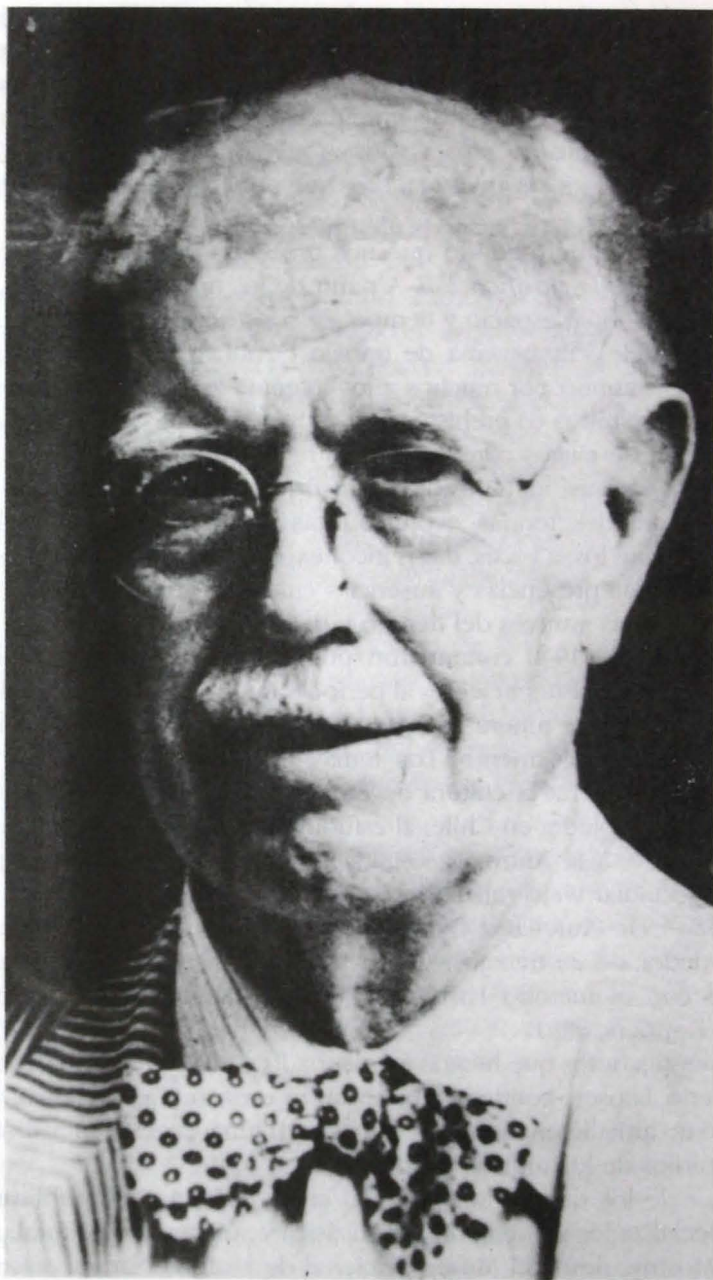
Cualquier trabajo del período que nos preocupa usaba el método básico, a nivel descriptivo, de *la clasificación*. A partir de los tipos de artefactos, y usando los conceptos de forma, espacio y tiempo, se construían secuencias generales de desarrollos culturales. Esta forma de trabajo científico no terminó en 1960; de alguna manera continuó por muchos años intentando alcanzar la reconstrucción de culturas prehispánicas (o prehistóricas) de acuerdo a un listado de rasgos y de la comprobación de rasgos compartidos entre varios yacimientos. Estas culturas del pasado que eran así identificadas se incorporaban a un cuadro cronológico, en donde las grandes teorías evolucionistas (con diferentes modalidades) y difusionistas zurcían los, a veces, datos inconexos. Así se explicaban las similitudes y las diferencias, las presencias y ausencias culturales; dicho de otra manera, se entrelazaban culturas a través del tiempo y del espacio.

En la década de 1940 continuaron publicando los grandes clásicos de la arqueología de Chile, pertenecientes al período anterior. Así, por ejemplo, Ricardo Latcham, a pesar de que muere en 1943, dio a conocer seis trabajos entre 1940 y el año de su desaparecimiento. Los temas tratados, que muestran una gran versatilidad, se refieren a la cultura de El Molle, a los tejidos atacameños, a las fases de la edad de piedra en Chile, al estudio de las correlaciones arqueológicas entre Perú y Chile, a la Antropogeografía prehistórica del norte del país y por último al arte popular y sus relaciones con el arte indígena.

A su vez el Dr. Aureliano Oyarzún escribió entre 1940 y 1947, año de su muerte, alrededor de 20 trabajos, de los cuales 8 corresponden a traducciones relacionadas con el método Histórico Cultural (traducciones de Gusinde, de Schmidt, de Koppers, etc.).

Otros investigadores que hemos mencionado para el período 1911-1940, tales como Gualterio Looser, continúan publicando en forma esporádica, Looser en 1947 escribió un artículo en homenaje al Dr. Oyarzún y en 1955 un valioso artículo sobre los estudios de los indios de Chile.

Alrededor de los descubrimientos del cerro El Plomo, se publicaron varios artículos especializados sobre la momia incásica y su contexto cultural; a partir de 1955 Grete Mostny, desde el Museo Nacional de Historia Natural, escribió sobre "El Niño del Cerro El Plomo", produciendo varios artículos y monografías especializadas; igualmente *Alberto Medina* y otros miembros del Centro de



Dr. Junius B. Bird (1907-1982)

Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile escribieron en 1958 acerca de los hallazgos arqueológicos de El Plomo.

Como puede, pues, apreciarse, había ya en la década del 50 una interesante actividad reflejada por publicaciones hechas en Santiago, pero también en La Serena, concentrados especialmente en Jorge Iribarren quien, entre 1947 y 1960, publicó 33 artículos especializados sobre los más variados temas arqueológicos y culturales de las provincias de Atacama y Coquimbo.

Entre los muchos arqueólogos insistiremos en dos, que nos parecen muy importantes. Ellos son Junius Bird y Francisco Cornely.

1. *Junius Bouton Bird (1907-1982)*

Llegó a Chile, por primera vez a la edad de 25 años. Corrían los años de 1932-1933 cuando inició algunas prospecciones de yacimientos en la Isla de Navarino y sus alrededores. Luego, en 1934, con su joven esposa, inició trabajos sistemáticos entre Puerto Montt y el estrecho de Magallanes. Esta investigación, que duró hasta 1937, fue publicada al año siguiente con el título de "Antiquity and Migrations of the Early Inhabitants of Patagonia". Entre 1969 y 1970 volvió varias veces al sur de Chile, entre otras cosas para realizar nuevas excavaciones en la cueva Fell y producir con la NBC televisión un documental llamado "Los primeros Americanos". Nuevamente en 1980 regresó al extremo sur para trabajar, con el Instituto de la Patagonia, en la misma cueva.

En el Handbook of South American Indians, en su volumen primero, publicó su trabajo referido a la Arqueología de la Patagonia y años más tarde, en 1978, en las Actas de la reunión de la Sociedad Americana de Arqueología se refirió a la cremación de los muertos en los yacimientos de Palli Aike y de Cerro Sota.

Tanto o más importante que los trabajos de campo y publicaciones que hizo referidos al extremo sur de Chile, son las excavaciones que inició en los sitios arqueológicos de la costa de Arica, en el extremo norte de Chile. Exactamente el 19 de julio de 1941, acompañado de su familia, Bird llegó a Arica a explorar los yacimientos tempranos de la región, dentro del programa del Institute of Andean Research. Trabajó en Quiani, Playa Miller, Alto Ramírez y Playa de los Gringos.

Pero no sólo investigó en Arica y sus alrededores, también excavó en Punta Pichalo (Pisagua) y visitó Alto Molle (Iquique), Punta San Jorge y Caleta Abtao (Antofagasta). Hacia fines de 1941 y comienzos de 1942 trabajó en Cerro Colorado y Punta Morada (Taltal), para terminar en La Serena, en el sector comprendido entre Punta Teatinos y Lengua de Vaca. En parte de estas excavaciones tuvo como ayudante a la Dra. Grete Mostny (Punta Pichalo y en Taltal).

Estos trabajos de campo los realizó con rigor y utilizando el método estratigráfico, mediante la excavación de trincheras angostas y trabajando con cuidado

el bloque del basural ya delimitado por las trincheras. Todo se harneaba "capa a capa siguiendo las líneas del estrato más obvias".

Mario Rivera escribió en la Revista Chungará Nº 10, recordando a Bird, que "sus métodos de trabajo han sido probablemente uno de los más importantes que han contribuido a que su obra tenga una vigencia única y actualizada".

Al trabajar trincheras con un perfecto control de la estratigrafía, mediante el avance de unos cuantos centímetros y barriendo absolutamente todo el material excavado, "Bird pudo trabajar con una base metodológica firme, que le permitió deslindar unidades en las excavaciones que contenían abundante información. Llevó un registro acucioso mediante la estadística y el entrecruzamiento de datos, la descripción y análisis de materiales, especialmente en sitios ocupacionales, como conchales... Esto le permitió reconstruir formas y modos de vida que complementaban las descripciones de materiales provenientes exclusivamente de cementerios".

Tal como lo escribió en 1982 Grete Mostny, una gran amiga de los esposos Bird, la influencia del trabajo científico del arqueólogo norteamericano fue muy importante para la arqueología chilena. Con la publicación de sus monografías en 1943 y en 1946, ya en la década de 1950 y sobre todo cuando se iniciaron en la Universidad de Chile los cursos sistemáticos de Arqueología, todos los jóvenes estudiantes leyeron y aprendieron mucho de las excavaciones que hizo Bird tanto en el extremo sur de Chile como en el extremo norte.

Así Junius Bird al excavar principalmente basurales situados cerca de Arica, Pisagua y Taltal construyó una nueva cronología modificando la confeccionada por Max Uhle hacia 1919. Según el arqueólogo norteamericano, en la parte más norteña de la costa (sector Arica y Pisagua), un grupo no agrícola dependió del mar para su alimentación. En cambio más al sur (de Taltal a Coquimbo) los productos del mar fueron suplementados por animales terrestres.

En Arica definió tres períodos principales, uno con cerámica y dos precerámicos. El período más temprano lo denominó "Anzuelo de concha". El segundo período está caracterizado por un conjunto de elementos nuevos, entre los cuales se encuentran los anzuelos de cactus. En Quiani creyó encontrar un período de corta duración caracterizado por la agricultura y sin cerámica; sin embargo no logró nuevas evidencias en los otros conchales excavados.

En el período alfarero, no encontró evidencias significativas de la cultura Tiahuanaco, igual cosa ocurrió con la influencia inca.

En cambio, en Punta Pichalo (Pisagua) identificó cuatro períodos, dos preagrícolas y precerámicos y los otros dos, más tardíos, con cerámica no pintada. Al hacer la relación con Arica, opina que es probable que el primer período cerámico sea más antiguo que los tipos pintados de Arica. Esta cerámica antigua



*Don Francisco Cornely (1882-1969),
director fundador del Museo Arqueológico de La Serena*

(Pichalo 1), está representada por tiestos con engobe rojo (platos borde engrosado) y negro pulido.

A su vez los conchales de Taltal en sus capas más profundas caracterizan bien el período de Anzuelo de Concha, con un estrato cerámico muy delgado, en la parte superior. Bird concluyó que esta cultura de pescadores probablemente sobrevivió en Taltal bastante tiempo después que se extinguió más al norte.

Otra conclusión de Bird es que no encontró “evidencia de un período con implementos sólo del tipo paleolítico”, oponiéndose así a algunas conclusiones escritas por, Capdeville y Oyarzún.

2. *Francisco Cornely Bachmann (1882-1969)*

Entre los estudiosos de la arqueología regional de las actuales III y IV regiones sobresale nítidamente don Francisco Cornely. Este distinguido investigador había nacido en Alemania, en el pueblo de Ehrenbreinstein (Coblenza, Rhin), pero desde niño vivió en Chile, puesto que su familia, como tantas otras alemanas, se radicó en el sur de nuestro país, en Temuco. Sus primeros estudios los hizo en Valdivia, en donde se familiarizó con la técnica de la litografía. A la edad de 17 años volvió a Alemania a estudiar artes gráficas y bellas artes en Leipzig. Luego de regresar a Chile en 1903, se trasladó en 1906 a Bolivia en donde permaneció hasta 1910, combinando el trabajo litográfico con su interés creciente por el mundo aymara, incluyendo la arqueología boliviana (Tiahuanaco).

Entre 1912 y 1932 su interés, en el área de extensión científica, se relacionó con el mundo mapuche, sobre todo en los aspectos etnológicos; incluso ayudó efectivamente, con la colección etnográfica, al gobierno chileno en la preparación de la muestra que se presentó en la exposición internacional de Sevilla (1929). A propósito de esta exposición recordemos que varios especialistas participaron con trabajos, publicación de libros, etc. Por ejemplo, el libro de Ricardo E. Latcham sobre la alfarería indígena chilena se publicó “a expensas de la comisión oficial organizadora de la concurrencia de Chile a la exposición Iberoamericana de Sevilla”. Igualmente el Dr. Aureliano Oyarzún y Ricardo E. Latcham fueron los autores del “Album de Tejidos y Alfarería Araucanas” que se presentó en esta exposición.

Desde que se trasladó a La Serena, el año 1933, tuvo contactos con el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, que dirigía Ricardo E. Latcham: este gran investigador siempre lo ayudó, aconsejó e influyó en sus trabajos y en sus conclusiones arqueológicas. Así, fue primero naturalista *ad-honorem* y luego colaborador científico, también *ad-honorem*, de este Museo. Igualmente entre 1941 y 1946 tuvo un fluido contacto con el director del Museo de Concepción, el profesor Carlos Oliver Schneider. En 1942 Cornely fue nombrado investigador

ayudante y colector del Museo de Concepción. De esta manera realizaba trabajos arqueológicos en la III y IV regiones que eran financiadas por el Museo de Concepción.

En 1936 comienza a publicar en el Boletín del Museo de Santiago sus primeros trabajos sobre arqueología diaguita: “El Cementerio indígena de El Olivar” y “Un Cementerio indígena en Bahía Salada”. Hasta 1942 publicó en este Boletín, incluyendo un informe en colaboración con Grete Mostny (1941). Luego con la fundación del Museo Arqueológico de La Serena (1942), comienzan a aparecer en los boletines de este Museo, a partir de 1944, diferentes informes de sus investigaciones. Son más de 40 publicaciones referidas tanto a diferentes aspectos de la Cultura Diaguita como también a la Cultura de El Molle. Sobre esta cultura publicó un informe en el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, en 1958; en la misma publicación apareció también un extenso trabajo de Jorge Iribarren Ch., sobre esta misma cultura.

Esta cultura de El Molle fue descubierta, en 1938, por Cornely, e indudablemente, desde nuestra perspectiva, fue su legado más significativo al conocimiento de la prehistoria de su región (III y IV regiones). En 1956, la Editorial Pacífico le publicó el libro “Cultura Diaguita chilena y Cultura de El Molle”, obra que se convirtió en un clásico de la literatura arqueológica de Chile.

En 1958, a la edad de 76 años, Cornely dejó la Dirección del Museo Arqueológico de La Serena y jubiló. Recuerdo que en enero de 1963, en San Pedro de Atacama, en la reunión arqueológica, Jorge Iribarren, nuevo director del Museo, nos entregó una nueva publicación de don Francisco Cornely: “El arte decorativo preincaico de los indios de Coquimbo y Atacama (Diaguitas chilenos)”, que había sido prologado por el gran prehistoriador austríaco Osvaldo Menghin.

En este prólogo, Menghin escribe: “Es, por lo tanto, un mérito digno de mención que Francisco L. Cornely, el Director ya jubilado del floreciente Museo Arqueológico de La Serena, haya elaborado un compendio de los motivos de la decoración coquimbana, cuyo libro tenemos entre manos. Cornely tiene vocación para esta tarea no sólo por su calidad de artista, pero también como investigador, a quien le debemos sus profundos estudios sobre los fenómenos arqueológicos de la provincia de Coquimbo”.

Es el propio Cornely quien nos recuerda, en junio de 1962, que después de veinte años dedicados al estudio de las culturas prehistóricas de las provincias de Coquimbo y Atacama quiere dar a conocer a un público amplio el arte decorativo de los indios llamados Diaguitas chilenos.

Sobre el nombre de esta cultura se ha escrito mucho. Como sabemos, el nombre de Diaguitas chilenos lo propuso Ricardo E. Latcham en 1912, insistiendo a lo largo de las décadas de 1920 y 1930 en la necesidad de mantener esta denominación. En diversos trabajos de Cornely uno descubre las dudas que tenía

éste para mantener este nombre. Una y otra vez escribe que existían notables diferencias entre los antiguas provincias diaguitas del noroeste argentino y los aborígenes que habitaban Coquimbo y Atacama en Chile. Por ejemplo, en 1962, Cornely insiste que el arte decorativo de los indios de Coquimbo y Atacama era único por su armoniosa combinación y ejecución nítida de dibujos menudos a base de elementos geometrizarantes y agregaba "en las culturas prehistóricas de las provincias diaguitas en el noroeste argentino no encontramos una decoración que se pueda comparar con la de nuestros indios, siendo la de allende de Los Andes de características diferentes". Igualmente en su libro sobre la Cultura Diaguita y el Molle, ya mencionado, en el capítulo II, escribió categóricamente "la arqueología de la región diaguita argentina y chilena muestra diferencias notables entre una y otra".

La única explicación que tenemos para comprender la actitud de Cornely frente al problema de cambiar o no el nombre a la cultura de la III y IV regiones, es que el peso científico e intelectual de Latcham era muy grande y que la influencia ejercida por Latcham sobre Cornely era también muy importante.

Otros aspectos interesantes en la contribución de Cornely al conocimiento de las culturas prehispánicas de las regiones fueron los estudios que se relacionaron con la definición de la etapa alfarera Arcaica de los diaguitas y con el descubrimiento de la cultura El Molle.

La etapa alfarera arcaica se define a partir de los restos culturales que se encontraron en el cementerio situado cerca de Alto Valsol, en la quebrada de Las Ánimas, en el valle de Elqui. Cornely nos informó que los platos semiglobulares, encontrados en las tumbas excavadas, tenían "dibujos interiores de líneas gruesas que forman figuras geométricas y que tenían generalmente por el lado exterior una línea o franja dibujada, angosta cerca del borde; a veces el mismo dibujo interior se aplicaba también en el exterior del plato. Los colores eran rojo, como color de fondo y usado también en el dibujo, blanco y negro". En otro los colores eran rojo, amarillo y negro. Estos dibujos, según Cornely, "son tan distintos a los de la etapa siguiente, que al no haber encontrado, también en otros cementerios diaguitas platos del mismo estilo y los mismos cántaros de uso doméstico, habíamos creído que se trataba de una cultura distinta". Esta interpretación de Cornely, en cuanto la alfarería de Las Ánimas era diferente de la diaguita, fue recogida años más tarde por Julio Montane en 1969, quien en su trabajo "en torno a la cronología del norte chico" definió a los ceramios de Las Ánimas como un tipo prediaguita que ocupaba el período Medio del desarrollo cultural de la región, y situando a los tipos alfareros diaguitas en el período Tardío.

Cuando Cornely descubrió al norte del pueblo de El Molle, en el valle del Elqui, los cementerios de esta nueva cultura, le informó al Director del Museo Nacional de Historia Natural, don Ricardo E. Latcham, quien inmediatamente se

dio cuenta que se trataba “de una cultura hasta ahora desconocida”; Latcham propuso, entonces, el nombre de Cultura El Molle. Fue en 1940 cuando se publicó en el Boletín del Museo que dirigía Latcham el primer trabajo sobre los descubrimientos con un extenso comentario de don Ricardo E. Latcham.

Junto a Cornely ya en la década de 1950, colaboraba Jorge Iribarren Charlin, quien sería el sucesor de aquél en la dirección del Museo de La Serena y que entre otros muchos trabajos escribiría en las publicaciones del Centro de Estudios Antropológicos de la U. de Chile (publicación Nº 4 de 1956) sobre los nuevos hallazgos arqueológicos en el cementerio indígena de la Turquía-Hurtado. Por estudios hechos en este cementerio Cornely dividió al Molle en I y II, siendo representativo de esta última fase los hallazgos hechos por Iribarren y sus colaboradores señores Valentín Ángel y Mario Riveros.

En su publicación de 1956, tantas veces citadas, Cornely escribió “es evidente que los objetos arqueológicos procedentes del cementerio de Hurtado pertenecen a una etapa cultural más avanzada de ese pueblo, cuyos cementerios encontramos en 1938... En estos cementerios de El Molle, la alfarería era aun escasa y contaba principalmente de vasos o cantaros sin asa, de fondo plano, algunos finamente pulidos de color gris pardo, rojo o negro, pero sólo dos de estos tenían un principio de decoración y de formas que representaban estilizaciones zoomorfas, en cambio en el cementerio de Hurtado, que abarcaba solo un reducido espacio comparado con los de El Molle, se han encontrado mucho más piezas de alfarería que en los cementerios de El Molle, y esta alfarería de Hurtado va enriquecida de nuevas formas y de una decoración, ya incisa o grabada o pintada de los colores rojo y blanco”.

Hoy día gracias a muchos investigadores, entre los que destacan Hans Niemeyer, sabemos que la cultura de El Molle se presenta desde el río Salado hasta el río Choapa, es decir entre los 26º y 31º 41', situándose en un tiempo que va desde el 130 a.C. (El Torin) y el 665 d.C. (nivel de San Pedro de Pichasca). La mayoría de las fechas van desde el 240 d.C., hasta el 480 d.C.

Independientemente de que las conclusiones de Francisco Cornely se mantengan o no, debemos considerarlo junto a Ricardo Latcham y a Jorge Iribarren, como uno de los mejores conocedores de la Cultura Diaguita y Cultura Molle.

Su esfuerzo de investigador, de explorador fue muy importante; su deseo de conocer los aspectos sociales y culturales de los cementerios diaguitas y Molle lo condujo de los restos arqueológicos a una síntesis vital de las poblaciones prehispánicas, en donde los componentes artísticos siempre estuvieron presentes.

Esta relación profunda entre la cultura material arqueológica y la síntesis interpretativa fue común no sólo a Cornely sino también a Latcham y a Iribarren.

CAPÍTULO V

QUINTO PERÍODO (1960-1990)

Como hemos escrito (1991), a fines de la década de 1950 y comenzando la década de 1960 surgió un valioso grupo de investigadores y se fundaron varias instituciones que conducen al historiador de la disciplina a postular un nuevo período. Éste se caracterizó por la organización institucional universitaria, por la docencia superior, por la formación de nuevos museos, por las investigaciones que incorporaron teorías, métodos y técnicas tanto de la "nueva arqueología" como de las ya conocidas teorías históricas, estructuralistas y ecológicas y, por último, por la organización de la Sociedad Chilena de Arqueología y el inicio de reuniones científicas (Congresos) que continúan hasta el presente.

Obviamente que esta eclosión intelectual y científica que se produjo en los primeros años de la década de 1960 le debe mucho a la década de 1950, que se centró, como lo hemos escrito en el trabajo del Centro de Estudios Antropológicos de la U. de Chile, en las investigaciones del Museo de Historia Natural que lideraba Grete Mostny, del Museo Arqueológico de La Serena, dirigido por Jorge Iribarren en las actividades del padre jesuita Gustavo Le Paige en San Pedro de Atacama (desde 1954) y de otros investigadores nacionales y extranjeros.

Tanto los investigadores del Centro de Estudios Antropológicos (Bernardo Berdichevsky, Carlos Munizaga, Alberto Medina, Jorge Kaltwasser, Juan Munizaga, Gonzalo Figueroa), como los estudiosos de los Museos mencionados continuaron y acrecentaron sus trabajos en la década de 1960, dentro de instituciones recién creadas y con el aporte no sólo de nuevos investigadores sino también de variados enfoques teóricos y metodológicos.

A comienzos de la década de 1960 se organizan las carreras universitarias, tanto en la Universidad de Chile, como en la Universidad de Concepción (en ellas lideraron Grete Mostny, Bernardo Berdichevsky, Mario Orellana, Zulema Zeguel y un grupo de profesores franceses); se constituyó en enero de 1963 la Sociedad Chilena de Arqueología con su primer directorio (Hans Niemeyer, Jorge Iribarren-Mario Orellana, Julio Montané y Jorge Silva); se consolidaron nuevos museos regionales, como los de Arica y Calama creados a fines de la década de 1950. También fueron más frecuentes los trabajos supra individuales, en donde el equipo de especialistas interdisciplinario comenzaba a jugar un papel importante.

La comunicación entre diferentes especialistas tanto en Chile como en el extranjero tuvo también otra consecuencia: la incorporación de nuevos temas y métodos de investigación que año a año, decenio a decenio, han enriquecido la interpretación de los datos arqueológicos investigados.

Se trata entonces de un período principalmente caracterizado por las instituciones, no sólo por los individuos, aunque ellos siguen siendo importantes, abierto a los métodos y teorías de las ciencias sociales y naturales. En las Universidades se forman profesionales en arqueología y en antropología, y aunque hay crisis muy fuertes, especialmente en la década de 1970 y parte de 1980, existe un trabajo académico que permite especialmente en la U. de Chile mantener la docencia a un nivel aceptable.

El desarrollo de las disciplinas antropológicas (incluyendo la arqueología en ellas) puede ser visualizado en relación con situación de crisis, en algunos casos de tipo creador y en otras de tipo destructor. Así la Licenciatura de Arqueología surgió en la U. de Chile, en 1968, dentro del contexto de la Reforma Universitaria e incluso la creación del Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas fue un corolario de los cambios institucionales de 1968-1970, producidos en la U. de Chile. A su vez la crisis política vivida en el país desde 1973 hasta 1989 (gobierno militar a nivel nacional y rectores delegados en la Universidad) impidió, por lo menos en la U. de Chile, dar paso a un desarrollo más creador en las ciencias antropológicas, y sólo permitió el trabajo individual o semiindividual de los académicos, sin que hubiese transformaciones significativas que consolidaran la gestación de un nuevo período. Sin lugar a dudas que había material humano, esfuerzos individuales valiosos e incluso pequeños equipos de investigación, sobre todo en la década de 1980, pero, no cabe la menor duda, que con el triunfo del Plebiscito del 5 de octubre de 1989 se produjo un aliviamiento de tensiones, un trabajo más libre en la docencia y en la investigación, que abrió las puertas definitivamente a un nuevo período de la Arqueología chilena, que muestra un marco teórico parcialmente de continuación con el existente en la década de 1980, pero más maduro y consistente en los primeros años de la década de 1990. Obviamente que nos estamos refiriendo a la post Nueva Arqueología y entre otras teorías a la Arqueología Simbólica.

El período 1960-1990 debe entonces ser observado por nosotros desde dos perspectivas: una institucional y otra individual.

En el primer desarrollo abordaremos la institucionalización de las ciencias antropológicas a partir del contexto de la Reforma Universitaria; y en la segunda parte ejemplificaremos el aporte individual en las figuras del padre jesuita Gustavo Le Paige y del profesor universitario Percy Dauelsberg. Además, a través de ellos, conoceremos parte importante de las investigaciones hechas en San Pedro de Atacama y en Arica y algo de las discusiones interpretativas que se produjeron en este período.

Fue Ricardo Latcham, distinguido antropólogo y arqueólogo, quien por primera vez —en 1936— dictó un curso de Prehistoria en la Facultad de Filosofía y Educación. Eugenio Pereira Salas, tal como ya lo señalamos lo recuerda haciendo clases “enjuto de carnes, cordial y afectuoso en sus ademanes, enemigo de los trámites de las listas y las matrículas, llegaba con puntualidad a la sala, donde los alumnos lo esperaban con suspendido interés... Era su clase una conversación, un diálogo fecundo...”.

Pasaron muchos años y, ya en la década del 50, aparecen varias expresiones de la presencia de las disciplinas antropológicas en la U. de Chile: la Dra. Grete Mostny hace clases de Antropología; un grupo pequeño de especialistas, entre los que se contaba el Dr. Richard Shadel y el Dr. Ismael Silva F., organizaron un programa de antropología histórica y social, que se realizó en unas oficinas de la sección de Geografía de la Facultad de Filosofía y Educación, en el primer semestre de 1953. A partir de estos trabajos de investigación, se organizó el Centro de Estudios Antropológicos en 1954, cuando era Rector de la U. de Chile Juan Gómez Millas. El Servicio Informativo de los Estados Unidos de América, en un folleto dedicado al hallazgo de la Momia del Plomo, informa que el Departamento de Estado contrató al Dr. Schadel para la Universidad de Chile, en calidad de profesor-visitante de Antropología cultural. Se recuerda también en este folleto que el Museo Pedagógico de Chile facilitó tres oficinas al recién creado Centro.

Dentro de la Universidad de Chile, a fines de la década del 50, nos licenciarnos con una tesis de Prehistoria que fue dirigida por la Dra. Mostny y por el Dr. Oswald Menghin, distinguido prehistoriador austriaco, que residía en Buenos Aires y que había venido a Chile en 1957 y 1958 a hacer seminarios en el Centro de Estudios Antropológicos. Una vez licenciados, desde 1959, dictamos un curso de Prehistoria en la sección de Historia, cuando el historiador Guillermo Feliú Cruz era Decano de la Facultad. En ese mismo año, fuimos contratados por la Universidad Católica de Valparaíso para hacer clases de Prehistoria e Historia Antigua (1959-1961). En esos años, era Héctor Herrera Cajas el Director de la Escuela de Historia.

A comienzos de la década del 60, en diferentes universidades, había jóvenes especialistas que investigaban en arqueología y antropología e intentaban crear una docencia a nivel universitario. En 1962, nos reunimos tres profesores (Grete Mostny, Bernardo Berdichewsky y nosotros) y con el apoyo de la sección de Historia inauguramos una especialidad de Arqueología (“cursos de arqueología”). Recuerda Genaro Godoy años más tarde: “Desde hace varios años, y para ser más precisos, desde el Decanato de don Eugenio González Rojas, existe en nuestra Facultad un llamado ‘curso de Arqueología’. Este curso fue creado con el fin de dar a nuestros egresados de Historia que se trasladaban a ejercerla en provincias, un mediano bagaje de conocimientos que lo pusieran en condiciones de participar

en eventuales expediciones arqueológicas o en el ordenamiento de nuevos museos locales. Para este fin, se consultaban conocimientos básicos de Arqueología y Prehistoria chilena y americana”.

De esta manera, antes de iniciarse el proceso de Reforma en la Universidad de Chile, existían en ésta y también en otras universidades diferentes organizaciones de investigadores que trabajan en ellas y profesores que hacían clases de Antropología y Arqueología.

Así como en Santiago la presencia de la antropología norteamericana ayudaba a la formación de un Centro de Estudios Antropológicos, en Concepción se creaba a comienzos de la década del 60 el “centro de Antropología”, bajo el auspicio de la Unesco y con la participación de las investigadoras francesas Simone Gamelon y Annette Emperaire y de la chilena Zulema Seguel.

A su vez, en el Departamento de Historia de la Universidad de Chile el “curso de Arqueología”, que se formó en 1962, estaba bajo la influencia de diferentes escuelas(norteamericana, española, austríaca).

En el norte de Chile, en Arica, a fines de la década de 1950 un grupo de estudiosos, encabezados por Percy Dauelsberg, creaba un Museo Regional y se preocupaba de continuar la obra de Max Uhle y de Junius Bird. A su vez, en San Pedro de Atacama, como lo hemos recordado, un sacerdote jesuita, el padre Gustavo Le Paige, de nacionalidad belga, se dedicaba a hacer recolecciones arqueológicas, desde 1954 en adelante.

En 1961 y en 1963, se organizaron las dos primeras reuniones de arqueólogos nacionales y le cupo un papel importante en la organización de estos eventos científicos a la Universidad de Chile, como obviamente a las entidades regionales, tales como el Museo Regional de Arica y la Universidad del Norte de Antofagasta. Esta participación era el resultado de la activa actuación de los investigadores del Centro de Estudios Antropológicos y del Departamento de Historia.

LOS AÑOS DE LA REFORMA UNIVERSITARIA Y LA ORGANIZACIÓN ACADÉMICA DE LAS DISCIPLINAS ANTROPOLÓGICAS

Cuando el 2 de octubre de 1967, se aprobaron en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile las principales propuestas de la “Comisión de los 14”, es decir, la cesación del Consejo Superior de la Facultad, la supresión de los tres departamentos centrales y la renuncia de todos los jefes de sección y de escuelas, se abrió paso a un profundo proceso de cambios estructurales de carácter académico que deberían cumplirse antes del 30 de marzo de 1968. Como los Departamentos centrales reunían a las “secciones docentes” y a los centros e institutos de investigación, la supresión de aquéllos implicaba crear una nueva organización de la Facultad. Prontamente, el concepto de departamento adquirió

un valor superior; las antiguas secciones docentes, más los centros e institutos, se integrarían en éste y, por lo tanto, la docencia, la investigación y la extensión se realizarían bajo el alero departamental.

Sólo teniendo en cuenta estos conceptos de organización académica se pueden comprender los acuerdos tomados el 16 de mayo de 1969 por la comisión designada por el Consejo Superior de Filosofía y Educación e integrada por el Director del Departamento de Historia, por el Director de Sociología, por el Director de Psicología y por el representante de los investigadores. Esta comisión resolvió acerca de la integración del Centro de Estudios Antropológicos y las cátedras y cursos de antropología. Con fecha 4 de julio de 1968, el Decano de Filosofía informaba tanto al Director del Centro de Estudios Antropológicos como al Director de Historia que tres investigadores de arqueología se desempeñarían en el Departamento de Historia, con el 33% del presupuesto del Centro de Estudios Antropológicos.

La incorporación de la sección de Arqueología al Departamento de Historia, la adscripción del Instituto de Investigaciones Folclóricas a este mismo Departamento y la presencia de la docencia de arqueología desde 1962, permitió que se constituyese un importante grupo de académicos que, ya en 1968, publicaba una revista especializada, el "Boletín de Prehistoria de Chile", y que también comenzó a organizar una Licenciatura en Filosofía con mención en Prehistoria y Arqueología. Exactamente el 24 de enero de 1969, el profesor Genaro Godoy, Decano suplente de la Facultad, comunicaba al Rector de la Universidad de Chile, Profesor Ruy Barbosa P., "que el Consejo Superior de esta Facultad, en sesión celebrada el día 22 del mes en curso, acordó crear una nueva Licenciatura en Filosofía con mención en Prehistoria y Arqueología".

El 11 de marzo de 1969, a petición del Decano Hernán Ramírez, el profesor Godoy argumentaba en favor de la nueva licenciatura: "lo dicho anteriormente y el alto grado de especialización a que ha llegado nuestro curso de estudios arqueológicos, hacen muy aconsejable no seguir dilatando la creación de una nueva licenciatura... Hay constancia escrita de la labor de nuestros investigadores en numerosas publicaciones. Nuestra Facultad ha comenzado la publicación de un "Boletín" cuyo primer número ya ha visto la luz pública, fruto de la abnegada labor de nuestros docentes, investigadores y alumnos...". En lo que a la parte estrictamente técnica del currículum propuesto se refiere, señaló el Director del Departamento de Historia lo siguiente: "No se ha seguido la clásica división por años debido a varias razones:

1. El plan de Licenciatura de nuestra Facultad actualmente vigente consulta únicamente horas de clases para ser cursadas, sin indicación de años ni prioridades obligatorias.

2. Los plenarios de la convención de Reforma aprobaron por unanimidad las ponencias de la Comisión 3a., que tuvo el honor de presidir, en el sentido de que los planes de estudio deben ser flexibles y que deben eliminarse las trayectorias obligadas dentro de esos planes.

3. También se recomendó la institución de tutorías y asistencia docente a los alumnos. Todas estas condiciones se cumplen dentro de nuestro plan de estudios arqueológicos, cuyos docentes y alumnos trabajan dentro de una comunidad de ideas y actividades que pueden ser un ejemplo de convivencia universitaria".

Por último, el Director del Departamento de Historia mencionaba a los profesores y ayudantes que tendrían a su cargo la nueva licenciatura.

Todas las consideraciones recordadas más arriba muestran un aspecto desconocido en muchos trabajos dedicados a la Reforma, incluso en aquéllos que la justifican en plenitud: el ambiente académico de alto nivel que existía mientras se producían los cambios estructurales. Además, queda de manifiesto que una de nuestras hipótesis (la Reforma Universitaria tuvo aspectos constructivos, puesto que hizo posible la creación de nuevas carreras universitarias), resiste cualquier grado de contrastación documental puesto que los propios argumentos que justifican la creación de la licenciatura mencionan los conceptos y principios universitarios que existían en 1967 y 1968.

A través del decreto N° 3510 del 10 de abril de 1969, El Consejo Universitario aprobó por unanimidad la licenciatura propuesta por la Facultad.

El crecimiento de los estudios arqueológicos referidos a la decencia, en medio de este ambiente cultural reformista que consideramos una verdadera "subcultura universitaria", también puede demostrarse con los datos, uno de 1966 y otro de 1969. En el Boletín Informativo de la Facultad de Filosofía y Educación, de agosto de 1966, se señala que en la asignatura de arqueología que se impartía en la sección de Historia perteneciente al Departamento Central de Filosofía y Letras, había 13 alumnos matriculados. En el oficio N° 633, dirigido al Rector de la Universidad, que hacía referencia a la necesidad de suplementar el presupuesto de la Facultad para el segundo semestre de 1969, el decano Ramírez informaba sobre la matrícula, indicando que la especialidad de Arqueología tenía matriculados 81 alumnos.

En 1970, en el mes de diciembre, el Consejo Superior de la Universidad de Chile presidido por el Rector Boeninger, aprobó la creación del Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas y, también, la licenciatura de Antropología. El primer semestre de esta nueva licenciatura se inició en agosto de 1971 con 25 alumnos, que debían cumplir con los requisitos de la Prueba de Aptitud Académica.

Así, el nuevo Departamento, cuyo proyecto de creación fue organizado en el Departamento de Historia, reuniría en su seno todos los cursos de antropología

que se dictaban en diferentes departamentos, una parte del Centro de Estudios Antropológicos (antropología social y física), la licenciatura de Prehistoria y Arqueología, el Centro de Estudios Araucanos y el Instituto de Investigaciones Folclóricas.

Por decreto N° 277 del 28 de enero de 1971, transcrito por Waldo Suárez, Subsecretario del Ministerio de Educación Pública, se lee: "Suprímese desde el 1° de enero de 1971 el Centro de Estudios Antropológicos, dependiente del Departamento de Historia, en virtud del decreto del Ministerio de Educación N° 8628 del 18 de agosto de 1969". Luego, más adelante, se lee: "El personal que presta servicios en el Centro de Estudios Antropológicos, en las calidades y cargos expresados en incisos anteriores, continuará desempeñando las funciones que corresponden, de acuerdo a las mismas normas contenidas en este párrafo, en el Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología que se crea por este decreto".

A continuación, el decreto 277, firmado por el Presidente de la República, Salvador Allende, y su Ministro de Educación Pública, Mario Astorga, señala: "Créase el Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología, del cual pasará a depender el Centro de Estudios Araucanos", el que formaba parte de la Facultad desde el 17 de agosto de 1968. También el decreto menciona al Instituto de Investigaciones Folclóricas, que pertenecía al Departamento de Historia desde enero de 1969, pasando al nuevo Departamento de Antropología y Arqueología.

En un documento de junio de 1971, firmado por nosotros, se señala que el joven Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología discutía con interés los planes de estudio recién aprobados y los comparaba con los de la licenciatura de Prehistoria y Arqueología. Pero el documento también refleja bien las discusiones teóricas que se producían entre profesores, investigadores y estudiantes. Tras el fondo de la controversia ideológica y política nacional, que se expresaba en especial en las juventudes políticas universitarias, se producía un análisis crítico conceptual y epistemológico. Esta discusión nos conduciría a otro nivel de disputas de ideas: el papel que deberán cumplir las disciplinas antropológicas en la construcción de una sociedad. Pero, antes de conocer las posiciones de las antropologías marxistas y de las antropologías pluralistas y críticas, detengámonos en el ambiente de ideas que existía en junio de 1971 en los Departamentos de Ciencias Sociales y de Antropología.

Escribíamos "¿Qué deseamos, a qué aspiramos? Por nuestra parte, queremos, en primer lugar, expresar que hay varias fases en una investigación; ellas no pueden ser saltadas y de la misma manera hay varias metas; algunas modestas y otras más ambiciosas. La última de todas, que a veces no se logra en la vida de un investigador, es reconstruir en forma integral culturas y sociedades del pasado. Naturalmente que ella no puede ser sólo para permanecer en el pasado; hay algo

más. Aquí cada uno contestará de acuerdo a sus principios, a su filosofía, su visión del mundo. Nosotros creemos que el conocimiento de las experiencias humanas y sociales de las comunidades y culturas del pasado pueden ayudar a formar a los hombres y sociedades del presente; los enriquecerán y los harán observar mejor su presente. Estamos profundamente interrelacionados... Los jóvenes estudiantes y también nosotros no queremos vivir solamente en el Pasado, pero tampoco queremos vivir en un Presente aislado que no tiene sentido”.

Estos conceptos resumen una posición no marxista que pretendía ampliar el círculo de ideas que deberían manejar los estudiantes de ciencias sociales y, en especial, de antropología y de arqueología. La presión por participar en el quehacer diario del cambio social nublaba a veces la visión científica de estos grupos universitarios comprometidos con un modelo político.

La lectura de las revistas y, en general, de las publicaciones antropológicas nos presenta una línea de pensamiento que se incubaba principalmente en el Centro de Antropología de la Universidad de Concepción. Así, por ejemplo, en el N° 4 de la Revista “Rehue”, del año 1972, el editor, un especialista extranjero, escribía: “Es nuestro cuarto número y el primero salido desde la instauración del gobierno popular. Vivimos momentos definitorios, en un proceso fundamental para el destino del pueblo. Éste ha dejado un camino, el camino de la libertad, el camino de la eliminación de las bases de una sociedad cuyas normas de conducta estaban expresadas en el egoísmo, la alienación y la explotación... Nuestro compromiso intelectual con los hombres que están en la construcción del Chile Nuevo requiere integrarse a ellos mismos, y al mismo tiempo, realizar nuestra práctica social en nuestras actividades específicas. En el quehacer antropológico no se es revolucionario si no se es científico”. Otro artículo aparecido en este número, escrito por un arqueólogo chileno, se refería a la enseñanza de la arqueología: “esta se imparte en dos Universidades, Universidades de Chile, Santiago, y Universidad de Concepción. De la primera no tenemos ningún reflejo que nos permita suponer que allí no se navega por las viejas aguas de las concepciones burguesas de lo que se ha dado en denominar pomposamente teorías antropológicas. En la Universidad de Concepción, el materialismo histórico es empleado por varios profesores en sus cátedras, además los alumnos tienen un curso de marxismo y el Instituto de Antropología ha ratificado el principio de que no pueden haber ciencias del hombre como tales al margen del empleo creativo del materialismo histórico”.

Esta posición dogmática y alejada de un pensamiento crítico se insinuaba en varios lugares. Por ejemplo, en este mismo año 1972, CONICYT, al organizar el Primer Congreso de Científicos en Chile, dio a conocer algunos informes que mostraban la presencia de la teoría marxista y la voluntad y compromiso de algunos estudiosos “en la construcción del socialismo en Chile”.

Entre 1971 y 1973, a pesar de la existencia de diversas instituciones, incluyendo una Sede de la Universidad de Chile, en donde había presión ideológica de grupos que tenían el poder y que insistían en el valor científico de una filosofía, la Universidad de Chile, siendo fiel a su contexto pluralista y crítico, defendía el valor del compromiso con el trabajo científico y con la docencia respetuosa de todas las teorías.

Sin embargo, y a pesar de que lo expuesto formó parte de la realidad de esos años, ella no se agotaba en esta pugna ideológica. Entre el 11 y el 16 de octubre de 1971, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, se realizó el VI Congreso de Arqueología Chilena. Le correspondió al nuevo Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas organizar este importante evento científico, al que asistieron 8 investigadores extranjeros, 32 miembros de la Sociedad Chilena de Arqueología, 10 docentes del Departamento y 14 miembros de otras instituciones que presentaron trabajos, además de un nuevo grupo de estudiantes.

Este congreso y la publicación de sus Actas (589 páginas) fue posible, de nuevo, gracias al apoyo de las autoridades universitarias. El editor de esta publicación, Profesor Hans Niemayer, escribió: "La comisión Organizadora del VI Congreso de Arqueología Chilena y la Sociedad Chilena de Arqueología agradecen en forma especial al Sr. Rector de la Universidad de Chile, don Edgardo Boeninger, la acogida que dio al evento científico, tanto en lo que se refiere a la prestación de local y equipos, como al financiamiento para el desarrollo del congreso y ulteriormente a la publicación de las actas. Sin su consenso, difícilmente habría sido posible su materialización".

En la inauguración del Congreso, señalamos, retomando así una antigua reflexión: "Si la Arqueología tiene sentido pleno por ser una disciplina que estudia las culturas y sociedades del pasado, lo tiene incluso más si se piensa en la doble necesidad individual y social de conocer el pasado, por una parte para situar la persona humana y los grupos sociales en el devenir, en su exacta relación con el pasado y por otra para hacer uso científico de los resultados de las investigaciones del pasado humano y cultural, con el fin de alcanzar una comprensión más profunda del presente y, como una consecuencia legítima, para aportar en la conducción de nuestro más cercano futuro". Y, respondiendo a los extremos ideológicos, enfatizamos que "rechazamos enérgicamente por igual a aquéllos que sin conocer el pasado social y cultural le vuelven la espalda o lo desprecian pero tampoco estamos de acuerdo con aquéllos que se refugian en el pasado para desconocer los problemas del presente".

En pleno gobierno de la Unidad Popular, dentro de los problemas de la institucionalización de la Reforma, con disputas ideológicas y políticas, se podía, sin embargo, organizar un "logos" científico y académico, que era aceptado por todos como base de una discusión racional y crítica.

Cuando en 1982, en un libro dedicado a las teorías de la arqueología chilena, reflexionábamos sobre las influencias ideológicas en el quehacer de los investigadores, desarrollamos algunas hipótesis que apuntaban a mostrar cómo modelos políticos y económicos perturbaban, a veces, las labores de la arqueología y de la antropología. Pero, es justo confesarlo, no “vimos” las relaciones que se produjeron en los años 1967 y 1971 entre las nuevas estructuras de la Universidad y el desarrollo institucional de las ciencias antropológicas.

La hipótesis de considerar el ambiente universitario de esos años como una “subcultura de la Reforma” nos permitió, ahora, explicar como en ese nuevo contexto cultural y social universitario, se organizaron nuevas instituciones, se entrelazaron antiguas funciones académicas, las que hicieron posible, a su vez, nuevas experiencias de docencia, de investigación y de extensión.

La pugna política, la conquista por el poder en la universidad, especialmente ejemplificada por las actuaciones de las juventudes políticas, no fue sin embargo, de acuerdo a nuestra interpretación, la principal característica de esta subcultura. Esta no fue sólo una sociedad movida por ansias de poder, por actitudes demagógicas e incluso irreflexivas, como lo escribieron algunos por esos años. Para mencionar a un respetado crítico de la Reforma, recordemos que Jorge Millas se quejó, en su artículo sobre el Referendum de 1968, de un cierto auge de la demagogia y de una postura dogmática para imponer, según él, un estilo de vida universitario. Protestó con razón, porque en las declaraciones de principios de la Universidad de Chile, que se enfrentaban en el referendum, se le daba a ella una función política revolucionaria, reñida con la pluralidad de concepciones y de teorías que debería cultivar.

Pero hemos intentado probar que hubo, en estos años, mucho más que irreflexión y dogmatismo, mucho más que ansias de conquistar el poder universitario para ponerlo al servicio del modelo revolucionario marxista. Se intentó, y en buena parte se logró, hacer más libre, más autónoma a la universidad y también –sin que hubiese contradicción– hubo esfuerzos serios para vincularla más con la sociedad nacional, que hacía esfuerzos por transformarse y modernizarse, modificando incluso algunas de sus estructuras económicas, culturales y políticas. Muchos universitarios, posiblemente la mayoría, se esforzaron por hacer docencia e investigación de alto nivel y de cumplir con demandas de extensión que vinculaban la universidad con la nación. Ellos, sin embargo, rechazaron el compromiso político con un gobierno determinado, con un modelo ideológico que se manejaba desde el poder. Esta actitud, plenamente universitaria, no comprendida a veces por aquellos años, es ahora ampliamente aceptada, luego de vivir la experiencia del gobierno militar (1973-1989).

El ambiente cultural, en especial de los años 1967, 1968 y 1969, permitió la consolidación de un tipo de pensamiento creador, crítico y pluralista, hizo posible

cambios estructurales, creaciones académicas valiosas y, lo que nos parece muy importante, permitió levantar un edificio institucional universitario que resistió parcialmente terremotos políticos posteriores a esos años.

Es nuestra conclusión que si la Universidad de Chile resistió el gobierno de los Rectores-Delegados, a pesar de las complejas experiencias sufridas, fue porque la Reforma le dio una capacidad reflexiva crítica, una estructura departamental sólida, algunas instituciones de coordinación valiosas (Departamento de Investigaciones) y una conciencia de participación a sus académicos en el quehacer de los organismos universitarios.

Dentro de esta compleja realidad cultural, las disciplinas del hombre y ciencias sociales desarrollaron una labor académica maciza, hasta que el flujo de la autonomía fue interrumpido. Resistieron gracias a la presencia de algunos académicos de buen nivel, al espíritu reflexivo y crítico que hemos mencionado y que permaneció en la organización departamental.

Es probable que las instituciones universitarias relacionadas con las ciencias del hombre hubiesen alcanzado un cierto desarrollo, de acuerdo al proceso que se vislumbra en la década del 50. Pero también es legítima nuestra interpretación que expone que los años de la Reforma produjeron un efecto "mutacional" positivo, un verdadero salto cuantitativo y cualitativo en la evolución institucional de la arqueología y la antropología. La acción de algunas individualidades se conjugó con el movimiento social universitario. Así el proceso organizacional se aceleró y posiblemente se saltó algunas etapas. Igualmente la intervención militar en las Universidades fue un freno en el desarrollo de las ciencias antropológicas y sociales. Los experimentos que se hicieron, entre los cuales recordamos la reunión de la Antropología, Arqueología y Sociología en un solo Departamento, provocaron retrocesos importantes.

Estos ejemplos detallados obtenidos de nuestra experiencia en la Universidad de Chile (reducción de jornadas completas; expulsión de académicos; reducción de presupuestos) pueden multiplicarse en todas las Universidades del país. Obviamente que la situación más difícil se vivió en la década de 1970 (1973-1979) en donde la meta número uno era salvar la institucionalidad antropológica y proteger la permanencia de los arqueólogos en sus puestos de trabajo.

Este contexto puede explicar las contradicciones que se produjeron entre diferentes grupos de especialistas en 1975 cuando se discutió sobre la oportunidad de hacer o no una reunión científica, cuando estaba en su punto más alto la persecución ideológica. Nosotros, a nombre de la Universidad de Chile, recomendamos que no se hiciese la reunión; creemos sinceramente que contribuimos a salvar la institucionalidad de nuestra disciplina y la libertad de muchos arqueólogos (incluso a costa de la pérdida de nuestra libertad).

1. *Percy Dauelsberg (1930-1994)*

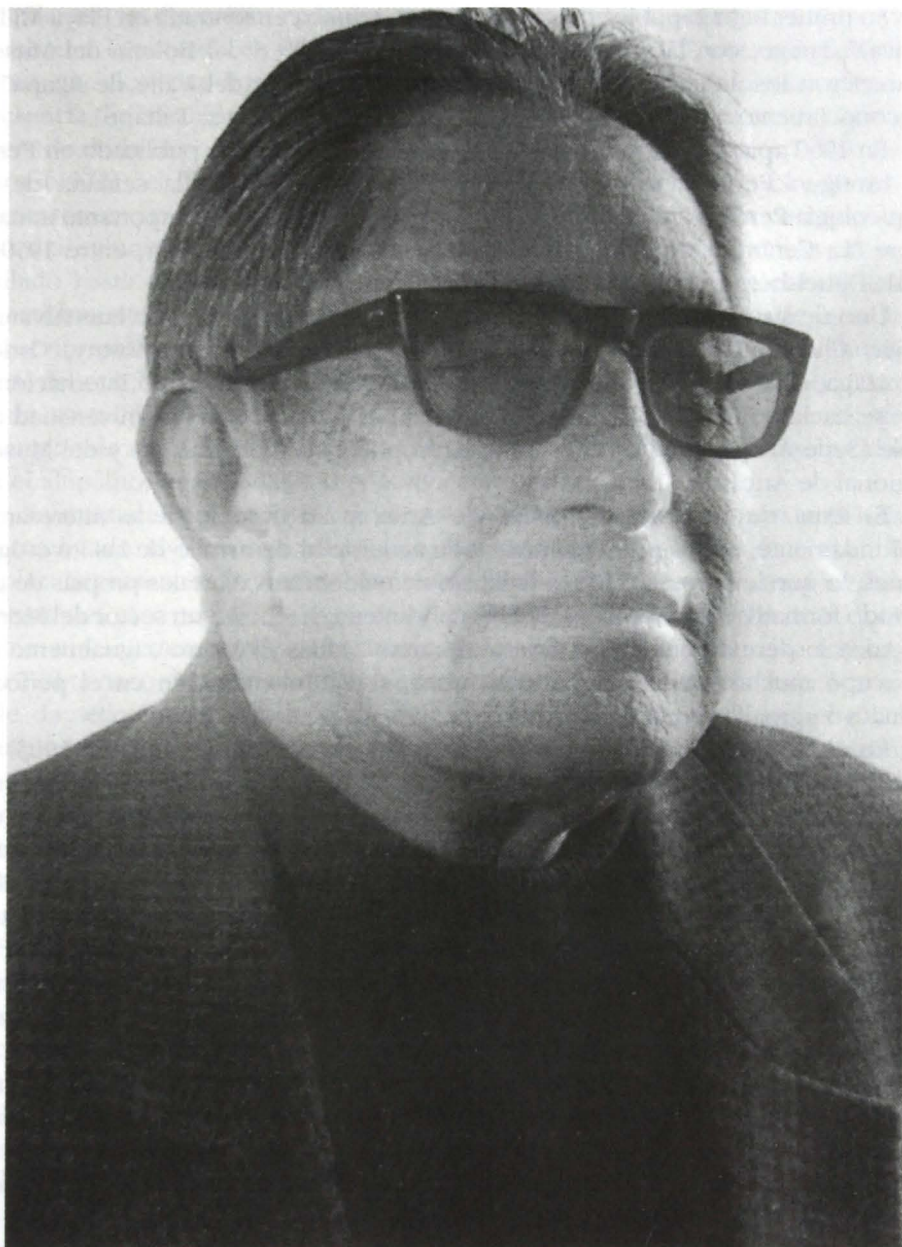
Me mencionaron por primera vez el nombre de Percy Dauelsberg a fines de la década de 1950. Primero fue un distinguido abogado, Humberto Cifuentes, quien vivió en Arica y conoció a la familia Dauelsberg; luego ya en contacto con algunos arqueólogos tanto en el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile como en el Museo Arqueológico de La Serena, volvieron a hablarme de la labor que comenzaba a hacer el grupo de estudiosos del Museo Regional de Arica, museo particular hecho gracias a sus esfuerzos investigativos.

En 1960 llegaron los primeros Boletines del Museo a Santiago, hechos en forma artesanal, que contenían las descripciones iniciales de sus excavaciones. Algunos años más tarde, en 1963, nos encontramos en el Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama. Recuerdo que llegó una vez comenzado el Congreso; venía acompañado de Luis Álvarez. Su demora estaba plenamente justificada; habían acampado en Chiu-Chiu y excavado algunas tumbas no saqueadas.

Percy Dauelsberg nació el 24 de febrero de 1930, terminó sus estudios de enseñanza media en el Colegio Alemán de Valparaíso. No estudió en la Universidad, pero sí fue profesor universitario. Tenemos el orgullo, en la Universidad de Chile, de haber sido los primeros en pedirle que nos dictase un curso sobre la arqueología de Arica, a comienzos de la década del 60. Varios de los actuales arqueólogos chilenos fueron sus alumnos; las clases se dictaron en una sala del Centro de Estudios Antropológicos, en la calle Ejército. Luego hizo clases por muchos años en la Sede de la Universidad de Chile en Arica, en la Universidad del Norte y en la Universidad de Tarapacá, desde 1981.

Desde 1959 hasta los comienzos de la década de 1990, Dauelsberg dominó con sus trabajos de campo y sus publicaciones al medio científico y universitario de Arica; obviamente que en los últimos años sus actividades universitarias disminuyeron debido a su penosa enfermedad, pero su espíritu nunca se rindió y continuó trabajando especialmente en una traducción de las obras de Max Uhle, a quien admiró y estudió siempre. En 1987 cuando fue becado a Berlín, al Instituto Americanista, pudo conocer los archivos de Uhle e iniciar la importante labor de traducir estos manuscritos.

El Boletín del Museo Regional de Arica (conocemos seis números) apareció por primera vez en el mes de octubre de 1959; su Director fue Sergio Chacón. Con este número se inició la serie de publicaciones sobre la Arqueología ariqueña que hizo Dauelsberg. En 1994 se reeditó en los números 11 y 12 de "Diálogo Andino" la "Prehistoria de Arica", que había aparecido en el Nº 1 de esta revista en 1982. Así su obra, sus publicaciones abarcaron 35 años, toda relacionada con su tierra, con sus valles, su sierra y su costa.



Percy Dauelsberg (1930-1994)

Su primer trabajo publicado se refirió a “una tumba encontrada en Playa Miller (Arica)”. Luego, con la misma fecha de 1959, en el Nº 3 del Boletín del Museo aparecieron los artículos: “Contribución a la arqueología del Valle de Azapa” y “Reconocimiento arqueológico del Valle de Camarones: Cuya, Taltape”.

En 1960 aparecieron 4 trabajos más, uno de los cuales fue publicado en Perú, en “Antiguo Perú, espacio y tiempo, trabajo presentado a la semana de la Arqueología Peruana, noviembre de 1959”. En 1961 apareció su importante trabajo sobre “La Cerámica de Arica y su situación cronológica”. Es decir, entre 1959 y 1961, Dauelsberg publicó 9 contribuciones científicas.

Uno de sus trabajos, publicado en 1961, apareció junto a los de Luis Álvarez, Sergio Chacón, Guillermo Foccaci, Gustavo Le Paige, Grete Mostny, Carlos Munizaga, etc.; se trataba de las Actas del Primer Congreso de tipo internacional que se hacía en Chile, sobre arqueología bajo el patrocinio de la Universidad de Chile (Sede Arica y Centro de Estudios Antropológicos de Santiago) y del Museo Regional de Arica.

El tema de las fases culturales de Arica y su cronología le interesaron profundamente; en los primeros años y de acuerdo al desarrollo de las investigaciones, lo que le preocupó fue el hallazgo de evidencias culturales propias de un período formativo o temprano; así el descubrimiento hecho en un sector del Morro de Arica le permitió crear una fase temprana: “Faldas El Morro”, igualmente se preocupó mucho por el sitio Alto Ramírez, situándolo también en el período formativo agroalfarero.

En el Congreso Internacional de San Pedro de Atacama (enero de 1963) le escuché disertar sobre los hallazgos de tumbas hechos en las faldas del Morro de Arica, del tipo de alfarería con desgrasante vegetal y de una tableta de madera en forma de riñón. Sólo en 1985, en la Revista Chungará Nº 14 apareció la monografía “El complejo arqueológico del Morro de Arica”. En este trabajo Dauelsberg escribe “que Faldas del Morro viene de una tradición marítima y recibe elementos culturales nuevos que lo tipifican como es la cerámica con desgrasante vegetal, la metalurgia del oro y cobre, los tejidos de urdiembre y trama y el uso del turbante en base a hilos teñidos y abultados, el complejo alucinógeno, las calabazas pirograbadas, etc.

Estos nuevos elementos son propios de esta fase y del agroalfarero temprano de los valles bajos”. Sobre su cronología, aunque no tiene un fechado radiocarbónico, señala que debe situarse hacia el 800 a 900 antes de nuestra era.

Otro tema relacionado también con los períodos agroalfareros fue su constante preocupación por la influencia de Tiwanaku en los valles ariqueños.

La presencia de artefactos tiwanakus en diferentes sitios arqueológicos de la Provincia de Tarapacá (I Región) fue estudiada muy seriamente por Dauelsberg y también por otro de sus colegas, el arqueólogo Foccaci.

Ya en la discusión epistolar que tiene con el arqueólogo peruano Luis Lumbreras (publicada en Chungará Nº 1, noviembre de 1972) nuestro arqueólogo sabía que los estudiosos que él lideraba habían encontrado claramente la presencia de Tiwanaku en los cementerios de Arica “en forma tan intensa que deja fuera de duda la posibilidad que ella se deba a una simple intrusión”. Hasta esos años (1972) “el Tiawanaco aparece en los valles y no se ha ubicado en los cementerios que se encuentran en el litoral. Los exponentes en la sierra son muy escasos, salvo unos fragmentos bastantes aislados; en el altiplano aún no se ha hallado hasta el momento”. En la discusión con Lumbreras, Dauelsberg insiste “efectivamente los asentamientos agrícolas de influencia tiahuanacoide se encuentran principalmente en los valles. En Azapa, los más cercanos se encuentran a 5 kms. del mar, y los más lejanos se encuentran aproximadamente a unos 30 kms. de la costa. Su ubicación puede ser caprichosa y se desprende claramente la intención de aprovechar los recursos de agua para los cultivos que no se producen en el altiplano, una modalidad aún viva en nuestra zona”.

Para Dauelsberg “todo el comienzo agroalfarero de nuestra zona está íntimamente ligado al formativo altiplánico (Huancarani), que baja a la costa... Esto explica la presencia de gruesos mantos de lana, los turbantes, en cierta medida, y los grandes canastos, que seguramente se utilizaban para la cosecha de la quinoa, como aún lo conservan los chipayas actualmente en el altiplano... La expansión del Tiahuanaco en la zona de Huancarani termina por absorberla, baja a la costa y le da sello inconfundible. El Tiahuanaco en un momento dado debe haber presentado una gran unidad política y esto se nota en el gran intercambio costa-altiplano. Es el momento en que aparecen los tipos Tiahuanaco Clásico, Loreto Viejo, Cabusa, Sobraya... Luego la unidad política afloja y al parecer empieza el desarrollo local en un comienzo ligado aún a las costumbres altiplánicas, como Chiribaya y las Maitas que llegan a su fin en el San Miguel”.

Posteriormente, en el 45º Congreso Internacional de Americanistas (Bogotá, 1985) lo escuché exponer sobre el desarrollo regional de los valles costeros del norte de Chile: se refirió en especial al período Medio y a las fases Cabuza, Las Maytas, Loreto Viejo y San Miguel Temprano, reconociendo en Loreto Viejo, con fechas de 956 y 1176 d.C., “una cerámica tipo tiwanaku originaria del altiplano”. Asociada con esta cerámica intrusiva se destacan el gorro de cuatro puntas policromas, la cuchara de mango ancho con decoración incisa y tallada y bordes aserrados, tejidos ricamente bordados con figuras escalonadas, antropomorfas y policromas, cestería decorada, calabazas pirograbadas y zamponas. Generalmente los sitios con este tipo de cerámicas se encuentran totalmente saqueados. El tipo Loreto Viejo, se compone, según Dauelsberg, de ejemplares “de diferentes fases desde el clásico hasta el expansivo tardíos”. Posiblemente esta cerámica corresponde “a colonos altiplánicos que se asientan en estos valles para explotarlos

agricolamente". "Otra explicación podía ser la introducción de estas piezas de origen altiplánico por intercambio directo".

Con relación a Cabuza escribe que "lo que no se sabe es su origen" si es una continuación de la fase Alto Ramírez, insuficientemente conocida, o si se trata de un asentamiento de origen altiplánico que introduce una agricultura intensiva y forma la población local...".

Entonces, Dauelsberg postula que el desarrollo local de Arica no debería empezar con el San Miguel, sino con Cabuza hacia el 400 d.C. Este desarrollo local alcanzaría con Gentilar "su máxima expresión cultural y económica".

Ahora bien, la fecha que se redondea hacia el 400 d.C., lleva a considerar la población Cabuza como altiplánica pero pretiwanaku. La asociación de Cabuza define cucharas de mango ancho y plana; tejidos listados con una urdiembre flotante, gorro de cuatro puntas, bolsas, fajas, escasas tabletas de rapé, máscaras de felino, zamponas, brochas, anillos y brazaletes de metal; la cestería es decorada con elementos geométricos; las calabazas son frecuentes y con una decoración pirograbada. Es obvio, entonces, que como resultado de la creciente hegemonía de Tiwanaku, sería incorporada la población Cabuza al dominio "del gran Estado altiplánico". En el trabajo firmado también por José Berenguer (1989), nos recuerda que los materiales de Loreto Viejo corresponderían al sector dirigente Tiwanaku, y nos agrega que "con la fase Maytas ya no se puede hablar en Arica de enclaves sino de "colonias Tiwanaku". Esto ocurrió entre el 700 y 1100 d.C.

Otro de los temas que interesaron a Dauelsberg fue el estudio y conocimiento de los cazadores andinos del período preagroalfarero. Recordemos que en su trabajo escrito en 1968 y publicado en 1972 sobre la "Arqueología del Departamento de Arica" escribió que se sabía muy poco de ellos y recomendaba investigar sobre el tema. Ya en 1983 publicó en Chungará Nº 11 su informe sobre el alero Tojo-Tojone, situado al sur del pueblo de Belén. Los materiales culturales fueron fechados entre el 1790 a.C. y el 7630 a.C. Lamentablemente la fecha más antigua tenía sigmas muy amplios (+1950 - 1540) lo que le daba inseguridad a su término medio; sin embargo Dauelsberg estimó que el VIII milenio era un tiempo probable para sus cazadores arcaicos caracterizados por sus puntas lanceoladas.

Otro yacimiento que estudió junto a C. Santoro fue la cueva de Hakenassa, situada en la puna seca, que presenta diferentes niveles de ocupaciones arcaicas: temprana, media y tardía.

Por último no olvidemos que en 1985 Dauelsberg coordinó el Simposio sobre "Movilidad y subsistencia en las sociedades arcaicas" en el X Congreso de Arqueología Chilena, que se efectuó en Arica (Chungará N°s 16 y 17 - octubre, 1986).

Es también interesante recordar que los números 19 y 20 de la Revista Chungará fueron dirigidos por Dauelsberg; además perteneció por mucho tiempo en el Comité Editor.

Resumiendo sus múltiples actividades en la Arqueología de nuestro país podemos precisar que fue un riguroso arqueólogo de campo que se interesó siempre por dar a conocer los contextos culturales de los sitios que excavó. Si en un primer momento sus trabajos insistieron en los conjuntos alfareros excavados en los diferentes cementerios de Arica, muy pronto todos ellos formaron parte de unidades culturales más complejas que denominó fases. Así su esfuerzo mayor, además del estudio de los contextos, privilegiando los tipos alfareros, se concentró en organizar los cuadros cronológicos del desarrollo cultural de la primera región. En este sentido continuó y enriqueció los trabajos de Uhle y Bird; no olvidando nunca mencionarlos e insistir en el valor científico de ellos.

Dauelsberg fue un artífice de las secuencias cronológicas en Arica. Trabajó con acuciosidad los aportes de Uhle y Bird; así, por ejemplo, en un trabajo de 1985 (45 Congreso de Americanistas en Colombia) nos comenta que "Bird no repara que los tejidos del depósito Black Refuse en Punta Pichalo corresponden por sus tejidos a la fase Cabuza del período medio". Esto situaría el segundo período agroalfarero (Pichalo IV o Black Refuse) hacia el 380 d.C., lo que no significa que haya comenzado exactamente por esos años.

En el citado trabajo de 1985 insiste en un cambio de secuencia que no ha sido debidamente comentado: iniciar el período del desarrollo local con Cabuza hacia el 400 d.C. ¿Qué quiso decirnos Dauelsberg?; que un asentamiento de origen altiplánico, que introdujo una agricultura intensiva, originó una población local y que a partir de ella debe observarse el desarrollo cultural propio de Arica. Así no sólo habrá una cultura bien definida a partir de San Miguel sino que antes que se inicie la influencia Tiwanaku. Entonces podríamos hipotetizar que Dauelsberg configuró una gran cultura (de Arica) con fases temprana, media y tardía, en donde Tiwanaku caracteriza el período medio de esta cultura y no sería por lo tanto lo único que existe en la fase media. Acaso sería, entonces, conveniente no hablar más de "desarrollos regionales", y sí hablar de fase tardía de la Cultura Arica incluyendo San Miguel, Gentilar y Pocomá. Las fases de Chilpe y Saxamar corresponderían a los comienzos del período Inca.

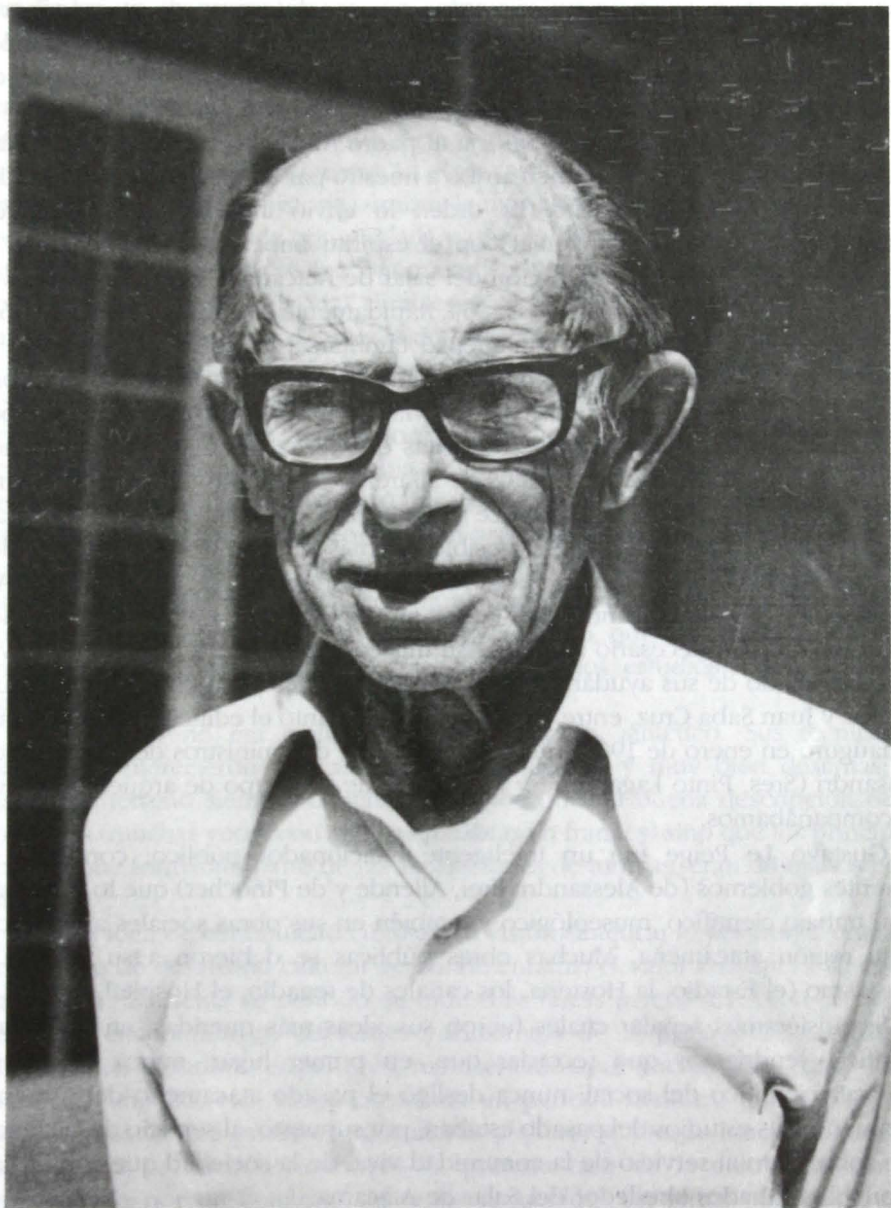
Lo que nos parece indiscutible en toda esta reflexión hipotética que hemos hecho es que a Dauelsberg le interesaba "revisar el concepto de Desarrollo Local"; el nombre lo consideraba insuficiente y su situación cronológica equivocada. Él vio "una continuidad clara en forma y decoración desde el Cabuza al San Miguel Temprano".

2. *El padre Gustavo Le Paige S.J. (1903-1980)*

Recordar al padre Gustavo Le Paige es recordar también los comienzos de mi interés por la arqueología de Chile y en especial del norte. En 1959, en enero de ese año acompañamos a la Dra. Grete Mostny a hacer una excavación cerca de Chiu-Chiu. Luego de una semana de trabajos en un alero que entregó materiales agroalfareros, fuimos a conocer el pueblo de San Pedro de Atacama y al padre Gustavo Le Paige. Fue un día muy interesante, tuve la oportunidad de estar frente a una fuerte personalidad, apasionada por su trabajo religioso y también por su quehacer arqueológico; él además había formado en los últimos años una interesante colección de restos arqueológicos de los Ayllus de San Pedro de Atacama y de las regiones aledañas. Recién estaba escribiendo sus primeros informes: uno ya enviado a la Revista Universitaria de la Universidad Católica de Santiago sobre las "antiguas culturas atacameñas en la cordillera atacameña" y un segundo referido a la "época neolítica" de estas antiguas culturas atacameñas. Tengo presente el ofrecimiento que le hice de llevar su manuscrito a la Universidad Católica de Valparaíso e intentar publicarlo en los Anales de esta Universidad. Él me confió su preciado texto y en 1959 se publicó en la Universidad Católica de Valparaíso*. Así comenzó una intensa relación con el padre que no estuvo exenta de discusiones y críticas mutuas, sobre todo en el plano de la interpretación de los hechos, de la realidad arqueológica que él daba a conocer. Sin embargo, su interés también profundo por el pensamiento del gran paleontólogo, prehistoriador y pensador jesuita Pierre Teilhard de Chardín era compartido por nosotros.

El padre jesuita Gustavo Le Paige era oriundo de Tilleur, cerca de Lieja, en Bélgica, habiendo nacido el 24 de noviembre de 1903. Su familia, tanto por parte de su madre como de su padre, era noble no sólo desde el punto de vista social, sino también académico y científico. Tuvo Le Paige dos abuelos rectores de universidades y especialistas, el uno en matemáticas y astronomía y el otro en geología. En este ambiente familiar y científico muy selecto, Gustavo Le Paige escogió entrar a la orden de los jesuitas, mostrando su profunda vocación católica, pero también manifestando su interés, cada vez más creciente, con el transcurrir de los años con el mundo nativo. En la misión de Vivango, en el Congo de Bélgica (1928-1931 y luego 1936-1952) se relacionó con las comunidades nativas y sus complejos culturales, tan diferentes a la occidental europea. Recuerdo que hacia comienzos de la década de 1960, en San Pedro de Atacama, en su muy modesta oficina de párroco y arqueólogo me contó algo de su experiencia en el Congo Belga, en la misión de Yasa. Además sus cuadros pintados por él de diferentes escenas de la vida de los nativos del Congo Belga, en donde predominaban los

*"Antiguas Culturas Atacameñas en la Cordillera Atacameña. Época Neolítica". Anales de la U. Católica de Valparaíso, N^{os} 4-5; 1957-1958.



Gustavo Le Paige S.J. (1903-1980)

Director fundador del Museo Arqueológico de San Pedro de Atacama

niños, servían de escenario a sus recuerdos, a veces dolorosos, de su experiencia como misionero. Hacia 1952 el padre Gustavo Le Paige fue alejado de la misión, en donde era el Superior; se le criticó su manera de cristianizar a los nativos, de enseñar respetando profundamente las costumbres de aquellos.

Así llegó a Chile, en donde conocía al padre Alberto Hurtado, pero con tan mala suerte que el mismo año de su arribo a nuestro país falleció el padre Hurtado, fundador del Hogar de Cristo. La orden lo envió al norte, al mineral de Chuquicamata. No pudo congeniar con el espíritu impersonal, industrial de la Empresa Minera. Miró hacia la región del salar de Atacama y logró su traslado al pueblo de San Pedro de Atacama, en 1954. Rápidamente se encariñó con la región, con la gente (los atacameños) y comenzó también a estudiar la historia de la región. Convocó a su alrededor a muchos niños, quienes lo ayudaron a descubrir yacimientos arqueológicos. Cada vez que viajaba a San Pedro de Atacama, por una o dos semanas, fui testigo de las visitas que le hacían diferentes lugareños trayéndole "puntas de flechas", restos de alfarería, o sólo información de alguna tumba antigua localizada. Gustavo Le Paige partía inmediatamente a verificar, tomaba notas, dibujaba y, si era posible además de recolectar los materiales superficiales, excavaba. Muchas veces tuve la oportunidad de acompañarlo. Así año tras año recopiló tal cantidad de restos arqueológicos, de diferentes períodos culturales, que fue necesario ampliarle su museo y luego construirle uno nuevo. El, acompañado de sus ayudantes de la región (Manuel Aban López, Héctor Luis Ramírez y Juan Saba Cruz, entre otros), diseñó y levantó el edificio del Museo que se inauguró en enero de 1963 ante la presencia de dos ministros del gobierno de Alessandri (Sres. Pinto Lagarrigue y Philippi) y de un grupo de arqueólogos que lo acompañábamos.

Gustavo Le Paige fue un inteligente relacionador público; convenció a diferentes gobiernos (de Alessandri, Frei, Allende y de Pinochet) que lo ayudarán en su trabajo científico, museológico y también en sus obras sociales a beneficio de su región atacameña. Muchas obras públicas se debieron a su empuje y entusiasmo (el Estadio, la Hostería, los canales de regadío, el Hospital, etc.).

Si quisiéramos señalar cuales fueron sus ideas más queridas, en su trabajo científico, tendríamos que recordar que, en primer lugar, nunca separó su quehacer científico del social; nunca desligó el pasado atacameño del presente atacameño. Sus estudios del pasado estaban, por supuesto, al servicio de la ciencia pero sobre todo al servicio de la comunidad viva, de la sociedad que constituían los pueblos situados alrededor del Salar de Atacama.

Esta idea básica que relacionaba profundamente el pasado y el presente, lo llevó a defender con fuerza su concepto de cultura atacameña. Para ser justo, a él nunca le agradó que los arqueólogos le cambiáramos nombre a su cultura (cultura

San Pedro de Atacama); una de las primeras discrepancias serias que tuvimos comenzó por esta causa; con los años he aprendido a comprender sus razones.

Así su concepto de continuidad social y cultural fue muy importante. Este concepto se unió con una teoría evolucionista, que enfatizaba la profunda unidad cultural de los primeros ocupantes de la región (cazadores y recolectores) con los posteriores agricultores y alfareros. La etnia atacameña era una sola, que tenía una profunda historia (y prehistoria), quizás la más antigua de Chile (llegó a defender fechas de 30.000 años de antigüedad) y que evolucionando pasó por diferentes estadios culturales, sociales y económicos, hasta alcanzar su realidad actual. Este concepto evolucionista tuvo las características de la unilinealidad; por esta razón su comprensión y análisis del medio ambiente natural fue también muy importante; las comunidades prehistóricas, más antiguas, debían entenderse en su medio geográfico e incluso geológico; la continuidad de la cultura atacameña también podrá ser explicada por el entorno natural (clima, formas del relieve). Era una ocupación permanente que se había originado en un clima desértico, a lo sumo de oasis, en altura (sobre los 2.400 mts. de altura) lo que configuraba respuestas parecidas tanto en el pasado como en el presente. Por supuesto que conocía los grandes cambios que se habían producido en el pasado geológico y a veces intentaba relacionarlos, incluso, con muy antiguas ocupaciones humanas (mandíbula fósil). Lo interesante era su visión de conjunto, que una y otra vez exponía en sus trabajos, insistiendo que dejaba a otros los estudios más eruditos, de detalles.

Su método no era analítico, era, en cambio, sintético. Sus técnicas de excavación merecieron críticas, pero eran efectivas y muy bien descritas; sus diarios de terreno siempre contaron no sólo con una buena descripción de los contextos (muchas veces con algunas palabras en francés) sino que los principales objetos, que formaban parte de las asociaciones de tumbas, eran dibujados por él mismo.

Así su idea de continuidad cultural, su visión sintética, lo llevaron a organizar un modelo de desarrollo cultural de donde enfatizó el valor creador de la cultura atacameña. Ella tenía su período de industrias líticas paleolíticas (con las hachas de mano encontrada en diferentes yacimientos de la puna y de las pampas salitreras) de cazadores superiores, representados por yacimientos como Tulán, Puripica, Tambillo, etc.; luego postulaba un período neolítico que explicaba el paso de cazadores a primeros agricultores y alfareros. Desde mucho antes de la era cristiana se iniciaba, entonces, la primera fase de la cultura atacameña, representada por un conjunto de restos arqueológicos, todos pertenecientes a tumbas, en donde restos de alfarería roja eran un indicador relevante. Luego, según su interpretación, varios restos evolucionaban para configurar una nueva fase de la cultura, ahora caracterizada por la alfarería "negra pulida". Esta fase

clásica, para Le Paige era muy importante; se había iniciado hacia el 300 d.C., y tendría artefactos culturales que luego serían considerados perteneciente a la civilización de Tiwanaku (o Tiahuanaco). Gustavo Le Paige, en este aspecto de su interpretación continuaba con las ideas de Max Uhle y Ricardo Latcham que habían difundido el aporte de los atacameños a la formación de la civilización altiplánica. Luego hacia el 700 d.C., se producía una nueva fase en donde había un nuevo cambio alfarero (negra casi pulida), para finalmente pasar hacia el 1200 d.C., una fase preinca, caracterizada por la alfarería "concho de vino". Hacia el 1470 d.C., comenzarán a llegar los Incas y construirían el Tambo de Catarpe, centro administrativo que controlaba la región. Cuando Francisco de Aguirre en 1540 llegó a San Pedro de Atacama, por orden de Pedro de Valdivia, se tomó el Pucara de Quito, destruyendo la resistencia atacameña. Así comenzaría una larga vida de deterioro de los atacameños, con algunos alzamientos en contra del poder español, que no tuvieron éxito permanente. La etnia perdió su lengua, pero conservó algunas costumbres, algunas creencias, resistiéndose a morir.

Gustavo Le Paige hasta su muerte (1980) intentó enriquecer la vida de los pobladores de San Pedro de Atacama y sus alrededores. Tuvo éxitos y fracasos, tuvo amigos y detractores, pero nadie puede negarle su amor por la tierra y los hombres de la Puna de Atacama.

En sus trabajos científicos alcanzó grandes éxitos y también fue criticado. Pero, igualmente, nadie puede negar que su obra es permanente, que San Pedro de Atacama es conocido por sus trabajos, especialmente de excavaciones de tumbas y la construcción del Museo.

Por muchos años los trabajos arqueológicos giraron alrededor de los descubrimientos de Le Paige. Nuestros trabajos y de otros arqueólogos pudieron hacerse a partir de los materiales culturales exhumados por Le Paige. Más allá de las críticas a sus métodos y teorías, no se puede dejar de reconocer que Gustavo Le Paige es el recreador de la arqueología atacameña. Luego de Ricardo Latcham, quien escribió su excelente "Arqueología Atacameña" en 1938, Le Paige nos descubrió el mundo de los cazadores y recolectores, le dio profundidad cronológica a estos primeros ocupantes de la Puna (más allá que aun no se hayan verificado sus antiguas fechas); postuló una continuidad de desarrollo cultural para la región, dándole cohesión a su interpretación personal y sin lugar a dudas entregó a los arqueólogos un universo de materiales culturales para ser estudiados e interpretados con nuevas técnicas y teorías.

CONCLUSIONES

Una manera de redactar las conclusiones del presente libro, referido a la Historia de la disciplina arqueológica chilena, sería resumir lo ya expuesto y enfatizar las líneas de desarrollo, que no siempre pueden ser expuestas en el conjunto de los datos.

Aunque nosotros no seguiremos estrictamente este camino, puesto que trataremos de plantear en estas últimas páginas un tema de reflexión epistemológica, obviamente relacionado con todo lo escrito; tampoco dejaremos de exponer dos o tres conclusiones provisionarias que a su vez nos servirán de introducción al problema de fondo que desarrollaremos.

Desde que creamos, en 1963, en el Departamento de Historia de la Universidad de Chile, la docencia de Arqueología, y luego en 1969 la Licenciatura de Arqueología, se produjo una expansión en la participación de jóvenes investigadores. Y a pesar de las serias dificultades que se presentaron con la intervención del gobierno militar en las universidades chilenas, los nuevos licenciados, poco a poco, y sobre todo, desde 1980 en adelante, fueron contribuyendo con sus publicaciones al estudio del pasado prehistórico. También, antes de 1973, otras universidades (en Concepción y en Antofagasta) ayudaron a la formación de algunos arqueólogos. Sin embargo, el número mayor y más significativo surgió del Departamento de Arqueología y Antropología de la Universidad de Chile*.

La enseñanza impartida permitió también enriquecer la formación teórica, y no solamente práctica, de los nuevos arqueólogos, introduciendo las nuevas tendencias de la Arqueología Procesual y luego de la Postprocesual. Como hemos visto a lo largo de las páginas anteriores la discusión teórica nunca ha estado ausente en la arqueología chilena, incluso en aquellos períodos en donde dominaban los estudios e informes descriptivos. Con mayor razón, a partir del

*Es de justicia mencionar para la década de 1970 a los arqueólogos Carlos Thomas, Victoria Castro, Fernanda Falabella, María Teresa Planella, José Berenguer, Mario Rivera, Gonzalo Ampuero, Rubén Stehberg, Silvia Quevedo, Carlos Aldunate, Carlos Urrejola y Claudio Cristino. A su vez, en la década de 1980, tenemos entre otros, a Antonia Benavente, Mauricio Massone, Ximena Navarro, Claudio Massone, Luis Cornejo, Carlos Ocampo, Ana María Barón, Patricio Tudela y Rodrigo Sánchez. Igualmente, es necesario mencionar a Eugenio Aspillaga y a Claudio Paredes, que dirigidos por Juan Munizaga, se especializaron en Antropología Física.

Tercer Período y sobre todo en el Quinto Período, las monografías, los artículos publicados en las revistas especializadas y en las Actas de los Congresos Nacionales y Americanistas, han mostrado un abanico de interpretaciones sobre el pasado arqueológico de Chile que es digno de alabar. Con gran libertad ideológica y teórica, los diferentes arqueólogos han escrito acerca del pasado haciendo uso de diferentes modelos interpretativos y de diferentes técnicas y métodos de campo y de laboratorio.

En la arqueología chilena, a partir de 1960, se ha podido observar una organización más compleja de la disciplina, más institucional, en donde los museos y las universidades han jugado un papel importante, agregándose a ellas la Sociedad Chilena de Arqueología.

También, a partir de la década de 1980 y como subproducto de la enseñanza universitaria se produjo un aumento de los análisis de la cultura material y de los contextos arqueológicos desde la perspectiva simbólica, en sus variadas versiones. La pregunta por el significado de los restos y contextos arqueológicos es cada vez más frecuente. Entonces, se convierte en un lugar común, por ejemplo, tratar los contextos mortuorios a partir de preguntas que se refieren a situaciones de diferenciaciones sociales, étnicas, a concepciones del poder, a visualización de concepciones ideológicas que explican lo hecho y acontecido, etc.

Sin duda, que las maneras de ver, de explicar la cultura material del pasado se ha enriquecido con preguntas que van más allá de la tradicional relación entre medio ambiente físico y cultura o la explotación exitosa del territorio ocupado por grupos humanos, en donde el espacio natural, con todas sus complejidades, condicionaba las respuestas sociales y culturales.

Son muchos los arqueólogos extranjeros que en los últimos años han influido en las interpretaciones de los arqueólogos chilenos, Binford, Bordes, Leroi-Gouran, Schiffer, Hodder, etc. Siguiendo a estos estudiosos y a otros más antiguos como Gordon Childe y Clark, también se han continuado reforzando las tendencias que provienen de los arqueólogos que trabajaron en Chile, tales como Latcham, Oyarzún, Bird, etc. En la arqueología chilena, como en otras arqueologías, toda la deducción o inferencia se hace a través de los contextos materiales. Ya Oyarzún y otros estudiosos, insistían en las dimensiones simbólicas de la cultura material; además recientemente se ha enfatizado, por parte de algunos arqueólogos chilenos, que la dimensión simbólica afecta de sobre manera la relación entre los grupos humanos y las cosas que hacen. Así, en el presente, varias publicaciones que estudian contextos mortuorios (de Arica, de Calama, de Chile Central, etc.), han insistido que ellos están constituidos de forma significativa; así ya no basta afirmar que la variabilidad de los enterramientos se relaciona directamente con la variabilidad social, o que los contextos de tumbas se explican sólo por las transformaciones culturales. Ahora, para muchos arqueólogos, la

pregunta más importante se refiere a conocer y a entender los comportamientos de un grupo humano en relación con la muerte. En Chile los análisis del complejo chinchorro (Arica), creemos, que apuntan en esa dirección, como también lo que se ha escrito en relación al significado de los contextos culturales del cementerio de Topater (Calama).

También en el Período Quinto, muchos de nosotros, recogiendo en parte el valor metodológico de la Nueva Arqueología, rechazamos su crítica exagerada a las teorías normativas e históricas, reafirmando la relación profunda entre la Arqueología de Chile y la Historia de Chile. Después en la década del 80, la Arqueología Simbólica Inglesa ha insistido en el papel del individuo y de la historia en el análisis arqueológico.

Pero nos sigue pareciendo que las preguntas más profundas de la Arqueología, por lo menos en Chile, no han sido contestadas. A continuación intentaremos, a vía de conclusiones, plantear lo que para nosotros sigue siendo un tema relevante a debatir ¿cómo conocer científicamente el pasado cultural de Chile?

Nuestra formación en un ambiente humanístico-filosófico, centrada en el conocimiento del pasado, sea histórico o prehistórico, nos condujo no solamente a intentar saber acerca de lo acontecido en el pretérito de nuestra sociedad nacional (chilena) y de otras sociedades, sino que a preguntarnos cómo es posible construir lo vivido en el pasado. A primera vista este interés epistemológico no se justificaría, puesto que siempre hemos tenido información, cualquiera que sea su tipo, sobre lo ocurrido en diferentes sociedades humanas. Desde que existen sociedades desarrolladas, con textos escritos, con estudiosos, se ha investigado, se ha historiado lo sucedido. Se podría, entonces, contestar la pregunta que nos hacíamos diciendo que se han escrito libros de historia o de prehistoria y que continuarán publicándose; que a través de muchos siglos de vida civilizada se han acumulado inmensos conjuntos de datos que permiten reconstruir el pasado humano, sea conociendo nuevos archivos, bibliotecas, sea excavando antiguos sitios arqueológicos. Pero, también, se ha pensado y escrito que la historia, la prehistoria, se vuelven a reconstruir según sean las teorías en boga, según los tiempos culturales; incluso hay conciencia que cada nueva generación de estudiosos ha reescrito la historia. Así podemos considerar que a fines del siglo pasado y comienzos del siglo xx Diego Barros Arana escribió la Historia de Chile según la información y la teoría de su tiempo ideológico y científico; a mitad del siglo xx se volvió a escribir una Historia de Chile cuyo autor fue Francisco Antonio Encina; a su vez, en la segunda mitad del siglo y aproximándonos al nuevo siglo Sergio Villalobos Rivera, a partir de 1980, inició su Historia del Pueblo Chileno, de acuerdo a concepciones teóricas de las ciencias sociales, propias de los últimos decenios.

Aunque estas historias generales de Chile se diferenciaban por las nuevas informaciones, por los nuevos resultados de muchas investigaciones que enrique-

cían la empiria, todas tenían un conjunto mínimo de datos comunes; habían situaciones ocurridas, inamovibles, confirmadas una y otra vez; por lo tanto, la diferencia, aunque existía, no se encontraba en la empiria, sino que en la interpretación de los acontecimientos. Lo verdaderamente significativo era la teoría, es decir, el conjunto de interpretaciones que se hace de los datos conocidos, la diferentes maneras de relacionarlos y de considerar a unos más importantes que otros y, por lo tanto, más explicativos.

En la disciplina prehistórica también ocurrió algo parecido, aunque sus libros no cuentan con la fama que tienen los libros de historia. Sin embargo es indudable que "Los Aborígenes de Chile" de José Toribio Medina, publicado en 1882, fue una muestra muy clara de lo que se sabía, de lo que se quería explicar y de qué teorías podrían ser usadas para responder a las incógnitas científicas. Luego, en 1928, Ricardo Latcham escribió su "Prehistoria de Chile", incorporando nueva información científica sobre las cultura prehispánicas, respondiendo a las preguntas que se hacían sobre la uniformidad cultural aborígen, sobre la importancia de los incas, sobre el origen de los araucanos, etc. Las teorías en boga eran por una parte el evolucionismo y el difusionismo y por la otra, el particularismo histórico y los círculos culturales. Ricardo Latcham con formación inglesa era evolucionista, pero se esforzaba por ser lo más neutral y objetivo en la interpretación de los hechos.

Luego, en la segunda mitad del siglo xx se han escrito tres nuevas prehistorias de Chile; a partir de 1954, con varias ediciones, la de Grete Mostny; en 1989 una prehistoria con muchos autores, cuyos editores son J. Hidalgo, V. Schiapacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano; y en 1994 la nuestra. Obviamente que no sólo hay diferencias en los estilos, sino en la cantidad de informaciones que entregan y, sobre todo, en la manera de reconstruir el pasado cultural prehispánico de Chile: más o menos descriptivas, más o menos apegadas a un sólo tipo de teoría, más o menos sintéticas, más o menos materialistas, más o menos simbólicas.

Así el problema de escribir acerca del pasado no se traduce en un mayor o menor acopio de información, sino en la manera de interpretar lo que se quiere reconstruir. La pregunta es ¿qué hacer para ser justo con el pasado?, ¿cómo darlo a conocer sin traicionarlo?, es decir, ¿cómo escribir acerca de los hechos que verdaderamente acontecieron? Esta es la antigua pregunta del historiador alemán L. Ranke: ¿qué cosas verdaderamente ocurrieron?

Ahora bien, para nosotros, estudiosos del pasado, hay también una preocupación importante por conocer cómo se relacionan los hechos ya ocurridos con los que están aconteciendo, dentro de una sociedad determinada. Se trata, entonces, de postular, si los datos lo permiten, una continuidad entre pasado y presente o de probar lo contrario. Con mucha ligereza, a veces, se levantan hipótesis evolutivas, en donde los desarrollos sociales o políticos aparecen

emparentados, siendo los más antiguos antecedentes obligatorios de los más recientes, pero no siempre ocurre así.

Para contestar estas y otras preguntas, para solucionar estos y otros problemas, todos referidos a temas epistemológicos, debemos exponer, aunque sea brevemente, algunos de nuestros supuestos teóricos básicos. Lo primero de todo es afirmar categóricamente que *es posible el conocimiento del pasado humano*, independiente de lo completo o no que sea este saber alcanzado. Hay, entonces, *una realidad pasada*, que puede ser estudiada, investigada, con mayor o menor éxito, con mayor o menor exactitud, con más o menos objetividad. Si esta realidad no existiese en forma independiente de nuestra manera de pensar y de examinar las cosas, no habría posibilidad de hacer ciencia, de conocerla, ni menos de transmitir este saber logrado con método a futuras generaciones, es decir, de enseñarlo.

Pero también es verdad para nosotros que existe *una realidad teórica*, un conjunto de explicaciones, de pensamientos interrelacionados que constituyen una visión coherente del pasado, que querámoslo o no, selecciona los datos, los documentos, los restos, es decir, organiza la realidad del pasado de una manera, que en muchas ocasiones, es diferente a otras maneras de hacerlo. Así esta visión obtenida, luego de las investigaciones, es bastante coincidente con lo que suponíamos, es decir, con nuestras hipótesis interpretativas. Entonces lo que se está haciendo es confirmar, es verificar las visiones del pasado, las hipótesis del pasado, pero en ningún caso las hemos refutado o como dice Popper, las hemos falsado.

En efecto, entre los hechos del pasado y nosotros, está nuestra visión del pasado, lograda a través de la educación, de las ideas y creencias predominantes de nuestro tiempo y de nuestra particular sociedad; y este conocimiento, que parte de la ciencia y/o de la filosofía y/o de la religión, nos ayuda a construir las hipótesis, que obviamente, nos son caras, pero ¿cómo verificarlas? Así la siguiente pregunta nos parece muy legítima; ¿qué pasado queremos conocer?, ¿el qué existió o el qué queremos que exista? y ¿cómo saber científicamente qué existió de una manera y no de otra? Veamos algunos ejemplos de diversas visiones del pasado. La Edad Media europea puede ser conocida de una manera u otra; para muchos historiadores es un período negativo (está al medio de dos períodos brillantes: la Antigüedad Clásica y el Renacimiento-Tiempos Modernos), en donde dominaba la superstición, el dogmatismo religioso, las injusticias sociales, etc. Para otros historiadores se trata de un período de alto nivel cultural y artístico, caracterizado por la construcción de grandes edificios (iglesias-castillos), en donde se desarrolló un refinado pensamiento filosófico y teológico, etc.

Y ¿qué decir de la civilización prehispánica de los aztecas? No sólo los españoles de Hernán Cortés la consideraron sanguinaria y bárbara; muchos historiadores y arqueólogos, reconociendo su alto desarrollo cultural, también han

construido una imagen de una sociedad opresiva, sobre todo con otros pueblos nativos; otros investigadores, en cambio, nos ofrecen el cuadro de vida de una sociedad muy compleja, en donde su ideología unificaba a los pueblos de Mesoamérica y hacia posible, incluso, la existencia del mundo.

Otro ejemplo, muy reciente, es la investigación multidisciplinaria de los rollos del Mar Muerto y las diferentes conclusiones obtenidas. Dejando a un lado toda la discusión que se ha generado sobre la necesidad de tener publicados los cientos de rollos encontrados en las 11 cuevas de Qumram, después de casi 50 años, para que los diferentes investigadores puedan estudiarlos, a nosotros nos interesa mostrar, por lo menos, las dos visiones que se han construido sobre la comunidad de Qumram y en general de la sociedad judía del siglo primero de la era cristiana (o era común como dicen otros estudiosos). Un grupo de especialistas ha entregado una realidad histórica caracterizada por una comunidad (que podrían ser los escenios) que se apartó de la vida de Jerusalén, que rechazó la interpretación y la práctica de los grupos oficiales religiosos judíos, que vivía, entonces, de acuerdo a creencias que consideraban más puras, dirigidas por su Maestro de Justicia. Obligados por la violencia romana tuvieron que abandonar sus recintos hacia el 70 d.C, esconder sus escritos sagrados y esperar tiempos más justos. El grupo de Qumram habría sido una especie de comunidad precristiana, que mostraba algunas ideas y conductas comunes con los primeros cristianos, que liderados por Jesús de Nazareth separaba bien las cosas de Dios de las del César. Aunque en sus escritos se hacían referencias a los romanos, a su injusticia y violencia, no se trataba de una comunidad políticamente activa, ni menos revolucionaria, puesto que su lucha contra los hijos de las tinieblas era metafórica.

La otra visión que se ha levantando insiste en el Mesianismo no espiritual, sino político revolucionario de esta comunidad en su lucha contra los romanos. Asegura que la comunidad de Qumram estaba inserta en la lucha de los judíos contra los romanos (llamados Kittim), siendo, entonces, un grupo de activistas y no de contemplativos. Por lo tanto, el contenido de los documentos religiosos debería ser entendido en el contexto del siglo primero y no referido a situaciones ocurridas en el siglo II a.C.

Así, todas las alusiones a combates entre justos y malvados eran históricas y políticas, referidas especialmente al período del 4 a.C. al 70 d.C. Entonces, los primeros cristianos habrían sido también luchadores contra los romanos y Jesús de Nazareth uno de los muchos líderes judíos antirromanos.

¿Qué hacer con visiones tan diferentes?

Precisemos que nadie está negando la existencia de estos períodos, civilizaciones, comunidades, líderes religiosos, etc. Nadie ha escrito que estos pasados no existieron. Los especialistas investigan total o parcialmente a la Edad Media, a la Civilización Azteca, a la Comunidad Qumram y a los primeros cristianos, y

escriben sobre ellos, pero hemos visto que, a veces, sus conclusiones son muy diferentes; este es uno de nuestros problemas. Entonces, un tercer supuesto teórico básico es que para saber lo que verdaderamente ocurrió y no lo que queremos que haya ocurrido, debemos intentar independizarnos de nuestras creencias, de nuestra filosofía, es decir, aunque sea muy difícil, intentar conocer de acuerdo a los datos, los hechos y sobre todo, intentar poner a prueba nuestras conclusiones, o sea, la visión del pasado que comienza a surgir.

Debemos, entonces, utilizar diversos instrumentos, métodos, hipótesis científicas y disciplinas relacionadas con el tema que investigamos. Así, por ejemplo, si comenzamos un estudio sobre una cultura prehispánica que se desarrolló en el actual territorio de Chile, debemos hacer uso de toda la información que nos entregan diferentes ciencias dedicadas al pasado. La etnohistoria, la etnografía, la etnología, la antropología física, la paleobotánica, la paleozoología, deberán aportar sus informes y relacionarlos con los que entregan los estudios arqueológicos, y si es posible, los estudios históricos. Como la investigación está liderada por la información arqueológica, los datos provenientes de las otras disciplinas serán seleccionadas y usadas de acuerdo a la visión arqueológica: *rescatar de los sitios y restos del pasado, comportamientos sociales y culturales de la manera más fidedigna, no imponiendo una interpretación presente*. Sin embargo lo anterior no significa que las informaciones que surgen del análisis de las conductas presentes de grupos humanos, que tengan relación con sociedades del pasado, no puedan ser usadas por los arqueólogos, tal como ocurre con los etnoarqueólogos; obviamente que teniendo gran cuidado por las diferencias de tiempo y de cultura que puedan existir entre uno y otro pueblo. Así, la etnología, la historia, la arqueología, trabajan juntas cuando pueden hacerlo en los estudios americanistas.

Queremos insistir en que el uso de la información proveniente de las disciplinas históricas, que es muy variada y no sólo procede de la documentación escrita, debe combinarse con la que entregan los estudios arqueológicos, sobre todo para aquellos períodos y subperíodos en donde se identifican culturas que pueden ser conocidas por medio de fuentes arqueológicas y escriturales. Por ejemplo en América Central y del Sur, todo lo referido con la presencia española y europea, es decir, situaciones ocurridas a fines del siglo xv y en el siglo xvi y posteriores, puede relacionarse y contrastarse con los datos arqueológicos; así las noticias entregadas por los cronistas, por las cartas de algunos conquistadores, por las declaraciones de mérito que hacían los participantes de la empresa colonizadora para obtener reconocimiento de las autoridades, por las Actas de los Cabildos, etc., todos estos documentos y muchas otras clases de ellos deben relacionarse con los informes de las excavaciones y de los restos culturales y de otro tipo que aparecen en los sitios que pertenecieron a grupos aborígenes que existían cuando llegaron los conquistadores europeos.

El papel de la Etnología es muy importante pero a la vez muy complejo, puesto que sus datos pueden analizarse como información proveniente del presente, perteneciente a actuales pueblos aborígenes, pero también puede ser referida a una Etnología Prehistórica o por lo menos producto de realidades pasadas. Así la información que viene de los cronistas del siglo xvi, en América y en Chile, la descripción que hace, por ejemplo, Gerónimo de Bibar (Jerónimo de Vivar) de los indígenas, entre 1549 y 1558, en el norte y centro-sur de Chile, son etnológicas, es decir corresponden al presente de Bibar, pero también son históricas, nos describen situaciones ocurridas en el pasado, cuando las leemos en 1996.

Ciertamente que no hay que confundir lo que estamos exponiendo con lo que hacen los etnoarqueólogos: usar la información actual que obtienen de estudios de grupos étnicos para, a partir de ésta, inferir situaciones pasadas y explicar comportamientos prehistóricos muy alejados en el tiempo (estudios de L. Binford).

A partir de los supuestos teóricos básicos anteriores: que el conocimiento del pasado es posible, que hay que apartar las "visiones del pasado" precientíficas; que hay que usar el máximo de información multidisciplinaria, pasemos a abordar dos nuevas situaciones relacionadas con la teoría del conocimiento arqueológico. Lo primero se relaciona con el conjunto de explicaciones que han desarrollado los científicos sociales, que no siempre responden adecuadamente a las preguntas y a los problemas que se formulan. Es decir, a veces las teorías referidas al pasado humano no nos satisfacen y obviamente no resuelven las incógnitas que surgen del estudio de los restos culturales. Hemos visto, entonces, que poco a poco se han dejado de lado, a veces con nostalgia, las grandes explicaciones, las teorías generales, para postular "teorías de alcance medio" e incluso sólo respuestas particulares para casos particulares.

También, y muy relacionado con lo anterior, debemos tener presente que se ha producido una especie de "objetivación" de problemas nuevos, a partir de nuevas hipótesis tentativas o de trabajo, que exigen soluciones no pensadas por los científicos, lo que explicaría la insatisfacción que sentimos por las antiguas teorías.

A continuación nos referiremos a algunos temas que, aunque no son tan nuevos ni tan singulares, nos pueden ayudar a poner a prueba lo que estamos sosteniendo. Cuando Lewis Binford, en un reciente libro ("En busca del Pasado") se pregunta por los grandes temas que deben investigar los arqueólogos contesta que son tres: 1) alcanzar conocimiento del comportamiento de los homínidos del período Plio-Pleistoceno de hace tres millones de años, y responder a preguntas tales como ¿eran cazadores o sólo carroñeros?; 2) conocer sobre cómo se originó la agricultura y con ella una vida diferente a la de los cazadores-recolectores del Paleolítico Superior; 3) saber cómo se originó la civilización o las sociedades de vida muy compleja.

Ahora bien, si estas tres preguntas, muy globales, las trasladamos a América y Chile, tenemos tres problemas, también muy generales, pero en situación muy diferente, sea respecto a lo cronológico o a los particulares desarrollos culturales de nuestro continente, que poseen nombres propios. Adaptando las preguntas a América pueden quedar así:

- 1) ¿Cómo era el comportamiento de los grupos de cazadores, recolectores y pescadores del período Lítico y Paleo-indio; el primero con una posible antigüedad máxima de 40.000 años?
- 2) ¿Cómo surgió la vida agrícola en el período Arcaico en Mesoamérica y en los Andes, y a fines del Arcaico en el territorio de Chile?
- 3) La tercera pregunta o problema referido al origen de la vida civilizada no la podemos investigar en el pasado de Chile, puesto que hasta ahora, no hay presencia de vida civilizada, entendida ésta como vida urbana (ciudadana), con arquitectura monumental y con formas políticas de organización muy complejas. En cambio se puede formular esta pregunta para Mesoamérica y para el mundo andino de Perú y Bolivia. Para Chile, sin embargo, se pueden estudiar las influencias de las civilizaciones andinas en sus culturas de desarrollo medio.

En estos tres ejemplos no hay gran novedad en cuanto a que las preguntas se hacen desde el siglo pasado entre los historiadores, arqueólogos y prehistoriadores europeos. Aún más, los historiadores han formulado, desde mucho antes, algunas de ellas, especialmente las referidas a la vida civilizada. No sería incluso, difícil retroceder el interés por los comienzos de la civilización a las investigaciones (Historias) de Heródoto y de Tucídides.

Pero más allá de cuándo surgieron las primeras preguntas y cómo se respondieron –incluso podríamos rastrearlos en los mitos de la Antigüedad Clásica y de muchos pueblos aborígenes– lo que debe interesarnos son las nuevas investigaciones que se hacen y nos entregan contextos arqueológicos complejos, no conocidos, que nos obligan a poner a prueba las respuestas aceptadas por la autoridad científica. Así, cuando nos preguntamos ¿cómo surgió por primera vez la vida agrícola?, se nos contesta aproximadamente que los grupos de cazadores superiores de fines del Pleistoceno y comienzos del Holoceno sufrieron las consecuencias de importantes cambios climáticos, cambios en la flora y la fauna, a causa de grandes transformaciones geológicas, retirada de las glaciaciones. Por esta nueva situación se vieron obligados a buscar distintas fuentes de recursos alimenticios. Es decir un agente externo, bastante complejo, impulsó a algunos pueblos a investigar, a observar, a experimentar, y así poco a poco (o repentinamente), se generó un nuevo conocimiento, el de las plantas, que hizo posible la domesticación de las plantas silvestres, trigo y cebada en el Cercano Oriente; maíz, calabazas, porotos en América. Como es fácil apreciar en esta respuesta científica,

pueden congeniar visiones gradualistas con visiones revolucionarias; lo importante aquí es que se cree que el medio ambiente lleva a los grupos humanos a responder creadoramente.

Pero las investigaciones de los geólogos y especialistas del medio ambiente del pasado nos sugieren que los cambios climáticos no fueron tan drásticos, ni tan dramáticos para la vida de los cazadores: ¿cuáles serían entonces las razones para dejar de ser cazadores, pescadores o recolectores? Agreguemos a lo anterior que no todos los grupos de cazadores se transformaron en agricultores y que incluso para muchos científicos hay pruebas de que hubo aumento de población, crecimiento demográfico que llevó a algunos grupos de cazadores a enriquecer sus dietas alimenticias con la domesticación de algunas plantas silvestres.

Dicho de otra manera las explicaciones que se apoyan en los cambios del medio ambiente, tan usadas por muchos investigadores, no explicarían todo el proceso de invenciones que se produjeron entre el 9000 y el 7000 a.C. en el Cercano Oriente, y entre el 7000 y el 5000 a.C., en Mesoamérica. Nuevas investigaciones se hacen, surgen nuevos datos y ellos no son completamente contrastados por las actuales teorías. Recordemos que fue Charles Darwin uno de los primeros que concluyó una explicación apoyada en el cambio climático y en el valor del conocimiento. Continuó insistiendo en los cambios del medio ambiente, en el siglo xx, Gordon Childe con su teoría "de los oasis"; el que a su vez fue criticado por Braidwood con su "teoría del posesionamiento del medio ambiente". Otras teorías más recientes han insistido en los cambios demográficos no dejando de lado algunos aspectos de los cambios climáticos (Cohen y Binford).

Volvamos entonces a nuestro problema de fondo: de nuevo aparece como que todos los investigadores aceptan que hubo un cambio importante en el desarrollo de la cultura humana cuando se produjo la generalización de la nueva vida sustentada en la domesticación de las plantas. Las discrepancias comienzan no sólo en dónde iniciar estos cambios, en las fechas y lugares, sino en las causas que habrían originado esta nueva forma de vida. Otros problemas se refieren a la rapidez o lentitud del proceso de cambio y a las consecuencias que trajo (sedentarismo, vida aldeana, vida urbana).

Pero reconozcamos que los problemas que investigan los estudiosos del pasado más antiguo no son siempre tan generales ni tan universales; hay una gran cantidad de preguntas de tipos más sectoriales y a veces particulares.

En Chile se han desarrollado algunas líneas de investigación que pueden considerarse más o menos tradicionales o más o menos novedosas.

En relación a la teoría misma encontramos construcciones de respuestas, de explicaciones de alcance general, en donde el materialismo cultural y sus variantes, es usado continuamente. También otros investigadores, sobre todo en los últimos decenios, han intentado construir teorías de alcance medio, referidos

a problemas ya ejemplificados por nosotros, y a nuevos problemas tales como investigar las posibles influencias amazónicas en el desarrollo cultural de los valles y costa norte de Chile (por ejemplo en la fase cultural de Chinchorro); o estudiar las influencias altiplánicas como explicación del desarrollo de las aldeas altiplánicas en el norte de Chile, o responder sobre el significado de las influencias de Tiwanaku en el período medio agroalfarero del norte chileno; o solucionar problemas referidos sólo a un particular desarrollo cultural en una región determinada. En todas estas situaciones que se investigan la pregunta más importante es ¿qué explica el surgimiento de formas culturales novedosas? Éstas pueden ser tipos de sepultación, formación de aldeas de agricultores, aparición de nuevas tecnologías, etc. Las respuestas pueden ser muy generales o pueden sólo referirse a situaciones regionales o incluso a desarrollos particulares.

Como ya lo hemos insinuado, luego de un esfuerzo muy grande de construir explicaciones generales, sobre todo, en las décadas de 1960 y 1970, para hacer referencia a las más recientes, se ha producido a partir de la década de 1980 un movimiento teórico que ha cuestionado las leyes generales que explicarían los cambios, graduales o rápidos, las continuidades, las influencias, los quiebres de los desarrollos culturales del pasado. Algunos de los defensores de la "Nueva Arqueología" han abandonado sus filosofías sociales que buscaban respuestas globales para contentarse con repuestas más modestas, a lo sumo de rango medio, en donde lo más importante es el esfuerzo metodológico científico por obtener información que conduzca a la elaboración de respuestas parciales, a partir del tratamiento de un tipo de problemas.

Una segunda línea de investigaciones corresponde a los estudios multidisciplinarios que se hacen desde que se iniciaron los trabajos arqueológicos en nuestro país. José Toribio Medina ya en 1882, como lo hemos recordado, presentó un programa de investigaciones en donde se tomaban en cuenta los diferentes aportes de la historia, la lingüística, la antropología física, la arqueología, etc. Lo que ha cambiado, o ha madurado, es la compenetración de todos estos datos y obviamente el aporte de nuevas disciplinas. Así desde 1970 en adelante se combinan con mayor éxito la información aportada por la etnohistoria, la etnoarqueología y la arqueología. Estas investigaciones multidisciplinarias tienen la ventaja, como se ha demostrado desde Medina en adelante, que el tratamiento, descripción de los materiales provenientes del pasado, los contextos culturales y otros, se hacen con un enfoque amplio, en donde las conclusiones, dirigidas por la disciplina arqueológica, son más fáciles de contrastar.

Una tercera línea se refiere a las investigaciones que pretenden aumentar el conocimiento del pasado a partir de sitios nuevos o de completar o modificar contextos, secuencias cronológicas, que siempre necesitan ser revisadas y puestas a prueba.

Avanzando en las búsquedas de obtener información contrastable y de poder explicar lo que sucedió, voy a entrar en algunas de mis investigaciones para mostrar cómo hemos enfrentado estos difíciles problemas.

Con el historiador Sergio Villalobos trabajamos en la segunda mitad de la década de 1980 el tema de la ocupación espacial de la etnia pehuenche, de su historia, en relación con la ocupación española en la Isla de la Laja, y de su actual situación sociocultural. Sabíamos que los pehuenches estaban y siguen enfrentándose a diferentes tipos de problemas, resumidos en su pérdida de vida tradicional y en la experiencia de sufrir las consecuencias de los cambios tecnológicos que comienzan a producirse por la construcción de una gran represa hidroeléctrica en sus tradicionales territorios. Conocíamos, también, parte del pasado de ellos, a través de los historiadores, tanto del período Colonial como de la República, pero había muchos problemas, entre otros, el referido a la continuidad o discontinuidad entre los antiguos pehuenches y los actuales. Entre Villalobos y nosotros había algunas discrepancias relacionadas con el uso de los datos que apoyaban o desechaban esta vinculación entre pasado y presente étnico. Otro problema interesante se refiere a las diferencias culturales que podrían encontrarse, en el pasado, entre los pehuenches y los mapuches de los llanos y de la costa. Entonces los problemas podían resumirse en dos preguntas ¿cómo conocer a los antiguos pehuenches? y ¿cómo conocer sobre los actuales pehuenches? Como respuesta por lo menos se han escrito dos libros, el de Sergio Villalobos y el nuestro. El libro de Villalobos ya es un clásico, un modelo de cómo escribir sobre el pasado histórico de los pehuenches y sus fluidas relaciones con los españoles y chilenos. El nuestro entrega información interdisciplinaria (antropología-historia-arqueología) y un enfoque interpretativo que enfatiza una relativa continuidad de los pehuenches que conocieron los españoles del siglo *xvi* y los pehuenches actuales. Esta interpretación nuestra enfatiza algunos datos del territorio, de la economía, como también de las características de su físico y de su lengua.

¿Cómo hicimos estas investigaciones? Partimos con preguntas claras que definían problemas. Teníamos entonces la obligación de contrastarlas. Primero revisamos lo escrito por los cronistas del siglo *xvi* (Biblar dio nuevos datos); revisamos los historiadores de los siglos *xvii* y *xviii*; informes de sacerdotes; todo tipo de documentación histórica. Así comprobamos que el espacio situado entre Chillán y el Alto Bío-Bío era el territorio ocupado por estos aborígenes, sobre todo los espacios montañoses. La Isla de la Laja, situado entre los ríos Laja y Bío-Bío y la Cordillera de los Andes, fue uno de sus territorios; por esta razón construyeron los españoles fuertes en los ríos Laja y Bío-Bío para contenerlos. Luego con la ocupación española-criolla del territorio de la Isla de la Laja los pehuenches se fueron retirando y en siglo *xx* ocupan sólo los territorios del Alto Bío-Bío (Río Queuco, hasta el nacimiento del Río Bío-Bío). La documentación histórica también

nos probó que los pehuenches fueron cambiando su físico (eran relativamente altos, delgados) para adquirir poco a poco la apariencia de los mapuches de los llanos (araucanos); es decir se araucanizaron especialmente en el siglo XVIII, perdiendo poco a poco su lengua (o por lo menos muchas particularidades de su lengua). Pero nunca abandonaron parte de su territorio alto, sus bosques de araucarias y el consumo del pehuén; incluso en nuestro presente el uso comunitario de estos bosques situados entre los 1.000 y 1.500 mts. de altura continúa defendiéndose.

El impacto de la ocupación española que se vivió desde el siglo XVIII, hizo que se construyeran fuertes y aldeas en la Isla de la Laja en donde se produjeron contactos importantes entre pehuenches, españoles, criollos, araucanos, etc. En nuestra investigación le dimos bastante importancia al estudio de los fuertes y de la documentación que existía en relación a ellos. Por último el análisis del impacto tecnológico y en general cultural de la construcción de la presa hidroeléctrica de Pangué (cerca de Ralco), y de otras a construir en el futuro, en la etnia pehuenche, nos permitió conocer algo de la interioridad de este pueblo y de su gran capacidad de adaptación a los cambios, y a la vez de respeto por su pasado cultural.

Así fue posible contestar algunas preguntas (problemas) y escribir una historia (que en parte había construido Villalobos), enfatizando los aspectos de continuidad cultural.

Un segundo problema investigado por nosotros, ahora en la disciplina histórica fue el valor de la crónica de Gerónimo de Bibar (Vivar) para el conocimiento de la historia de Chile en el siglo XVI.

El conjunto de preguntas-problemas era grande; se iniciaba con la interrogante de la existencia de un individuo llamado Gerónimo de Bibar; de si la crónica era o no un fraude, un engaño; de si había sido escrita por alguien que ocultó su nombre verdadero y usó un nombre inventado (algún secretario de Valdivia: Cardaña). Todo esto fue contestado revisando no sólo los documentos escritos sino que relacionando diferentes textos (crónicas-cartas, declaraciones de mérito, etc.); es decir revisando estilos, tipos de escrituras, secuencia de los hechos relatados, contradicciones de éstos, etc.

De nuevo hay que insistir que partimos con respuestas tentativas que pusimos a prueba, es decir que refutamos y sólo si los documentos y hechos (ya contrastados) no entraban en contradicción con las hipótesis continuamos adelante. Por ejemplo, postulamos que el texto, al tener unidad interna, era producto de un autor que en lo fundamental había sido testigo de los acontecimientos narrados, pero a la vez, que había recibido ayuda de otros testigos, de otros actores de los acontecimientos, y posiblemente de algún tipo de escrito. Siguiendo la insinuación de otros investigadores, postulamos que éstas podrían ser las cartas redactadas por el capitán Pedro de Valdivia. El análisis de las cartas de Valdivia y

de la crónica de Bibar (que ya habíamos probado que era un ser real, histórico que estuvo en Santiago como “estante” (de paso) en 1558 e incluso hizo declaraciones en el juicio contra Francisco de Villagra), demostró que estaban muy relacionadas y por razones cronológicas las cartas eran anteriores a la crónica, sobre todo porque la carta de 1552, escrita en Concepción, era anterior al término de la crónica en 1558. Esta carta nos pareció que era el núcleo básico de la información recreada y escrita por Bibar.

La investigación fue creciendo de tal manera que pudimos construir muchas otras hipótesis, todas bien contrastadas, tales como que el historiador Diego Rosales en la primera mitad del siglo xvii había conocido una copia de la crónica de Bibar y se había apoyado en ella para escribir algunos capítulos acerca del primer viaje de Pedro de Valdivia por el desierto de Atacama, no citando al cronista. Igualmente pudimos conocer bien la travesía que hizo Pedro de Valdivia, relacionándola con el trazado del camino del Inca; además, lo que para nosotros fue muy importante, comparamos lo que escribió Bibar, a mediados del siglo xvi, acerca de los nativos en Chile con la información arqueológica que tenemos de estos mismos aborígenes.

El último complejo tema de arqueología que nos ha interesado desde hace muchos años (desde comienzos de la década de 1970) se refiere a la historia de la disciplina arqueológica en Chile. Los problemas-preguntas se refieren a una realidad en parte escrita; informes científicos y libros arqueológicos, publicados desde el siglo pasado al presente. Pero todas estas publicaciones, incluso las más modestas, no sólo describen sino también interpretan, explican, es decir tienen un carácter teórico. Entonces era y es fundamental saber qué problemas no sólo interesaban sino que dieron unidad a los diferentes autores e investigaciones, qué teorías se usaron para responder a las preguntas científicas. El reto intelectual consistía en escribir una historia de las investigaciones arqueológicas que fuera más que una suma de datos y de informes científicos, es decir que pudiese integrarse de acuerdo a una visión unitaria y sintética de las variadas investigaciones que habían sido hechas a lo largo de más de 100 años.

Así nos volvemos a enfrentar con el problema que creo es el más importante en nuestras ciencias antropológicas e históricas: ¿hay una realidad, empiria, que pueda ser investigada independientemente de nuestras visiones, de nuestras teorías, de nuestras filosofías?

Esta pregunta puede contestarse en forma extrema, afirmando que no existe una empiria, una realidad objetiva que pueda estudiarse. Entonces la respuesta tendría que condicionarse a nuestro interés por conocer el pasado, a nuestra visión tentativa del pasado, a nuestra filosofía, a nuestras creencias, a nuestros métodos, en fin a nuestra particular ciencia.

¿Pero cómo conocer algo que no existe? ¿Cómo tener una visión de un pasado que no es tal? De nuevo volvemos a las preguntas clásicas de San Agustín, redactadas en el libro 11 de sus *Confesiones*. A propósito de este aparente absurdo, creemos que los estudiosos del pasado humano poseen un conjunto, incompleto pero importante, de información, de datos, de restos, de huellas, que nos permiten estudiarlos, a través de diferentes métodos, de diferentes teorías, de diferentes filosofías, etc.

Obviamente que la relación no es directa con el conjunto de restos o fuentes escritas; entremedio, como mediador, está el investigador, la visión del estudioso; así las interpretaciones, los resultados de la investigación son distintas, pero pueden ponerse a prueba, contrastarse, si tenemos una metodología y una teoría independientes de nuestra "visión del pasado".

Pongámonos en el caso que tengamos instrumentos, métodos, técnicas, que nos permitan estudiar "objetivamente", con "neutralidad", los restos conservados del pasado humano. Entendemos entonces el esfuerzo, por ejemplo, de Lewis Binford, de construir una teoría de alcance medio que, como lo hemos comentado en otra parte, más que respuestas e interpretaciones de los hechos estudiados, pretende elaborar instrumentos de medición independientes de la teoría. Conocemos, también, la respuesta de Hodder, quien declara que es imposible construir una metodología independiente del contexto cultural e ideológico no sólo de la sociedad sino del individuo que investiga.

Nosotros pensamos que los dos autores tienen sus razones respetables; por una parte es imposible desligarse de las ideas, de la formación, de la filosofía y de las teorías que uno ha hecho suyas; pero, por otra parte es posible individualizar un cierto pasado —a través de lo que ha quedado de él— y hacer preguntas sobre sus características, sobre su organización social, sobre su economía, sus creencias, sobre sus conocimientos, sobre sus ideas artísticas, etc.

¿Cómo es posible lograr esta cierta independencia con los restos del pasado?, independencia que conlleva dejar de lado nuestras creencias, nuestra visión de lo que estamos estudiando. Yo diría que éste es el reto más importante que vive el arqueólogo y en general el estudioso del pasado.

Nosotros, ya a comienzos de la década de 1960, nos enfrentamos a un desafío que nos puede servir de ejemplo para apoyar nuestra opinión de que es posible un conocimiento no presionado por nuestras imágenes históricas y por los estudios hechos acerca del pasado de Chile. En 1959 conocimos un sacerdote, que investigaba la arqueología atacameña; se trataba de Gustavo Le Paige, quien tenía sus ideas, sus teorías y tenía sobre todo una gran pasión por conocer el devenir del pueblo atacameño. Creía en la continuidad de la cultura atacameña desde su origen paleolítico hasta el presente del siglo xx; era evolucionista y cristiano. Nosotros, en esos años, recién licenciados en historia, con tema de arqueología

del Egipto neolítico, estábamos fuertemente influenciados por las Escuelas Históricas y por el Difusionismo, pero conocíamos poco de la arqueología del norte de Chile; no teníamos opinión formada sobre la arqueología atacameña, habíamos estudiado especialmente las descripciones de Ricardo Latcham y algunas de sus conclusiones escritas en 1938. Incluso entre las investigaciones de la década de 1950 no había un saber arqueológico que fuese mucho más allá de lo escrito por Latcham.

Gustavo Le Paige, en sus estudios de tumbas, estaba dando a conocer una cantidad inmensa de restos y lo que es más importante de “contextos culturales” pertenecientes a los enterramientos de antiguos ocupantes de la región atacameña.

Cuando por primera vez nos enfrentamos en febrero de 1959 a los descubrimientos de Le Paige nos dimos cuenta que estábamos frente a algo objetivo, que estaba allí frente a nuestros ojos y a nuestro intelecto; de alguna manera estos restos nos estaban desafiando. Se hablaba de restos principalmente culturales, arqueológicos, que siguiendo las directivas de Max Uhle, del Dr. Oyarzún y del propio Ricardo Latcham se denominaban “Atacameños”.

Pero el arqueólogo jesuita no sólo estaba descubriendo restos “neolíticos”, es decir, de agricultores y alfareros, sino que también restos “paleolíticos”, que hoy denominamos de cazadores y recolectores “Arcaicos”. Entonces, para él todos estos primitivos restos debían pertenecer a los habitantes del desierto y de la Puna Atacameña; según él había una continuidad desde los más antiguos yacimientos de cazadores (Ghatchi) hasta los actuales habitantes de San Pedro de Atacama. Esta interpretación nos separó inmediatamente; por una parte yo no “creía” en la sola evolución interna, endógena; tenía, a mi vez, estimación por la explicación del Difusionismo moderado por incorporar las influencias extranjeras; las explicaciones podían ser muchas; ellas podían haber sido traídas por los grupos de inmigrantes, de comerciantes, de viajeros ocasionales, o de grupos religiosos, por simple intercambio de señores principales, etc.

Justamente aquí estábamos frente a “imágenes del pasado”, a “creencias” y queríamos probarlas, demostrar que eran verdaderas.

Reconociendo ahora que nunca podremos apartarnos en forma absoluta de nuestras creencias, de nuestras imágenes del pasado, en el fondo, de nuestra actitud mitológica, intentamos por esos años y aún seguimos esforzándonos, por usar criterios científicos, métodos y técnicas relativamente neutrales y objetivas. Recuerdo que entonces era muy usado el criterio de “presencia y ausencia” de los artefactos en los contextos estudiados. Por esos años los contextos provenían mayoritariamente de cementerios excavados (sea en Arica, en San Pedro de Atacama, como en La Serena o más al centro-sur de Chile), y lo que también hacíamos era formar conjuntos tipológicos, definir tipos —directores que nos sirvieran para identificar las semejanzas culturales y la pertenencia de unos conjuntos artefactuales en una fase cultural o incluso en una cultura.

En el caso de San Pedro de Atacama, como ya lo hemos recordado, contábamos específicamente con la arqueología atacameña de Latcham y obviamente con las nuevas e importantes evidencias logradas por el Padre Le Paige. Poco a poco nos fuimos familiarizando con la arqueología de la región y también lentamente comenzamos a poner a prueba lo que excavaba Le Paige. Al aceptar los datos arqueológicos del estudioso jesuita (no sus conclusiones), no tuvimos problemas en trabajarlos. Siempre contamos con su ayuda y con su crítica; por lo tanto lo que hicimos fue poner a prueba las interpretaciones que se usaban (evolucionismo lineal, desarrollo, difusionismo, concepción histórica de una cultura, continuidad o discontinuidad étnica-cultural, etc.).

Recuerdo que a comienzos de la década de 1960 hicimos grandes cuadros en donde distribuíamos por cementerios, por niveles de tumbas (cuando los habían), por tumbas, diferentes restos encontrados; éstos a su vez los tipificábamos y los volvíamos a situar en los diferentes contextos de tumbas. Así nos dimos cuenta que no todos los contextos eran iguales, que muchas veces las desigualdades se ejemplificaban por los diferentes niveles de tumbas (se identificaba una especie de estratigrafía de tumbas). Así ciertos tipos —directores (por ejemplo, un tipo de alfarería) aparecían o desaparecían según la profundidad de las tumbas o según el cementerio excavado—.

Como San Pedro de Atacama es un conjunto de “Ayllus”, cada cementerio fue nominado por Le Paige por el nombre del Ayllu; cuando había más de uno se les numeraba en forma correlativa (Solor 1 - Solor 2 - Solor 3, etc.), o se les daba un nombre por un accidente topográfico (Larrache callejón - Larrache acequia).

El primer problema que tuvimos fue estar seguros de que nos enfrentábamos o a un desarrollo cultural unitario o a diferentes expresiones culturales. La tradición etnológica hacía referencia a los pueblos “Atacamas” o “Atacameños”. Era posible entonces —y así ocurrió— hablar de una cultura (Prehispana) Atacameña como se habla en la actualidad del pueblo atacameño. —Obviamente que si se afirmaba que los antiguos y los modernos eran atacameños debía haber un continuum cultural— o probarse que se habían producido discontinuidades; Le Paige optó por verificar la primera hipótesis y desechar la segunda. De alguna manera esta hipótesis sigue estando presente en las publicaciones que hacen en la actualidad algunos antropólogos y arqueólogos.

Nosotros, sin negar la hipótesis de cierta continuidad de los pueblos atacameños, también reconocimos las grandes diferencias entre los antiguos habitantes de la Puna de Atacama y de los oasis de Atacama con los actuales ocupantes de estas mismas regiones.

Reconocer en el variado y complejo conjunto de restos arqueológicos, encontrados por Le Paige, una unidad cultural significaba poseer un concepto de cultura que trasladábamos al pasado; pero ¿qué podíamos hacer? En Arica los

arqueólogos prefirieron definir fases alfareras o etapas del desarrollo caracterizadas por los elementos exógenos ("Fase Alto Ramírez Horizonte Tiwanaku con sus fases" Cabuza y Maytas-Chiribaya etc.). Sólo para la fase o período de los "desarrollos locales" se atrevieron algunos a usar el concepto de "Cultura Arica". Únicamente Dauelsberg, tal como lo hemos escrito, creyó encontrar una unidad cultural desde Cabuza adelante.

Entonces en San Pedro de Atacama hicimos primar por una parte una concepción histórico-etnológica al describir una cultura con sus fases de desarrollo (Fases I, II, III, etc.); pero por otra parte no usamos el nombre étnico de atacameños y propusimos el nombre de Cultura San Pedro (variaciones de este nombre son: Complejo Cultural San Pedro; Cultura San Pedro de Atacama). Un intento por hablar sólo de Fases Culturales en San Pedro se debe a los autores de "Culturas de Chile". Prehistoria, 1989 (págs. 129-180; págs. 181-220), donde se definen las principales fases de desarrollo con los nombres de los Ayllus: Fase Quitor (400-700 d.C.; Fase Coyo (700-1000 d.C.); Fase Solor (1000 o 1470 d.C.).

Otros autores prefieren situar la arqueología de San Pedro en los períodos (o fases) culturales tales como: Formativo, Medio, Intermedio, Tardío.

De todos modos estas fases (cualquiera sea su nombre y número) están relacionadas entre sí y constituyen en su conjunto la que llamamos "La Cultura de San Pedro". Incluso aunque algunos estudiosos sólo hablan de la formación de la etnia atacameña hacia el 900-1000 d.C., a nosotros en el presente no nos parece un inconveniente científico que se hable de Cultura Atacameña como sinónimo de Cultura San Pedro.

Pero por esos años de 1960 éramos partidarios del uso del criterio "sitio-tipo" y por esta razón nos opusimos firmemente al uso del concepto de atacameño. Con los años hemos aprendido a no discutir este tipo de problemas. Pero surgían dudas; no estábamos seguros de construir una cultura, puesto que algunos tipos-directores desaparecían, lo que producía en nuestra visión del pasado situaciones de quiebre de discontinuidad cultural. Por ejemplo ¿podíamos incorporar a nuestro concepto de Cultura San Pedro los contextos de tumbas de Toconao Oriente (situado a 40 klm. de San Pedro de Atacama)? Otra pregunta: ¿pertenece al desarrollo cultural autóctono la alfarería Roja Pulida? Entonces ¿qué contextos le daban unidad al desarrollo cultural de San Pedro?

A lo largo de 36 años hemos estado escribiendo, reescribiendo, modificando, corrigiendo, las respuestas a estas preguntas. Tal vez esta sea una de las pocas labores con sentido creativo que hemos hecho como arqueólogo.

En la actualidad pensamos que hay información suficientemente contrastada para incorporar los contextos tempranos y medios de Toconao Oriente en el desarrollo histórico más amplio que hemos denominado Cultura San Pedro de Atacama (o cultura Atacameña prehispánica). Esto implica que la cultura prehis-

pánica identificada ya en el siglo pasado, y bien estudiada por Latcham y Le Paige en nuestro presente siglo, no sólo puede situarse en un hábitat reducido (actual San Pedro de Atacama) sino también ampliarse para toda la región de los llamados Oasis de Atacama, incluyendo río Loa y sus afluentes (río Salado).

Pues bien, esta última conclusión entra en contradicción con lo que pensamos y postulamos cuando iniciamos la investigación de la región del río Salado.

Hipotetizamos que los yacimientos del río Salado debían tener su propia identidad cultural, lo que poco a poco, a través de 30 años de investigaciones, no hemos visto verificado. Reconociendo que hay características regionales que matizan la uniformidad cultural propuesta, concluimos que esta última cuenta con mayor información empírica que la hipótesis de la segregación cultural regional. Nos guste o no, éstos son nuestros hechos.

Entonces ¿qué decir finalmente sobre el tema de la posibilidad científica de conocer el pasado prehistórico de nuestro territorio? Sólo podemos decir, creer, afirmar, con honestidad, estimando que los datos —que existen— nos dan razones para nuestras conclusiones. Otros investigadores tendrán otras informaciones, otras creencias, harán otras síntesis. Sin embargo, en algún lugar, nos encontraremos haciendo uso de los mismos datos, de las mismas investigaciones, de los mismos contextos culturales del pasado. Este espacio común de datos, este acuerdo empírico, nos permite sostener que es posible la ciencia arqueológica, con obviamente diversas conclusiones, diversas interpretaciones. Es el comienzo de algo, es el inicio seguro para seguir buscando, para continuar pensando nuestra disciplina. ¿A qué más podemos aspirar?

ANEXO FOTOGRÁFICO



Congreso Arqueológico de San Pedro de Atacama (1963)

De izquierda a derecha: Alberto González, Jorge Kaltwasser, Roberto Montandon, Gustavo Le Paige, Hans Niemeyer, Dick Ibarra Grasso, Mario Orellana, Jorge Iribarren, Grete Mostny, Carlos Munizaga, Lautaro Núñez.



Alberto Medina R.
(1915-1989)



Grete Mostny G.



Gualterio Looser



Jorge Iribarren Charlin
(1908-1977)



El autor junto a Gustavo Le Paige (S.J.) y un ayudante en Ayquina, 1961

POSDATA

Recientemente se ha producido el lamentable fallecimiento del historiador de la Ciencia, Profesor Thomas S. Kuhn (1922-1996). Con el propósito de rendirle un homenaje, vamos a recordar con brevedad su concepción de la Historia de la ciencia, con el objeto, además, de ponerla a prueba con nuestra visión histórica de la Ciencia Arqueológica.

Así, esta posdata redactada en septiembre de 1996, nos servirá para hacer una síntesis apretada de nuestra visión de la Historia de la Arqueología en Chile y precisar qué podemos usar del modelo que propone Kuhn.

Este físico e historiador de la ciencia de nacionalidad norteamericana, hace más de treinta años que publicó su libro titulado "La Estructura de las Revoluciones Científicas", produciendo una compleja discusión alrededor de sus tesis principales. Varios de sus conceptos básicos tales como: *Paradigma*, *Ciencia normal*, *Incommensurabilidad*, etc., fueron y son discutidos, pero también han sido usadas para construir historias del pensamiento científico.

Nosotros, vamos en primer lugar a precisar algunos de sus conceptos, para luego intentar una contrastación en especial con la historia de la Arqueología.

La primera afirmación que deseamos destacar es que Kuhn señala que el avance científico no constituye un proceso acumulativo, sino que está constituido por *revoluciones epistemológicas* que "desplazan los aparatos conceptuales", "redefinen la propia ciencia a la que se remiten", luego de un tiempo de *crisis*. Así la historia de la ciencia (obviamente está pensando en las llamadas ciencias duras o maduras) muestra una serie sucesiva de predominancias teórico-metodológicas configuradas como *paradigmas* cuya aceptación o rechazo dependen, no de la contrastabilidad deductiva-inductiva, sino de las comunidades científicas.

Ahora bien, obligado por las numerosas críticas, Kuhn revisó en 1969 y en años posteriores¹ el concepto de *paradigma*; reconoció que había incluido

¹ *The Structure of Scientific Revolutions* (1970), U. of Chicago Press (2da edición). Traducción en Fondo de Cultura Económica (1971), México, Buenos Aires.

Second Thoughts of Paradigms, editado por F. Suppe en *The Structure of Scientific Theories* (1974). Urbana, University of Illinois Press. Hay traducción en español (1978).

Paradigms and Revolutions (1980), editado por G. Gary, University of Notre Dame Press.

demasiadas ideas en la noción de paradigma. Tratando de superar esta situación confusa definió dos niveles de significado del término.

- a) el primero, se expresa en el conjunto de presupuestos epistemológicos a partir de los cuales se construye una teoría. A esto lo llamó *Matriz Disciplinar*.
- b) el segundo significado especifica las subdiferencias del elemento anterior; así tenemos *las generalizaciones simbólicas* (que son las expresiones usadas por una comunidad científica); los *Modelos* (que proporcionan a los científicos las analogías y metáforas preferidas) y los *Ejemplares*, es decir “las soluciones de problemas concretos aceptados por los científicos como paradigmáticos”. Son los *Ejemplares* los que llenan la noción de paradigma; son éstos, entonces, las operaciones metodológicas, a las que la ulterior discusión sobre los paradigmas debe referirse. Sin embargo, el propio Kuhn reconoce que la discusión se hace en el ámbito general del primer significado (Matriz disciplinar).

Antes de revisar, en forma muy selectiva, lo que pasa en nuestras ciencias, recordemos que la secuencia kuhniana de la historia de la ciencia es: Ciencia Normal –Crisis de esta– Revolución y constitución de una nueva Ciencia Normal. Precisemos que la “Ciencia Normal” que se caracteriza por un Paradigma es conservadora, es decir, en la Comunidad científica se apoya, se elogia a los investigadores que hacen lo aceptado por el grupo de científicos. Pero cuando surgen las anomalías, es decir, problemas no resueltos por la teoría en boga, entonces esa comunidad entra en Crisis. Es decir, el grupo de científicos que constituye la disciplina (y por lo tanto la ciencia) es incapaz de resolver anomalías urgentes. Surgen entonces nuevas respuestas teóricas, nuevas matrices conceptuales que intentan posesionarse de la ciencia, hasta que triunfa un Paradigma. Entonces, se ven los fenómenos, los hechos, de manera diferente, se crean nuevas preguntas (es decir, nuevos problemas) que el Paradigma resolverá.

Ocurre así que se formaliza una *nueva ciencia* (normal). Ahora bien, los sucesivos cuerpos de conocimiento con paradigmas diferentes son difíciles de comparar. Las sucesivas etapas de una ciencia pueden enfocar problemas distintos sin que haya una medida común de su éxito: Kuhn habla de *inconmensurabilidad*.

El nuevo paradigma triunfante y su teoría asociada ofrece una manera diferente de “ver el mundo”.

Sin lugar a dudas, que muchas de estas reflexiones y otras no mencionadas son valiosas y sirven para el historiador de la ciencia, cualquiera que sea ésta; nosotros mismos las hemos usado. Sin embargo, lo que deseamos ahora, es contrastar el esquema general de Historia de la Ciencia de Kuhn.

Un primer aporte que surge de su reformulación del concepto de Paradigma, es que la discusión al interior de las ciencias sociales entre teorías *explicativas* y *comprendivas* se ha abierto, se ha hecho menos dura, aceptándose que lo sensato

es reconocer que están en pugna estas matrices teóricas, con sus logros científicos, y que por lo tanto no son excluyentes. Lo mismo ocurre si nos referimos a las matrices *normativas* e *interpretativas*. Por una parte, la búsqueda de autorreflexibilidad, obsesión metodológica de la sociología interpretativa continúa siendo paralela a la búsqueda de un ideal codificador propia de la base filosófica de la teoría de sistemas.

Y este paralelismo de teorías en pugna, no le resta madurez a las disciplinas sociales; incluso me atrevo a sugerir que les da firmeza metodológica, les exige mayor rigor en el uso de sus técnicas y métodos y la explicación de los problemas (o en la interpretación de ellos).

El caso de la historia de la Antropología y de la Arqueología

Primero, la Historia de la Arqueología, investigada por nosotros en Chile, es la historia de una disciplina madura con problemas específicos, bien definidos, con métodos y técnicas, muchas de ellas provenientes de las llamadas *ciencias duras* y con teorías e hipótesis provenientes de las ciencias sociales y afines (históricas).

Desde el siglo pasado y pasando por Medina, Uhle, Latcham, Oyarzún, Bird, Mostny, Iribarren, Le Paige, Dauelsberg, etc., se organiza una constelación de preguntas científicas referidas a la investigación de las sociedades prehispánicas e incluso contemporáneas al Descubrimiento y Conquista de Chile, que con ciertas modificaciones se mantienen hasta el presente. Esta mantención de problemas y obviamente de preguntas y los intentos de darle repuestas, le dan unidad a la disciplina arqueológica en Chile. Así, por ejemplo, preguntas sobre las primeras ocupaciones humanas en Chile, sobre las influencias de civilizaciones extranjeras en nuestras sociedades agro-alfareras (por ejemplo, de Tiwanaku, del Tawantinsuyu, etc.), sobre el ordenamiento cronológico de las diferentes culturas, han sido respondidas de distintas maneras a lo largo de cien años de investigaciones.

Aproximémonos a las teorías usadas. La primera fue indiscutiblemente la Evolucionista, primó por un par de decenios, pero fue fuertemente discutida; así surgieron en nuestras disciplinas las respuestas Difusionistas y las Históricas, etc., que pretendieron desplazar la Concepción Darwiniana (organizada por Morgan, Taylor, Spencer y otros). El Particularismo Histórico en especial fue una respuesta exitosa que permitió la creación de muchas otras visiones antropológicas y arqueológicas, especialmente en norteamérica. Las teorías normativas fueron contrastadas ya en la década del 50 y luego en la década del 60 las nuevas Antropologías y Arqueologías —Procesuales— se hicieron fuertes en estas décadas (1960-1970). Sin embargo, en los últimos años, una reacción antiprocesual se ha producido, tanto en la Antropología Social como en la Arqueología; así han

aparecido en el campo de las disputas, la Antropología Simbólica, la Arqueología del Significado, etcétera.

A primera vista, en una primera reflexión, queda la impresión que el esquema de Kuhn podría funcionar. Sin embargo, en nuestras disciplinas no se ha producido el reemplazo de una Teoría por otra en forma absoluta; aunque hay grupos de especialistas que se inclinan por una Arqueología del Significado o una Antropología Simbólica, nunca han dejado de estar presentes otros grupos de científicos que hagan uso de la Arqueología Procesual, o de la teoría Histórica o de la Materialista Cultural. No se puede afirmar con seriedad que la historia de la Antropología Social, por ejemplo, muestra una secuencia de reemplazos, tales como Evolucionismo-Difusionismo-Funcionalismo-Estructuralismo-Antropología Simbólica.

En nuestro presente, la Arqueología no es únicamente Procesual o Postprocesual, y esto ocurre porque en nuestras disciplinas la lucha teórica ejemplifica el ser mismo de nuestras ciencias. Además nos satisface esta pluralidad teórica, nos hace más ricos conceptualmente.

Y no creo que esto sea ejemplo de inmadurez o de juventud disciplinaria.

Por otra parte, aunque Kuhn no desconoció la influencia externa en el desarrollo de la ciencia, hay que enfatizar que la posición antropológica destaca la influencia poderosa de los contextos socio-culturales sobre las teorías y grupos de científicos que pugnan por sobrevivir. La historia reciente de nuestras ciencias sociales ejemplifica la influencia externa en el desarrollo interno institucional (especialmente de carácter político-ideológico).

Entonces, concluimos que hay al menos tres explicaciones que responden la pregunta: ¿por qué no funciona el esquema general de Kuhn en las Ciencias Sociales?

- a) Porque las ciencias sociales viven un período de juventud, de inmadurez disciplinaria; de ahí el enfrentamiento permanente de paradigmas, sin que ninguna se imponga definitivamente. Ésta sería aproximadamente la respuesta de Kuhn.
- b) Porque las ciencias sociales son tan complejas, con tantas variables, que no responden objetivamente al marco teórico histórico de Kuhn.
- c) Porque es difícil hasta el presente que se sitúen en un mismo espacio epistemológico grupos de ciencias distintos; por esta razón han fracasado todos los intentos de concepción unitaria de la Ciencia (Popper, El Positivismo Lógico, todos los esfuerzos codificadores y reduccionistas, etc.).

Nosotros preferimos, ahora, enfatizar el estudio particular de una disciplina como la Arqueología y construir para ella y sólo para ella un esquema de desarrollo propio, que obviamente deben tener presente los grandes aportes de

Kuhn, y de otros historiadores de la Ciencia. No creemos, sin embargo, que la propuesta de Kuhn que intenta explicar el desarrollo de la Ciencia por la acción de Revoluciones Epistemológicas puede, por ahora, usarse para la historia de la Arqueología en Chile.

La comunidad de arqueólogos existe porque tiene problemas comunes, porque tiene una historia propia, porque hace uso de metodologías, de técnicas y de un grupo de explicaciones, según sean los contextos arqueológicos. Pero, en Chile en 1996, siguen usándose concepciones histórico-culturales, materialistas culturales, Procesualistas y Postprocesualistas, sin que ninguna de estas grandes explicaciones tenga un especial predominio de unas sobre otras. Esto, sin tomar en cuenta "modas" teóricas pasajeras.

BIBLIOGRAFÍA

Sólo se citan los libros, artículos, reseñas, etc., que se relacionan con la historia de la Prehistoria de Chile, que se refieren en especial a un investigador, o que tienen carácter bibliográfico especializado.

Las demás obras consultadas han sido debidamente identificadas en las páginas.

- ÁLVAREZ, LUIS (1974) "Homenaje a Max Uhle. Antecedentes sobre su primera comunicación pública de los Aborígenes de Arica", Chungará Nº 3, Arica.
- BERENGUER, JOSÉ (1978) "La problemática Tiwanaku en Chile" visión retrospectiva. Revista Chilena de Antropología Nº 1, Stgo.
- BERDICHEWSKY, BERNARDO (1980) "Situación y problemática de la Antropología de Chile"; América Indígena, vol. XL, Nº 2, México.
- DANYAU, HERNÁN (1976) Discurso del Sr. Rector de la Universidad del Norte en acto académico para conferir título doctor honoris causa al r.p. Gustavo Le Paige, en Anales de la Universidad del Norte, Nº 10; Antofagasta.
- DURÁN, ELIANA (1977) Biografía de la Dra. Grete Mostny, en Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile, Ed. Kultrun, Santiago, vol. I.
- FELIÚ CRUZ, GUILLERMO (1969) "Ricardo E. Latcham (1869-1943). La Bibliografía de las ciencias antropológicas". Ed. Bibliógrafos chilenos, Stgo.
- FELIÚ CRUZ, GUILLERMO (1969) "El padre Martin Gusinde y su labor científica en Chile"; apartado de la revista Historia Nº 8, Stgo.
- FUENZALIDA, HUMBERTO (1944) "Don Ricardo E. Latcham. Recuerdos y referencias"; Revista Chilena de Historia y Geografía, Nº 104, Stgo.
- FUENZALIDA, HUMBERTO (1963) "Don Ricardo E. Latcham y el ambiente científico de Chile a comienzos de siglo"; Noticiario mensual del Museo Nacional de Historia Natural, año XIII, Nº 87-88, Stgo.
- GUSINDE, MARTIN (1916) "El Museo de Etnología Antropológica de Chile"; Revista Chilena de Historia y Geografía, t. XIX, Nº 23, Stgo.
- LINARES MÁLAGA, ELOY (1964) "El Antropólogo alemán Friedrich Max Uhle, padre de la arqueología andina", Lima.

- LATCHAM, RICARDO E. (1914) "Bibliografía chilena de Antropología y Etnología"; Revista de Bibliografía chilena y extranjera; año II, N^{os} 1-2, Stgo.
- LATCHAM, RICARDO E. (1915) "Bibliografía chilena de las ciencias antropológicas"; Revista Chilena de Bibliografía, Primera Serie, Año III, N^o 6, Stgo.
- LATCHAM, RICARDO E. (1915) "Bibliografía chilena de las ciencias antropológicas"; Revista de Bibliografía chilena y extranjera, Segunda Serie, Año III, N^o 7, Stgo.,
- LATCHAM, RICARDO E. (1923) "Los Aborígenes de Chile por José Toribio Medina"; Revista Chilena de Historia y Geografía, tomo XLVII, N^o 51, Año XII, Stgo.
- LOOSER, GUALTERIO (1931) "Los Aborígenes de Chile de don José Toribio Medina"; extracto de la Revista Chilena de Historia Natural, N^o 31, Año XXXV, Stgo.
- LOOSER, GUALTERIO (1947) "El doctor don Aureliano Oyarzún, antropólogo y naturalista"; Imprenta Universitaria, Stgo.
- LOOSER, GUALTERIO (1949) "Biografías y bibliografías de naturalistas y antropólogos, principalmente de Chile, publicadas por don Carlos E. Porter"; Imprenta Universitaria, Stgo.
- LOOSER, GUALTERIO (1955) "Esbozo de los estudios sobre los indios de Chile"; Imprenta Universitaria, Stgo.
- MONTANÉ, JULIO (1965) "Bibliografía Selectiva de Antropología Chilena"; Museo de La Serena, La Serena.
- MONTANÉ JULIO (1972) "Apuntes para un análisis de la Arqueología Chilena"; Revista Rehue, N^o 4, Universidad de Concepción, Concepción.
- MOSTNY, GRETE (1964) "Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros arqueólogos e historiadores"; Fondo histórico y bibliográfico José Toribio Medina, Stgo.
- MOSTNY, GRETE (1967) "Ricardo E. Latcham. Su vida y su obra"; Boletín del Museo Nacional de Historia Natural, tomo XXX, Stgo.
- MOSTNY, GRETE (1985) "Junius Bird, retrato de un amigo", en Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología (1982). La Serena.
- MUNIZAGA, CARLOS (1991) Homenaje a don Richard Schaedel, en Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena (1988), tomo I; Santiago de Chile, 1991.
- NIEMEYER, H. y SCHIAPACASSE V. (1964) "Homenaje a F. Fonck", en Arqueología de Chile central y áreas vecinas; Viña del Mar.
- ORELLANA R., MARIO (1960) "Algunos estudios arqueológicos realizados en Chile y el problema del paleolítico americano"; Anales de la Universidad de Chile, N^o 120, Stgo.
- ORELLANA R., MARIO (1974) "Friedrich Max Uhle y la Prehistoria de Chile"; separata del 'Boletín de Prehistoria de Chile N^{os} 7-8 (1974-1975), Stgo.
- ORELLANA R., MARIO (1975) "Comienzos de la Ciencia Prehistórica en Chile"; separata de "Siete Estudios. Homenaje de la Facultad de Ciencias Humanas a Eugenio Pereira Salas"; Universidad de Chile, Stgo.

- ORELLANA R., MARIO (1982) Investigaciones y teorías en la Arqueología de Chile. Ed. Centro de Estudios Humanísticos; U. de Chile, Stgo.
- ORELLANA R. MARIO (1991). Reflexiones sobre el desarrollo de la Arqueología en Chile, Revista Chilena de Antropología, N° 10; U. de Chile, Stgo.
- ORELLANA R., MARIO (1994) "Prehistoria y Etnología de Chile", Bravo y Allende Editores, Stgo.
- "En recuerdo de Percy Dauelsberg H. (1930-1994)", en Revista de Antropología N° 12; U. de Chile, Stgo.
- OYARZÚN, AURELIANO (1936) "Max Uhle"; Revista Chilena de Historia y Geografía, tomo LXXX, N° 88, Stgo.
- PEREIRA S., EUGENIO (1963) "Don Ricardo Latcham y la Universidad"; Noticiero Mensual del Museo Nacional de Historia Natural, Año VIII, N°s 87-88, Stgo.
- PORTER, CARLOS E. (1911) "Bibliografía Chilena de Antropología y Etnología"; en volumen XIV; trabajos de la III Sección del Cuarto Congreso Científico (1° Panamericano); Tomo II, Stgo.
- PUBLICACIONES DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE LA SERENA "Homenaje a don Francisco Cornely Bachmann". Boletín N° 13, La Serena, Chile.
- RIVERA, MARIO (1974) "Algunas notas sobre el aporte de Max Uhle al desarrollo de la arqueología de Arica"; revista Chungará, N° 3; Universidad del Norte, Arica.
- RIVERA, MARIO (1980) "Temas Antropológicos del Norte de Chile"; Universidad de Chile, Antofagasta.
- RIVERA, MARIO (1983) "Junius Bird, personalidad en las contribuciones científicas arqueológicas en Chile", en revista Chungará N° 10; U. de Tarapacá, Arica.
- ROWE, JOHN (1954) "Max Uhle (1856-1944). A memoir of the father of Peruvian Archaeology"; University of California; publications in American Archaeology and Ethnology, XLVI, N° 1, Berkeley.
- SCHWAB, FEDERICO (1936) "Max Uhle y la Arqueología Peruana"; Revista Chilena de Historia y Geografía, tomo LXXX, N° 88, Stgo.
- THOMAS, CARLOS (1977) "Revisión crítica de la Arqueología Chilena entre 1960 y 1970. Aspectos Teóricos-Metodológicos". Tesis de Licenciatura, Universidad de Chile, Santiago.
- VILLALOBOS, SERGIO (1994) "Premio Nacional de Historia", en Revista de Antropología N° 12; U. de Chile; Santiago.

OTROS TÍTULOS

Colección

CIENCIAS SOCIALES

UNIVERSIDAD DE CHILE

Bravo y Allende

EDITORES

- PARADIGMAS SOCIOLOGICOS
DEL DESARROLLO

FERNANDO DURÁN

- PREHISTORIA Y ETNOLOGÍA
DE CHILE

MARIO ORELLANA R.

- MUJER Y GÉNERO EN LA
UNIVERSIDADES CHILENAS

SONIA MONTECINO Y

LORETO REBOLLEDO

EN PREPARACIÓN:

- DEFENSA DE LA ILUSTRACIÓN

EDISON OTERO

- ETNOLIGÜÍSTICA

GILBERTO SÁNCHEZ

El presente libro se propone relacionar, desde una perspectiva arqueológica, el presente con el pasado cultural y social chileno.

El autor logra exponer científicamente una actividad que apasiona a muchas generaciones, tal es la de reconstruir los hechos del pasado y así conocer las culturas más antiguas.

Según *Mario Orellana* esta es una dimensión novedosa para los estudiosos, ya que las experiencias humanas que se intenta conocer no pertenecen sólo al pasado, sino que son presente en tanto comunican su saber.

Historia de la Arqueología en Chile, desde esta perspectiva no es sólo una investigación histórica, sino que revela las convicciones epistemológicas del autor.

